


Los incidentes más insólitos de nuestra historia

COLOMBIA BIZARRA



PIRRY

Planeta

PIRRY



Planeta

Colombia bizarra

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Basado en el libro *México Bizarro*, una idea original de Alejandro Rosas y Julio Patán
Diseño de colección original: Planeta México S.A. de C.V.
Diseño de portada: Arturo Higa

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición: junio de 2022
ISBN 13: 978-628-00-0410-5
ISBN 10: 628-00-0410-4

Impreso por: xxxxxx
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Que, después de medio siglo de guerra y derrame de sangre, un país tenga la oportunidad de votar en unas elecciones por la paz o por la guerra, y que lo haga por la guerra, podrá parecerle extraño al que no conozca esta tierra. Pero si este mismo observador hubiera visto en las noticias a una mujer furibunda bramar a grito herido, el día de las susodichas elecciones, que ella no votaba por la paz porque prefería un hijo muerto que marica, seguro que, más que extraño, este país le habría parecido bizarro. ¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? Y aunque muchos habrán tenido sus válidas razones para no darle una oportunidad, más que a la paz, a las FARC, la verdad es que en este Macondo millones votaron a favor de la guerra convencidos, principalmente por cadenas de WhatsApp, de que si votaban por la paz le iban a enseñar homosexualidad a sus hijos en los colegios.

Dice un tango: «El mundo fue y será una porquería, ya lo sé, en el 510 y en el 2000 también». Pero, en este orbe de mentiras, engaños y entuertos, Colombia es exactamente esa tierra donde la realidad supera la ficción. No sé si exista otro país del mundo donde el flamante fiscal anticorrupción haya terminado preso por corrupto. O donde el protagonista de uno de los mayores desfalcos al Estado, que se gastaba parte de lo robado en pagarles a cantantes vallenatos para que lo mencionaran en sus canciones, arreglara con la Fiscalía una pena irrisoria, salir en muy poco tiempo en libertad condicional y, ¡hágame el favor!, contratar otra vez con el Estado y birlarse la bobadita de setenta mil millones de pesos (el equivalente a casi diecinueve millones de

dólares) en las narices de una ministra, a la que le habían advertido de mil maneras que ese negocio estaba chueco.

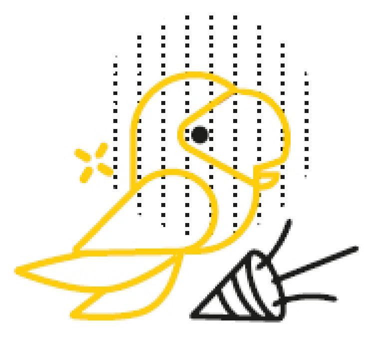
Un cinismo muy propio de la corrupción en nuestro país, que raya con la caricatura. Uno no sabría si reír o llorar, de no ser porque el dinero rapiñado por este hampón se suma a la escandalosa cifra de cincuenta billones de pesos, cincuenta millones de millones que, calculan los que saben, se pierden cada año por culpa de la corrupción en este país, el segundo más corrupto de América Latina.

Somos el país en el que se le rinde culto al mafioso más tenebroso y cruel de todos los tiempos, Pablo Escobar, un asesino de inocentes que ponía bombas en centros comerciales y plazas populares. Podríamos hacer un libro completo tan solo de esta tara psicológica, de las extravagancias del Patrón o de tantas historias bizarras a más no poder, paridas de esa estética traqueta que se convirtió en parte de nuestra cultura.

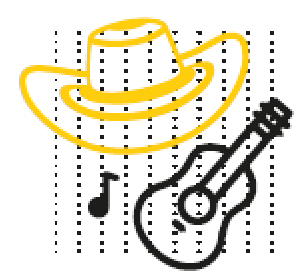
Así que esta es Colombia, la del realismo trágico, pero también mágico. La de los héroes anónimos, la de los malabaristas del rebusque y los emprendedores de la esperanza. De estos personajes también nacen historias bizarras de lo mismo maravillosas que son.

¿Cuál será la historia más bizarra de este país? Una pregunta difícil de contestar si partimos del hecho de que somos la nación del Divino Niño Dios, en la que el presidente propone, como solución a algunos de los más graves problemas de este país, rezarle a la virgencita de Chiquinquirá. No sé quién tenga la respuesta. Pero, por el momento, les dejo este variopinto popurrí de algunos de los cuentos más divinos, humanos y profanos de esta patria querida tan hermosa como jodida, en donde tuve la suerte de nacer y que pude, con el paso de los años, recorrer de arriba abajo.

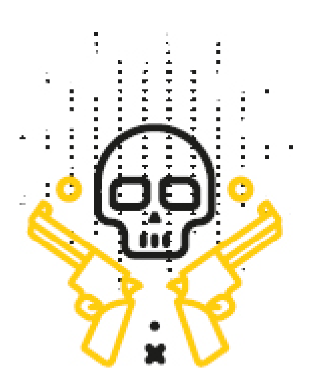
¿CÓMO LEER ESTE LIBRO?



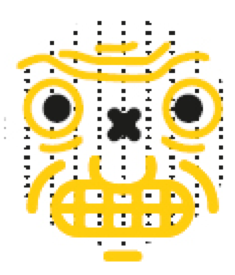
COLOMBIANADAS
Historias divertidas, curiosas y extrañas con un toque macondiano.



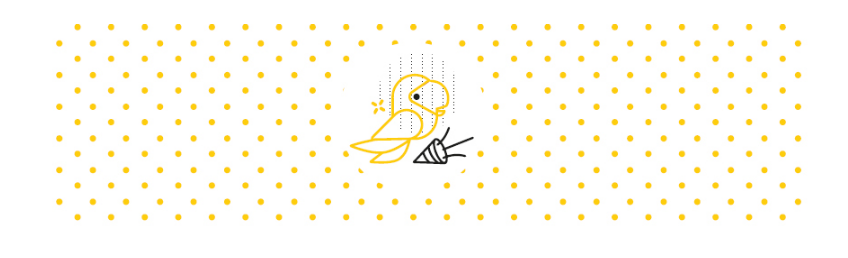
GENTE BERRACA
Colombianos que sacan la cara por el país y nos hacen sacar pecho.



ESTAFADORES, CRIMINALES Y CORRUPTOS
Lo que nunca debió pasar, pero pasó.



ERRORES QUE SON HORRORES
Los que se pasaron sin vergüenza la ley por la faja.



¡YA VIENE EL 20 DE ENERO!

Nuestra cultura es tan rica y tan diversa que nos ha dado para mantenernos festivos y alegres a pesar de la barbarie. No sé si esto tendrá que ver con que históricamente la barbarie hace parte de muchas de nuestras fiestas, como esa que arrastramos de la herencia española y que algunos llaman «la fiesta brava». Y, si usted cree que torturar y asesinar a un animal en medio de los aplausos y vítores de un público embriagado de sangre y sangría es bárbaro, tal vez usted nunca haya ido a una corraleja.

Gran parte de ese abanico cultural, que hace que en otros países tengamos el alivio de que muchas veces nos reconozcan no por el endiosado narcotraficante y terrorista Pablo Escobar, ni por nuestra guerra eterna plagada de masacres, secuestros y desapariciones, se la debemos agradecer a nuestra costa atlántica, tan profunda, colorida y musical que, entre muchas cosas, nos ha dado a un nobel de literatura y a una de las figuras de la cultura pop más deslumbrantes del siglo XXI. ¿O hay alguien en el mundo que no sepa quién fue Gabriel García Márquez y quién es Shakira?

Fue por allá en 2004 cuando, buscando historias para mi programa, di con el Kalimán del Sinú, un humilde émulo de superhéroe que tenía sus cinco minutos de fama, o de gloria, una vez al año durante las fiestas del dulce nombre de Jesús, que se celebran tradicionalmente el 20 de enero en los pueblos de las sabanas de Bolívar, Sucre y Córdoba. Yo nunca había estado en una corraleja, y hasta he hecho activismo en contra de las corridas de toros, pero terminé yendo después de que unos amigos costeños me convencieran de que a los toros no los maltrataban y que el que se llevaba los golpes era el valiente que se atrevía a lanzarse al ruedo.

Mi manera de abordar las historias siempre tuvo algo de *gonzo*, y así acabé en Sampués, Sucre, en la casa de Luis Gumersindo Cuadrado Ramos, el Kalimán del Sinú. Si iba hablar sobre las corralejas, tenía que aprender a meterme en ellas. Y si alguien podía guardar todos sus secretos, tenía que ser este adalid popular, que hasta la fecha ostentaba el récord de haber recibido siete cornadas, dos de ellas mortales, de las que se había salvado después de sendas cirugías.

¿Pero qué es una corraleja? Pues si usted no es colombiano y costeño tal vez resulte difícil de definir, partiendo de que la palabra no está en el diccionario de la Real Academia Española. Digamos que son fiestas populares en las que, en una improvisada plaza de toros, en una arena gigante, se sueltan uno o varios astados para ser toreados por hombres a pie y a caballo al ritmo de porros (que es una música tradicional de la región, no un *barillo* de marihuana) y fandangos, interpretados desde las tribunas por bandas papayeras (que son las que tocan los porros y demás ritmos folclóricos).

Recuerdo haber llegado al ruedo con el Kalimán y haber contemplado con admiración las primeras maniobras. También recuerdo a un hombre fornido y con el torso desnudo plantarse frente al toro y saltar sobre él dando una voltereta en el aire, justo en el preciso momento para esquivar la embestida. Recuerdo la ovación del público y haber aplaudido y gritado de admiración yo también. Pero de repente ya no eran un toro y un hombre, era un caos, una multitud, una turba de espontáneos queriendo ser toreros; todo pasó muy rápido y terminé parado frente a uno de los toros, con la muleta en la mano, envalentonado por los consejos y el ron que me daba el Kalimán.

Recuerdo haber dado dos muletazos, el miedo y la descarga de adrenalina, y haber sido sacado en hombros por un amable grupo de borrachos.

Disipada la emoción, y ya sentado en la tribuna, me desdoblé de la fiesta y, viéndola desde afuera, me sentí testigo de lo absurdo: gente adinerada y bien vestida que arrojaba billetes ante estos animales redomados y peligrosos para alentar a los pobres que se encontraban en la arena a hacer lo que muy pocos se atreverían en su sano juicio: arriesgar la vida frente a los cuernos de un animal de más de trescientos kilos. Descubrí que los toros sí sufrían y los caballos, también. Vi que sacaban a uno de ellos resoplando de dolor con una cornada en el vientre, vi personas conmovidas y preocupadas, y una inmensa mayoría enajenada hasta más no poder. Y, sin embargo, la historia más bizarra, triste y absurda que puedan haber parido las corralejas va más allá de nuestras arcaicas tradiciones, ¿o no?

Fue un 20 de enero de 1980. Era la cuarta jornada de la más famosa de las corralejas, la de Sincelejo. Pasaba lo de siempre: gente sin protección ni experiencia, pero con mucho ron en la cabeza, que se tiraba al ruedo para lidiar con un toro. El día había amanecido nublado y oscuro, como haciéndole antesala a la muerte que cabalgaba hacia allí. Llovió intermitentemente durante toda la jornada y los treinta y dos palcos de la plaza de toros Hermógenes Cumplido, hechos en madera, construidos para la ocasión y engalanados para esta edición, estaban a reventar sin más estudios de seguridad que los de la divina providencia.

Cuando eran cerca de las cuatro de tarde la lluvia arreció de nuevo, y los que estaban a la intemperie empezaron a apretujarse bajo las gradas que estaban techadas. El inmenso coso no resistió el sobrepeso por mucho tiempo y fue cediendo poco a poco en la inestabilidad del pantano que se había formado en sus cimientos. Fue cuestión de minutos que se viniera abajo con los más de cuarenta y dos mil espectadores que, se calculaba, habían asistido.

La fiesta bárbara se convirtió en una fiesta de terror. Para ese momento, cuarenta toros ya habían salido a lo suyo y la cuenta ascendía a veinte compatriotas heridos por cornadas que, sin saberlo, tal vez les habían salvado de la muerte. Las columnas cedieron, gran parte de las gradas estallaron en astillas, la masa humana se desplomó sobre ellas. Cientos quedaron ensartados en

puntiagudas estacas, otros tantos sufrieron aplastados bajo la avalancha de cuerpos, madera y metal. Un cable de la Agencia EFE lo narró así:

> El coso se convirtió en un infierno, con gritos desgarradores de personas atrapadas entre los maderos y los gemidos de impotencia de los que eran pisoteados por una marabunta humana que huía enloquecida no solo de la tragedia, sino también de los cuarenta astados que, asustados por el estrépito, corrían de un lado para otro corneando a diestro y siniestro.

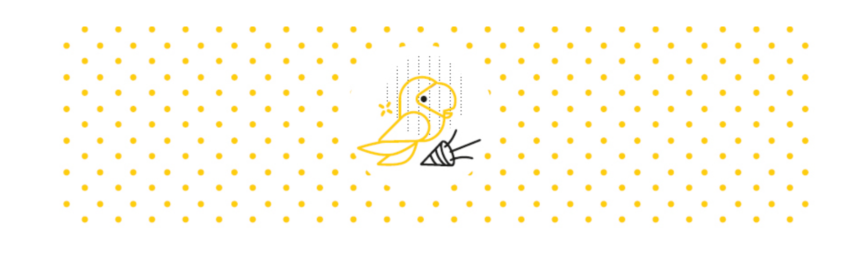
Al final de la jornada se contaron trescientos muertos y mil heridos que, dos días después, ascenderían a quinientos muertos y dos mil heridos en total. En 1988, el Consejo de Estado condenó al municipio de Sincelejo a pagar cuatro millones de pesos de la época para indemnizar a 2935 víctimas. Esto sería bizarro en muchos países del mundo, pero es normal en este país del Sagrado Corazón, y tal vez por eso la mayoría de los indemnizados no ha recibido un peso.

Desde entonces desaparecieron las corralejas, al menos en Sincelejo, tan solo para volver recargadas en enero de 1999. Hubo catorce años más de corralejas en esta ciudad, con su respectivo saldo de borrachos corneados. Hasta que, en 2013, la ciudadanía, después de cuatro días que dejaron treinta y nueve heridos y cuatro caballos muertos, decidió en su sano juicio que tal vez ya era suficiente. Para 2014, la alcaldía sacó las corralejas de sus fiestas, y hasta la fecha han sido reemplazadas por otro tipo de actividades como muestras de ganado o desfiles de carrozas.

En medio de la belleza y el folclor de las fiestas del 20 de enero, en las riberas del Sinú, las corralejas se siguen celebrando en pueblos de Sucre como Sincé, de Bolívar como Turbaco o de Córdoba como Ayapel, y la tradición se ha extendido a tal punto que hoy cubre una larga ruta de municipios que van desde Ciénaga, en Magdalena, hasta Caucasia, en Antioquia.

Mientras escribía estas líneas, me enteré de la muerte del Kalimán del Sinú, en abril de 2021. No se lo llevó un toro ni tampoco la pandemia: murió en el hospital de Cartagena mientras luchaba contra una isquemia cerebral, vaya uno a saber si de tantos golpes que recibió en la vida. Se fue con su turbante

blanco, su piel adornada con más de dos mil quinientas puntadas de sutura, dejando cinco viudas y ocho hijos porque así es esta tierra. Esta Colombia hermosa y adolorida, tan rica como desigual, donde para millones de compatriotas sin acceso a la educación, un trabajo digno o la seguridad social la única oportunidad de riqueza o gloria está en el dolor y el sacrificio que puedan aguantar, ya sea en un *ring* de boxeo, que fue la primera vocación de Luis Gumersindo Cuadrado Ramos, o lanzándose valiente e irracionalmente tras un puñado de billetes frente a las astas de un toro durante una especie de circo romano que, si se revalúa socialmente, tal vez ya no debería existir.



EL DÍA QUE ARACATACA NO FUE MACONDO

En 2006, un año antes de que Gabriel García Márquez hiciera en tren la última visita a Aracataca, su pueblo natal, al entonces alcalde de este municipio del departamento de Magdalena, Pedro Sánchez Rueda, se le prendió el bombillo y propuso un referendo para cambiarle el nombre a la población. Quería que se llamara en lo sucesivo Aracataca-Macondo, en alusión al territorio en el que transcurren los cuentos y las novelas escritas por su hijo dilecto. Ese nombre tenía una potencia única, de la que habló el escritor en *Vivir para contarla*, su libro de memorias:

> Macondo. Esa palabra me había llamado la atención desde los primeros viajes con mi abuelo, pero solo de adulto descubrí que me gustaba su resonancia poética. Nunca se la escuché a nadie ni me pregunté siquiera qué significaba. Lo había usado ya en tres libros como nombre de un pueblo imaginario.

Sánchez quería que dejara de serlo y se encarnara en la Aracataca real. Su sueño era aprovechar el realismo mágico para impulsar el

turismo local. Él habría podido hacer el cambio por medio de un decreto, pero prefirió consultar la voluntad popular en las urnas. Este fue otro referendo, como el del acuerdo de paz, que salió mal.

De las veintidós mil personas habilitadas para votar, solo tres mil doscientas setenta lo hicieron. Ganó el 'sí' y únicamente hubo doscientas cincuenta papeletas por el 'no', pero se necesitaban algo más de siete mil y pico de votos para que el cambio de nombre pudiera llevarse a cabo. La abstención triunfó por mayoría, como en casi todas las elecciones que se realizan en Colombia. La derrotada propuesta del alcalde, que parecía otro de los locos planes de José Arcadio Buendía, el patriarca fundador de Macondo, llamó la atención de la prensa internacional. El diario *El País* de España tituló su historia «Macondo se queda en *Cien años de soledad*» y *BBC Mundo,* «Macondo permanecerá solo en las páginas del realismo mágico».

La periodista boliviana Nathalie Iriarte cuenta, en un texto titulado «¿Dónde queda Macondo?», que en Aracataca todo está asociado al nobel de literatura:

> En el camino, una valla dice: «Mac Kondo, condimentos». En las calles los bicitaxis se llaman Trans Nobel o Trans Macondo. En la entrada del pueblo se erige un monumento *kitsch* dedicado a *Cien años de soledad*: una foto de Gabo sonriente en la base, un libro abierto con algunas líneas de la novela, una mujer desnuda que asciende al cielo como Remedios, la bella, y mariposas amarillas que coronan la mezcolanza.

Es posible, entonces, que Sánchez tuviera razón y que fuera un visionario incomprendido.

Este político repitió alcaldía en 2016 y sigue convencido de que su propuesta era una gran idea: «Aracataca tiene que vivir del turismo. Hoy nos visitan más de veintisiete mil turistas al año y pienso que si el referendo hubiera pasado tendríamos más visitas, porque Macondo es lo mágico. Creo que era una iniciativa que debió pasar, era muy interesante para el municipio».

La realidad es que el pueblo Aracataca-Macondo perdió su momento, o su referendo para ser exactos, y como las estirpes de la famosa novela que inspiró y de la que hace parte se quedó sin «una segunda oportunidad sobre la tierra».



CIRUGÍA AL BORDE DE LA EXPLOSIÓN

Cuando el doctor William Sánchez juró defender a toda costa, en el nombre de Hipócrates, la vida de sus pacientes, nunca llegó a imaginarse que cumplir este mandato lo llevaría a correr el escalofriante riesgo de volar en mil pedazos para salvar a uno de ellos.

A veces pienso que, en su conjunto, la sociedad colombiana es un paciente con trastorno por estrés postraumático (PTSD, por sus siglas en inglés). Pareciera que nos acostumbramos a las dantescas noticias casi diarias de nuestra guerra eterna. Pero si nos embutieran a los casi cincuenta millones que somos dentro de un solo paciente y nos sentaran frente a un psicólogo, muy seguramente este encontraría que, detrás de esa aparente indiferencia, hay una víctima traumatizada que, en silencio, ha ido acumulando cantidades apenas soportables de ansiedad y depresión, al extremo de vivir en negación.

Es probable que, por eso, muchos de ustedes no recuerdan esta historia extraordinaria y bizarra, tanto por su heroísmo como por la suma de acontecimientos absolutamente improbables que

les sucedieron. El 4 de junio de 2016, tres meses antes de que se firmaran los acuerdos de paz con las FARC, el soldado profesional Leandro Luna, de apenas 20 años, patrullaba junto a su escuadrón cerca al municipio de Tame, en Arauca, cuando le dispararon directamente a la cara, casi a quemarropa, con un lanzagranadas MGL. Contra todos los pronósticos, Luna no voló en mil pedazos. La granada no explotó pero quedó incrustada por completo entre el pómulo y su ojo derecho. A esta rarísima circunstancia se sumó el hecho de que al militar no le disparó un adversario guerrillero. La granada salió por accidente del arma, mal manejada, de uno de sus compañeros. El soldado estaba vivo y consciente, convertido en una bomba andante sin que él, sus compañeros o superiores tuvieran la menor idea de qué carajos hacer.

Imagínese usted el desafío médico de atender un caso tan bizarro. Creo que es algo que no le enseñan a nadie en la Facultad de Medicina. Faltaban horas de zozobra y pragmáticas decisiones antes de que el bisturí empezara abrirse camino hacia el artefacto explosivo alojado en el rostro del soldado Luna. La excepcional odisea apenas comenzaba.

A falta de equipos en el departamento de Arauca, lo remitieron al Hospital Militar de Bogotá. Lo más fácil habría sido trasladarlo en un helicóptero, opción que fue rápidamente descartada ante la posibilidad de que el soldado, la tripulación y la aeronave explotaran en el aire. Así que, para disminuir la posibilidad de pérdidas humanas, y de paso incrementar de manera exponencial el viacrucis del pobre Luna, lo condujeron a la capital colombiana por tierra, en un angustioso viaje de dieciséis horas. ¡Una eternidad!

En contra de todas las probabilidades, Luna no solo había sobrevivido al impacto inicial, sino que llegó en una sola pieza a la capital, al Hospital Militar, donde lo recibió el doctor William Sánchez. «En cuanto llegó se activaron los protocolos de seguridad; entre ellos, alejar a las personas diez metros a la redonda. Era vital realizarle una traqueotomía para que respirara correctamente. Todo se hizo simultáneamente, con mucho cuidado y profesionalismo». Así fue como el doctor Sánchez le describió al periódico *El Tiempo*, de manera muy humilde, un procedimiento hecho con una sangre fría sobrehumana y una admirable voluntad de sacrificio.

¿Qué puede pasar por la cabeza de un médico antes de

realizar una cirugía en un quirófano improvisado al aire libre en el parqueadero de un hospital, ante la posibilidad de que él y su paciente vuelen en pedazos? A las 3:40 de la madrugada, el doctor Sánchez, junto a dos de sus asistentes, de la manera más engorrosa e impensable posible, envueltos en los gruesos e incómodos trajes antiexplosivos que les habían proporcionado de emergencia, intentaban manipular con absoluta precisión pinzas y escarpelo. La operación se extendió durante los tres minutos más largos y tensos que cualquier paciente, médico o asistente haya podido soportar, el desenlace de las dieciséis horas de agonía que el soldado Luna y los compañeros que lo trasladaron habían resistido. «La realidad es que, con traje o sin traje especial, si la granada estallaba, igual me iba a morir», dijo el cirujano un día después, cuando el soldado ya estaba a salvo y a la espera de las varias cirugías que vendrían para reconstruirle la cara.

En un país diferente a esta Colombia del Sagrado Corazón de Jesús, esta historia sería única y tal vez irrepetible. Lo que resulta más bizarro es que el mismo hecho haya sucedido no una, sino varias veces. Apenas seis meses antes, en noviembre de 2015, el soldado Jhon Jairo Collazos Zambrano, del Batallón de Alta Montaña número 4, se disparó accidentalmente con otro lanzagranadas. La ojiva de cuarenta milímetros se le incrustó en la pierna izquierda, y fue atendido y salvado por médicos del Hospital Universitario San José de Popayán.

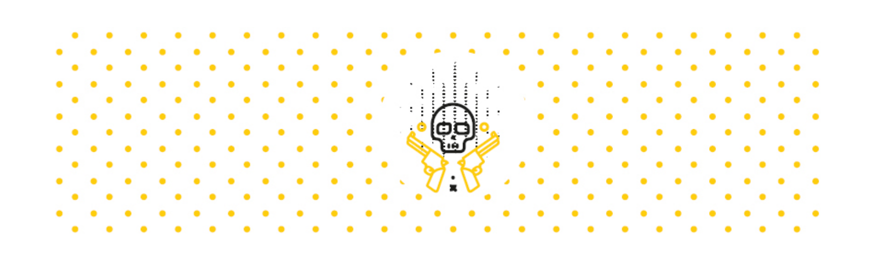
Ocho años atrás, entre tantas historias que cubrí sobre la guerra, había entrevistado al doctor Ricardo Uribe, quien en el Hospital Militar de Bogotá le salvó la vida al soldado Alexander Guerrero, de 18 años, en un accidente casi calcado, causado por uno de sus compañeros y un lanzagranadas en el municipio de Cajicá, en Cundinamarca. A Guerrero la granada se le había incrustado en el muslo derecho. En esa ocasión la cirugía se hizo en el helipuerto del hospital y duró cuatro eternos minutos. Y, aunque usted no lo crea, hay más casos como estos.

Por allá en agosto de 1993, un civil, Gilberto Abaúnza García, estaba en el lugar y el momento equivocados. Siendo conductor, quedó atrapado en medio del fuego cuando el Ejército atacó a hombres del frente 49 de las FARC en Barrancabermeja, Santander. Una de las granadas que dispararon contra los guerrilleros fue a parar en su brazo izquierdo. En aquel momento los medios lo llamaron «el segundo hombre granada» porque,

créalo o no, en esta Colombia bizarra era el segundo caso que se presentaba ese año en el mismo hospital, el Universitario Ramón González Valencia de Bucaramanga, donde seis meses antes le habían salvado la vida al soldado Ricardo Gaviria, de 22 años, quien tras un combate con la guerrilla terminó con una granada incrustada entre la tibia y el peroné de la pierna izquierda.

En un reporte médico de junio de 2003, el médico otorrinolaringólogo Jorge Espinosa concluye con las siguientes palabras el caso de un soldado sin identificar, de 19 años, al que salvaron en cirugía después de que una granada se le quedara incrustada en el macizo facial: «El reporte en la literatura de granadas no explotadas dentro de los tejidos es supremamente raro», dijo. De eso no cabe duda. Por otra parte, el hecho de que no haya registro alguno de muertes ni explosiones durante una de estas cirugías habla muy bien del talento y la heroica vocación, muchas veces anónima, de tantos doctores y el personal médico que atendieron las heridas y los horrores que dejó más de medio siglo de conflicto armado en nuestro país.

Historias extraordinarias, un puñado de ellas sobresalen entre las miles y miles de tragedias donde estas armas, y muchas otras diseñadas para matar y mutilar, sí han logrado su funesto objetivo en medio de ese síndrome por estrés postraumático que padecemos como sociedad y que pareciera tener como uno de sus más trágicos síntomas la amnesia y la falta de empatía. ¿De qué otra manera explicar que, ante la posibilidad de detener el horror, millones de colombianos hayan preferido seguir en la guerra?



ATRÁPENLO, SI QUIEREN

¿A quién no le gustan las películas de Steven Spielberg? Creo que no hay nadie que no recuerde alguna de las tantas imágenes icónicas que ha creado y que nos han quedado dando vueltas en la cabeza. Son tan buenas que es difícil decidirse solo por una y escogerla como favorita. *Tiburón*, *Jurassic Park*, *E. T. el extraterrestre*, *La lista de Schindler*, *Encuentros cercanos del tercer tipo*, *La terminal*, *Indiana Jones*, *Salvando al soldado Ryan*… Mejor dicho: gran parte de la magia del director es su poder para fascinar a la gente, inspirarla o ilusionarla con sus fantasías y ocurrencias, como revivir dinosaurios, volar de noche en bicicleta con tu mejor amigo alienígena o rescatar a cientos de judíos del Holocausto. La mayoría, por supuesto, parecen o son imposibles.

De todas las películas que dirigió, hay una más verosímil que las demás, por lo realizable que puede ser: la de viajar por todo el mundo en primera clase sin pagar un solo peso. Aun así, por más tentadora y probable que sea, me atrevería a decir que ni el mismísimo Spielberg habría imaginado que la historia de *Atrápame si puedes*, basada en la vida de Frank Abagnale Jr.,

tendría su propia versión de la vida real y muy colombiana, antes y después de la aparición de su película. Y, para colmo, su protagonista no se parecía en nada a Leonardo DiCaprio.

Se trata de la historia de Juan Carlos Guzmán Betancur. De todas las identidades que adoptó, la única vocación real que siempre tuvo fue la de estafador, y así se dio a conocer desde muy joven en el país. El 2 de junio de 1993, apareció por primera vez en los noticieros del mundo cuando, con solo 17 años, se coló en un vuelo de pasajeros de la aerolínea ARCA con rumbo a Miami y apareció aceitado y con hipotermia en la pista del aeropuerto internacional de esa ciudad. Aseguró ser un huérfano en busca de oportunidades que se había metido, en un acto desesperado, en el tren de aterrizaje del avión. Sin embargo, hay versiones que aseguran que lo más probable es que se hubiera colado en la bodega con ayuda de algún empleado. Su orfandad era puro cuento, porque lo cierto era que su familia lo esperaba en Roldanillo, Valle, donde vivía con su madre y su abuela. Sin embargo, los medios y el público lo conocieron por un tiempo como «el chico polizón» y su historia conmovió a miles de personas que se animaron a ayudarlo. Fue deportado de Estados Unidos a mediados de 1994.

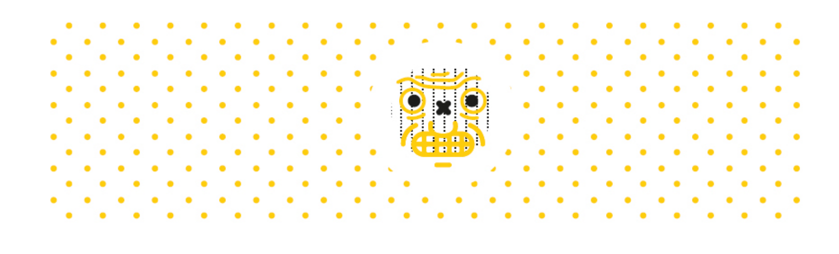
Trece años después reapareció en los titulares, esta vez en los de los medios de comunicación del Reino Unido. Para entonces, ya había perfeccionado su técnica con creces. En diciembre de 2004, se había hecho pasar por un huésped millonario en el Hotel Mandarin Oriental Hyde Park de Londres, donde fue capturado con un botín de cuarenta mil libras esterlinas, entre dinero en efectivo, joyas y ropa. Fue condenado a tres años de prisión, pero no completó ni dos meses tras las rejas. Huyó de la cárcel después de que las autoridades le dieran permiso para acudir a una cita odontológica de urgencia; estrategia que, seguro, quince años después sirvió de fuente de inspiración a la honorable senadora Aida Merlano, quien hizo lo propio en Bogotá pero con menos glamur.

Finalmente, en junio de 2005, Guzmán Betancur fue atrapado en Dublín, donde se encontraba estafando, desde luego, a una familia de Beverly Hills hospedada en el Hotel Merrion. Para el momento de la captura, ya se había hecho con los pasaportes de las víctimas, una tarjeta de crédito American Express, un anillo de rubí, tres mil quinientos dólares en efectivo, doscientos cincuenta

euros en billetes y un reloj Rolex Daytona que acababa de comprar por once mil libras esterlinas. Fue en el juicio tras su recaptura cuando se conoció toda la verdad o, bueno, parte de ella. Para ese momento, el colombiano era buscado por actos similares cometidos en Las Vegas, Miami, París y Tokio y, según las autoridades británicas, en los últimos diez años había robado entre un millón y un millón y medio de dólares.

A pesar de todas las pruebas en su contra, fue dejado en libertad condicional, lo cual es una decisión que les da a los colombianos el consuelo de saber que nuestro país no es el único con un sistema judicial absurdamente ineficiente. Todo lo anterior no fue escarnio suficiente para el joven Juan Carlos quien, lejos de dejar sus andanzas, continuó explorando nuevas facetas de su oficio y en 2009 fue nuevamente capturado, esta vez tratando de cruzar con un pasaporte falso la frontera entre Estados Unidos y Canadá.

Para entonces, el estafador colombiano más brillante del ámbito internacional acumulaba unas doce identidades falsas y era buscado por autoridades de quince países en tres continentes. Sus aventuras han dado para que el periodista colombiano Andrés Pachón escriba dos libros tratando de descifrar su verdad, al igual que un capítulo de la serie *Impostors* de Discovery Investigation. Hasta el momento no hay nociones de que Steven Spielberg, o algún otro director de Hollywood, esté interesado en llevar su historia al cine.



TOMAD Y COMED TODOS DE ÉL…

La mañana del sábado 25 de noviembre, la muerte se atragantó de almas allá en la ciudad de la virgencita de Chiquinquirá, patrona de este país, esa que tanto mentan nuestros gobernantes cuando saben que han metido las patas o cuando quieren engatusar a este pueblo tan católico y creyente. Habrá estado enojada nuestra patrona o tal vez ocupada en tantos menesteres como pecadores hay en esta patria, vaya uno a saber, porque lo que debería ser la celebración de la clausura del año escolar para cientos de niños y sus familias de la Escuela Normal Superior Sor Josefa del Castillo y Guevara y del Colegio Sagrado Corazón de Jesús se convirtió en la peor pesadilla que esta capital mariana de Colombia haya podido padecer.

No era día de clases, pero los niños habían madrugado, desayunado y se habían arreglado lo mejor posible, al igual que sus padres. Sin embargo, nunca llegaron a recibir los diplomas ni los aplausos merecidos por los deberes cumplidos durante aquel funesto 1967. Los aplausos y las felicitaciones fueron desplazados por la angustia y los gritos de dolor. Uno a uno, cientos de

infantes empezaron a desplomarse en medio de insoportables dolores de estómago y dificultades para respirar. Parecía como si una maldición bíblica hubiera caído sobre la pobre Chiquinquirá. La histeria tomaba las calles de la población boyacense. A los aterrorizados padres se les morían los hijos en sus brazos mientras corrían desesperados pidiendo ayuda.

En el Hospital San Salvador las escenas no eran distintas: los alaridos de las madres se confundían con los estertores de los agonizantes y la impotencia de los espantados médicos, que no sabían a qué se enfrentaban. Para el mediodía ya eran treinta y ocho los muertos, la mayoría niños, y más de trescientas las personas que pedían ayuda, todas torturadas por los mismos síntomas.

Al igual que la muerte, las noticias y rumores tomaron la ciudad. En la radio se hablaba de una intoxicación masiva. ¿Habría sido el agua? ¿Habría sido el aire? Tal era el caos que pronto llegaron a la ciudad en helicóptero el gobernador de Boyacá, el ministro de Salud, varios de sus delegados y un grupo de científicos del laboratorio de toxicología de Bogotá. Pero la cifra de muertes ascendía y nadie parecía dar ni con la causa ni con la cura para tanto dolor.

Esa tarde, en lugares y momentos diferentes, aunque en el mismo barrio, Pedro Osorio, un ciudadano de a pie, y Arturo Díaz Avellaneda, un abuelo que ese día había perdido a cuatro de sus nietos, haciendo un desesperado y mortal experimento, dieron con la respuesta que ni científicos ni expertos habían podido encontrar: la muerte había llegado en el pan del desayuno. Osorio les había dado mendrugos de pan a sus pollos y Díaz Avellaneda había hecho lo propio con su perro. Unos y otro murieron en cuestión de minutos, agonizando tal y como la gente en la ciudad.

¿Cómo se iba a imaginar el conductor del camión, que esa madrugada había transportado desde Bogotá los treinta bultos de harina de los molinos de Concepción y Cundinamarca hasta la panadería Nutibara, de Chiquinquirá, que en su camión llegaría la muerte a la ciudad de la patrona de Colombia? ¿Qué destino trágico habrá marcado el momento en que en el abrupto bache de la carretera o un timonazo en una curva cerrada hizo que se rompieran tres frascos de las treinta y dos cajas del mortífero pesticida Folidol que (y esto es lo más bizarro y absurdo de esta historia) viajaban sin mayor precaución encima de la harina para

el pan?

Diez bultos se impregnaron del veneno que se usa para matar las plagas de la papa y que iba para un almacén agropecuario. Vaya uno a saber si no le pareció sospechoso el olor al panadero, pero ese pan calientico que la gente con tanto agrado le compraba en las mañanas se cobró ese día la vida de setenta y ocho personas y dejó intoxicadas a casi novecientas más, niños en su mayoría.

Muy al estilo de este rincón del tercer mundo, donde la corrupción y la negligencia parecen ser no la excepción, sino la norma, tuvo que suceder esta tragedia para que por primera vez el Ministerio de Agricultura se pusiera a trabajar en la creación de una reglamentación sobre el uso y transporte de estos químicos. Sin embargo, más de cincuenta años después de esta tragedia, solo hay que andar por las carreteras de Boyacá y Cundinamarca para ver a los campesinos, muchas veces sin guantes o protegidos tan solo por un trapo en la boca, asperjando plaguicidas o pesticidas sobre la cebolla o la papa.

No sabemos, o tal vez no quieren que sepamos, cuánto de eso nos tragamos todos los días en los alimentos que comemos, ni en Colombia ni en el mundo, porque el problema de los venenos que se vierten en los cultivos está volviéndose una calamidad mundial producto de la codicia y la falta de escrúpulos de las grandes corporaciones. Mientras cada vez más personas exigen en más países controles y seguridad en el manejo de estos tóxicos, los colombianos tenemos que ver con resignación cómo el Gobierno pelea con garras y dientes para que llueva glifosato en nuestras selvas. Nada más y nada menos que el herbicida primo del funesto agente naranja que desarrollara la empresa Monsanto y con el que Richard Nixon arrasó las selvas de Camboya para que los soldados del Vietcong no tuvieran donde esconderse.

Solo hay que visitar Saigón, en el sur del país, que ahora es conocida como Ciudad Ho Chi Minh, para ver las secuelas que ese veneno sigue dejando en la población vietnamita varias generaciones más tarde. Del número total de soldados americanos envenenados no se sabe por qué, maquiavélicamente, al ver los estragos el gigante agroindustrial mandó a sus abogados a repartir irrisorias indemnizaciones y a hacer firmar a los militares leoninos acuerdos de confidencialidad. Hace un par de años, la multinacional alemana Bayer compró Monsanto, sin saber que se

metía en camisa de once varas porque, pocos meses más tarde, en California, se daría el primer fallo a favor de una víctima del cáncer causado por la constante exposición al famoso glifosato. Pero, mientras eso pasa en Estados Unidos, nuestros legisladores hacen bromas y estúpidas comparaciones para defender el uso de este veneno, se pregunta uno, motivados por qué perversos intereses.

El 30 de noviembre de 1967, una semana después de los hechos, se llevó a cabo una misa en la basílica de Nuestra Señora de Chiquinquirá para despedir a los mártires de tan horrible tragedia. Hasta el presidente de la época, Carlos Lleras Restrepo, asistió. Cuentan que el cementerio del pueblo colapsó y que tanto el conductor del camión como el panadero estuvieron detenidos por unos días. Al final no hubo otro responsable a quien culpar más allá de la ignorancia e inexperiencia. Cuentan también que el panadero murió años más tarde, tras una vida atormentada por los recuerdos de ese fatídico sábado en el que abrió su panadería como cualquier otro día, sin sospechar los inenarrables sucesos que, horas después, harían que la cerrara para siempre.



SE ADOPTAN MUERTOS

Imagínese que su hermano, su hijo o hija, su pareja sale una mañana de su casa y no regresa nunca más. Imagínese que lo busca por años en los pabellones de muertos sin identificar de Medicina Legal, en las fosas comunes que poco a poco se van encontrando y que dejaron regadas paramilitares, guerrilleros o bandas criminales por el país. Imagínese que lo busca en la interminable lista de ejecuciones extrajudiciales que han dejado las fuerzas del Estado. Imagínese que nunca lo encuentra.

De acuerdo con cifras de 2019 del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), en Colombia ha habido cerca de ciento veinte mil personas desaparecidas en los últimos cincuenta años por cuenta del conflicto armado, y la cosa no para. En 2020 ni la pandemia ni el confinamiento impidieron que Medicina Legal reportara 2813 nuevas desapariciones. Somos un país de miles y miles de familias condenadas a ser revictimizadas a diario por la incertidumbre de no saber qué pasó con sus seres queridos. Es como si los asesinos se hubieran salido con la suya y logrado su perverso cometido: desaparecer, en el completo sentido de la palabra, a sus víctimas. Hemos visto y hemos oído de todo para lograrlo, desde hornos de cremación al estilo nazi hasta criaderos de cocodrilos, pensados para que las llamas o los dientes se

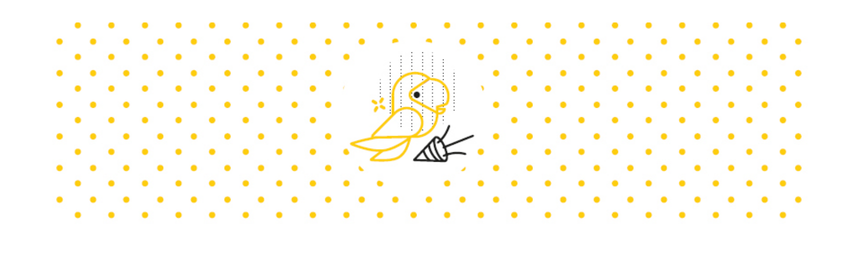
tragaran los cuerpos. Así de perversa y degenerada fue nuestra guerra.

Esta historia, además de bizarra y dolorosa, deja muchos problemas a la deriva y pabellones enteros de cuerpos NN en todos los cementerios del país. Pero ninguno se compara al de Puerto Berrío, en Antioquia. Solo en este pueblo, que ha sido azotado por uno y otro lado de la guerra, se cuentan más de mil doscientos asesinatos y quinientos treinta desaparecidos desde 1985. Algo similar pasa en los pueblos cercanos de la región. Esa fue la razón por la que las autoridades civiles y religiosas de Puerto Berrío destinaron un pabellón de su cementerio para los cuerpos que nadie reclama o que nunca se han logrado identificar. Civiles, guerrilleros, paramilitares se encuentran en estas tumbas y muchos de ellos han llegado al pueblo arrastrados por la corriente del río Magdalena o han sido sacados por accidente del fondo de las aguas por las atarrayas de los pescadores. Con el tiempo, la enorme sección de NN fue visitada cada vez más por los devotos habitantes del pueblo como parte de un inusual ritual: rezar y contemplar a las ánimas de los difuntos sin identificar a cambio de favores y plegarias atendidas desde el más allá.

Al parecer, la costumbre fue introducida por una mujer llamada Lucy, que quería obtener su título como enfermera en Medellín. Ella había visto que en Puerto Boyacá, otro pueblo ribereño, las personas les rezaban a los NN a cambio de su ayuda. Muchos siguieron su ejemplo y muy pronto el olvidado pabellón, que solo tenían presente los investigadores forenses de la Fiscalía, se convirtió en el más concurrido de la zona. Aunque no hay unas normas específicas, en general todos siguen el mismo procedimiento. Una persona va al pabellón, escoge una tumba (es decir, a un muerto) y le ofrenda cosas que van desde ponerle una lápida o llevarle flores hasta instalar electricidad en el cementerio, siempre y cuando le resuelva alguna necesidad o deseo. Y, por supuesto, eleva oraciones para la salvación de su alma y el perdón de sus pecados.

Han sido tantos los escogidos que se crearon los Lunes de Difuntos para tener un día especial de la semana en el que los devotos acudan masivamente para visitar a sus muertos adoptados. Como pasa en muchas adopciones de vivos, no han faltado los casos particulares de desencuentro, como en las

ocasiones en las que un NN escogido es encontrado por su familia o cuando un mismo NN es escogido por dos personas diferentes que no saben de la existencia del otro. Sin embargo, el mayor dolor de cabeza es el que constantemente denuncian las autoridades, que es más una súplica a los habitantes: no alteren las tumbas. Tanto así que, en un costado del pabellón, se lee un enorme letrero firmado por la Fiscalía y la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores que dice: «Favor no borrar, pintar o cambiar los datos de los NN». Esta petición, sin duda, podría encabezar la lista de plegarias no atendidas en el cementerio.



LOS NIÑOS DULCES DE MANIZALES

Manizales, a diferencia de Cali, es pura loma. A golpe de hacha y machete, colonos antioqueños, acompañados de yeguas, mulas y caballos, despejaron un terreno escarpado cerca del nevado del Ruiz y fundaron la ciudad en 1849. Por su ubicación estratégica en una ruta importante para el comercio, se pobló con rapidez y creció gracias al café y todos los puestos de trabajo que ofrecía su cadena de producción. Por cuenta de esto contó con líneas de ferrocarril y un cable aéreo, de 72 kilómetros de largo, que la comunicaba con el municipio tolimense de Mariquita. Estos medios de comunicación dejaron de existir hace rato, pero del último quedan en pie dos torres que le dan el nombre de El Cable a este sector, al que se llegar por la avenida Santander, una de las vías principales de la capital caldense. Al subir más por esta vía se llega a Milán, una zona de restaurantes, y más arriba se encuentra Cerro de Oro, uno de los puntos más altos de la ciudad.

La vista desde allá no tiene comparación, y el lugar es un imán para ciclistas que quieren una subida exigente y parejas de

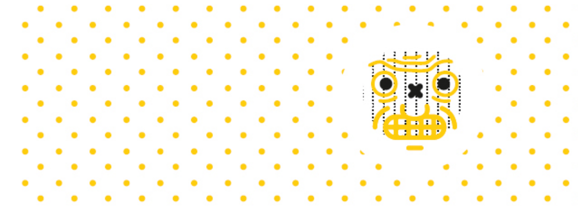
enamorados que quieren ver atardeceres. En las noches despejadas, los aventureros suben a contemplar el firmamento y los más audaces llegan a la medianoche en carro para atraer a los Niños Dulces. La leyenda urbana dice que hace muchos años, nadie sabe cuántos con exactitud —la vaguedad es importante en este tipo de historias—, un grupo de niños murió de manera trágica en este sitio. Unas versiones cuentan que perecieron en el incendio de un orfanato (esto les suena creíble a muchos porque lo relacionan con los tres incendios importantes que hubo en Manizales en 1922, 1925 y 1926); otras, que iban en un bus escolar que se accidentó, y las menos, que un asesino mató a los pequeños y dejó sus cadáveres regados en los potreros aledaños a esta planicie única en medio de tanta falla y loma.

De los incendios y la actividad sísmica que hay en la ciudad, por su cercanía con el volcán nevado del Ruiz, que se puede ver en días despejados, hay testimonios y registros fidedignos. A lo largo de la historia, los temblores han afectado viviendas de la ciudad y hasta la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Manizales, la catedral más alta de Colombia. Sobre los crímenes o muertes accidentales de los niños no hay ninguna mención. Es un cuento, pero sigue atrayendo a curiosos que van hasta Cerro de Oro para dejarles una ofrenda de dulces y tener una experiencia sobrenatural.

El ritual para vivirla es siempre el mismo. Los grupos llegan en el carro cerca de la medianoche. Estacionan, apagan el vehículo, riegan en el techo un puñado de dulces y algunos ahí mismo un poco de harina. Luego gritan: «¡Niños Dulces! ¡Niños Dulces! ¡Vengan por sus dulces!». Y se encierran en el carro. Dicen los que han hecho la prueba que, cuando se empañan las ventanas, aparecen huellas de manos y pies pequeños, y algunos aseguran que se escuchan voces, cantos y risas. Siempre hay un valiente de turno que se encarga de abrir la puerta y salir a mirar qué pasó. Los testigos dicen que los dulces desaparecen y el patrón de huellas de infantes se repite sobre la harina. El plan de espanto termina con el grupo comiendo en Milán y tomando cerveza en El Cable. Los que más lo hacen son jóvenes y hasta hace algunos años era un ritual de iniciación.

Ahora, después de una pandemia que tuvo tantos horrores y debió curarnos de espantos, es curioso que esta historia siga vigente. Pero así es. Los escépticos insisten en que es un cuento

infantil para ingenuos, aunque en redes hay varios videos de quienes se han medido a hacer la prueba y están convencidos de que en Cerro de Oro sí pasó algo terrible y que los fantasmas de los niños rondan el sector y solo encuentran paz cuando endulzan su pena.



UNIVERSIDAD POR MATADERO

En Colombia, llegar a la universidad sigue siendo un privilegio y cualquier colombiano lo sabe. Por un lado, las universidades públicas no tienen cupo para todo el mundo y viven en una eterna resistencia para no seguir decayendo por cuenta del abandono estatal; por el otro, las universidades privadas son carísimas e ingresar a alguna es, en la mayoría de los casos, meterse en una deuda impagable a costa de sacar un cartón. Cualquiera que sea el caso o la elección para ir a la universidad, nadie espera terminar muerto por ingresar un solo día. Y eso fue lo que les pasó a diez indigentes que entraron a la Unilibre en Barranquilla: no fueron para recibir clase y terminaron masacrados.

Fue en febrero de 1992 y, ajá, justo era la época del Carnaval de Barranquilla, esa semana en la que, prácticamente, no se hace otra cosa en la ciudad más que recochar, recochar y recochar hasta amanecer en un andén ebrio o enguayabado, para seguir la parranda al día siguiente como el cuerpo pueda. No es mucho lo que se hace académicamente en esa temporada, y menos un

sábado de carnaval antes de que muera Joselito, pero fue entonces cuando un grupo de diez indigentes fueron «invitados a ingresar», de a uno, a la sede centro de la Unilibre.

Si ya habían ido o no anteriormente a una universidad, si sabían lo que era un aula o si alguna vez tuvieron sueños de estudiar, es algo que no se sabrá nunca, porque no fue para eso que los citaron a la Unilibre. Les dijeron que pasaran sin lío para que hurgaran entre la basura con la promesa de que encontrarían grandes cantidades de papel y cartón que podrían reciclar. Cada uno de los indigentes era conducido cada vez más adentro de la universidad, después de haber mordido el anzuelo de llevarse una buena parte de papel, hasta que, cerca del anfiteatro, los atrapaban por la espalda y los agarraban a garrotazos para noquearlos y, finalmente, los coronaban con un tiro en la cabeza.

Nada de esto se hubiera sabido, y tal vez hubieran sido muchos más los indigentes asesinados, de no ser porque esta historia tuvo un inesperado giro, como si se tratara de una película *snuff* de bajo presupuesto y con un guion muy poco creativo. Una de las víctimas, un reciclador llamado Ómar Enrique Hernández, sobrevivió milagrosamente al ataque. Aquella noche de sábado de carnaval pasaba por la sede de la Unilibre recogiendo latas de cerveza, cuando un celador de la universidad lo invitó a entrar para que se llevara una buena tajada de cartón que no existía. Como los demás, fue atacado en medio de la oscuridad y, a pesar del balazo y el madrazo, tuvo la astucia de hacerse el muerto.

Los asesinos lo llevaron al anfiteatro, lo embadurnaron de formol y lo dejaron ahí en una especie de abandono mortal. Así pasó toda la noche, fingiendo ser un muerto más, hasta que en la madrugada recobró fuerzas y, en medio de su aturdimiento y estado de semiinconsciencia, emprendió la huida del infierno. Logró escapar de la Unilibre y salió corriendo como pudo por las calles de Curramba, que todavía estaba en plena efervescencia carnavalera, hasta que llegó a una estación de policía.

Habrá que imaginarse la reacción de los agentes que lo recibieron. Ómar Enrique les contó su historia: que lo habían engañado y lo habían hecho pasar a la universidad en medio de la noche para atacarlo y, sin motivo alguno, asesinarlo; que le habían metido un tiro de gracia, pero no le había hecho daño y que no era el único, sino que había muchos más. Su apariencia no

le ayudaba: a pesar de estar ensangrentado de la cabeza para abajo, prácticamente tullido, con el brazo izquierdo roto por los garrotazos, y oliendo a formol, era un indigente y habrá que ver que aún hoy en día no se les trata con seriedad.

Además, haciendo de abogado del diablo, era pleno carnaval e historias raras y gente borracha, y deschavetada, seguro que llegaban a la policía cada cinco minutos. El policía simplemente le dijo: «Negro, tú estás loco». Sin embargo, Ómar Enrique insistió e insistió hasta que logró que el agente le parara bolas y decidió acompañarlo a deshacer sus pasos hasta llegar de nuevo a la portería de la sede centro de la Unilibre.

Los celadores opusieron resistencia, lógico. Fue entonces que el policía, ante la insistencia de la versión de Ómar Enrique, decidió llamar refuerzos. A los porteros no les quedó más remedio que abrir las rejas y el sobreviviente, de nuevo y en menos de dos días, estaba ingresando a la Unilibre, pero esta vez solo para demostrar que no estaba loco. Condujo a los policías al anfiteatro, el lugar donde se había hecho el muerto, y allí los policías le dieron la razón: en hilera reposaban doce cadáveres, todos asesinados violentamente, todos de indigentes. En total, serían dieciséis los asesinados. Junto a ellos, tres baldes gigantes con partes de cuerpos que, se sabría después por estudios de Medicina Legal, pertenecían a al menos cuarenta personas diferentes.

La ciudad, delirante por el carnaval, se despertó con el escándalo aún más delirante de que en una de sus principales universidades mataban a recicladores por la noche. La pregunta era: ¿por qué? Inicialmente, los representantes de la universidad, uno de ellos Alfonso Tamayo, senador de la República para entonces, dijo que la noticia era falsa. Los estudiantes y algunos ciudadanos no demoraron en hacer protestas frente a la sede de la Unilibre y la presión pronto condujo a que se revelara la verdad: en la universidad operaba una red encargada de traficar con órganos.

Esa red involucraba a diferentes miembros de la *alma mater*: desde directivos como Eugenio Castro Ariza, cerebro de la operación, hasta vigilantes como Santander Sabalza Estrada, quien llevaba diecisiete años trabajando allí y era el encargado de organizar los cuerpos y los órganos, y de pagar entre ochenta mil y ciento cincuenta mil pesos por cadáver que llevaran al anfiteatro. Las investigaciones del F-2, que luego pasaría a ser la

Sijin, fueron, en definición, insuficientes. Solo se llamaron a indagatoria a doce personas, de estas fueron detenidas siete que, según investigaciones del diario *El Heraldo*, no eran los autores intelectuales de la matanza, sino vigilantes que participaban en los asesinatos. Todos quedaron libres por vencimiento de términos.

De la *Unitranca*, como le dicen popularmente a esta demencia de crimen en la Arenosa, los barranquilleros, y en general todo el país, recuerdan cada vez menos. Es la prueba de que en Colombia la vida puede valer nada, más si no se tiene un hogar o un empleo reconocido. La ciudad siguió con su imparable fiesta carnavalera mientras los rostros reconstruidos de doce de las víctimas reposan aún en Medicina Legal porque nunca nadie los reconoció.



SALVANDO AL NIÑO TORTUGA

Un nevus melanocítico congénito es una extraña patología que consiste en la proliferación anormal y en grandes cantidades de melanocitos, un tipo de células de la piel que producen melanina, agrupándolos en nidos hasta formar una enorme costra con un color determinado de piel más oscuro, rugoso y velludo. En otras palabras, es un enorme lunar, benigno pero incómodo, que solo se presenta en un uno por ciento de los niños recién nacidos. En caso de desarrollarse, solo se manifiesta a partir de los seis meses de edad y su crecimiento puede ser continuo hasta los 25 años. Padecer una enfermedad de estas es una verdadera tragedia y uno de los casos más notorios en el mundo ha sido el de Didier Montalvo.

Se trataba de un niño de la vereda El Algodón, en el municipio de Sahagún, en Córdoba, en cuya espalda se había desarrollado un lunar de un tamaño tan desproporcionado que había tomado la forma de un caparazón, y por eso en su pueblo se lo conocía como «el niño tortuga». Su vida no corría peligro, pero sí era un constante martirio. No iba al colegio porque se le

dificultaba y su mamá temía que los otros niños se burlaran de él por su condición. Su familia no tenía el dinero para costear un tratamiento o una cirugía y, como esta es una historia colombiana, al niño le caía el peso de la estigmatización por parte de la gente de su pueblo, que lo rechazaba por creer que su condición era una especie de hechizo o maldición debido a que su madre había visto un eclipse solar durante el embarazo. Sí, tenía que soportar ese tipo de cosas.

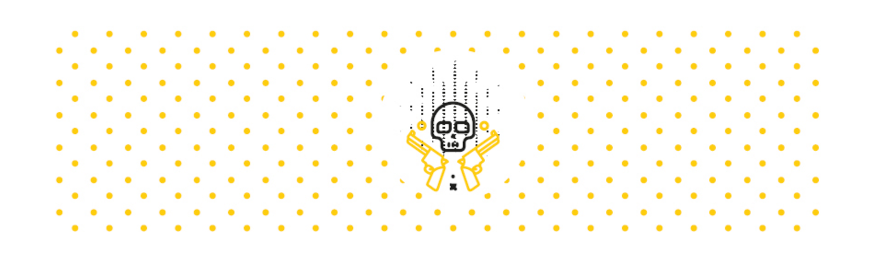
Cuando conocí a Didier en 2010, su madre, Luz Nery Montalvo, y toda su familia vivían en una constante zozobra. El pequeño ya tenía seis años, el lunar ya cubría toda la espalda, se había expandido por uno de sus costados y empezaba a cubrirle el abdomen. En ese momento la masa pesaba más de cinco kilos y cargarla lo mantenía agotado. De lo poco que les habían dicho sobre su condición, sabían que, en esa medida, el lunar podría tornarse maligno en poco tiempo. El temor era mayor por la absoluta pobreza en la que vivían, en una zona rural a la que no llegaba el agua potable, bajo 38 grados centígrados de calor constante, prácticamente alejados de cualquier recurso tecnológico.

Después de contar su historia en televisión, empezó un circuito de buenas intenciones donde mucha gente que vio el programa se animó y se sumó para ayudar a Didier y a su familia. Un esfuerzo importante fue el de los médicos de la Fundación Cardioinfantil en Bogotá, liderados por el doctor Santiago Merchán. Pero se necesitaba más que eso. Retirar el lunar, que ya ocupaba el treinta y cinco por ciento de la superficie corporal del niño, implicaba una cirugía de alto riesgo con probabilidades de hemorragia masiva y la importación de equipos especializados que no había en el país. Al igual que en tantos otros casos, el sistema de salud colombiano se negó a cubrir los costos de la cirugía.

Pasó más de un año y medio para que el equipo de médicos de la Cardioinfantil reuniera los recursos necesarios para hacer la cirugía en Bogotá. Entre estos, se requirió la presencia del doctor Neil Bulstrode, cirujano plástico del Great Ormond Street Hospital for Children de Londres, una autoridad mundial en este tipo de procedimientos, quien, después de ver el caso de Didier en *Especiales Pirry*, se sumó a la causa para salvarlo. El lunes 24 de octubre de 2011 llegó el anhelado y angustiante día en el que

nuestro equipo periodístico, el de médicos y la familia Montalvo entregaron al pequeño a las puertas del quirófano en una cirugía de vida o muerte.

Recuerdo en especial que, entre el pesado ambiente de nervios e incertidumbre, Didier era el único que no sentía temor en absoluto. Cuatro horas después de una operación tan inusual como el lunar que lo invadía, con la tranquilidad y la inocencia con que lo conocimos siempre, el pequeño salió en una camilla victorioso y custodiado por el grupo de médicos que daban a todos la buena noticia que habíamos esperado por más de mil días: el caparazón era cosa del pasado y también el niño tortuga. En aquel momento, Didier Montalvo había vuelto a nacer como un niño sano y feliz, como debe ser.



LA HISTORIA DEL MONSTRUO DE TACUEYÓ

El absurdo y la sevicia se han paseado de manera tan bizarra durante estas seis sangrientas décadas de guerra que a los colombianos la barbarie se nos ha vuelto paisaje y los muertos, números. Pero algunos capítulos de esta tragedia fratricida son tan perversos que se niegan a desparecer de nuestra memoria aun en contra de los siniestros esfuerzos de algunos, seguramente culpables, por desaparecerlos de la historia oficial, como si quisieran matar a las víctimas dos veces para luego sepultarlas en la fosa común de la posverdad.

Hay países que cuentan los muertos de su violencia por miles, nosotros contamos por miles nuestras masacres. Macayepo, Bojayá, El Aro, Trujillo o El Salado son tan solo algunas de las que se me vienen a la memoria. Y, sin embargo, una de las más sangrientas, no solo por las ciento sesenta y cuatro víctimas torturadas y ejecutadas que dejó, sino por lo bizarro de su cómo y

por qué, es una de las menos recordadas: la masacre de Tacueyó.

La guerra en Colombia es muchas cosas; entre ellas, un negocio. La historia de Tacueyó comenzó años atrás, en 1982, cuando José Fedor Rey, alias *Javier Delgado*, y Hernando Pizarro Leongómez se volaron de las FARC con mil seiscientos millones de pesos del secretariado, que utilizaron para comenzar su propia empresa. A ese emprendimiento de la muerte lo llamaron Comando Ricardo Franco Frente-Sur, su territorio fue el norte del Cauca y les funcionó bien durante tres años. Sin embargo, cuando estaba por llegar a su punto de equilibrio, comenzó la debacle.

Todavía no se sabe cómo ni cuándo exactamente en el nova-to grupo guerrillero comenzaron a circular rumores de que entre sus hombres se encontraban infiltrados del Ejército colombiano, inclusive de la CIA. Investigar este tipo de sospechas es parte importante del trabajo de inteligencia de cualquier agrupación armada. Pero, en este caso, la inteligencia brilló por su ausencia, dándole paso a una paranoia y a una sevicia delirantes. En enero de 1986, como si los hubiera poseído el mismísimo demonio, o hubieran sido atacados por una esquizofrenia inexplicable, Fedor Rey y Pizarro Leongómez arrancaron esta orgía de sangre.

Noche tras noche, pequeños grupos de sus propios hombres, algunos de ellos niños de apenas 14 o 15 años que ni siquiera acababan de entender su reciente reclutamiento, eran torturados salvajemente hasta que confesaran o murieran. Paradójicamente, un guerrillero formado en una filosofía marxista y atea armaba en su propio campamento una cacería de brujas digna de Salem, con la eficacia asesina del mismísimo inquisidor Torquemada. Los suplicios duraban hasta tres o cuatro días y muchas veces terminaban cuando el torturado admitía ser culpable de lo que fuera, ser un oficial del Ejército o un espía del Imperio, y en medio de su agonía señalaba a algunos de sus compañeros, tan solo para que lo dejaran morir y así acabar su sufrimiento. Fue así como la matanza fue creciendo de manera exponencial, y solo se detuvo después de casi noventa días de barbarie y ciento sesenta y cuatro asesinatos.

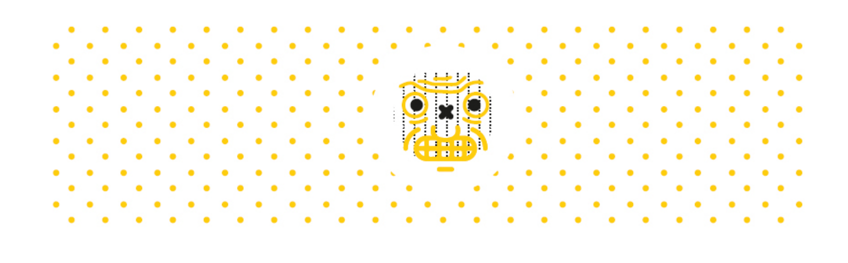
Qué difícil, para alguien que no haya vivido esta pesadilla, entender esa locura y esa sumisión colectiva a la que tan solo dos mentes retorcidas pudieron llevar a casi doscientos hombres. Teorías hay muchas, incluyendo una que dice que el mismísimo Javier Delgado era infiltrado del Ejército con la misión de

desintegrar el grupo guerrillero desde adentro, y otra que asegura que todo este horror no es más que el producto de una mente psicópata que sufría delirios de persecución y grandeza.

La carnicería solo se conoció cuando los habitantes de la zona empezaron a encontrar las fosas que el grupo guerrillero dejaba a su paso y acudieron a los hombres de M-19, que también operaban allí. Fue entonces cuando el comandante Carlos Pizarro Leongómez, hermano de Hernando, tuvo que ir personalmente con sesenta de sus hombres a ver qué sucedía. Entre cadáveres insepultos, encontraron hombres amarrados, colgados y torturados esperando su hora. Testigos sobrevivientes han contado en sus memorias que, antes que ocultarle las causas de la carnicería, Hernando le compartió con orgullo a su hermano que estaban ajusticiando a traicioneros e infiltrados que habían detectado en su frente.

Inicialmente el M-19 no tomó acciones, pero tras encontrar ochenta y seis cadáveres más, todos al parecer ajusticiados por sus comandantes, vinieron a darse cuenta de la magnitud de los hechos. El propio Carlos Pizarro Leongómez condenó enérgicamente los hechos y pidió la expulsión del frente Ricardo Franco de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB). En sus investigaciones internas, la CGSB concluyó que, como posible causa de la matanza, no había otra razón más allá del hecho de que Javier Delgado era un psicópata y se había enloquecido por la guerra.

Javier Delgado, al que apodarían el Monstruo de los Andes, fue capturado por las autoridades en 1995, diez años después de la masacre. Se sometió a la justicia y fue condenado a diecinueve años de cárcel. En junio de 2002 lo encontraron colgado en su celda. Las FARC se atribuyeron su muerte y dijeron que uno de sus hombres lo había asesinado. Hernando Pizarro Leongómez fue asesinado a tiros en Bogotá ese mismo año. Los comandantes reinsertados de las FARC se hicieron responsables de los crímenes de Delgado y Pizarro ante la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP).



MARCAPASOS *MADE IN* COLOMBIA

En una de sus ocurrentes columnas de opinión, durante sus buenos años de periodista en *El Espectador*, Gabriel García Márquez hacía un jocoso llamado de atención sobre una triste realidad colombiana: la urgente necesidad de que más gente en el país se dedicara a hacer inventos. Su preocupación tenía todo un fundamento y se basaba en una desganada feria de inventos e inventores que se hizo en Bogotá en 1954 y que solo tuvo cinco participantes. «Tal vez no sea aventurado pensar que muchos compatriotas nuestros no inventen cosas porque no sepan que es necesario inventarlas o porque no se les ha ocurrido nunca que ellos podrían hacerlo», escribía en julio de ese año el entonces reportero.

Como atendiendo a su llamado, cuatro años después, en 1958, un colombiano daba una satisfactoria respuesta a la querella del futuro nobel, con proporciones de universalidad. Se trataba de un jovencísimo bogotano llamado Jorge Reynolds, quien, con solo 22 años y un título en Ingeniería Electrónica del Trinity College de Inglaterra, acababa de crear un mecanismo de estimulación

eléctrica para ayudar a personas con diferentes problemas cardíacos. El artefacto pesaba unos cuarenta y cinco kilos y se conectaba al corazón por medio de electrodos que eran impulsados por la batería de un carro. Ya se había probado en perros, pero solo hasta ese año se intentó hacerlo por primera vez en humanos al implantarse correctamente en el corazón de un cura ecuatoriano de 70 años. La maravilla eléctrica-médica fue bautizada como marcapasos por su inventor.

Desde entonces, la humanidad, especialmente los colombianos, ha conocido las maravillas que ha traído este impulsor de corazones, además de estar eternamente agradecidos con su gran contribución a la salud. Con su evolución, millones de personas han tenido una segunda oportunidad y se calcula que anualmente se implantan seiscientos mil marcapasos en todo el mundo. Solo por eso, el ingeniero Reynolds, quien además se interesó en estudiar los corazones de veintisiete especies diferentes, desde mosquitos hasta ballenas, merecía un pedestal en el estéril olimpo de las invenciones científicas hechas en Colombia. Lo raro, que muchos se preguntaron por décadas, es por qué este gran benefactor no había recibido el debido y correspondiente reconocimiento mundial, a diferencia de lo que sucedía en su tierra natal.

En 2019, por ejemplo, sesenta y un años después de su máxima creación, la periodista Claudia Palacios le preguntaba al inventor por qué no había ganado el Nobel si el suyo había sido el primer marcapasos de la historia. Reynolds respondió que no lo sabía. Para ese momento, en Colombia ya se le habían hecho honores, desde elogios de todos los presidentes de la República, incluido Iván Duque, entrega de títulos *honoris causa* en la Universidad Simón Bolívar y la Universidad de La Sabana, hasta ser nombrado miembro honorífico de la Academia Nacional de Medicina… Pero los homenajes internacionales nunca llegaron. Seguramente se debía a que, contrario a lo que creímos generaciones de colombianos en las últimas seis décadas, el ingeniero Reynolds no inventó el marcapasos.

Antes que su artefacto, desde 1926, ya se habían hechos avances en la materia por parte de científicos en Australia, Estados Unidos, Canadá y Suecia. Y, según sus registros, ya se había logrado tener, para 1957, un año antes que en Colombia, una versión portátil del marcapasos e, incluso, ya había sido

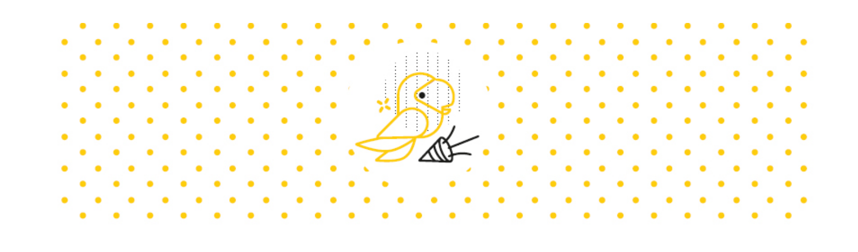
probado con éxito en humanos. Esos antecedentes nunca fueron mencionados por Reynolds y, al parecer, tampoco eran conocidos por la comunidad científica y los medios colombianos, que nunca dudaron en nombrarlo como el creador del marcapasos, versión que él nunca desmintió.

El error histórico fue descubierto por periodistas de *El Espectador* en 2019, quienes interpelaron al ingeniero por estos datos y este respondió que ese mito, en realidad, había sido inventado por los medios y no por él. Por lo demás, se deduce que ser sujeto de dicho relato no fue un disgusto para el ingeniero y no tuvo tiempo para aclarar la situación.

En 1954, García Márquez escribía:

> Los colombianos no creemos en los inventores. Ni siquiera los posibles inventores en potencia creen en los inventores, de manera que mal harían en dedicarse a hacer algo en que ellos mismos no creen. El problema es que todo inventor, antes de inventar algo, debe inventarse a sí mismo como inventor.

Tenía razón: es urgente que en Colombia inventemos a inventores. Pero esta no es la forma.



DELIRIOS PANDÉMICOS

En 2020 cambió de manera radical aquello que los humanos creíamos posible y lo que no. La pandemia, que algunos pensaron iba a durar solo un par de semanas de cuarentena, se volvió de repente algo de tres meses que se extendió un año y, para muchos, dos. Es posible que todavía haya personas encerradas en sus casas, aterrorizadas por el virus y con miedo a la vacuna y sus múltiples dosis. Lo que sí fue real es que las ciudades se silenciaron, los aviones dejaron de volar, e internet se llenó de fotos de delfines nadando en canales de grandes ciudades y memes apocalípticos que decían: «Por fin la naturaleza reclama su lugar». Lo increíble sucedió para todos en el planeta en simultánea y Colombia, que ya era un país delirante en el que todo podía pasar y cualquier cosa se podía creer, se convirtió en el reino de lo posible.

«Métame los dedos en la boca a ver si tengo dientes», dice un viejo dicho. Y, sin duda, en los meses más aguerridos de la pandemia, la boca de los colombianos estuvo abierta de par en par, dispuesta a aceptar cualquier dato al que le pudieran llamar certeza. Ávidos de algo en lo cual creer, nuestros compatriotas decidieron confiar en todo audio que llegara, reenviado miles de veces a través de las redes sociales.

Una de las curas falsas que más se viralizó, lo que prueba la necesidad de aferrarse a cualquier salvavidas que lanzaran, es la del pelo sanador. Fue difundida por una *influencer* que dijo en sus historias de Instagram:

> Nos llegó una nota de voz donde nos dicen que a una persona se le presentó un niño. Todos los que creen en Dios escuchen esto; los que no, se pueden ir. [...] Se le presentó un niño y le dijo: «La cura del coronavirus se encuentra en la mitad de la Biblia».

Las instrucciones eran bastante simples: los creyentes, que no son pocos en un país que estuvo consagrado tanto tiempo al Sagrado Corazón de Jesús, debían buscar un pelo dentro de las páginas de la Biblia. Una vez lo encontraran, debían hervirlo y después beber esa infusión capilar, que los protegería del virus.

Aquel que estuviera infectado con COVID-19 y se tomara el agüita de pelo de Biblia iba a curarse, y quien no tuviera aún el virus e hiciera lo propio no iba a infectarse. En el video viral, la *influencer*, ante todos sus seguidores, abrió la Biblia y justamente en la mitad, en el salmo 91, encontró el famoso y dichoso pelo. «El que habita al abrigo del Altísimo se acoge a la sombra del Todopoderoso», reza el comienzo del salmo. Quién sabe qué pensaron o sintieron quienes observaron a esta joven comentar: «Me pueden decir loca o lo que quieran, pero la fe mueve montañas y, si en este momento nos puede salvar la fe, todos vamos a encontrar ese pelito».No sabemos cuánta gente se salvó por esto y es probable que la única montaña que se moviera fuera la del gráfico del pico de contagios. De cualquier modo, el numeral #PelitoSanador fue tendencia, bien por los creyentes que lo movían para dar testimonio de que lo habían encontrado o por los escépticos que hicieron memes y burlas de este invento pandémico colombiano.

Dicen que, para el que cree, no es necesaria ninguna explicación y, para el que no cree, toda explicación sobra. Lo que sí es cierto es que todos rogamos por una cura o, en su defecto, por la vacuna que mitigara los efectos del contagio. La primera no se dio, pero la segunda apareció. Mientras la vacuna llegaba, hubo gente que tomó agua de pelo y no sintió que le estaban tomando del *ídem*. En el puerto de Buenaventura, un rumor propagado por WhatsApp decía que el agua de mar prevenía el

contagio del virus y ayudaba a curar la enfermedad que producía. De no creer la cantidad de gente que fue a darse su chapuzón.

Casi dos años después del comienzo de la pandemia, vacunados y curados de espantos, salió a la luz la historia del barrio Villa San Pablo, ubicado en el suroccidente de Barranquilla. A comienzos de septiembre del año pasado, apareció en este lugar una enorme piedra. Como la pandemia alborotó el espíritu apocalíptico, muchos creyeron que eso era un meteorito que había caído del cielo como una señal del fin de los tiempos. «No se escuchó ningún ruido. En la mañana me levanté y vi la piedra. Dicen que cayó del cielo, dicen que cuando cayó iba prendida en llamas, pero yo no la vi», comentó en los medios un habitante del barrio.

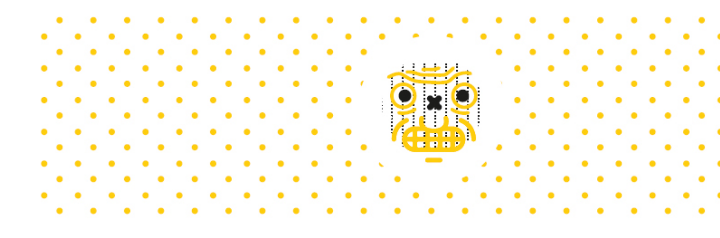
La piedra se llenó de pintadas y algunas personas alcanzaron a creer que esos símbolos en tiza venían incorporados desde antes de la aparición. Porque caída no hubo, nadie sintió el estruendo a menos que el aerolito viniera con silenciador. Los escépticos recalcaban que era imposible que un asteroide cayera sin causar un agujero en la tierra y sin ser siquiera detectado. «Además, si fuera de característica rocosa, se hubiera desintegrado al chocar, a casi quinientos kilómetros por hora, contra el suelo, y si fuera metálica, sus formas serían totalmente distintas, como si fuera una masa de plastilina con hundidos uniformes», comentó en el periódico el experto Jonathan Ospina.

Mientras algunas personas cantaban, otras rezaban, y no faltó la que se llevara un pedazo. En previsión de lo que pudiera pasar, la Policía Metropolitana acordonó el área y sobrevoló la zona en un helicóptero. «¡Con los hijos de Dios nadie se mete!», gritaba una anciana mientras golpeaba con una botella de plástico el supuesto meteorito. Pronto la zona se volvió un lugar de culto y en las redes sociales se viralizó la historia de barranquilleros que iban a rezarle porque creían que esta piedra era una señal del fin de la COVID-19 o del mundo, que marcaba el fin de algo. Toda esta romería y sus escenas parecían sacadas de la canción *El cilindro*, de Rubén Blades.

Un par de días después, cuando el tema se había salido de control, se confirmó que la piedra hacía parte de una campaña publicitaria para crear expectativa sobre la construcción de un complejo social. Sin pensar en las posibles reacciones de los colombianos, los publicistas quisieron presentar así la primera

piedra de una obra. Un inicio, en todo caso, y no el fin de todas las cosas. Entre desilusionados y aliviados, los habitantes del barrio supieron la verdad sobre el presunto meteorito. La agencia de publicidad encargada de la campaña ganó uno de los premios de El Ojo de Iberoamérica por este creativo engaño, en el que invirtió solo diez millones de pesos, tuvo un retorno de dos mil millones de pesos y alcanzó en redes a 386 millones de usuarios.

La pandemia no nos volvió más crédulos que de costumbre; siempre lo hemos sido, por eso acá pasan cosas tan delirantes y absurdas. Pero sí nos hizo sentir más cerca el fin de algo y tal vez por eso nos aferramos con desespero a un pelito sagrado o a un asteroide silencioso.



EL HOMBRE QUE NO HACÍA LLOVER

Como se imaginarán, en Colombia, una de las formas más frecuentes y fáciles de corrupción es hacerse con mucho dinero sobrefacturando unos milloncitos de más en varias cuentas durante alguna contratación con el Estado. Ha pasado desde siempre y en casos totalmente infames. Como, por ejemplo, las entregas de mercados subsidiados a comunidades necesitadas durante la pandemia, donde recordarán que, en varias alcaldías, se descubrieron listas de productos con precios inflados, como latas de atún de doce mil pesos. Algo similar, pero en proporciones diferentes, pasa con otro tipo de contratos financiados con dinero público, como las construcciones, las estrategias de comunicación y, obviamente, los eventos públicos.

La Contraloría Distrital de Bogotá puso el grito en el cielo cuando, lupa en mano, descubrió en enero de 2012 sobrecostos que llegaban al millón de dólares para la realización del acto de clausura de la final del Mundial de fútbol sub-20, que se llevó a cabo en agosto de 2011 en el estadio El Campín. Entre los múltiples pasajes aéreos, contrataciones en el exterior y gastos en

viáticos que consideraron innecesarios, a los revisores les llamó especialmente la atención el inusual contrato de cuatro páginas con un hombre llamado Jorge Elías González, a quien se le habían pagado 3 931 082 de pesos en honorarios y un millón de pesos en viáticos para que evitara que lloviera durante la ceremonia.

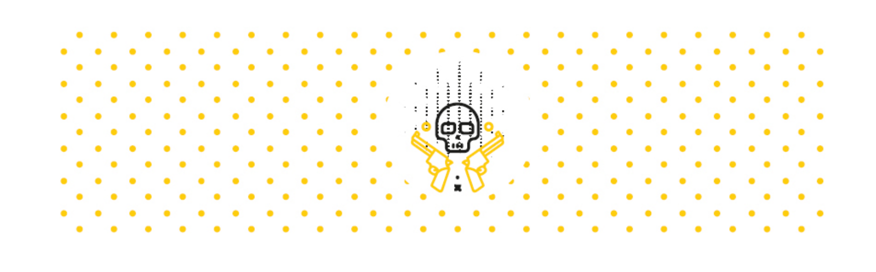
Al igual que la Contraloría, la prensa se ocupó más del ocurrente contrato que de otras cifras extrañas. De a poco se fue sabiendo que el hombre tenía 66 años, que era un campesino y vivía en una apartada vereda del municipio de Dolores, en Tolima, y que había sido contratado por sus servicios chamánicos. En entrevistas con varios medios, González no negó nada. Todo lo contrario, dijo que, en efecto, lo suyo era controlar las lluvias por medio de un conocimiento llamado radiestesia, aprendido de su padre, que con la ayuda de péndulos y la bendición de Dios lograba evitar que lloviera.

Fue enfático al decir que no le gustaba que lo llamarán chamán porque él era radiestesista y aclaró, ante la impávida opinión pública, que llevaba veinte años dedicado al oficio y había hecho lo propio en el acto de posesión de Juan Manuel Santos como presidente de Colombia, en 2010, y en prácticamente todos los actos al aire libre del Festival Iberoamericano de Teatro, cobrando en todas esas ocasiones una cifra similar. Empezó entonces el torbellino de acusaciones entre las instituciones. La Contraloría señalaba al Instituto Distrital de Recreación y Deporte, entidad encargada de realizar el evento, y esta a su vez señaló a la Fundación Teatro Nacional, los contratistas que organizaron la ceremonia.

Cuando los medios buscaron a Ana Martha de Pizarro, directora del Teatro Nacional, se llevaron una doble sorpresa con sus declaraciones. Dijo que, en efecto, sí habían contratado al hombre con esos fines para ese y otros eventos y que el suyo era un conocimiento tan válido como el de cualquier otra ciencia occidental. Si cabía duda de ello, bastaba con ver que, a diferencia del acto inaugural del Mundial en Barranquilla, en el que la programación se vio entorpecida por un tremendo aguacero, en el acto de clausura para el que fue contratado González había llovido antes y después del espectáculo, pero nunca durante el mismo. Para ello, el chamán habría tenido que desplegar sus artes durante los veinte días previos al evento,

teniendo como centro de operaciones el parque Simón Bolívar porque, como él mismo afirmó, «es un lugar con una energía especial».

Si tenemos en cuenta que en el evento de marras no llovió, pues se podría decir que el chamán fue uno de esos raros contratistas de Colombia que sí cumple y además cobra barato, porque cinco millones de pesos por veinte días de trabajo, incluidos viáticos, son una verdadera minucia comparada con los más de tres mil quinientos millones de pesos en sobrecostos que descubrió la Contraloría en la organización de la famosa clausura. Hasta ahora, no se han conocido manifestaciones ni pronunciamientos del gremio de radiestesistas ni de ninguna asociación de chamanes al respecto.



UNA CORRIENTE DE DOS MIL MILLONES DE DÓLARES

Al lado del proyecto hidroeléctrico de Hidroituango, cualquier obra de ingeniería corrupta e inacabada en Colombia y el mundo se queda pequeña. Pero llegar a esos niveles universales de saqueo no habría sido posible si no hubiéramos dado unos pasos previos en esa carrera de construcciones inconclusas destinadas a desfalcar a los colombianos. Habrá que hacer historia patria y recordar que no llegamos ahí de la nada. Un caso así de simbólico no se habría presentado sin antecedentes como el del ya olvidado caso de la hidroeléctrica del Guavio, en 1992, que en su momento llegó a ser la más grande del país y la segunda más importante de Suramérica.

Para ser justos habrá que decir que este proyecto, que embalsa el cauce del río Guavio e inunda el territorio de tres municipios de Cundinamarca, sí era una obra necesaria. El país vivía un déficit energético que tuvo su peor momento en los años noventa

por cuenta de las sequías que produjo el fenómeno El Niño, un evento climático resultado del calentamiento del océano Pacífico que obligó a realizar racionamientos de energía y aplicar estrategias como la denominada Hora Gaviria, que consistió en adelantar una hora el reloj.

La hidroeléctrica del Guavio estaba pensada desde finales de los años setenta y comenzó obras en 1981, después de un largo debate sobre su posible administrador, que terminó siendo la Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá (EEEB). Esta resultó ser una de las peores decisiones administrativas de la historia del país. Comenzó entonces la danza de los millones de dólares. Los colombianos vivimos a la expectativa de la mayor obra de ingeniería que pudiéramos imaginar, que incluía un centro de operaciones seiscientos metros bajo tierra, el túnel más largo del país y 1047 millones de metros cúbicos de agua que podrían generar energía durante cuatro años para una ciudad como Bogotá sin necesidad de lluvias. Era la solución para el problema histórico de generación de energía eléctrica en el país.

Tanta maravilla se vio opacada desde el momento mismo de su inauguración, en diciembre de 1992, porque pasaron once años para concluir unas obras que tuvieron un sobrecosto de dos mil millones de dólares de la época; es decir, trescientos cincuenta mil millones de pesos. Y, aun así, no la hicieron completa: de las cinco unidades que podían instalarse, quedaron faltando tres. La Contraloría y la prensa no tardaron en señalar el caso, con toda razón, como el mayor descalabro gerencial del siglo. Y ni eso impidió que los más de ochenta funcionarios públicos implicados en el delito se libraran de ser debidamente judicializados.

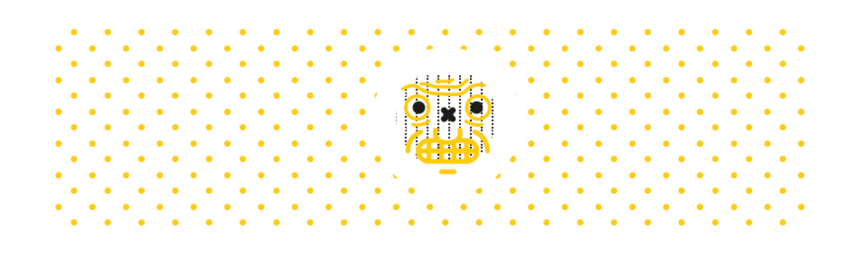
El protagonista del escándalo fue, con poca presión, el gerente de la EEEB, Fabio Puyo Vasco, a quien se le comprobó un aumento patrimonial injustificado por más de seiscientos noventa y dos millones de pesos de la época, aunque se sospecha que esa cifra en realidad superaba los mil millones. El 25 de agosto de 1995, la Fiscalía dictó un auto de detención en su contra, pero no tan rápido ni tan inmediato, porque ese mismo día el exgerente no perdió el tiempo y huyó del país.

Desde entonces, su paradero no ha sido un misterio ni tampoco un motivo para capturarlo. Primero vivió dos años en Estados Unidos, donde se libró de una detención pagando una

fianza de ocho mil dólares para recuperar su libertad. En 1997, huyó a España, donde aún reside muy a pesar de existir una orden de captura en su contra de Interpol. Allá fue notificado de las sentencias en su contra: en 1998 fue condenado a siete años de prisión por enriquecimiento ilícito y, dos años después, a treinta y ocho meses de prisión más por falsedad de documento privado y falso testimonio. Además, fue instado a pagar una indemnización al Estado por dieciocho mil millones de pesos. Pero ni lo uno ni lo otro se cumplió. El doctor Puyo Vasco no pagó un solo día de prisión en Colombia ni devolvió un solo peso de los que se embolsilló ni fue extraditado de España.

El lindo final de esta historia llegaría en 2007, cuando el abogado defensor del doctor Puyo Vasco confirmó la alegre noticia de que la condena de su cliente prescribiría por haberse cumplido el periodo de la misma y porque en todo ese tiempo el Estado colombiano nunca cumplió con los procesos requeridos para su posible extradición. Así, se convirtió prontamente en un visionario de la corrupción multimillonaria que hoy nos ha llevado a ser el país más corrupto del mundo.

Lejos de terminar allí su legado, se reinventó en su modalidad de trabajo y no tardó en verse involucrado en un caso de venta de falsos Picassos en España, con la firma falsificada de la heredera del pintor, Paloma Picasso, otro delito que en ese país tampoco da cárcel. Para la tranquilidad de la prensa y el público colombiano, el doctor Fabio no tardó en dar declaraciones a los medios nacionales desmintiendo esas acusaciones, aclarando que lo suyo no eran las ventas de cuadros.



EL DESMAYO DE DOSCIENTAS NIÑAS EN EL CARMEN DE BOLÍVAR

Con el lento Plan Nacional de Vacunación que se desplegó en Colombia, para tratar de mitigar definitivamente la pandemia de la COVID-19, quedó claro que las vacunas no son lo nuestro. No tenemos cómo crear una, no tenemos cómo fabricarlas, tampoco tenemos representantes del Gobierno lo suficientemente preparados para adquirirlas a tiempo y, cuando por fin se obtienen, viene un problema igual de grande: la gente desconfía de las vacunas y, a falta de una pedagogía certera y masiva sobre el tema, el público cree y replica todo tipo de teorías conspirativas. Tal vez, si le hubieran dado la trascendencia debida a lo que pasó en el Carmen de Bolívar en 2014, muchos de estos errores se habrían evitado.

Todo comenzó el 30 de mayo de ese año en el colegio Espíritu Santo. Los profesores se alarmaron cuando quince estudiantes, entre los 11 y 15 años, se desmayaron de la nada. El episodio, de por sí extraño, se tornó completamente misterioso cuando ocho

de las niñas recayeron después de ser dadas de alta. Presentaban síntomas como taquicardia, dolor de cabeza, dificultad para respirar, adormecimiento, agotamiento en brazos y piernas… Los médicos del hospital local Nuestra Señora del Carmen no encontraban explicación al cuadro sintomático y remitieron a algunas de las niñas a hospitales en Sincelejo y Barranquilla. En menos de un día el hecho se convirtió en noticia.

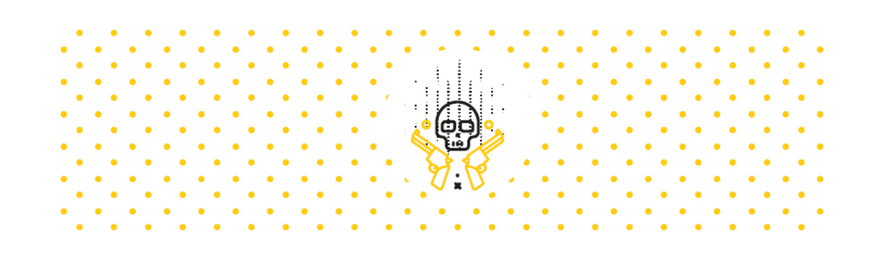
Inicialmente pensaron que se trataba de alguna intoxicación con los alimentos que habían comido en el recreo. Pero, atando cabos, concluyeron rápidamente que la causa podría haber sido la vacuna contra el papiloma humano (VPH), que les habían aplicado ese día en una jornada que realizaron en el colegio. La misteriosa anécdota pudo haber sido una noticia pasajera, de no haber sido porque, a partir de ese día y durante tres meses, el hospital local se vio colapsado a diario y semana tras semana, con decenas de adolescentes que caían desmayadas por las calles del pueblo. Las imágenes de colegialas que llegaban desgonzadas en motos a las puertas del hospital, rodeadas por una multitud de familiares preocupados y curiosos, fue una constante en el Carmen de Bolívar. La situación alarmó de inmediato a las autoridades nacionales.

A finales de ese año, los desmayos cesaron drásticamente, pero el caso ya había pasado a manos del Instituto Nacional de Salud (INS), que realizó una investigación de cada uno de los casos de las niñas desmayadas. Para ese momento se registraban seiscientas veintinueve historias clínicas relacionadas con el fenómeno, de las cuales quinientas diecisiete presentaban el mismo tipo de síntomas. El estudio epidemiológico incluyó dos pruebas toxicológicas a casi trescientas jóvenes que arrojaron un resultado polémico: ninguna de ellas había tenido alteraciones orgánicas o neurológicas y, en consecuencia, era imposible que tuvieran afectación física alguna.

Los resultados del estudio fueron presentados al público en enero de 2015. Fernando de la Hoz, director del INS, dijo, palabras más, palabras menos: «Por lo tanto creemos que la mayoría de los casos corresponden a lo que llamamos un evento sociógeno masivo […] por la percepción exagerada del riesgo relacionado con haber sido expuestas [a la vacuna]». O sea, como quien dice, las niñas se hicieron las desmayadas. Más o menos así lo tomaron los padres de familia del pueblo, que inmediatamente

expresaron su indignación con el INS y el entonces presidente Juan Manuel Santos, quien suscribió esas palabras.

Por parte del Gobierno nacional y del Estado, el caso llegó hasta ahí y el asunto no se investigó más. Sin embargo, reportajes como el realizado por Yolanda Gómez, publicado en *El Tiempo* el 28 de mayo de 2016, descubrieron que las niñas del Carmen de Bolívar no habían sido las únicas afectadas tras la aplicación de vacunas contra el VPH y que los casos se presentaban en diferentes regiones del país, pero nunca de una manera multitudinaria. Ya fuera lo uno o lo otro, lo cierto es que el suceso merecía una exploración seria y profunda que seguramente hoy sería útil o, al menos, un aporte serio al mundo sobre el tema, a pesar de nuestra incompatibilidad con las jornadas masivas de vacunación.



EL COLLAR BOMBA

De todas las atrocidades que ha dejado la guerra en Colombia, tal vez no haya un hecho más humillante, denigrante y retorcido que este. Cualquiera que haya vivido en el país con uso de conciencia, recordará a Elvia Cortés Gil en mayo de 2000, no por ser campesina, ni por ser esposa de don Salomón Pachón y madre de cuatro hijos. Tampoco por dedicarse toda la vida a sembrar y cultivar maíz en la vereda La Palestina de Chiquinquirá. A ella la recordamos, aunque no tanto como se debería, sin saber exactamente quién era, solo por ser la desdichada víctima de un collar bomba. Eso: uno de los artefactos más perversos y miserables que la imaginación enferma de nuestra degradada delincuencia haya podido parir, producto únicamente hecho en Colombia y exclusivamente para esa ocasión de total repudio.

Eran los días en los que Andrés Pastrana intentaba hacer de presidente de Colombia y negociar con las FARC, y no había otra noticia que no fuera cada uno de los movimientos para dialogar. Pero, en la mañana del 15 de mayo, no hubo otra cosa de la que se hablara sino de una mujer boyacense humilde, que a las cinco de la mañana fue abordada por hombres armados y encapuchados

que la amenazaron a ella y a su familia y le exigieron quince millones de pesos que no tenían. Como no lograron la extorsión, a doña Elvia la condenaron a muerte poniéndole un collar hecho de tubería plástica y explosivos, diseñado para explotar si se lo trataban de quitar.

En una inimaginable carrera contra el tiempo, con una angustia que nadie podría dimensionar, su familia y algunos vecinos la trasladaron al Batallón Sucre en Chiquinquirá para ver qué se podía hacer. Comenzó una cadena urgente de apoyos que involucró a miembros del Ejército, la estación de policía de Chiquinquirá y un equipo antiexplosivos enviado por la Policía Judicial de Tunja. Por seguridad, todos fueron trasladados a una zona llamada Venta de Conejo, sobre la avenida circunvalar que conecta Chiquinquirá con el municipio de Muzo, previendo que pasara lo peor.

Recuerdo haber hecho una crónica sobre los hombres de antiexplosivos de la Policía Nacional, unos verdaderos héroes anónimos en un país con una larga tradición de creatividad para el terror. En Colombia hemos visto desde carros y motos hasta cadáveres y animales bomba. Recuerdo haber usado en esa historia el pesado traje que usan como protección estos policías para tratar de desactivar los macabros explosivos, y pensar: ¿cómo hacen estos hombres para mantener la sangre fría, metidos en esa armadura tan incómoda, sudando como animales y con semejante calor, con una bomba a punto de explotar en frente de ellos? Qué inmensa vocación por salvar vidas tienen, porque ni siquiera les pagan bien.

El agente Jairo Hernando López, subintendente de la Policía de Tunja y técnico experto en antiexplosivos, era uno de esos héroes. Fue precisamente él quien se encargó de auxiliar a Elvia, la única persona del mundo y en la historia, que se haya conocido o registrado, condenada a semejante suplicio. El collar era la unión de varios codos de tubería de policloruro de vinilo (PVC), que en su interior contenían una combinación de R1, nitrato de amonio, antimonio, azufre, aluminio en polvo, clorato de potasio, fósforo rojo, papel periódico y papel de aluminio, atados a un sistema de activación mecánico, químico y eléctrico.

En la escena también estaba la familia de doña Elvia, algunos de sus vecinos, un sargento primero del Ejército, dos soldados voluntarios para asistir el operativo y algunos medios de

comunicación que ya habían llegado a registrar la noticia. Algunos de ellos contarían que el agente López había decidido no usar el traje antiexplosivo para no asustar a doña Elvia, que le brindó agua y algunos calmantes y conversaba con ella con una tranquilidad sorprendente para tratar de hacer menos delirante y más llevadera esa situación dantesca e imposible.

Nunca antes nadie en ningún lugar del planeta había enfrentado una situación semejante: portar un collar bomba y enfrentarse a desactivarlo. Así que el agente procedió, con los conocimientos que tenía, a seguetear el tubo mientras uno de sus asistentes refrigeraba con agua el corte, a medida que avanzaba, para evitar que el calor producido por la fricción causara una explosión. El agente López logró abrir exitosamente una primera parte del collar y extraer algunos de los polvos explosivos. Pero, de repente, a las 12:35 del día, el collar estalló. Doña Elvia y el agente López murieron en el acto. Los miembros del Ejército resultaron heridos de gravedad. Todos los testigos quedaron en *shock*.

El país fue sacudido por una ola de indignación que se multiplicó a nivel internacional. Los primeros señalados por el crimen fueron las FARC y, en consecuencia, los intentos de negociación que se llevaban en ese momento, de por sí frágiles, se congelaron de inmediato. A su vez, Raúl Reyes, negociador oficial por parte de la guerrilla, rechazó el asesinato y declaró que no había sido cometido por ninguno de sus integrantes. Las posteriores investigaciones realizadas por la Dijin concluyeron que, en efecto, el crimen había sido producto de la delincuencia común y encontraron culpable a un hombre llamado José Miguel Suárez, quien fue condenado a treinta y dos años de cárcel.

Como si no fuera suficiente pesadilla, en 2008, el director de cine Spiros Stathoulopoulos, colombiano de ascendencia griega, estrenó una película llamada *PVC-1* que retrata el hecho, y no contó en ningún momento con la aprobación de la familia. A pesar de que esta pidió que los medios dejaran de hablar del tema sin su consentimiento, el director recorrió un circuito de festivales de cine acumulando unos catorce premios internacionales. En su defensa, dijo que la película era completamente una obra de ficción.



CALIENTE, *ONLINE* Y PROFESIONAL ANTE TODO

Mucho antes de que los colombianos empezáramos a sacar cuentas y a padecer angustias gracias a las reformas tributarias, digo, a la financiación por la pandemia anunciada caritativamente por Iván Duque en abril de 2021, un gremio muy novato en la economía del país se adelantaba a los hechos un par de años atrás, casi premonitoriamente, como preparándose para la crisis que se avecinaba y la posterior tajada que sacaría el Ministerio de Hacienda de este río revuelto. Fue uno de los pocos sectores que creció considerablemente a pesar de la contingencia y, de lejos, podría lidiar con cualquier ley financiera que venga de ahora en adelante. Se trata de la industria de modelos webcam que en Colombia debe pagar impuestos desde 2019, en gran parte por lo rentable que ha resultado el negocio.

Por si todavía no sabe qué es OnlyFans, o plataformas similares, le explico. Ser modelo *webcam* es, básicamente, una modalidad de trabajo virtual en la industria del entretenimiento

para adultos que consiste en desplegar habilidades eróticas en una sesión de video ante cualquier persona (el fan, el cliente), conectada desde cualquier lugar del mundo, en tiempo real, y teniendo la posibilidad de interactuar y cumplir con peticiones específicas, siempre a cambio de tarifas de dinero previamente especificadas y acordadas. Así funciona la cosa. No es que yo lo haga, es que me contaron.

Por los bajos costos de producción que implica, las ganancias que deja y la seguridad que brinda, a diferencia de otras modalidades de trabajo erótico o sexual, miles de personas en el mundo se han animado a incursionar en la materia, y en ese panorama internacional Colombia lidera la competencia. Entidades como Asowebcam y Asocea, que agremian y asesoran a emprendedores de la materia, han comentado en medios como *Forbes*, *Dinero*, *Portafolio* y *La FM* que, para octubre de 2020, había más de quinientas empresas, legalmente constituidas, dedicadas a este negocio en el país, que generaban más de quince mil empleos directos y más de cincuenta mil indirectos.

Esa fuerza obrera, que se ha convertido en producto de exportación nacional en muy poco tiempo, deja en promedio cuarenta millones de dólares de ganancias anuales en Colombia y representa la segunda mayor industria del gremio a nivel mundial. En esa competencia solo somos superados por Rumania, donde hay más de cien mil modelos *webcams* activas que generan más de cuatrocientos millones de dólares de ganancias. Así, una vez más, la tierra y la gente del gran Gheorghe Hagi nos gana en otro juego con muchos goles de diferencia. Pero hay esperanza.

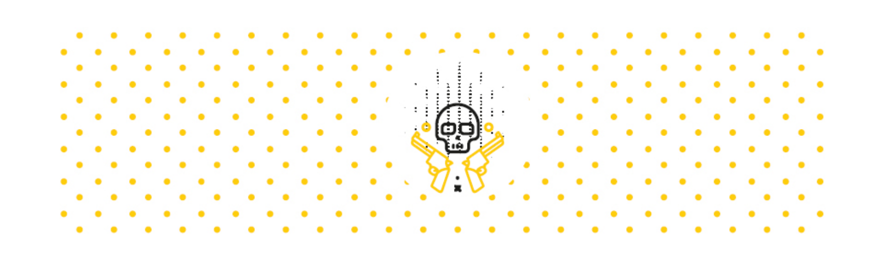
No hay duda de que nuestra selección de modelos *webcam* saca pecho, literalmente, por el país. No en vano la cantidad de colombianas dedicadas a esta actividad aumentó en un treinta por ciento durante la pandemia. Eso, sin embargo, implica un reto para quienes la ejercen: aunque es fácil empezar, el mercado es cada vez más competido y, para destacarse entre tantas mujeres, no basta con ser atractiva. Mantenerse implica dedicación y esfuerzo constante. Por eso, como en cualquier gremio de estas proporciones, se ha hecho necesaria la capacitación y preparación de quienes aspiran a este trabajo. Con ese fin se creó en Medellín la primera universidad para modelos *webcam* de Latinoamérica.

Solo en esa ciudad se calcula, sin exactitud, que hay más de

seis mil personas dedicadas a este oficio virtual. Su fundador se llama Juan Bustos. No es un nombre artístico, así se llama en realidad, y la *alma mater* que fundó en 2018 fue bautizada, cómo no, como Universidad Juan Bustos. Hasta el momento se ha enfocado en la formación de modelos mujeres, dado que son más del noventa y cinco por ciento de la población en el gremio nacional. Para graduarse, las estudiantes deben aprobar cien horas de capacitación, no todas necesariamente virtuales, en materias como baile, psicología y sensualidad.

Esta innovación académica nació, desde luego, en Rumania, donde, para trabajar en alguno de los cinco mil estudios registrados legalmente en ese país, un modelo debe capacitarse durante seis meses y entrenarse para hacer su *show* hasta en cinco idiomas diferentes. Hasta ahora en Colombia no se ha llegado a ese nivel de formación masiva, ni siquiera en otros campos del conocimiento más ortodoxos. Los retos de la industria y la academia del modelaje *webcam* apenas se están conociendo en el país y, para empezar, hace falta, por ejemplo, su respectiva aprobación como institución educativa por parte del Ministerio de Educación. Eso no ha impedido que, hasta 2020, la Universidad Juan Bustos haya graduado a tres mil nuevas modelos *webcam* certificadas.

Tratándose de un gremio al que quieren sacarle 1,5 billones de pesos anuales a punta de impuestos, lo mínimo que debería hacer el Estado es facilitarles el camino hacia la oficialidad y las garantías legales con las que cuentan otros igual de laboriosos. Así esperamos que, muy pronto, una futura generación por fin nos llene de orgullo nacional con la anhelada victoria ante una posible revancha contra Rumania. Cosa que no hemos logrado en otros campos que, claro está, no han sido tan lucrativos, ni han dado tanto la talla, como este novedoso gremio que bien ha sabido aprovechar el talento natural y la berraquera de los colombianos.



EL GRAN Y SENSUAL *SHOW* DE LA RECTORA *VEDETTE* Y SUS AMIGOS PARAS

A pesar de las horribles cifras de desempleo, de trabajo informal y de niños que literalmente se mueren de hambre a diario en este país, Colombia es una tierra de oportunidades. O al menos eso se les oye decir a algunos de esos funcionarios podridos de plata del Estado que, desde sus mansiones, alegan que los colombianos pobres son unos atenidos y que si son pobres es porque ellos quieren. Aquí lo que hay son emprendedores. Tristemente pareciera que los pocos emprendimientos que tienen garantizado su éxito en este país son los de los vivos, los de los inescrupulosos y los corruptos, porque a los que cumplen la ley los ahogan en burocracia e impuestos. Si no que lo diga la honorable doctora Silvia Gette Ponce, un verdadero ejemplo de superación.

Nuestra heroína nació en 1951, muy lejos de Colombia, en una familia pobre del Gran Buenos Aires, en Argentina. Trabajadora desde pequeña, con el apoyo de su madre se inició en las sutiles artes de las danzas eróticas hasta convertirse en una destacada *vedette* y, por su enorme talento, fue seleccionada para integrar la compañía Pepe Bronce, que realizaba giras por Suramérica en los años ochenta. Cuentan que, estando en Cartagena, doña Silvia fue iluminada por el rayo del emprendimiento y decidió independizarse. Fue entonces que fundó su propio *show*, un espectáculo que resplandecía no propiamente por su glamur.

Así fue como, en 1987, la visión empresarial de la bailarina exótica comenzaría a cristalizarse. Mario Ceballos Araújo, presidente del Tribunal Administrativo del Atlántico, cofundador de la Universidad Libre y fundador de la Universidad Autónoma del Caribe (UAC), fue a ver su picante *show* y quedó prendado de por vida, o sea, hasta su muerte. Como embobado por algún misterioso hechizo, no solo le propuso a la *vedette* que vivieran juntos en Barranquilla, sino que le creó a la diva de medio pelo un cargo en la universidad que había fundado como coordinadora artística. Además, movió contactos por toda la Curramba para que tuviera su propio programa en la televisión local, que primero se llamó *Risas y lentejuelas* y luego, como debía ser, *El show de Silvia.* Paralelamente a esos nuevos trabajos, ella siguió con su propio *show*, que se presentaba en el Hotel Cadebia y del que no se oían muy buenos comentarios.

Sin importar la oposición de la sociedad local a su amor, muy pronto la pareja se casó. Silvia dejó atrás su vida en las pistas de baile para adultos y, para darle un giro y convertirse en una mujer de sociedad, estudió Derecho. ¿Quién se iba a imaginar que detrás de esa voluptuosa figura se escondiera semejante intelecto? ¿De qué otra manera explicar que, por encima de cualquier abogado o académico, Silvia escalara rápidamente hasta convertirse en coordinadora administrativa de una de las universidades de mayor renombre en la costa Caribe colombiana?

Desafortunadamente, a muchos miembros de la UAC no les parecía adecuado su repentino nombramiento y por las instalaciones de la institución se difundieron panfletos y pasacalles que rechazaban su presencia en la universidad, alegando incompetencia para el cargo. Además, para hacer más

insoportables las cosas, estaba el pequeño detalle, según varios de sus detractores, de que la recién llegada ganaba más que el rector y mucho más que cualquier otro decano.

En 1995, Silvia denunció ese inconformismo, dijo que era un complot en su contra y abrió un proceso contra quienes ella consideraba sus artífices. Por lo tanto, pasaron a ser sus enemigos su hijastra María Paulina Ceballos, hija única de su esposo Mario Ceballos; el esposo de María Paulina, el ganadero Fernando Cepeda, y el vicerrector de la Universidad Autónoma del Caribe, Antonio Vallejo. Cuatro años duró el juicio contra los enemigos de Silvia, que fueron absueltos finalmente en 1999, después de cuatro años de misterios e intimidaciones que los obligaron a huir del país por falta de garantías.

Silvia había salido victoriosa y la historia de superación de la cuestionada diva pudo haber quedado ahí: ya era una mujer rica y poderosa y sus detractores estaban neutralizados. Pero los giros más acrobáticos que la exbailarina daría en su vida aún estaban por venir. Un buen día, su apoderado, el abogado John Jairo Ramírez, confesó que con dineros de la universidad se había sobornado a un investigador de la Sijin y a algunos fiscales para inculpar a aquellos que se habían atrevido a denunciarla. En adelante Silvia interpretaría el papel de investigada y sería acusada de un diverso número de crímenes, incluido el de homicidio. Pero no se dejen engañar, esta saltimbanqui del delito aún no había revelado sus mejores trucos.

El primer juicio en su contra comenzó tras las confesiones de su abogado. Las investigaciones tenían acorralada a la diva hasta que, por obra y arte de mafia, el abogado y testigo fue asesinado por un sicario en Barranquilla. ¿Recuerdan que el abogado había denunciado el soborno de un investigador de la Sijin con dineros de la universidad? Pues adivinen: al hombre de la Sijin también le dieron chumbimba, le dieron piso, lo pusieron a mirar para dentro, como dirían coloquialmente en los bajos mundos.

Desde entonces, Fernando Cepeda, esposo de María Paulina Ceballos, lideró las investigaciones contra la argentina en un segundo *round* de esta historia, ahora por el asesinato de Ramírez. El caso era tan escandaloso que escaló a Bogotá. Y pensaría uno que con tanto alboroto la investigación llegaría alguna parte, pero, y no se sorprendan, misteriosamente Cepeda también fue asesinado con el mismo *modus operandi*: un sicario que le dio un

tiro en la frente mientras manejaba su carro por la vía Circunvalar de Barranquilla.

María Paulina Ceballos, ahora viuda de Cepeda, huyó buscando refugio temiendo por su vida y la de su hija, y nunca más se la volvió a ver: punto para la diva. Y he aquí la cereza en este pastel de muerte e intrigas: en octubre de 2003, Mario Ceballos, ese hombre que se había enamorado de Silvia y la había sacado del mundo de las danzas eróticas para llevarla a la cima de la academia, casi como una especie de gran experimento de Pigmalión a lo costeño (que, por supuesto, no salió del todo bien, por lo que está leyendo), también murió de manera misteriosa. Silvia, sin marido, sin hijastra, sin yerno, sin abogado que la acusara, sin testigos ni pruebas en su contra, se convirtió entonces en la todopoderosa rectora de la Universidad Autónoma del Caribe, una de las autoridades académicas más *temidas* del país.

Su reinado continuó sin más acusaciones, hasta que en 2011, en medio de las audiencias de Justicia y Paz, dos paramilitares desmovilizados, alias Don Antonio y alias 28, coincidieron en una confesión: que, en su larga lista de delitos, habían recibido ciento cincuenta millones de pesos por parte de Silvia Gette para matar a Fernando Cepeda. Volvió la rectora a juicio, dispuesta una vez más a demostrar sus oscuras habilidades, y casi que le funcionaron, pero su abogado fue capturado en flagrancia en febrero de 2013, entregándole doscientos cincuenta millones de pesos a un emisario de Don Antonio para sobornarlo. Entonces, por fin, la diva y rectora fue capturada el 13 de febrero de 2013.

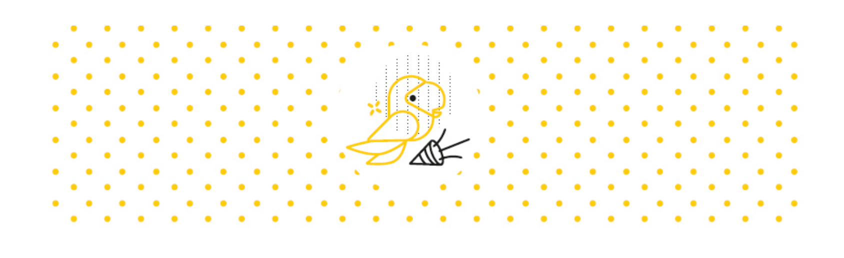
En principio, a la indefensa Silvia se le concedió el beneficio de casa por cárcel dada su condición de madre soltera de cuatro hijos, tres de ellos adoptados, cuyo origen siempre ha sido un misterio. Un mes después, un juez consideró que realmente era un peligro para la sociedad y ordenó que la *vedette*, quien seguía siendo rectora de la universidad a pesar de estar condenada, fuera trasladada a la cárcel del Buen Pastor. El traslado, por supuesto, tuvo su propio episodio de telenovela porque, misteriosamente, cayó enferma de gravedad debido a problemas de hipertensión y tuvo que ser internada de urgencia en la Clínica La Asunción de Barranquilla. Luego de un mes de hospitalización, el Inpec ordenó que se le realizaran diferentes exámenes médicos que revelaron que la rectora no tenía nada de enferma y estaba en perfectas

condiciones para ocupar su respectiva cama en la celda de la cárcel que ya esperaba por ella.

Así, Silvia quedó tras las rejas. Pero no por mucho tiempo: recuerden que este es un país de oportunidades para talentos como el de ella. En 2015 obtuvo por fin el beneficio de casa por cárcel, muy a pesar de que, durante su estadía en el Buen Pastor, salieron a la luz nuevas investigaciones en las que se detectó un desfalco por cuatro mil millones de pesos en las finanzas de la universidad, de los cuales más de mil millones habían sido autopréstamos que le habían hecho para gastos personales.

En 2019, volvió a la cárcel por este último desliz para cumplir una condena de nueve años, pero en junio de 2020 le concedieron de nuevo detención domiciliaria porque su defensa alegó que, a su edad, con la llegada de la COVID-19, Silvia corría riesgo. Para su tranquilidad y la de sus amigos, la vida próspera de nuestra heroína mejoró considerablemente ese mismo año, cuando un juzgado de Barranquilla le concedió la libertad por el caso del asesinato de Fernando Cepeda. No porque se demostrará su inocencia, sino por una triquiñuela legal de devastadoras consecuencias en la justicia colombiana que tanto ayuda a estos talentos: el vencimiento de términos, logrado muchas veces por maniobras dilatorias de inescrupulosos abogados. Se veía luz al final del túnel en la historia de nuestra emprendedora, que se convertiría en la completa iluminación en febrero de 2021, cuando el caso de los autopréstamos de la universidad se cerrara también por la misma vía.

Hoy, nuestra heroína está a punto de llevar su emprendimiento criminal a feliz término, demostrando que esta es una tierra de oportunidades y que los pobres son pobres porque quieren. Porque ella, de origen humilde, llegó al país literalmente con tres trapitos encima y después de mucho batallar, con el sudor de su frente y de sus abogados, está a punto de convertirse en una viuda alegre, libre y multimillonaria.



EL MÁS BURRO ES EL REY

Suena muy trillado, pero no por eso es una frase popular menos cierta: cuando se dice que Colombia es el país de los reinados, es en serio. Hay reinado por todo: del café, de la caña de azúcar, del bambuco, de la yuca, de la sopa, del totumo y hasta de la cachama, y así sucesivamente una lista de concursos de belleza que exaltan dudosos méritos y que conforman una lista de 3794 celebrados cada año, entre los que se destaca sin duda alguna el reinado del burro. Que, a falta de una, tiene dos versiones: una en San Antero, Córdoba, y otro en Moniquirá, Boyacá

Más que una competencia rebuscada, un reinado del burro tendría toda la pertinencia si se hiciera, por ejemplo, en lugares como el Congreso de la República o el Palacio de Nariño. Pero este, aunque más modesto, también tiene lo suyo y, eso sí, sus concursantes no tienen nada de brutos o de torpes y sí mucho de buenos animales y trabajadores, a diferencia de sus compañeros de especie de dos patas. Lo digo porque yo mismo he estado en uno de estos reinados. No como concursante, aunque algunos de

mis detractores dicen que podría ser candidato, sino como espectador.

Generalmente, en el municipio cordobés la celebración del reinado se hace en Semana Santa, más exactamente entre el Sábado Santo y el Domingo de Resurrección. La elección de estas fechas no es por azar, pero la verdad es que nada tienen que ver con un burro. San Antero fue fundado entre 1534 y 1540, no se sabe con exactitud, y, como casi cualquier pueblo de Colombia, siempre ha tenido una fuerte tradición católica que, en versión costeña, quiere decir que tiene sus propias ocurrencias.

Una de ellas comenzó a principios del siglo XX (no se sabe exactamente en qué año), cuando a los habitantes del pueblo se les dio por crear una especie de ritual en el que se hacía un muñeco que representaba a Judas Iscariote que se paseaba por el pueblo sobre el lomo de un burro para al final ser quemado —Judas, no el burro—, como una forma de rechazo por traicionar a Jesús. Cada año fue tomando más fuerza y los habitantes se esmeraban en hacer más llamativo ese ritual inusual de pasear a Judas a lomo de burro.

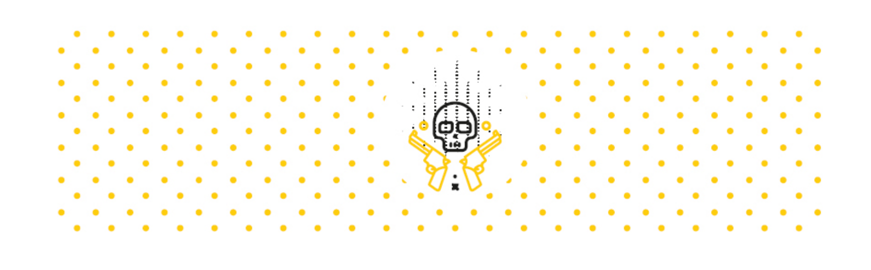
Con el tiempo, al ritual se lo conoció como «el desfile de Judas». Pero, más que el apóstol traidor, el verdadero protagonista era el burro elegido para el recorrido, cuyos dueños lo vestían con orgullo para la ocasión. Se fueron sumando así adornos, música y flores y, para la década de los ochenta, todo el que tenía un burro en San Antero lo vestía para ser parte del desfile. Así, ya en 1987, era más el jolgorio por el burro paseador que la ira contra Iscariote, y oficialmente se instauró el Festival del Burro, donde cada año se premia al que esté mejor disfrazado entre los concursantes.

Y ya que se prendió la recocha cortesía de los galantes burritos, los organizadores del festival han ido agregando todo tipo de actividades folclóricas en cada nueva edición, que incluyen, por ejemplo, concursos de comparsas, cantos de vaquería, presentaciones folclóricas de decimeros, gritos de monte, competencias de imitadores de burros… También se abrió, para ser incluyente, un concurso de las mejores burras y sus pollinos. Y, finalmente, se corona al rey burro y la reina burra.

Algo similar empezó a suceder, desde 2004, en Moniquirá, Boyacá, donde crearon sus propias fiestas del burro, pero a finales

de junio. También se premia al burro mejor disfrazado, aunque hay categorías para el más elegante y para el jinete más divertido; el concurso del mejor imitador de rebuznos de burro tiene como jueces a los mismos burros (vaya a saber cómo deciden el veredicto, pero son los que más criterio tienen), y, adicionalmente, se inventaron las *burralgatas* que son, cómo no, carreras de burro.

¿Le parece raro? Lo invito a que se anime a uno de los festivales, en San Antero o Moniquirá, ya sea como espectador o concursante. Y luego dígame si mi idea de hacer un reinado del burro en el Congreso no sería un evento igual de bueno, o hasta mejor.



EL PADRINO DE LA CARNE DE CABALLO

Cualquiera que haya visto la primera película de la trilogía de *El padrino* recordará la icónica escena del tipo que amanece con la cabeza cortada de su caballo preferido debajo de las cobijas, como una especie de advertencia, muy al estilo del mayor capo de la mafia que haya conocido el cine. Más allá de la ocurrente forma de amenazar, vale preguntar qué habrán hecho los matones con el resto del cuerpo del equino. Tal vez, si don Vito Corleone hubiera sido colombiano, hubiera hecho lo que hizo un tipo conocido también como el Padrino en Bucaramanga: venderle la carne al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) para que se la dieran a los niños más desamparados de la ciudad.

Suena fácil, pero la verdad es que, al parecer, es una empresa compleja que un buen pedazo de carne de caballo en descomposición llegue a la mesa de un comedor de un colegio acogido por el Programa de Alimentación Escolar (PAE). Nuestro Padrino, que se llama Fernando Trujillo Gómez, a quien también le decían el Gemelo, tenía que sortear varios obstáculos. Primero,

conseguir los caballos, que compraba a muy bajos precios en zonas rurales de la costa atlántica, a personas que los usaban para trabajos del campo y que ya no los necesitaban porque estaban enfermos o en las últimas. De paso, también se le atravesaba uno que otro burro en iguales condiciones, que siempre era bienvenido.

Luego de tener seleccionado el ganado, debía falsificar los documentos necesarios para su transporte hasta Bucaramanga. Una vez en la ciudad, debía adecuar una serie de lugares que funcionaban como mataderos clandestinos, donde los equinos eran sacrificados sin ningún tipo de control sanitario. Pero, una vez descubiertos por las autoridades, falsificaba también los documentos que se requieren para estas actividades. Colombia solo tiene cuatro lugares autorizados en el caso de caballos y burros con sus respectivas normas.

Una vez muertos los animales, debían alterar la carne con químicos como bisulfito sódico, Citrosan desinfectante y un colorante de alimentos para que tuviera una contextura diferente, se tornara mucho más blanda y tomara un color rojizo, y así se pareciera más a la carne de res. El proceso terminaba con la carne empacada al vacío en bolsas plásticas a las que les imprimía sellos de empresas distribuidoras y comercializadoras de cárnicos, falsificados, desde luego, para no perder la tradición. Una vez bien empacada, pasaba a manos de los operadores del PAE que, a su vez, entregaban la carne en los diferentes colegios públicos de la ciudad y otros pueblos de Santander.

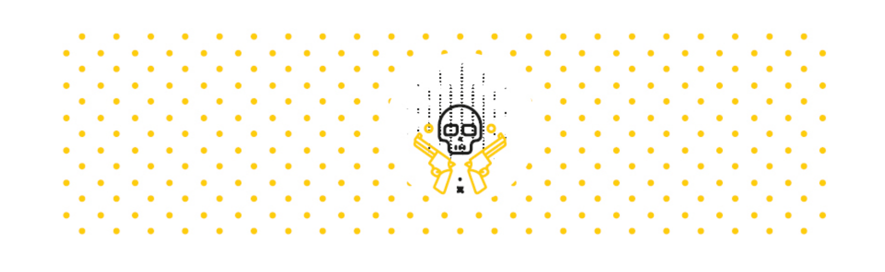
Para el momento en que se descubrió el clandestino negocio del Padrino bumangués, en septiembre de 2020, Trujillo Gómez ya llevaba dos años comerciando nutritiva carne de caballo y burro costeño al PAE y, se sabría luego, también a salsamentarías y plazas de mercado de la zona. Desde que comenzó su emprendimiento en mayo de 2018, junto a sus socios, había logrado hacer más de quinientos millones de pesos en ganancias, vendiendo entre dos mil y dos mil quinientos kilos de carne a la semana, sacrificando cerca de cien caballos y burros al mes.

Las autoridades involucradas en este extraño caso de gato por liebre en versión equina, desde el Ministerio de Educación hasta la Universidad Industrial de Santander, encargadas del control y la operación del PAE en Santander, negaron tener registros de negocios o contratos con el Padrino, aunque en algunas

grabaciones presentadas por la Fiscalía en noviembre de 2020, en las que se interceptaron llamadas de Trujillo Gómez con sus empleados, se escuchan sus órdenes desesperadas para que los procesos químicos se hicieran con más rigurosidad, ya que en los colegios se estaban quejando de la carne que les distribuía porque «parecía un caucho». En los mismos audios, habla de sus ventas a un operador llamado Nutrimos Santander, que en 2019 había sido multado porque sus productos causaron la intoxicación de treinta y ocho menores en el municipio santandereano de San Vicente de Chucurí.

Pero lo que más indigestó al público colombiano con el descubrimiento de la próspera industria clandestina de la carne equina fue el actuar de la justicia. Ya se tenía un antecedente similar en el norte de Antioquia, donde una banda llamada los Gallinazos había sido capturada en 2013 por comercializar carne en descomposición, en su mayoría de caballo, pero al parecer el peso de la ley no fue del todo drástico porque en 2017 fueron nuevamente atrapados en la misma actividad. En ambas ocasiones, se supo que su producto también llegaba a los platos que servía el ICBF.

En el caso del Padrino, la suerte fue un poco similar. En diciembre de 2020, la Fiscalía aprobó un preacuerdo con el que, al declararse culpable, Trujillo Gómez solo pagaría cuatro años de cárcel y ciento sesenta y cinco millones de pesos de multa, la mitad de su condena inicial. Una oferta que no podría rechazar, teniendo en cuenta que para ese momento ya contaba con el beneficio de casa por cárcel, concedido porque, además de ser un buen padrino, el juez primero penal de Bucaramanga lo consideró un hombre cabeza de hogar responsable. Ni don Vito Corleone ni sus sucesores fueron tan hábiles para salirse con la suya.



DOS TIPOS MÁS PÍCAROS QUE UN CURA

En un país profundamente católico como Colombia, donde los mandatarios aún encomiendan los problemas del país a la Virgen de Chiquinquirá y al Divino Niño, ¿habrá algo peor para un pueblito parroquial que quedarse sin cura para su iglesia? Sí: que en su reemplazo llegue un cura falso. Esa desgracia la vivieron en Puente Nacional, Santander, en 1948 por partida doble, justo en la celebración más esperada por los devotos. No fueron uno, sino dos, los falsos sacerdotes que se les atravesaron en plena Semana Santa.

Todo comenzó a finales de 1947. El presidente de Colombia era el conservador Mariano Ospina Pérez, el país vivía la tensión bipartidista que provocaba una violencia silenciosa en todos los rincones del país y, a pesar de que los azules gobernaban, en Puente Nacional, que por entonces contaba con dieciséis mil habitantes, mandaba una mayoría liberal a la cual le hacía una férrea oposición el párroco del pueblo, Isaías Ardila, de ideología conservadora. Eran frecuentes en sus sermones las pullas a la élite liberal del pueblo, a la que acusaba constantemente de corrupta y

depravada. Y también era frecuente que ese tipo de denuncias fueran respondidas con hostigamientos y ataques, una tradición que hoy en día no se ha perdido y que, por el contrario, los colombianos hemos perfeccionado.

Como era de esperarse, el párroco recibió su respectivo escarmiento en dos entregas. La primera, el 7 de septiembre, cuando la casa cural fue objetivo de una avalancha de voladores que culminaron con su cólera pública, y la segunda, y final estocada, el 28 de septiembre, cuando, después de una maratónica jornada en la que recibieron la comunión trescientos cuarenta niños, a las nueve de la noche, el pueblo se sacudió con el estruendo de una bomba que explotó en el cuarto del cura.

Horas después, en la madrugada, Isaías Ardila y su asistente, el franciscano Francisco Álvarez Martínez, captaron la indirecta y salieron del pueblo custodiados por el Ejército. Debido a los sucesos, el obispo de Socorro declaró la parroquia de Puente Nacional en entredicho o, como algunos también lo han registrado, en excomunión territorial. Es decir, que el sacerdote quedaba excluido por tres años de su ejercicio y, de paso, las puertas de la iglesia del pueblo quedaban selladas hasta nueva orden.

Así, Puente Nacional quedó a la suerte del diablo: no había quien oficiara misas, no había quien atendiera confesiones, no había quien concediera el perdón de los pecados y no había quien administrara los sacramentos más importantes como el bautismo, la comunión, el matrimonio y la extremaunción. Los feligreses del pueblo quedaron a la deriva, literalmente olvidados por Dios y sus hombres, hasta que cinco meses después, el 22 de marzo, el lunes siguiente al Domingo de Ramos, llegaron a la estación de tren del pueblo dos bendiciones como caídas del cielo: los sacerdotes Mario Franco y Samuel Botero.

Se cuenta que eran jóvenes, cultos, amables y encantadores. Anunciaron a su llegada que habían sido enviados por el arzobispo primado de Bogotá, Ismael Perdomo, para oficiar la Semana Santa de Puente Nacional hasta el Sábado de Gloria, porque debían regresar a la capital a primera hora del Domingo de Resurrección. Inmediatamente, las autoridades del pueblo, encabezadas por el alcalde Benjamín Isaza y el personero Fernando Tapias, dispusieron todo lo necesario y más para que los jóvenes curas recién llegados tuvieran cuanto necesitaran a

sus órdenes. Rápidamente se improvisó una carpa y un altar en el atrio de la iglesia que permanecía sellada. Comenzó, entonces, la Semana Santa más inolvidable de la región.

Los largos meses de paganismo y rituales divinos no consumados desbordaron las calles del pueblo con filas de feligreses desesperados por confesarse, por recibir el bautismo, la comunión e, incluso, el santo matrimonio, que los padres Mario Franco y Samuel Botero dispensaron con generosidad. Se recuerda, en especial, la multitudinaria procesión de Viernes Santo, a la que asistieron más de ocho mil fieles, y la misa de las Siete Palabras, con un particular sermón contra la violencia bipartidista en el que los curas también arremetieron contra el alcohol y los políticos corruptos. Los asistentes lloraban de emoción. Tal como lo anunciaron, el Sábado de Gloria los sacerdotes terminaron su misión y se fueron del pueblo por donde vinieron, dejando hordas de almas agradecidas y bendecidas.

Tan fervorosa fue la huella que dejaron que, días después, algunos feligreses viajaron hasta Bogotá para entregarles personalmente algunas fotografías de aquellos días sacros en Puente Nacional. A las puertas de la Porciúncula, donde habían dicho que podían contactarlos, los visitantes se enteraron de la verdad: no existían tales curas. Al ver las fotografías, los franciscanos los identificaron como dos hombres que, en ocasiones anteriores, ya se habían hecho pasar por religiosos y habían estafado, sobre todo, a comunidades de mujeres devotas. No habían sido ordenados como sacerdotes por institución alguna ni ejercían los santos oficios bajo las órdenes de ninguna diócesis.

El escándalo demoró en conocerse públicamente, debido a que acababa de ocurrir el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril. Solo cuando bajó la marea del Bogotazo, la prensa nacional se ocupó del curioso caso de los falsos curas que habían oficiado una Semana Santa con multitudinaria asistencia, aprovechando la ausencia eclesiástica que padecía Puente Nacional. Recién en mayo, los falsos curitas fueron capturados en Cartagena, a punto de viajar a Panamá, y, después de un par de fugas, fueron enviados a comparecer ante el juez 52 de Instrucción Criminal en Bogotá.

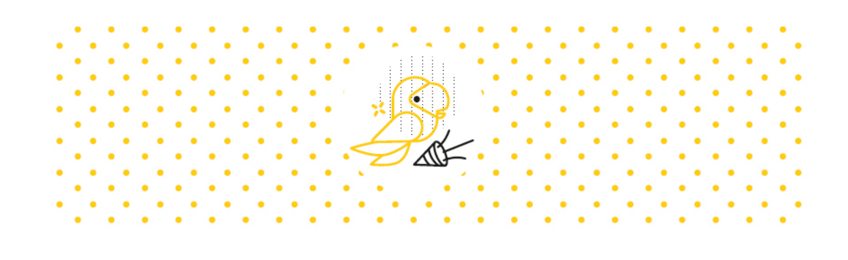
El juicio, que ocupó titulares durante algunos meses más, fue una sucesión de revelaciones. El falso padre Franco en realidad se llamaba José Escobar Montoya y el falso padre Botero se llamaba

en realidad Óscar Robledo Mejía. Ambos paisas decían que eran de Medellín, luego de Manizales, luego de Pereira, y que se habían conocido en el seminario, pero no culminaron sus estudios. Una vez fuera de la institución comenzaron su carrera de falsos sacerdotes. Ya habían pasado por la cárcel entre 1945 y 1947, y Escobar Montoya era, de lejos, el líder de la causa: no solo se había hecho pasar por cura, sino también por periodista, llegando a publicar un interesante artículo en *El Tiempo* en el que denunciaba el abandono estatal en las cárceles.

Lo curioso fue que, entre sus declaraciones, los falsos curas defendieron con vehemencia su acción. Con discursos que la prensa citaba con cierta admiración, defendían su derecho a ejercer los santos oficios sin estar inscritos a orden religiosa o diócesis alguna, tal como, decían, lo hizo san Francisco de Asís. Un discurso adelantado en un país que no contemplaba la libertad de culto, podría decirse. Pero era 1948 y las cosas, diferentes. A pesar de su defensa, el juez Justo Pastor Rodríguez los condenó a cinco años de prisión en la colonia penal de Araracuara, en la región amazónica.

Como correspondía, y bajo su experiencia, de allí escaparon nuevamente y continuaron, cada uno por su lado, con sucesivas actuaciones litúrgicas en diferentes lugares, algunas con más éxito que otras, lo cual podría dar pistas para pensar que eran sinceras sus intenciones de llevar la palabra de Dios sin estar inscritos a iglesia alguna. Escobar Montoya fue noticia nacional de nuevo en 1953, cuando se hizo pasar como el reverendo Jesús Naranjo en Cúcuta. De Robledo Mejía no se supo más, solo que huyó del país y se residenció en Buenos Aires, donde continuó su vida religiosa como un destacado miembro de las iglesias disidentes de Argentina.

Hasta donde se sabe, de la larga legión de curas falsos que han abundado en Colombia desde siempre, ninguno ha alcanzado los méritos multitudinarios que Escobar Montoya y Robledo Mejía ostentaron aquella Semana Santa de 1948 en Puente Nacional.



PARRANDEROS ESTRELLADOS

Así como en el rock ha rondado una nube misteriosa sobre las coincidentes muertes de algunas de sus estrellas a los 27 años de edad —los famosos miembros del denominado Club 27, como Janis Joplin, Jimi Hendrix, Jim Morrison, Kurt Cobain o Amy Winehouse—, el vallenato también tiene su propia especie de maldición, que no necesita de mayores supersticiones, para que los colombianos crean que algo muy raro puede pasar cuando una estrella del género parrandero por excelencia sale a la carretera. Han sido lamentables todas las trágicas noticias de estos accidentes mortales, tan parecidos entre sí que, de tantas veces que han pasado, han tomado también su propia dimensión casi fantástica. Esta es una recopilación de ellos.

El primero del que se tiene registro es el accidente en el que murió Martín Elías Maestre, tío de Diomedes Díaz. Fue en la madrugada del primero de agosto de 1979. Eran casi las dos de la mañana y el ya Cacique de la Junta conducía una camioneta Ford en la que transportaba a todo su equipo después de una presentación en Valledupar. Entre los cinco miembros que

viajaban, Martín Elías iba en el planchón. A la altura de la glorieta conocida como Pedazo de Acordeón, en el barrio Los Cortijos, Diomedes perdió el control del carro y su tío salió disparado por el aire. Fue trasladado al hospital Rosario Pumarejo de López, pero el golpe que sufrió fue contundente y los médicos no pudieron salvarlo. En repetidas ocasiones, Diomedes contó que su tío había sido su mayor inspiración, la persona que le enseñó todo, y tan culpable se sentía por su muerte que no volvió a conducir y, además, en su honor, años después bautizaría a uno de sus hijos con su nombre.

Pocos años después, el 9 de febrero de 1983, murió Adanies Díaz, conocido por ser uno de los propulsores del vallenato en su momento y a quien le decían el Príncipe Guajiro. Ese día despertó temprano, convenció a su familia de viajar desde Valledupar al pueblo de Lagunita, en La Guajira, y le pidió prestado el carro a un amigo, una camioneta Ford, porque la suya estaba en mantenimiento. Faltando poco más de tres kilómetros para llegar a Riohacha, a primera hora de la noche, Adanies no vio una pila de escombros atravesados en la carretera y la camioneta se volcó. Él, su madre Herminia Brito y su hija Joisme Galeana murieron en el acto. Su esposa, Claribel Ortiz, quien iba dormida en el momento del accidente, salió gravemente herida y solo se enteró de la tragedia al despertar un mes después en la Clínica del Caribe de Barranquilla.

Pasó más de una década sin accidentes que involucraran muertes de artistas vallenatos, hasta que llegó uno de los más lamentados. El 19 de enero de 1995, la cantante cartagenera Patricia Teherán murió en un accidente de tránsito cuando se dirigía de Barranquilla a Cartagena, después de firmar un contrato para hacer una presentación en el Carnaval de Barranquilla. A la altura de una zona conocida como Loma de Arena, pasadas las tres de la tarde, estalló uno de los neumáticos del carro de la cantante. Víctor Sierra, el conductor, perdió el control y el automóvil se volcó aparatosamente y dio ocho vueltas según el informe de tránsito. Murió en el acto. Patricia, que iba en el asiento del copiloto, logró ser rescatada junto a los demás pasajeros, su representante Tayron del Cristo Renals y su jefe de prensa Guillermo *Billy* Pertuz. Patricia era la más gravemente herida. Fue trasladada a dos centros hospitalarios de la zona que no pudieron atenderla porque estaban cerrados. Cuando por fin

fue transportada en una ambulancia y llegó al Hospital Universitario, ya había fallecido.

Ocho años después, el 12 de noviembre de 2003, Jesús Manuel Estrada, cantante original de Los Diablitos, en cuya voz se entonaron éxitos como «Los caminos de la vida» y «Ya tengo quien me quiera», murió cuando la camioneta en la que viajaba chocó contra una tractomula a la altura del municipio de Sabana de Torres, en Santander. Tenía 41 años. Junto a él murieron también sus acompañantes, Lázaro Esteban González y Jarvi León González.

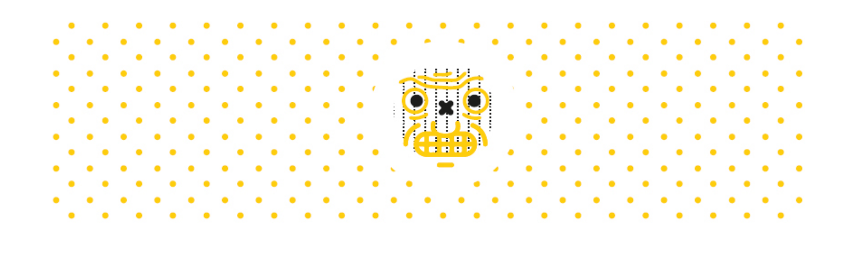
Menos de dos años después, el 23 de agosto de 2005, cuando ya se consideraba el rey de la nueva ola vallenata y sus canciones sonaban en todo el país, Colombia se sacudía con la noticia amarga de la muerte de Kaleth Morales, de apenas 21 años. La causa: accidente de tránsito en la vía Valledupar-Cartagena, cerca de El Plato, en Magdalena. Junto a él viajaba su hermano menor, Keyner, ambos hijos de la leyenda vallenata Miguel Morales. Fueron trasladados al hospital de Bocagrande de Cartagena, donde, al día siguiente y después de horas de lucha, Kaleth falleció. Keyner pasaría quince días más en estado de coma.

Casi exactamente tres años después, el 14 de agosto de 2008, uno de los amigos más cercanos de Kaleth, el compositor y productor vallenato Leonardo Gómez Jr., murió también en un accidente de carretera, a las afueras de Valledupar, cuando se estrelló contra un árbol pasadas las 2:30 de la mañana. Viajaba junto al cajero vallenato Francisco *Pacho* Andrés Beleño, quien falleció por el impacto. El carro se incendió, Leonardo quedó atrapado entre las latas, pero logró ser rescatado y luego trasladado a la Clínica Médicos Ltda. Llegó con vida, pero pocas horas después murió.

Como si todo lo anterior no fuera suficiente, ocho años después, el 14 de abril de 2017, un Viernes Santo, cuando estaba alcanzando la cima del vallenato con apenas 26 años, el gran Martín Elías, bautizado así por Diomedes para homenajear a su tío muerto, murió a su vez en un accidente en la carretera Coveñas-Cartagena, a la altura de San Onofre. El accidente, que ha desencadenado un juicio aún sin concluir, se produjo pasadas las 7:40 de la mañana, cuando el conductor, que iba a ciento sesenta kilómetros por hora, trató de esquivar una moto y el auto se salió de control y se volcó dando vueltas por el aire. Justo en

ese momento, el cantante, que viajaba en el asiento de copiloto, trataba de cambiarse de camiseta sin cinturón de seguridad y salió disparado por el parabrisas, para sufrir una larga lista de traumas en todo el cuerpo. Los demás pasajeros resultaron gravemente heridos, pero sobrevivieron.

Finalmente, 2020 no podía quedarse atrás en la materia y tuvo su aporte a esta lista, llevándose también a un peso pesado de la historia del vallenato. El 20 de noviembre, cerca de las 7:30 de la mañana, el mítico Romualdo Brito, compositor de más de mil quinientos vallenatos, murió cuando el carro en el que viajaba de Valledupar a Bogotá se accidentó a la altura del municipio de Curumaní, en Cesar. La camioneta Nissan se salió de la calzada, chocó contra una baranda, se volcó y terminó estrellada contra un árbol. En ese ajetreo, Romualdo murió rápidamente. Su hijo Romualdo Brito de la Cruz, de 18 años, sufrió heridas en las piernas y el conductor acabó con heridas en un brazo.



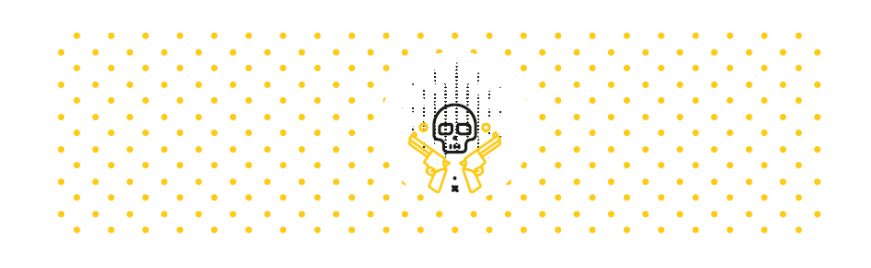
MATARNOS DE ALEGRÍA

El 5 de septiembre de 1993 se inscribió otra de las páginas gloriosas de la historia del fútbol colombiano. Ese día nuestra selección le ganó a la de Argentina 5-0 en el Estadio Monumental de Buenos Aires. Una goleada fenomenal, de visitantes, con la que clasificamos al Mundial de Estados Unidos. La revista deportiva *El Gráfico*, una de las más importantes de Suramérica, tituló su siguiente portada: «¡Vergüenza!». Eso era lo que sentían los argentinos por el papelón que había hecho su equipo. Pero con esa palabra debieron titular también los medios colombianos lo que pasó en el país tras la celebración por el triunfo. Aquí no voy a hablar de lo que pasó en la cancha y de la alegría que nos produjo, sino de la tragedia y el horror del festejo en las calles colombianas. Esa jornada perdimos por goleada. Las autoridades reportaron al día siguiente 76 muertos y 912 heridos. Era de no creer.

La gente se descontroló y una mezcla de exceso de alcohol, machismo e intolerancia provocó pleitos y riñas que se salieron de control y dejaron esa cifra de espanto. Hubo intentos de explicar lo que pasó, pero ninguno fue concluyente. Y lo que pasó ese día puede relacionarse con otro dato que es igual de aterrador. El Instituto de Medicina Legal descubrió que una de las

fechas más violentas en el país es el Día de la Madre. De nuevo la mezcla mortal de exceso de alcohol, machismo alborotado e intolerancia rampante hacen de las suyas. El resultado: entre 2009 y 2018, según los datos recogidos por esta institución, murieron 1493 personas en el fin de semana de esta celebración. ¿Qué nos pasa? Es como si, al celebrar, se abriera una puerta y saliera el monstruoso señor Hyde a violentar a los demás de una manera irracional.

Hace rato que no tenemos la oportunidad de celebrar triunfos de manera colectiva y no sé si la situación ha cambiado. En 2014 Colombia clasificó al Mundial de Brasil después de dieciséis años. Tras su primer partido, contra Grecia, que nuestra selección ganó 3-0, en Bogotá se presentaron tres mil riñas que dejaron nueve muertos y quince heridos. Nos matamos en momentos de gran alegría. No lo entiendo, ¿quién lo entiende? Creo que no hay nada más bizarro que esta tragedia en momentos en los que supuestamente deberíamos estar celebrando la vida.



ALCALDE DESDE LA CÁRCEL

Una prueba de que una democracia funciona es que cualquiera puede llegar a ocupar el puesto más importante del gobierno de una sociedad. Pero, en el caso colombiano, ese cualquiera puede ser un tipo como John Jairo Torres: nunca terminó el colegio, solo llegó hasta séptimo de bachillerato y, misteriosamente, antes de los 35 años, ya había hecho su propio imperio, que incluía lujos, como una línea de caballos appaloosa, un hotel cinco estrellas, quince camionetas, ocho volquetas... Todo conseguido, según la leyenda que creó de sí mismo, con trabajo duro y puro desde la adolescencia, a veces como rebuscador, a veces como electricista y, finalmente, como un exitoso comerciante de ropa interior para mujeres. De ahí que todo el mundo lo conozca, con justicia, como John Calzones.

Con semejante éxito en empresas y negocios, a nadie le pareció raro que J. J. diera un paso a la política y aspirara a la alcaldía de Yopal, su ciudad, en 2015. Y así lo hizo, por supuesto, con su característico toque de extravagancia, que ha dejado atrás a todo candidato electoral colombiano de dudosa procedencia, lo

cual ya es mucho decir, con una marca insuperable: ganar unas elecciones, con más de veinticuatro mil votos a favor, estando en la cárcel. ¿Cómo? Pues…

Después de probarse en el terreno de las votaciones, al autoproclamarse coordinador en Casanare de la campaña por la presidencia de Óscar Iván Zuluaga en 2014, y arrasar en ese departamento consiguiéndole 70 058 votos (siete veces más que su contrincante, el futuro presidente Juan Manuel Santos), a Calzones le quedó claro que también se le daban bien las empresas políticas. A pesar de esa enorme labor, como ya se sabe, Zuluaga perdió a nivel nacional y, tal vez por esa tusa, tuvo un desaire con su benefactor casanarense, por lo cual John Jairo decidió no trabajarle más al Centro Democrático y prefirió usar su potencial en beneficio propio y conquistar la alcaldía para sí mismo. Recolectó más de diecisiete mil firmas, que la Registraduría aprobó, para lanzarse como candidato por el Movimiento Social La Bendición, su propio partido independiente.

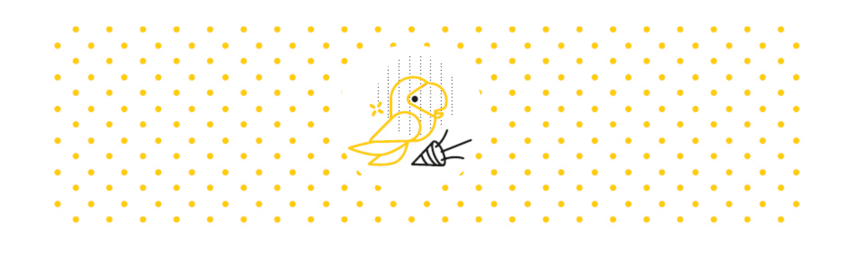
Para asegurarse la victoria, Calzones ya tenía a la mano su propia legión de seguidores, conquistados por otra de sus más recientes ocurrencias: crear su propia ciudadela para darles vivienda a los más pobres. Meses atrás, había comprado un lote de ciento cuarenta hectáreas en el lugar más alto de la ciudad, una zona conocida como La Bendición, y anunció allí una suerte de tierra prometida a su estilo: les daría vivienda de noventa metros cuadrados a más de tres mil familias, que comprarían los terrenos por poco más de treinta millones de pesos. El negocio incluía subsidios de cinco millones de pesos para financiar los materiales de construcción, la posibilidad de separar los lotes con 1,5 millones de pesos de cuota inicial y pagar su deuda en módicas cuotas de trescientos mil pesos mensuales… Sería, además, el primer lugar de la ciudad que tendría agua potable y, para coronar esa obra de padre benefactor, el conjunto residencial contaría con la construcción en cemento de la Biblia más grande del mundo: una escultura de las sagradas escrituras de tamaño monumental.

¿Se le habrá ocurrido mejor campaña política y publicitaria a agencia de relaciones públicas o político alguno en Colombia? En un país donde la gente da su voto a cambio de una teja de Eternit o un tamal, ¿qué no darían por un techo, un terreno y la

bendición de una Biblia apoteósica, prácticamente regalados? Nadie en Yopal dudó nunca que la victoria sería para Calzones. Tanto confiaban sus seguidores en él que ni siquiera doblegaron su voluntad el 14 de octubre de 2015, cuando, a una semana de las votaciones, la Fiscalía ordenó la captura del carismático candidato y fue enviado a la cárcel La Modelo de Bogotá. Los cargos: urbanización ilegal.

Los terrenos que Calzones había adquirido para cumplir su fantasía inmobiliaria eran objeto de extinción de dominio desde 2012 porque, en una sucesión de compras, habían pertenecido al narcotraficante Germán Sánchez Rey, más conocido como el Coletas. Antes que una polémica, lo que más sorprendió fue que, desde un principio, Calzones admitió que, en efecto, así era. Por eso, sin temor alguno, no dudó en enviar una nota de voz desde su celda que se hizo viral en Yopal, en la que invitaba a sus seguidores a apoyarlo en las urnas. Y así lo hicieron: Calzones arrasó con un 34 % de los votos a su favor y se convirtió así en el preso con mayor popularidad en unas elecciones, superando con creces a algunos sucesores en la materia como los presos-alcaldes electos Bonifacio Contreras Díaz y José Félix Martínez Bravo, quienes en 2012 habían conseguido desde la cárcel las alcaldías de los municipios de Los Córdobas y Moñitos, respectivamente.

La gran pregunta era, desde luego, si su elección era válida y, de serlo, cómo podría gobernar desde la cárcel. Para su fortuna, esa primera temporada de la *traquetonovela* de Calzones terminó con un final feliz cuando, en diciembre de 2015, el juez segundo de control de garantías de Yopal le concedió el beneficio de casa por cárcel. Y así, para el primero de enero de 2016, este Robin Hood de Yopal pudo empezar el año posesionándose como alcalde, el primero del país en ejercer monitoreado con un brazalete eléctrico de seguridad del Inpec. En los años siguientes, la vida de Calzones sería una maraña de *ires y venires* a la cárcel y los juzgados, que terminaron en sucesivas acusaciones y sentencias con sus respectivas libertades por vencimiento de términos. Pero ese primer gran mérito nadie se lo arrebata. Una gran prueba de que en Colombia cualquiera puede gobernar. La democracia funciona.



EL DÍA QUE JESÚS LLEGARÍA A SABANALARGA

Muchas veces se ha dicho que el mundo se va a acabar: desde las profecías mayas malinterpretadas por Occidente que pronosticaban el fin de la Tierra para 2012, hasta la conspirativa teoría del Y2K, que anunciaba el fin definitivo cuando las máquinas y la tecnología enloquecieran por no asimilar el cambio de milenio en el año 2000 y comenzaran a destruirlo todo. Bueno… Uno de los fines más esperados ha sido, sin duda, el de la Biblia: que viene el Mesías salvador a juzgar para premiar con el cielo a los buenos y condenar al infierno a los malos, que se irán enteros y sin miramientos vía apocalipsis. Lo que nadie se espera de ese relato es que justo ese regreso mesiánico-apocalíptico fuera a pasar en un pueblito de la costa Caribe.

¿Cómo se imagina usted que llegaría Jesús a la costa? Yo apostaría que serían varias las dificultades que tendría que sortear el hijo de Dios en los departamentos del Caribe colombiano, por más milagros que pueda hacer. Ni él mismo se

salvaría de la omnipresencia invisible de los clanes políticos de esa región, que lo cooptan todo como una mafia en la que no se mueve una hoja sin su permiso o su coima, y, en el mejor de los casos, no dudarían en hacerse con él como una de las tantas empresas o políticos que ya están bajo su yugo. Y si el buen Jesús llegara a librarse de semejante calvario, mucho trabajo le costaría llegar a pueblo alguno costeño, por las pésimas vías que hay allí, y pasaría mucho tiempo tratando de resolver las peticiones de sus habitantes y fieles, que han vivido décadas en la miseria, cortesía del arraigado abandono estatal y la corrupción.

Pero, tal como yo lo imagino, la visita de Jesús no sucedió así. La llegada del mesías a nuestra querida costa comenzó como un rumor a mediados de diciembre de 2020. El anuncio lo había hecho Gabriel Ferrer, pastor que, junto a su esposa Yolanda Rodríguez (quien afirmaba que años atrás había sido contactada por Dios), lideraba el culto llamado Ministerio Berea Barranquilla, que tenía su sede principal en la capital del Atlántico y una más pequeña en el cercano municipio de Sabanalarga. Fue allí, en este último pueblo, donde el pastor anunció que el señor llegaría con fecha confirmada y todo: el 17 de diciembre a medianoche. Casualmente, valga la conveniencia, de todos los lugares paradisíacos a los que podría llegar Jesús al Caribe, justo había decidido escoger como punto de aterrizaje la casa de Gabriel Ferrer, en el barrio Virgen del Carmen (ajá), en el corregimiento Isabel López de Sabanalarga (ajá).

El anuncio lo hizo el mismo Ferrer en uno de sus días de culto y en redes sociales. Y el disparate, que pudo ser otro de tantos sermones más que se desoyen en iglesias de toda Colombia, fue más que bienvenido. Bueno, no masivamente, pero, una semana antes del día señalado, ya una veintena de sus fieles habían hecho caso a su llamado. Y sus exigencias no eran pocas. Para poder recibir al Mesías, debían estar muy preparados: tenían que estar libres de todo tipo de pecado y bien material, además de despojarse de todo tipo de pertenencias que, por supuesto, para garantizar su desprendimiento, debían ser entregadas el pastor, preferiblemente en efectivo. Además, debían pasar un estricto ayuno y enclaustramiento hasta que llegara Jesús.

Así, muchos habitantes de Sabanalarga vieron como sus familiares empezaban a vender todo cuanto tenían y se distanciaban de los suyos. Y, con lo que tenían puesto, se fueron a

Isabel López, entregaron el dinero recaudado al pastor y se encerraron junto a él para recibir el arrebatamiento, que es como en la fe cristiana le llaman a ese acto mesiánico en el que Jesús se lleva a los buenos (ya sean vivos o muertos) al reino de los cielos y deja a los pecadores a la deriva del apocalipsis.

El 17 de diciembre llegó y, hambrientos y expectantes como estaban, los feligreses confirmaron que… Jesús no llegaba. Sin embargo, el pastor tuvo una respuesta a la mano: el mismo Jesús le había dicho que se demoraría un poco más, que disculparan la tardanza, pero que allí llegaría el 28 de enero. Algo entendible, por supuesto: tratándose de Jesús, es normal deducir que deben ser muchos los compromisos diarios que debe atender. Además está el inconveniente que ya mencionamos de accesibilidad a ciertos lugares de la costa colombiana.

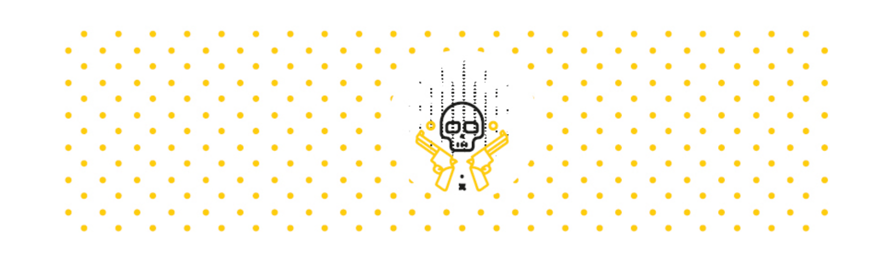
En fin… El nuevo anuncio se hizo y, mientras tanto, el buen pastor Gabriel Ferrer seguía exigiendo a sus seguidores el ayuno y claustro estricto, además del desprendimiento de sus bienes y riquezas que debían entregarle con celeridad para estar aún más puros aquel 28 de enero. Para ese momento, ya los medios de comunicación habían cubierto, más folclóricamente que a profundidad, el extraño culto que esperaba a Jesús en una casa de Sabanalarga. Autoridades como la Fiscalía y el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar hicieron lo propio y, al menos, lograron sacar del lugar a ocho menores de edad que habían sido obligados por sus familiares a entrar en ayuno. Quedaron allí, entonces, solamente los adultos, que esperaron durante seis semanas más.

Aquel 28 de enero, como el pasado 17 de diciembre, Jesús tampoco llegó. Para sorpresa de nadie, Gabriel Ferrer ya había dado su última prédica días antes, eso sí, vía redes sociales. Les pedía paciencia a sus fieles para que estuvieran atentos hasta la medianoche de aquel jueves porque, con toda seguridad, en cualquier momento, Jesús llegaría. La medianoche pasó, el amanecer llegó, pero Jesús no: nada aparecía. Las autoridades, los medios de comunicación y la mayoría de los colombianos confirmaron lo que ya tantas veces habían advertido los familiares de los fieles: todo era una enorme estafa. Porque, al igual que Jesús, el pastor Gabriel Ferrer tampoco apareció aquel día.

La sorpresa que sí se llevaron las autoridades del pueblo era

que, temiendo lo peor, desde un suicidio colectivo, hasta un arrebato de histeria que tomara Sabanalarga producto de la decepción mesiánica, terminaron viendo que no pasó nada con los fieles estafados. Nada. Salieron de a poco de aquel claustro temporal hechos más zombis que personas, resignados y serenos en apariencia.

Como era de esperarse, el pastor Gabriel Ferrer nunca volvió a aparecer y tampoco el dinero que sus fieles le entregaron después de vender todo lo que tenían, para darle hasta la última moneda que los dejaría totalmente expiados de pecados terrenales. También, como era de esperarse, hasta el momento de la impresión de este libro, que se sepa, Jesús no ha regresado aún a Sabanalarga o algún otro municipio de la costa Caribe de Colombia, o del mundo, después de que se le viera con vida por última vez hace más de dos mil años.



LA JOVEN PROMESA DE LA CORRUPCIÓN

La corrupción existe en todos los países, cómo no. Pero decir que en un país es necesario una especie de *sheriff*, que haga las veces de pseudosuperhéroe protector del Estado, que combata a quienes se saltan la ley de manera desproporcionada y operan inescrupulosamente para llenarse los bolsillos, ya es un síntoma de que las cosas están podridas. Y, adivine, eso pasa en Colombia. Al adalid que nos protege de ese tipo de delitos lo llamamos zar anticorrupción, y ese nombre épico ha mutado a un pueril fiscal anticorrupción. Como se imaginará, en un país lleno de corruptos, no es fácil encontrar a ese héroe, pero para fortuna de todos los colombianos, el país está lleno de buenos muchachos, estudiosos y trabajadores. Si no lo cree o necesita una prueba fehaciente, mire nada más al joven Luis Gustavo Moreno.

Nacido en Barranquilla en 1982, de familia vallenata, se hizo abogado con título de la Universidad Libre en 2007. En muy poco tiempo, el talento de nuestro héroe fue rápidamente reconocido, porque tenía méritos de sobra: ya para 2015 ostentaba tres maestrías y una especialización en universidades de Colombia y

España. Y, no en vano, a pesar de que no tenía más experiencia que ser un catedrático de Derecho Penal en unas cuantas universidades, rápidamente llegó a ser abogado de ilustres personajes de la política nacional, como Luis Alfredo Ramos (exgobernador de Antioquia con investigaciones por parapolítica) y Bartolo Valencia (exalcalde de Buenaventura, condenado por irregularidades en contratos para la educación en ese municipio).

Tanto recorrido en tan poca trayectoria le valió que, con menos de diez años de carrera, fuera nombrado zar anticorrupción en octubre de 2016. La prensa nacional se sorprendió al ver que un tipo con apenas 36 años ocupara uno de los cargos más importantes de la justicia en Colombia. No solo era un versado abogado, sino que, además, ¡era tan joven y bueno! ¿Qué podría salir mal si se hiciera cargo de combatir la profunda corrupción del país más corrupto del mundo? La justicia en Colombia necesitaba carne fresca, renovarse con ideas jóvenes para acabar con la corrupción. Eso o, tal vez, algunos magistrados y abogados muy poderosos necesitaban a alguien ingenuo o completamente inescrupuloso que no dudara en ejecutar los mandados de intereses oscuros para coordinar uno de los peores casos de corrupción de la historia reciente de Colombia: el cartel de la toga.

Para resumir ese enorme entramado de corrupción que la prensa carismáticamente bautizó con un nombre tan inofensivo, habrá que decir que el cartel de la toga fue, palabras más, palabras menos, una mafia que cooptó a la rama judicial de Colombia desde sus cimientos hasta las cabezas de las altas cortes, como la Corte Suprema de Justicia, para que los casos de políticos y otros personajes turbios, que eran investigados por esos entes de control, fueran sepultados, archivados o dejaran de ser investigados a como diera lugar. Y, además, intentaba involucrar en casos judiciales falsos a todos aquellos que los acusaban. Es decir, corrupción salvando a la corrupción.

Y en medio de toda esa tramoya estaba nuestro joven Luis Gustavo. Pero no para salvar a la justicia. Estaba ahí para dar las órdenes y sobornos necesarios para que el cartel de la toga tuviera éxito. Básicamente, su trabajo era contactar a los acusados, o esperar a ser contactado, para negociar altas sumas de dinero que se repartían entre abogados y magistrados. Un negocio innovador dentro de la tiesa justicia colombiana, la

verdad sea dicha. Así fue como recibieron miles de millones de pesos por parte de senadores, alcaldes, gobernadores y demás personajes ilustres a los que, efectivamente, la justicia tardó en abordarlos.

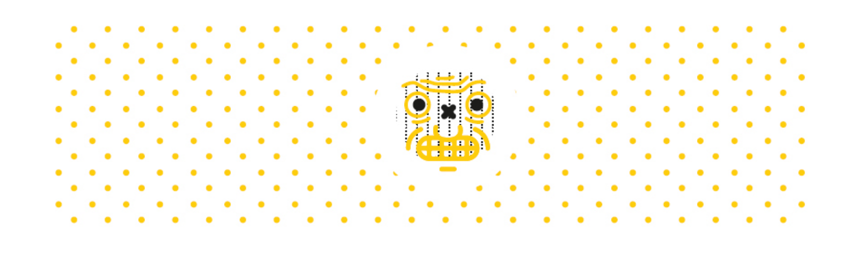
Pero, si nadie le echaba el ojo a Luis Gustavo en Colombia, ya la DEA y otros organismos de la inteligencia internacional lo tenían en la mira. Solo estaban esperando a que diera un paso en falso y mordiera su anzuelo. Y no tardó mucho en hacerlo. No habían pasado más de ocho meses desde que había llegado a su gran cargo cuando Luis Gustavo, junto al abogado Leonardo Pinilla, contactó al exgobernador de Córdoba, Alejandro Lyons, para exigirle un millón de dólares de soborno para beneficiarlo archivando la investigación que la Corte Suprema de Justicia estaba a punto de abrir en su contra, imputándole veinte cargos por posibles actos de corrupción con los que habría desviado cerca de ochenta y nueve mil millones de pesos del erario de ese departamento mientras estuvo a su frente.

Tan apurados estaban Moreno y Pinilla que presionaron dos y tres veces a Lyons para que les entregara el dinero. Para ese momento, el exgobernador, que vivía en Miami, ya llevaba dos meses en contacto con la DEA y juntos prepararon el anzuelo. La DEA marcó diez mil dólares del soborno que fueron entregados elegantemente en un baño del Dolphin Mall de esa ciudad. Finalizada la transacción, Pinilla y Moreno, quien estaba con su esposa, regresaron a Colombia donde fueron detenidos en mayo de 2017. Desde entonces ha pasado el enredo judicial que todos hemos visto con dificultades para entender.

Luis Gustavo fue extraditado a Estados Unidos, donde cumplió cuarenta y ocho meses de prisión, y luego regresó a Colombia en diciembre de 2020. A su llegada de nuevo al país, la zozobra lo ha acompañado en todo momento: desde la expectativa de los medios para que prenda el ventilador y diga quiénes son las cabezas del cartel de la toga que le daban órdenes, hasta una huelga de hambre que hizo para que lo trasladaran de la cárcel La Picota, temiendo por su vida, a la cárcel La Modelo, donde también su vida corre peligro indistintamente. A su regreso, Luis Gustavo Moreno se encontró el infierno de las cárceles colombianas que, seguramente, algo conocía de sus años «del lado de la justicia».

Más allá del escándalo, su aparente arrepentimiento y la

esperanza de que cuente por fin la verdad sobre el cartel de la toga, a ver si por fin empiezan a caer ciertas estructuras que han querido tomarse la justicia. Para ser justos con Luis Gustavo Moreno, habrá que empezar por decir que, si bien no fue un notable zar anticorrupción, por el contrario sí fue un gran corrupto en el poco tiempo que duró su carrera.



EL *SHOW* DEL DOCTOR TERNURA

Si uno se pone a echarle cabeza, es paradójico pensar que hubo un día en el que los colombianos votaron por el 'no' en un plebiscito en el que nos preguntaron si deseábamos una paz estable y aprobar los acuerdos de paz de La Habana firmados entre la guerrilla de las FARC y el Gobierno. Y no lo digo por la forma en que votaron los colombianos, sino por quienes promovieron intensamente esa decisión: el partido Centro Democrático, que lidera el expresidente Álvaro Uribe Vélez. Es paradójico, digo, porque diez años atrás, cuando él era presidente, su política de Seguridad Democrática se vio muy interesada en la reinserción de esos combatientes a la sociedad. Incluso en algún momento anunciaron con orgullo y sacaron pecho de que su mano tendida había tenido resultados: consiguieron la desmovilización de un frente completo de esa vieja guerrilla.

Era 2006, se acercaban las elecciones en las que Álvaro Uribe sería reelegido y el programa estrella de su Gobierno había sido la Seguridad Democrática, cuyo principal objetivo era diezmar a

los grupos armados al margen de la ley. Una de sus herramientas más persuasivas era la desmovilización, potenciada por estrategias como la creación de la Ley de Justicia y Paz, en 2005, que servía para agilizar la reincorporación de los paramilitares, aunque acogía también a miembros de otras agrupaciones. Para que la cosa funcionara mejor, nombró como comisionado de Paz a Luis Carlos Restrepo, psiquiatra y filósofo, un personaje que se había hecho famoso años atrás por un libro que se convirtió en *best seller* en librerías y semáforos: *El derecho a la ternura*.

Desde su designación en el cargo, en 2003, Restrepo, al que conocían por su libro como el Doctor Ternura, se había destacado en sus labores. Para 2006, había desmovilizado en treinta y ocho actos a unos treinta mil paramilitares, la mayoría pertenecientes a las organizaciones de autodefensa que se habían sentado a negociar con el Gobierno en Santa Fe de Ralito. En el caso de los guerrilleros, las desmovilizaciones eran individuales. Por eso sorprendió tanto el anuncio ese año de que todo un frente completo de las FARC se desmovilizaría. Más increíble aún fue que el país vio todo el *show* en vivo y en directo, en una puesta en escena muy bien lograda.

El 6 de marzo de 2006, llegaron sesenta y seis hombres y mujeres en armas a la vereda La Tebaida, del municipio de Alvarado, en Tolima, dispuestos a desmovilizarse ante el Comisionado de Paz. Estos guerrilleros supuestamente hacían parte del frente Cacica La Gaitana, dirigido por el comandante Biófilo. El mundo entero vio la foto de Luis Carlos Restrepo recibiendo las armas en un acto de paz sin precedentes. Era la primera vez en toda la historia de las FARC, que para entonces rondaba los cuarenta años de lucha, que se presentaba una desmovilización masiva de ese grupo. Justamente, por eso fue que a algunos sectores de la opinión pública también les resultaba extraño: no había indicios recientes de que las FARC permitieran este tipo de entregas masivas. La idea del Gobierno era ganar puntos ante la comunidad internacional y pensaban que esta entrega estimularía otras similares en todo el país.

Todo era tan perfecto que por eso resultaba sospechoso. Fue cuestión de meses para que se descubriera el montaje. La tal desmovilización del frente Cacica La Gaitana era una farsa. Los primeros periodistas que esculcaron el tema fueron los de *Noticias Uno* y descubrieron los videos de los preparativos previos a la

pantomima. En las imágenes, se veía a un grupo de hombres y mujeres en una especie de rutina de entrenamiento de cómo parecer guerrilleros, tratando de recordar sus nuevos alias, cargando un fusil, formándose e incluso aprendiendo a caminar como curtidos combatientes. Todas sus prácticas las hacían con palos de madera porque, si las hacían con armas reales, podrían presentarse accidentes.

Al parecer, veinticinco de los reinsertados, incluido el comandante Biófilo, sí eran guerrilleros de las FARC y las otras cuarenta y una personas, indigentes y desempleados, incluidos ocho menores de edad, a los que reclutaron y pagaron entre cuatrocientos mil y quinientos mil pesos para que hicieran parte de esta pantomima. El cerebro de la patraña había sido un exguerrillero de las FARC, Olivo Saldaña, en asocio con un narcotraficante pedido en extradición llamado Hugo Rojas Yepes.

El comandante Biófilo, que reconoció luego que todo había sido un montaje, le dijo a *Noticias Uno*:

> Los dineros, en realidad, salieron de parte de un narcotraficante, Hugo Rojas Yépez, y el momento todavía no está claro, pero también salieron platas de la oficina del Alto Comisionado para patrocinar una fundación Paz Mundial Colombia con la que, de cierta manera, apoyando esa fundación, se mantenía calladas y quietas a las personas que habían participado no en la desmovilización, sino en la gestión, que son otras que no han nombrado.

La justicia comenzó a investigar este caso seis años después del *show* de la entrega y acusó como responsables de la falsa desmovilización al excomisionado Restrepo, al desmovilizado Saldaña, a dos coroneles de las Fuerzas Armadas y a cuatro civiles. La Fiscalía dijo, en su momento, que la farsa que habían montado estos acusados había causado un «detrimento al patrimonio estatal cercano a los mil 119 millones 384 mil 685 pesos, de los cuales 81 millones 885 mil 169 pesos fueron causados por los gastos del proceso de desmovilización». Esa platica se perdió y del ahogado no quedó ni el sombrero, porque diez años después el proceso está a punto de prescribir. Luis Carlos Restrepo escapa de la justicia desde 2012. Y, aunque este año Interpol emitió una circular roja para que sea capturado en cualquier lugar del mundo, lo más seguro es que no pase nada y

para los anales de la historia quedará esta bizarra desmovilización que parece un chiste, pero en realidad fue otra de las tantas burlas que hizo el Gobierno de la Seguridad Democrática.



ABOGADO MATALLANA: LICENCIADO PARA MATAR

Balzac dijo que «la avaricia comienza donde termina la pobreza», y uno de los colombianos que encarnó mejor que nadie estas palabras fue Buenaventura Nepomuceno Matallana, quien descolló en la innoble tarea de esquilmarles y arrebatarles sus ahorros o fortunas a los desventurados compatriotas que confiaron en sus servicios. Su falta de escrúpulos fue total y le llevó a perfeccionar sus métodos para matar y desaparecer a sus incautas víctimas, al punto que dejó su impronta en la bizarra historia de los peores asesinos colombianos.

Aunque solo con su nombre bastaría para ser recordado, el sagaz Nepomuceno es mejor conocido por su apodo, bien asignado, de Doctor Mata, derivado de su apellido y, claro está, de su oficio como asesino en serie, que ejercía haciéndose pasar por abogado que pretendía ayudar a sus clientes, quienes, después de depositar una confianza casi ciega en su apoderado,

desaparecían y nunca más se sabía de ellos. Lo curioso era que siempre se esfumaban después de haberle dejado documentos que le servían a él para hacerse con sus propiedades y fortunas.

Semejante joyita no se hizo de la noche a la mañana. Y, antes de iniciar su temprana carrera de estafador y asesino, tuvo su propia historia dramática. Nacido en 1891, sobre su origen hay dos versiones. Una dice que era hijo natural, es decir, de una madre soltera sin padre conocido, en Chiquinquirá, Boyacá. La otra asegura que fue abandonado por su progenitora en un zarzal de Caldas, otro municipio boyacense, y una niña de diez años, hija de una familia acomodada de esa población, lo encontró envuelto en una ruana.

Con el tiempo esa pequeña salvadora se convertiría en su madre adoptiva, vínculo que se mantuvo hasta la muerte de ella en 1944 en el lazareto de Agua de Dios, donde había ingresado en 1913, a los 30 y cuando su hijo putativo se acercaba a los 22. A esa edad, el joven Nepomuceno ya daba sus primeros pasos como cazafortunas. Se casó con una mujer adinerada llamada Georgina Sarmiento, que le doblaba en edad. Él la abandonó a los pocos años de casados. En el tiempo que estuvieron juntos, ella soportó a todas las amantes que le enrostró. Terminó sus días octogenaria, sobreviviendo con los ínfimos auxilios que él le entregaba como limosnas.

A los 30 años, Nepomuceno ya ejercía como secretario de la Alcaldía de Caldas, donde llegó a ser tinterillo, es decir, un auxiliar en casos judiciales, lo que en jerga popular se podría conocer como un *abogaducho*, por supuesto sin título o academia alguna. Eso le bastó para hacer y deshacer con el Código Penal en un pueblo donde la gente no tenía mayores nociones de la ley. Rápidamente, aparecieron sus primeras triquiñuelas, que podrían ser las primeras apariciones de esos constantes métodos que tienen nuestros honorables criminales de cuello blanco.

Nepomuceno incursionó con mucho éxito en el hampa mezclando crimen con legalidad: desde engañar y atentar contra el sacerdote del pueblo, después de colaborarle como rematador de diezmos de las veredas del municipio, hasta expropiarle las tierras a una campesina viuda que acudió en su ayuda. También fue acusado de liderar una cuadrilla criminal que hacía de las suyas en la región entre 1917 y 1924. De todo ello supo librarse creando falsos expedientes e incriminando a inocentes. Y

finalmente terminó absuelto por falta de pruebas, maniobra en la que podría decirse que también fue pionero. Lo mismo ocurrió con otros cuatro expedientes en su contra: tres por crímenes en Chiquinquirá y Caldas, y otro por falsedad y estafa denunciado por el Banco Hipotecario de Bogotá.

Para ese momento, Nepomuceno todavía estaba en pañales. Pasados los 40 años, daría su salto al estrellato del crimen en Colombia. Llegó a Bogotá, a mediados de los años treinta, con un título falso de Derecho de la Universidad de la República y ocupó una oficina en el edificio Restrepo, uno de los más representativos de entonces del centro de la capital. Ahí refinó el método que lo haría célebre.

Se hizo con una clientela de adinerados o muy adinerados, huraños y solitarios por lo general, desesperados, ambicioso o desorientados, que acudían a él buscando ayuda en casos judiciales o de negocios de tierras. En su defecto, era Nepomuceno quien les creaba la necesidad de entrar en negocios donde él los asesoraría, o los sugestionaba para hacerles creer que podían caer en serios problemas judiciales de los que él los salvaría. Después de estudiarlos y tramarlos con especial zalamería, los clientes acudían a reuniones con el doctor Matallana, donde resolvían, con dinero o documentos, los líos en los que terminaban metidos por cuenta de su abogado. Pero después de esos encuentros, no se los volvía a ver.

Así pasó con Baudilio Mendoza, dueño de varias bombas de gasolina, que acudió al doctor Matallana tras una acusación de complicidad por haber comprado combustible robado a la Tropical Oil Company. El abogado le sugirió desaparecer y, sea por obediencia o no, lo cierto es que no se volvió a saber de su paradero desde 1937. Cuando la compañera sentimental acudía a Nepomuceno buscando pistas, este siempre le hacía entrega de supuestas cartas del desaparecido en las que le decía que todo estaba bien, pero que tenía que ocultarse y que ella debía hacerle caso en todo lo que el abogado le ordenara, incluido el traspaso de sus bienes a su nombre.

Algo similar ocurrió con Alberto Ramírez Posada, otro cliente al que Matallana enredó bajo la promesa de asesorarlo en negocios. Se lo vio por última vez el 20 de agosto de 1936, después de cobrar un cheque por quince mil pesos de la época y reunirse con el abogado para un almuerzo en el Hotel Granada.

Cuando sus familiares acudían a él para indagar por su paradero, él les entregaba telegramas supuestamente enviados por Ramírez Posada pidiéndoles que no actuaran porque podían meterlo en más problemas. Se calcula que, por el mismo estilo, pasaron más de treinta y cinco clientes en menos de diez años.

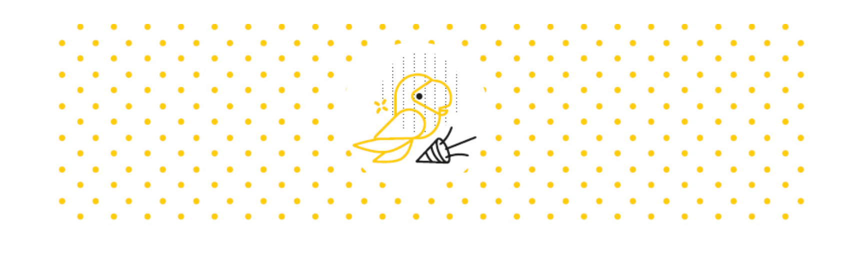
Solo se sabría la verdad de su método cuando desapareció Alfredo Forero Vanegas, un comerciante adinerado, ya anciano, que se había separado de su mujer. Fue gracias a la insistencia de su mucama, que se preocupó porque su jefe nunca regresó y no creía en las versiones que daba Matallana, que se logró continuar con la investigación judicial en la que se conocería que, en realidad, había sido asesinado por Hipólito Herrera, un compinche del abogado, después de que Forero se resistiera a firmar un cheque bajo amenaza de muerte. La verdad se supo porque el asesino mostró el lugar donde había enterrado el cuerpo.

Lo más absurdo de la revelación sobre quién era realmente Nepomuceno fue el juicio en su contra, que tardó casi dos años e incluyó su fuga durante el Bogotazo. Para ese momento, Matallana ya era un abogado adinerado, con una fortuna cercana a los quinientos mil pesos de la época, lo cual hizo célebre su proceso judicial. Tanto que el juez que lo llevaba tuvo que solicitar el alquiler de un teatro para llevar a cabo las audiencias, debido a la cantidad de gente que quería ver en qué acababa el juicio contra el Doctor Mata, que fue como empezó a conocerse en la prensa después de que salieron a la luz varias desapariciones de otros clientes.

Por esos días, el entonces reportero Gabriel García Márquez decía que las audiencias eran tan populares que, sin querer, le habían montado la competencia a *El derecho a nacer,* la radionovela con más sintonía de ese momento. El desenlace de la novela negra del Doctor Mata fue una condena de veinticuatro años, la mayor pena que existía, por extorsión y homicidio agravado. Sin embargo, once años después, Matallana volvió a juicio porque el anterior había sido anulado por un error de procedimiento.

Este fue igual de extenso e intenso como el anterior, y se prolongó tanto que Matallana murió en medio del proceso. Tenía 69 años y se encontraba recluido en la cárcel La Modelo de Bogotá, desde donde aún controlaba su bufete de abogados, otro

rasgo en el seguramente fue pionero de tantos otros funcionarios y corruptos que siguen manejando sus negocios, e incluso el país, desde las cómodas celdas en las que la justicia se la ponen de ruana.



UN PROBLEMA COLOSAL

Son tan tiernos como peligrosos. Entre los expertos del mundo salvaje, es bien sabido que los hipopótamos matan a más personas al año que los leones, los lobos, los tiburones y los elefantes… juntos. Las cifras más recientes sobre su letalidad son de la Organización Mundial de la Salud (OMS), que señalaba en 2014 que los ataques de los Hippopotamus amphibius (que se traduce como 'caballo de río') dejan cerca de quinientos muertos anuales. Y, si uno lo piensa bien, así su letalidad no sea tan taquillera como la de los tigres o las serpientes, es claro que, sin mucho esfuerzo, podrían matar a mordiscos a un humano o a cualquier otra cosa viva que se les atraviese y sientan que representa una invasión de su territorio o un peligro para sus crías. Así que la tierna imagen de Gloria, la hipopótama de la película Madagascar, es una ficción.

Un hipopótamo puede pesar entre mil trescientos y tres mil kilos y alcanzar velocidades de hasta cuarenta y cinco kilómetros por hora, y está dotado de sendos colmillos de cincuenta centímetros. O sea que en una embestida, que las hacen con frecuencia cuando se sienten invadidos porque son una especie muy territorial, lo mejor sería no estar en su camino. Yo los he visto en acción: son moles y, al verlas de frente, no tienen nada

de tierno. Aunque dan la impresión de ser pesados y lentos, en realidad son veloces en tierra y muy ágiles en el agua, donde sorprenden siempre a sus víctimas porque aparecen con sigilo. En África así es como vuelcan las lanchas de los pescadores.

El encuentro más cercano que he tenido con estas bestias no fue en medio de un safari africano. Fue en pleno río Magdalena. Para los que aún no se han enterado, Colombia es un país tan próspero y fértil que acá, en la antípoda de su hábitat de origen, los hipopótamos encontraron el paraíso, a diferencia de muchos humanos y especies nativas que sufren hoy por todo tipo de vejámenes. Nuestro país es el único lugar, fuera de su África natal, donde existe una población de hipopótamos salvajes.

Este edén en el que nadan, pastan y copulan con toda frescura es cortesía de otra de las extravagancias del narcotraficante Pablo Escobar. Entre las excentricidades del capo mayor de Colombia en los años ochenta, estaba la idea de construir su propio Neverland. En el Magdalena Medio, exactamente en el calor de Puerto Triunfo, en Antioquia, encontró el lugar perfecto para crearlo. Como si se tratara de un Noé criollo, en una suerte de *narcoarca*, Escobar importó a dos o más ejemplares de diferentes especies africanas —entre ellos, jirafas, cebras, elefantes, rinocerontes y tres hembras y un macho de hipopótamo— para poblar su zoológico de tres mil hectáreas.

Tras la caída del capo en 1993, el edén colombiano quedó a la deriva. El safari fue recapturado, especie por especie, menos una: no había forma de atrapar a los hipopótamos que, una década después de su llegada, ya se habían multiplicado y conformaban una manada considerable que aumentaba su número. Esto era gracias a que, al no tener depredadores naturales en el país, ni épocas de sequías como en África, no tenían más que dedicarse a la buena vida y pasar todo el día comiendo, cagando, copulando y reproduciéndose. La revista *Pesquisa Javeriana* los denominó «ingenieros de los ecosistemas» porque «consumen más de setenta kilogramos de pasto al día para alimentarse».

El problema, que como todos los temas ambientales en este país fue subestimado o, mejor dicho, ignorado a pesar de sus colosales proporciones, se convirtió en menos de treinta años en un asunto realmente riesgoso, pues en este momento ciento treinta hipopótamos se pasean orondos por el río Magdalena, como las iguanas con ruana de lana que toman café a la hora del

té. El daño ecológico que causan es devastador. Un estudio realizado por la Universidad Nacional y el Instituto Humboldt determinó que «la población de hipopótamos crece a una tasa anual del 14,5 % y alcanzará su máximo crecimiento para 2034, con una población por encima de 1400 individuos».

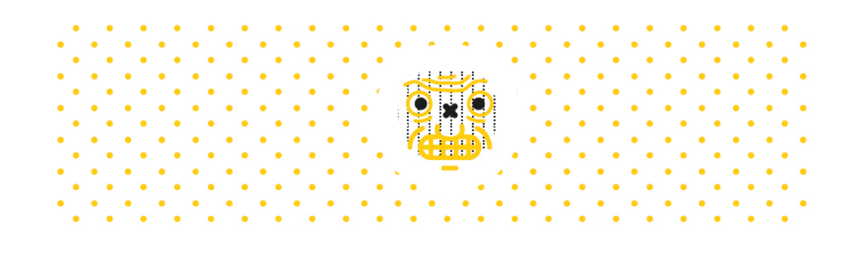
El impacto de los hipopótamos colombianos podría ser desde el desplazamiento de especies nativas que habitan la cuenca del Magdalena, como los manatíes, hasta alteraciones químicas en las aguas del río y sus afluentes, que podrían comprometer considerablemente la población de peces. Y, por supuesto, lo más delirante de todo, lo que nunca se nos había ocurrido al vivir en un país como Colombia, que ya suficientes delirios tiene a diario: ataques de hipopótamos a humanos, como ya se ha testimoniado en casos de pescadores que han sobrevivido para contarlo.

No me malinterpreten. Por supuesto, como toda la fauna colombiana en general, los hipopótamos han sido también víctimas de la guerra inescrupulosa que nuestra insaciable violencia ha dejado en los últimos sesenta años. Seguramente, dentro de todo, ellos estaban bien y tranquilos en algún lugar de Estados Unidos, de donde fueron importados, y terminaron acá por cuenta de los antojos de un narco excéntrico que lo mismo repartía bala que traficaba con animales por capricho, aunque algunas personas dicen que los excrementos de los animales salvajes se utilizaban para confundir con ese olor a los perros antinarcóticos. Como casi todas las cosas que nos dejó Escobar, sus hipopótamos son otra secuela absurda de sus excesos. Y, encima, nada se hace para darle solución.

Hoy, la discusión es de alto calibre y, claro, pasa de agache en la agenda colombiana porque, habrá que ver, son mucho más prioritarios otros de nuestros delirios (como la corrupción y la guerra, solo por poner un par de ejemplos) que pensar en cómo se detiene la reproducción de hipopótamos, algo que ni en África se había estudiado. Tal vez por eso, las pocas soluciones que se han planteado han sido polémicas: desde enviarlos de vuelta a la tierra de sus ancestros, pasando por atraparlos y castrarlos (lo cual ya se sabe que no es viable), hasta emprender una cacería para matarlos. La reputada bióloga Brigitte Baptiste es partidaria de este sacrificio y se opuso a la delirante propuesta de un candidato político que, en plena campaña, planteó hacer un santuario para estos gigantes. ¿No existen aún santuarios para

otras especies locales en peligro y piden que hagamos uno para estos foráneos que son un verdadero peligro?

Cualquiera que sea la solución, lo cierto es que debe ser pronta. Pero el Estado colombiano, haciendo gala de su eficiencia, lleva más de veinte años sin dar siquiera los primeros pasos. Solo en febrero de 2022 anunció que, por fin, declararía a los hipopótamos como especie invasora, aunque no lo ha hecho oficialmente. Si así lo hace, habrá que ver entonces cuál será el berenjenal que se inventan para borrar, y a tiempo, a más de cien hipopótamos, una estirpe que en Colombia parece no tener una segunda oportunidad sobre la tierra.



ABUDINEN: LA PALABRA DE LOS SETENTA MIL MILLONES DE PESOS

Se le dijo y se le advirtió hasta el cansancio, pero… Karen Abudinen, la flamante ministra de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (MinTIC) del Gobierno de Iván Duque, no escuchó y siguió adelante con una millonaria contratación para llevar internet a la Colombia profunda y olvidada. En un comunicado, el Ministerio decía que serían «alrededor de diez mil veredas y corregimientos ubicados en 1102 municipios y áreas no municipalizadas de 32 departamentos los que se beneficiarán con internet gratuito hasta el año 2030». El contrato era por doscientos sesenta millones de dólares, algo así como 1,07 billones de pesos. Me imagino que a los contratistas que participan en estas licitaciones con el Estado, que casi siempre son los mismos, se les hizo la boca agua con esta cifra. Había mucho en juego y no me refiero a la plata, sino a la educación de los niños y niñas.

Dicen que al perro no lo capan dos veces. Eso debe ser así en

otros lugares, pero no por estos lares. Y como en Colombia hay tantos antecedentes de contratos millonarios que se entregan, no se ejecutan y la plata desaparece como por arte de magia, los medios de comunicación estuvieron muy atentos a lo que iba a pasar con este del MinTIC. En diciembre de 2020, Paola Herrera, periodista económica de *W Radio*, prendió las alarmas al revelar que uno de los asesores de la ministra hacía parte de una de las empresas que estaban participando en la licitación. Lo peor no era eso, sino lo que contó en un trino en Twitter: «Investigamos quiénes eran los diez consorcios que estaban participando para ganarse este billonario contrato. Aquí advertimos que las empresas de Centros Poblados no tenían experiencia, ni capacidad técnica o financiera».

¿Adivinen qué pasó? Lo de siempre: que, pese a no tener la idoneidad ni cumplir los requisitos, la Unión Temporal Centros Poblados se ganó la mitad de la licitación y, como anticipo, le dieron diecinueve millones de dólares, es decir, unos setenta mil millones de pesos. Y comenzó la crónica de un desfalco anunciado. Seis meses después de la firma del contrato, Paola averiguó en qué iba la ejecución del contrato y descubrió que Centros Poblados incumplía el cronograma y no había instalado ningún punto digital, pese al dinero que se le había entregado. Aparecieron banderas rojas por todos lados.

Cuando la periodista fue llamada a la Cámara de Representantes para que relatara lo que sabía del tema, dijo:

> Nosotros encontramos, al hacer una radiografía de todas las empresas, que de la Unión Temporal estaban participando cuatro empresas, tres de las cuales no contaban con ninguna experiencia en este tema, y menos en este sector, e incluso cambiaron sus razones sociales [...] La ministra nos dijo varias veces en entrevistas que no había ningún problema, que la experiencia, digamos, no era completamente necesaria y que ganaba el oferente que entregará más puntos rurales, más escuelas conectadas y más velocidad.

El MinTIC tomó cartas en el asunto y encontró que las garantías bancarias que había presentado la Unión Temporal Centros Poblados eran falsas. Cuando las autoridades investigaron y abrieron la caja de Pandora, se encontraron con que el cerebro del desfalco había sido Emilio Tapia, el denominado Zar de la Contratación, quien tenía casa por cárcel por un caso similar. Este

personaje es tan bizarro que amerita un capítulo aparte en este mismo libro.

En julio de 2021 se canceló el contrato y en agosto se embargaron las cuentas y bienes de la Unión Temporal, pero la plata que les habían dado ya se había ido a Estados Unidos. El 3 septiembre la ministra Abudinen, cercana al clan Char, salió airosa de una moción de censura en el Congreso y el 9 del mismo mes, aprovechando que jugaba la selección de fútbol de Colombia contra Chile, renunció a su cargo para evitar que los periodistas la siguieran goleando. Se le dijo y se le advirtió, pero ella insistió en que había sido engañada y que el dinero del anticipo iba a recuperarse. Un año después de los hechos, todavía insiste en eso. «Todo era una fachada, señor procurador, todo era mentira tras mentira, yo no soy juez para valorar nada, pero yo sí me siento engañada», le dijo hace poco a la Procuraduría. Si se siente engañada, ¿qué estarán sintiendo los niños que se quedaron sin internet? Pero, como Dios no castiga ni con palo ni con rejo, tras su salida operó la justicia poética.

Gabriel García Márquez dijo en alguna ocasión: «Yo no puedo concebir una lengua más rica, más maravillosa, más radiante que la lengua castellana». Tan rica es que, cada cierto tiempo, se ve en la obligación de adaptar palabras nuevas que surgen del uso. El año pasado, esta bizarra realidad colombiana de la contratación impuso un verbo nuevo surgido a partir del apellido de la exministra barranquillera: *abudinear*. Se utilizó y popularizó en redes desde entonces para designar la desaparición o robo de algún bien precioso.

Fue tan extendido su uso —la representante a la Cámara Katherine Miranda hizo hasta vallas para su campaña de reelección con la frase «que no nos *abudineen* el país»— que la Real Academia Española atendió una consulta sobre el término. «Se trata de un derivado verbal formalmente posible, creado recientemente con intención humorística y despectiva a partir del apellido de una política colombiana. Por su significado y por los textos en que se emplea es transitivo», dijo en sus redes.

Abudinen se manifestó en contra de lo que consideró un abuso y escribió el 6 de septiembre de 2021 en Twitter: «Le he solicitado a la @RAEInforma que se pronuncie públicamente y desmienta lo que en redes y algunos medios colombianos se afirma. Mi apellido y el de ningún ser humano puede ser utilizado

para degradarlo, eso es un crimen. #SeguimosTrabajando».

Cuando la ministra renunció, pregunté en mis redes quién iba a responder por los setenta mil millones. Sigo esperando la respuesta, aunque se supone que las autoridades están haciendo todo lo que pueden para recuperar ese dinero. Suerte con eso. Y ojalá hagamos algo para que esto cambie y no nos sigan *abudi*… Perdón, robando el país.



EL PRIMER EDIFICIO DEL MUNDO EN CAMINAR

Tal vez por la frecuencia con que los colombianos vemos la caída de edificios, vías o puentes recién construidos, a pesar de las multimillonarias cifras que nos cuestan, se nos olvida que hubo una época en la que la ingeniería civil, la arquitectura y la construcción se realizaban en el país como debía ser: sin poner en riesgo la vida de nadie, sin desfalcar al Estado ni a los ciudadanos y sin desencadenar los peores casos de corrupción que hayamos conocido. Eso no es un mérito, es el deber más elemental y ético de esos conocimientos. Pero, como ya es tan raro ver una construcción que no cause polémicas o daños descomunales, nos parece que, con tal de que no se caiga un poste de luz recién instalado, ya estamos haciendo grandes obras. Sin embargo, el único rastro de una verdadera hazaña en la materia se realizó hace ya más de cuarenta años y debería ser recordada con mayor frecuencia.

En Bogotá todavía se habla, más con tono de leyenda que de suceso real, sobre el traslado del edificio Cudecom, construido en 1955. Y cuando se dice traslado no se refiere a un cambio de sede

o de oficina: literalmente, un equipo de colombianos movió el edificio completo como se mueve un carro varado, guardadas las proporciones. El Cudecom se erigió en la intersección de la calle 19 con la avenida Caracas y ahí estuvo hasta principios de los años setenta, cuando Bogotá vivía un desproporcionado crecimiento que requería la ampliación de vías para conectar el centro y el occidente de la capital. Fue necesaria la ampliación de la calle 19 para hacerse avenida y, antes que pensar en demoler la estructura, porque estaba en perfectas condiciones a pesar de ser un estorbo para lograr el objetivo vial, al ingeniero Antonio Páez Restrepo se le ocurrió algo que parecía una demencia: correrlo completamente veintinueve metros hacia el sur.

En efecto, era una propuesta demente. Hasta ese momento, la reubicación de edificios era un tema completamente nulo en el mundo. Solo se tenían registros en escalas menores como la movilización sobre rieles de la mansión de Atatürk en Yalova, Turquía, en 1936, o el traslado en bloques de treinta toneladas de los templos de Abu Simbel en Egipto, en 1960. Pero mover un edificio como tal era una reubicación sin precedentes. A pesar de la premura por ampliar la 19, y sin querer retrasar la obra caprichosamente, como hoy se hace en cualquier construcción colombiana, el ingeniero Páez se demoró un año en convencer a la alcaldía de la ciudad sobre su idea.

Gestionó la compra de cuatro edificios de cuatro plantas que ocupaban el lugar al que se movería el Cudecom, conformó equipos de ingenieros que agregaron un par de plantas más al edificio y un anexo de cuatro elevaciones, reforzaron su estructura interna para estar seguros de que soportaría un desplazamiento y, en menos de un año, dejaron todo listo para el gran día, que no podía ser otro sino el 6 de octubre de 1974, fecha en la que el Cudecom cumplía diecinueve años. Una vez aprobado el disparate, la ejecución, que era al mismo tiempo una suerte de experimentación, dejó un precedente mundial de lo que llamamos, en esencia, ingeniería.

Aquel día el centro de Bogotá se paralizó para ver lo que el mundo nunca había visto. Con la ayuda de siete gatos hidráulicos, de cien toneladas cada uno, y cuatrocientas personas trabajando coordinadamente, se utilizó una estructura móvil de mil toneladas que contaba con un sistema de rodillos de acero de cinco centímetros de diámetro, que funcionaron como una

especie de patines colosales que se pusieron bajo el edificio. Así, literalmente, levantaron y deslizaron el Cudecom, con sus nueve pisos y sus ocho mil toneladas de peso, veinte centímetros por minuto hasta que, diez horas después, lo volvieron a dejar en tierra veintinueve metros más allá de su punto de nacimiento, intacto y entero, al otro lado de la calle que empezaba a abrirse camino.

Semejante maniobra de ingenio colombiano duro y puro —ingenio de verdad, no hay necesidad de metáforas— fue transmitida por Inravisión y entró al récord Guinness como la estructura más pesada en haber sido trasladada de lugar, reconocimiento que mantuvo durante treinta años hasta que fue desplazado por el edificio Fu Gang, en China, de 15 140 toneladas de peso, que se movió treinta y seis metros durante once días en noviembre de 2004.

Hoy, cuando en Bogotá y el resto del país cualquier obra tarda en concluirse —misteriosamente— mucho tiempo más del esperado, y encima cada una viene con su propio caso de corrupción incluido (como la peatonalización de la carrera Séptima o el deprimido de la 94), y algunas otras han terminado en tragedias patéticas (como el desplome del puente del Cantón Norte), vale la pena recordar al Cudecom, que afortunadamente no ha sido demolido. Por eso, cuando esté por el centro de Bogotá y pase por el cruce de la avenida Caracas con carrera 18A, mire para arriba y, si el ajetreo del lugar se lo permite, contemple el primer edificio del mundo en haber caminado algunos metros, *made in* Colombia.



EMILIO TAPIA, EL REY MIDAS DE LA CORRUPCIÓN

Al comienzo del vallenato «El amor llegó», el cantante Martín Elías dice emocionado: «A mi compadre Emilio Tapia, Dios levante en mi gloria a los hombres de buen corazón como usted». Yo no sé si este abogado sahagunense tiene buen corazón, no lo conozco tanto como todos los cantantes vallenatos que le mandan sentidos saludos y mensajes en sus canciones. Pero sí creo, a juzgar por sus actuaciones, que donde pone el ojo pone la bala. Tiene un don para saber dónde y cuándo intervenir para sacar jugosas tajadas de millonarios contratos en el sector público. Él no va por chichiguas, lo suyo es la danza de los millones. No por nada le dicen el Zar de la Contratación.

Emilio Tapia Aldana tiene una larga carrera como contratista con la Alcaldía de Bogotá, pero esta se disparó tras la llegada a ese cargo, el segundo más importante del país, de Samuel Moreno Rojas en 2008. De la mano del alcalde y de su hermano Iván, a

quien apoyó para que llegara al Senado, armó todo un entramado corrupto para recibir sobornos a cambio del otorgamiento de contratos de la malla vial de la capital que sumaban billones de pesos. Tapia montó una maquinaria muy bien engrasada en la que muchos funcionarios recibían su parte. Un «todos ganan» en el que solo ellos ganaban a costa de los recursos de los bogotanos. Ese tejemaneje y el escándalo que suscitó fueron conocidos como el *carrusel* de la contratación.

El negocio turbio se les cayó porque, en 2010, un constructor al que no le cumplieron lo prometido denunció lo que estaba pasando. Un comunicado de la Fiscalía resumió muy bien la actuación ilícita del cerebro:

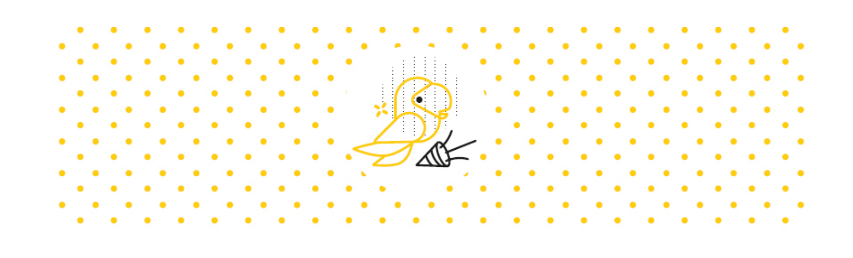
> Entre los años 2008, 2009 y 2010, Tapia Aldana realizó por lo menos veintiséis desplazamientos a la ciudad de Miami, en Estados Unidos, donde se reunió en varias ocasiones con Iván Moreno Rojas, el exalcalde Samuel Moreno Rojas y Julio Gómez, entre otros.
>
> Según la investigación de la Fiscalía General de la Nación, el imputado participó activamente en los contratos 071 y 072 de malla vial de la capital del país, al igual que en siete contratos de valorización de obras que debían adelantarse en la fase tres del Transmilenio.
>
> El abogado, gestor inmobiliario y contratista, sin tener la condición de servidor público, actuó como interviniente con funcionarios del Instituto de Desarrollo Urbano (IDU), a quienes involucró con promesas remuneratorias que le permitían a las entidades seleccionadas un beneficio económico del 8 %.

A Tapia lo acusaron de varios delitos y las penas acumuladas que le dieron sumaron diecisiete años. Pero, como tenía la ventaja de ser el delincuente más avezado de ese entramado delincuencial, se convirtió en el sapo principal, en el delator más calificado para echar al agua a sus cómplices del *carrusel* de la contratación. Fue el testigo estrella de la Fiscalía para condenar a los hermanos Moreno. Esa jugada le salió bien y su pena se redujo a siete años, mientras que el exalcalde paga tres condenas de veinticuatro, treinta y nueve y treinta años y el excongresista, una de catorce años. Pero ahí no terminó la buena fortuna del contratista, al que en los vallenatos han llamado con emoción «el futurista» y «el hombre de las carreteras». Esto supongo que es por los contratos en la costa en los que también intervino y de los que no sabemos

mucho. En 2018 le dieron casa por cárcel, por haber cumplido cinco años de su pena, y pocos meses después le concedieron libertad condicional.

Así de bien y feliz estaba el contratista hasta que la tentación se cruzó en su camino en 2020, en la forma de un billonario contrato del Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (MinTIC). Tal y como había hecho en el pasado con el *carrusel* de la contratación, montó un tinglado de empresas y uniones temporales para sacar su buena tajada. Y lo logró: con sus cómplices de la Unión Temporal Centros Poblados, consiguió un anticipo de setenta mil millones de pesos. Ese fue el monto que esquilmaron a los colombianos.

Las autoridades reaccionaron y capturaron a Tapia en septiembre de 2021. Este año estaba pendiente de que la Fiscalía le imputara cargos, junto a cuatro cómplices, por delitos como peculado por apropiación, falsedad ideológica en documento público y fraude procesal. Es posible que de nuevo sapee a sus compañeros y busque un preacuerdo para que le rebajen la pena. Si no cambian las cosas en esta Colombia bizarra, es posible que en unos años volvamos a escuchar su nombre vinculado a otra contratación, ojalá no, o en los vallenatos en los que lo saludan y exaltan jubilosos como si fuera una leyenda y no un reconocido delincuente de cuello blanco.



UN REGALO CELESTE EN SÁBADO SANTO

Boyacá, mi departamento, tiene el honor de ser el lugar donde más meteoritos se han encontrado en Colombia, incluido el primero del que se tiene registro en la historia patria, que fue hallado en el municipio de Santa Rosa de Viterbo. Cuenta el cuento que la joven Cecilia Corredor estaba persiguiendo a una gallina en una colina cercana al pueblo, cuando se topó con una inusual piedra de gran tamaño que pensó que era hierro. Les contó a sus vecinos su descubrimiento y estos no le creyeron. Vaya uno a saber si la incredulidad que mostraron tuvo que ver con que la testigo era una mujer joven. Era otra época. Lo asombroso es que el cura del pueblo sí le creyó y organizó una delegación para ir a buscar la roca el 21 de abril de 1810, que dio la casualidad de que era un Sábado Santo. El grupo trasladó diez kilómetros la pieza de setecientos kilogramos y el herrero local pensó en utilizarla como yunque para su trabajo, pero como no tenía ningún lado plano no pudo hacerlo y la dejó a la deriva en la herrería durante años.

En 1823, el químico francés Jean-Baptiste Boussingault, una

eminencia de la época, recomendado por Alexander von Humboldt a Simón Bolívar para que hiciera parte de la comisión que crearía el Museo de Historia Natural y la Escuela de Minería de la Gran Colombia, descubrió en una de sus correrías científicas el meteorito de Santa Rosa de Viterbo. En su libro titulado *Memorias* contó que un fragmento se utilizó para fabricar la hoja de una espada que le entregaron al Libertador acompañada de esta leyenda: «Esta espada ha sido hecha con hierro caído del cielo para defensa de la libertad». Los científicos se lo compraron a Cecilia y lo dejaron en el pueblo porque no contaban con los medios y recursos que necesitaban para trasladarlo a la capital del país en ese momento.

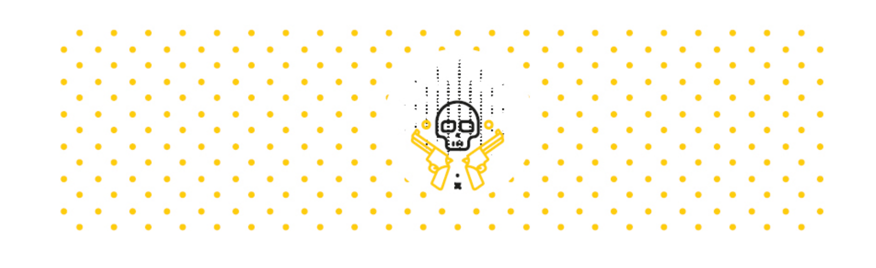
Cincuenta y dos años después, en 1875, las autoridades locales lo instalaron en una columna en la plaza central y se convirtió en un elemento distintivo de la población. Como en ese entonces los meteoritos eran una rareza, no se habían reportado muchos y este se destacaba por su tamaño, su historia recibió amplia divulgación en la comunidad científica mundial. Treinta años después, en 1906, llegó al país el recolector de piezas Henry Ward con el propósito de llevarse la pieza a Estados Unidos. En Santa Rosa de Viterbo se dio cuenta de que los habitantes del pueblo tenían en muy alta estima su roca y que comprarla no iba a ser tan fácil como había imaginado en un comienzo. Para su fortuna dio con un gobernador que se dejó endulzar el oído con su propuesta: cambiar el viejo meteoro por un busto en mármol del presidente Rafael Reyes, un santarroseño destacado, más unos pesos por las molestias causadas. El político, que debía tener alma de lagarto, pensó que había hecho el trato de su vida y que no podría quedar mejor parado con el primer mandatario cuando fuera a la región. Estaba tan seguro de su proceder que ordenó «castigar con todo el peso de la ley al que interfiriera con el transporte del meteorito».

Ward les ganó en astucia a todos y, para llevárselo sin contratiempos, organizó un festejo en la población. Esa noche, mientras los lugareños celebraban, bajó la roca de su pedestal con ayuda de unos soldados y la llevó hasta el tren que la conduciría a Bogotá. Germán Puerta contó en su libro *Mis historias favoritas de la Astronomía* lo que pasó después: «Al llegar a la estación de La Caro, a treinta kilómetros al norte de Bogotá, un periodista denunció lo sucedido y el mismo general Reyes, presidente de

Colombia, ordenó a la Policía retener el carro y su carga». El recolector no se iba a ir con las manos vacías y demandó al Gobierno. Para evitarse líos internacionales innecesarios, este dispuso cortar el meteoro y darle un buen pedazo a Ward, que en ese momento contaba con la colección privada de estos minerales más grande del mundo.

Al regresar a Estados Unidos dividió su pedazo en partes más pequeñas y las compartió con varios museos. En julio de 1906, meses después de su aventura colombiana, murió atropellado en Búfalo. Fue la primera víctima de un vehículo registrada en esa ciudad. Menos mal que a nadie se le ocurrió decir que ese accidente fatal fue resultado de alguna maldición cósmica relacionada con el meteorito.

Actualmente, el fragmento que se quedó en Colombia está en el Museo Nacional. Si no lo han visto, vayan a verlo.



LA *ENTREPRENEUR* DE LA COMPRA DE VOTOS

En cuestión de años, Aida Merlano pasó de ser una desconocida a convertirse en una de las figuras políticas más importantes del departamento del Atlántico. Su meteórica carrera comenzó como diputada de la Asamblea Departamental y terminó siete años después como representante a la Cámara por su departamento, siempre en representación del Partido Conservador, donde fue apadrinada por el senador Roberto Gerlein, quien estuvo más de cuarenta años en el Congreso. De sus logros en estos escenarios no hay mayor constancia, pero de su habilidad como compradora de votos sí quedó evidencia en la sentencia en la que la Corte Suprema de Justicia la condenó a once años y cuatro meses por los delitos de corrupción al sufragante, concierto para delinquir y porte o tenencia ilegal de armas de fuego de defensa personal.

La compra de votos es un secreto a voces en cada campaña electoral. Es una mala práctica asociada de manera tradicional con la entrega de cemento, tejas u otros materiales de construcción, mercados y hasta el tradicional tamal con botella de

aguardiente a los sufragantes, a cambio de darle su voto en las urnas al político que está entregándoles estos elementos. Sin embargo, como escribió Alfredo Molano Jimeno en una crónica que publicó en marzo de 2018 en *El Espectador*, «lo que nadie imaginó fue que esta práctica pudiera convertirse en una empresa altamente tecnificada, que al parecer tuvo como beneficiaria a la electa senadora Aida Merlano, quien transformó la compra de votos en arte para el fraude».

La política conservadora fue una verdadera artista del crimen para refinar y sistematizar la compra de votos, aumentando su efectividad sin desperdiciar un solo peso. La Corte Suprema de Justicia (CSJ), en la sentencia que emitió tras el juicio que le hizo a la congresista por sus delitos, explicó:

> De los hallazgos encontrados y mediante la labor investigativa efectuada se logró establecer que nos hallamos frente a una estructura criminal dedicada a la compra de votos para conseguir escaños en diferentes cargos de elección popular, la cual venía operando con el mismo método desde el año 2014, en que la investigada fue elegida como representante a la Cámara.

En esa ocasión consiguió más de sesenta y siete mil votos para llegar al Congreso.

La cabeza de esta estructura criminal estaba conformada por veintiuna personas, entre las que estaban Merlano, concejales, diputados y algunos particulares. Eran los denominados «coordinadores». Y todos ellos, según la Corte, «asignaban labores a los integrantes del segundo nivel de la estructura, denominados líderes». Estos se comprometían a conseguir entre cien y ciento veinte votos por mesa, por cada uno de los cuales recibían diez mil pesos. También se encargaban de ubicar y alquilar las denominadas «casas de apoyo», viviendas con terraza localizadas cerca de los puestos de votación. En estos lugares se llevaban a cabo dos tareas. La primera, a cargo del grupo de didactas, era enseñarles a los votantes cómo debían marcar el tarjetón por la candidata. La segunda, hacerle seguimiento a la persona que vendía el voto.

Sobre estos personajes, la investigación de la Corte dijo:

> Los líderes de manera directa conseguían los votos, no solo en Barranquilla, sino en otros municipios del Atlántico, así como en los

> departamentos de Bolívar y Magdalena, realizando la zonificación de los sufragantes a través de las denominadas casas de apoyo. Es decir, los ubicaban en sitios cercanos a los puestos de votación, permitiéndole a la organización hacer efectivo seguimiento al sufragante y al dinero que se le cancelaria por su voto, tras verificar que la persona: (i) se había inscrito en el puesto de votación designado, (ii) [que] correspondía a un sufragante conseguido por cada líder, y (iii) [confirmar] que sufragó efectivamente por la candidata Aida Merlano Rebolledo.

Por cada voto se pagaron, de acuerdo con la Corte, cincuenta mil, setenta mil y hasta noventa mil pesos. Los líderes le entregaban quince mil pesos como anticipo a los votantes y el excedente se lo daban luego de que les dejaban el certificado electoral. Este documento se llevaba a la sede de campaña para cotejarlo con los resultados de la mesa, que habían sido verificados por el equipo de punteadores, y con los listados de votantes con los que se habían comprometido los líderes. Para comprobar que los millones de pesos entregados cumplieran el destino ilícito para el que estaban destinados, Merlano sofisticó los mecanismos de control.

La investigación de la Corte determinó lo siguiente:

> El control ejercido por la congresista y demás coordinadores de su grupo respecto de los líderes y los sufragantes se ejercía a través de un sistema electrónico de identificación del ciudadano, el cual lo relacionaba con el líder que lo había llevado a la campaña. Dicho sistema comprendía talonarios con el logotipo de la campaña de Aida Merlano Rebolledo, el nombre del líder y la inscripción «gracias por tu apoyo», junto con un código QR con el cual se garantizaba la autenticidad del talonario y las letras de cambio en blanco que suscribían los líderes por el dinero a ellos entregado para la compra de votos. Todo ello demuestra el nivel de organización que se temía a fin de obtener votos comprados corrompiendo al sufragante con fines personales, alterando la contienda electoral.

Los ríos de dinero que irrigaban y corrompían a los votantes costeños provenían de un solo lugar: una vivienda ubicada en la carrera 64 número 81B-72, en el barrio El Golf de Barranquilla, que los habitantes de la ciudad conocían como la Casa del Clan Gerlein, el Comando o Casa Blanca. En la crónica sobre la compra de votos de Merlano, Molano Jimeno escribió: «Según la

información obtenida, se compraron 132 766 votos, que costaron $4138 millones. Con un agravante que examinan con lupa los investigadores: en cada rubro consignado en el informe se leen los nombres y apellidos de los supuestos responsables de las transacciones».

El 11 de marzo de 2018, el día de las elecciones para el Congreso, Merlano obtuvo más de setenta y tres mil votos que le aseguraron una curul en el Senado. Pero ese día se le cayó toda la estantería de su fraude electoral. Un miembro de la campaña de la política le contó a Molano que, en esa fecha:

> Desde las 6:00 de la mañana, las casas de apoyo, el comando y los comandos satélites empelaron a funcionar. Cuando se cerraron los puestos de votación y debíamos ir a cobrar el dinero restante, nos encontramos con el allanamiento. Hubo un sapo porque no solo cayeron a la Casa Blanca, sino a los comandos satélites, que pocos sabían dónde estaban.

Las autoridades encontraron suficiente evidencia para que la Corte pudiera condenar a la política. Lo que pasó después con Merlano, su fuga y recaptura en Venezuela, es un novelón que merece capítulo aparte.



EL BUSCADOR DE LOS NIÑOS PERDIDOS DE ARMERO

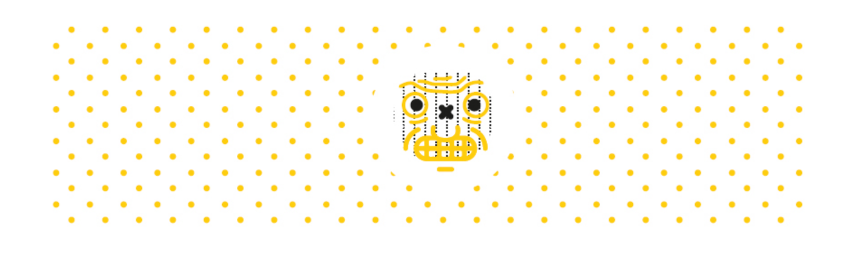
La avalancha que sepultó Armero, y mató a veinticinco mil de sus pobladores el 13 de noviembre de 1985, es considerada el peor desastre natural de la historia de Colombia y la segunda catástrofe volcánica más mortífera del siglo XX, pues se produjo como resultado de la erupción del volcán nevado del Ruiz. Lo peor es que fue la crónica de una tragedia anunciada porque hubo varias advertencias de lo que pasaría, pero… Ya no es tiempo de llorar sobre la leche derramada. Lo importante es que hay una arista de esta historia que sigue vigente: saber qué pasó con los niños sobrevivientes que fueron rescatados por los cuerpos de socorro. Se sabe, hay imágenes que lo demuestran, que muchos fueron trasladados al aeropuerto militar del Catam, en Bogotá, y desde la capital los repartieron a diferentes ciudades del país para que quedaran bajo el cuidado del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF). Hasta ahí se supo de muchos y luego se les perdió el rastro.

¿Qué pasó después? Esto es lo que ha intentado responder el escritor y periodista Francisco González, director de la Fundación Armando Armero, durante los últimos diez años. «Estaba haciendo una investigación relacionada con la vida de Armero y su gente y, en cada encuentro que hacíamos para conmemorar lo que había ocurrido, las mamás se me acercaban, me mostraban la foto de su niño y me la metían en el bolsillo de la camisa», contó.

Estos recuerdos le hicieron preguntarse: si los niños salieron vivos de Armero, ¿por qué el ICBF nunca los devolvió a sus familias? ¿Dónde están los niños perdidos de Armero? Nadie da respuestas. Para muchos de los sobrevivientes, lo difícil no fue reiniciar la vida después de la avalancha, sino hacerlo sin un miembro de la familia del que, además, tenían la certeza de que estaba vivo. Andrea del Pilar Arteaga tenía cuatro años en el momento de la avalancha; Sergio Melendro, cinco años; Andrés Felipe Cubides, seis años; Gloria Patricia Tapiero, once años. Ellos son cuatro de los centenares de niños desaparecidos, pero sus familias saben que vivieron porque los vieron en televisión mientras algún socorrista los hidrataba o alguien los identificó en algún hogar de paso. Hay pruebas, testigos y voces que han repetido hasta el cansancio, durante treinta y siete años, que quinientos menores sobrevivientes no aparecen.

De esos casos, la fundación de Francisco ha logrado «identificar cuatro por toma de muestras de ADN»; el más reciente fue el de Jennifer de la Rosa, quien fue criada en España y se reencontró con su hermana en Colombia. Otros cincuenta, dice, han llegado a ellos «porque alguna tía brava les confirma que son adoptados, o porque recuerdan que su lugar de origen es Armero, y ya eran grandes en ese momento». Además, las redes sociales han posibilitado contactos y encuentros. «Muchos aparecen a través de Facebook, el voz a voz, y así vamos encontrando la manera de reencontrarlos», explica.

El trabajo de este periodista ha sido el de encontrar financiación y apoyo internacional para tomar las muestras de ADN, recabar en las memorias de los que pueden recordar la génesis de su vida y así hallar, lo más pronto posible porque el tiempo corre, a toda una generación de niños perdidos de Armero.



EL ÚNICO PRESIDENTE BLANQUEADO DE COLOMBIA

Dicen que nació en 1805 en un corregimiento de Baranoa, Bolívar, un pueblo apartado de Colombia, cuando todavía esta tierra se llamaba Nueva Granada, que nunca fue a la escuela y por eso fue analfabeto hasta los 14 años, que aprendió a leer por su cuenta y por eso fue el primer autodidacta de Colombia y, además, se convertiría también en el primer novelista de la historia del país. Dicen que trabajó desde niño en la fábrica de algodones de sus padres, pero se hizo revolucionario durante las campañas de independencia, y así llegó a ser uno de los hombres más destacados del Caribe durante el siglo XIX.

Juan José Nieto Gil fue, según los historiadores, un tipo multifacético y de armas tomar, que hizo de todo desde pequeño, como ya se mencionó, y además fue militar y luego masón y luego vivió exiliado en Jamaica y luego volvió a tierras colombianas. Fue congresista a los 45 años, luego fue gobernador del entonces Estado de Cartagena y, en ese mandato, en 1851

hizo la medio bobada de abolir la esclavitud en la costa Atlántica, donde lo normal y legal era tener emprendimientos en los que el enriquecimiento se basaba en poner a trabajar de por vida, sin descanso ni regalías, a seres menores y sin libertad, solo por el hecho de no ser blancos.

Para un tipo así, nada raro sería que terminara siendo presidente de Colombia, título que alcanzó en 1861. Lo raro es que, a diferencia de los otros sesenta hombres que han ocupado ese cargo, a Nieto Gil nunca lo quisieron exaltar por ese mérito. De hecho, todo lo contrario: el tradicional óleo con su retrato, que se ha hecho desde siempre a los presidentes, fue borrado de los pasillos de Palacio y estuvo perdido durante más de ciento cincuenta años. Su nombre no aparece en los libros de historia (si quiere, haga la prueba y busque en alguna enciclopedia), ni hay placas, estatuas, calles o plazas con su nombre, como pasa con tantos primeros mandatarios que han hecho mucho menos que él por la patria.

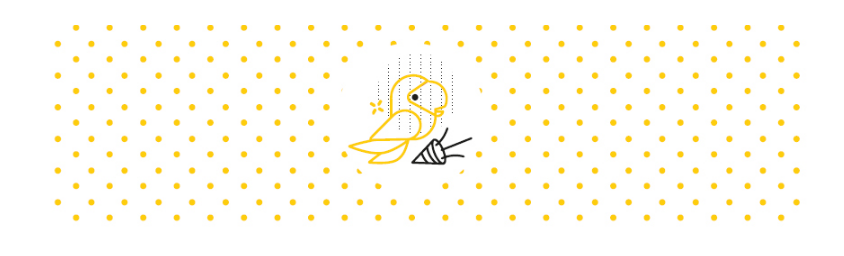
Semejante olvido no es producto de nuestra tradicional mala memoria (aunque un poco sí, en parte), sino de un acto que, concluyen historiadores e investigadores, fue absolutamente deliberado. Todo porque Juan José Nieto Gil era negro. Sí, así como se está enterando usted: fue y ha sido el único presidente negro de Colombia. Lejos de que eso pareciera un verdadero logro de nuestra democracia, a la sociedad dirigente de la época, especialmente a la élite de Cartagena, no le pareció muy elegante o digno que, a pesar de su incuestionable importancia, Nieto Gil fuera… negro. Un presidente negro en Colombia, ¡por Dios!, ¡qué despropósito y decadencia…! Por eso, durante siglo y medio se borró a como diera lugar todo tipo de rastro sobre su paso por el primer puesto del país.

Bueno… En esos años en que esta tierra cambiaba de límites y de nombre cada ocho días, también cambiaba muy seguido de presidente, y algunos han propuesto que, en medio de toda esa confusión de nombres, lugares y fechas, se les olvidó que don Juan José no era un tipo cualquiera, sino el presidente, y además negro (cómo olvidar eso), y por eso de su rastro y su retrato no se supo más. Pero lo cierto es que, a diferencia de algunos otros de sus colegas, que en medio de esa convulsión política ostentaron el título de presidente por poco más de un mes y así fueron reconocidos con honores por la historia, en el caso de Nieto Gil,

que fue presidente durante seis meses de la nación, cuando se llamaba Estado Soberano de Bolívar, ni si quiera dejaron su nombre consignado. Muy raro, ¿no?, para alguien que manejó el país.

Pero hubo gente con memoria. Uno de los primeros en levantar la mano y advertir que en Colombia hubo un presidente negro, que no era broma y que, además, había una intención de no recordarlo, fue el mítico sociólogo colombiano Orlando Fals Borda. Investigadores más recientes, como el periodista Gonzalo Guillén, han seguido el rastro del borrado presidente y, para sustentar la idea de aquellos que creen que sí ha habido una intención sistemática para eliminarlo de la historia del país, encontró que, por ejemplo, aquel óleo con su retrato no se había perdido, sino que fue enviado a París con la firme intención de restaurarlo para que el retratado no se viera tan… negro. Finalmente, la pintura apareció en una bodega del actual museo que alguna vez fue el Palacio de la Inquisición en Cartagena (la ironía) y, en efecto, en él se ve a un Juan José Nieto Gil con la cara más grisácea que mulata. Lo blanquearon.

Finalmente, cuando ya era evidente que se había cometido una injusticia histórica no solo con Nieto Gil, sino también con la memoria colectiva de las comunidades negras de Colombia, Juan Manuel Santos decidió hacer un acto reivindicativo para dar el primer paso que, esperemos, comience a compensar en algo tantos años de censura. El 2 de agosto de 2018, durante sus últimos días como presidente de Colombia, Santos presentó en la Casa de Nariño, ante representantes y líderes de las comunidades afrocolombianas, el retrato de Juan José Nieto Gil y ordenó que ocupara el lugar que debía: en la fila de retratos de los presidentes de Colombia. No era el primer retrato de Nieto Gil, sino una copia. Pero en él se le puede ver mulato, como era.



TRANQUILO, BOBBY, TRANQUILO

Este episodio fue una vergüenza internacional. La selección inglesa de fútbol, ganadora del Mundial de 1966, aterrizó en Bogotá en mayo de 1970. Una parada en la gira internacional de partidos de preparación que hacían en su camino a México, donde pocas semanas después defenderían su título y comenzaría uno de los mundiales míticos de la historia de este deporte. El 18 de mayo, en la tarde, los jugadores llegaron al Hotel Tequendama y algunos, mientras esperaban que les asignaran sus habitaciones, recorrieron los corredores adyacentes al lobby y observaron las vitrinas de las joyerías, donde se destacaban las piezas con esmeraldas, una de las piedras preciosas asociadas siempre con Colombia.

Bobby Charlton, que fue nombrado sir y es considerado el mejor futbolista inglés de todos los tiempos, fue a buscar una joya para su esposa en compañía de Bobby Moore, el capitán del equipo y a quien el mismísimo Pelé calificaría como «el mejor defensa del mundo». Entraron a la joyería Fuego Verde, miraron y salieron. Segundos después, salió Clara Padilla, la vendedora del

almacén, corriendo detrás de los jugadores y armando un alboroto de padre y señor mío mientras señalaba a Moore y lo acusaba de haberse robado un brazalete de oro de dieciocho quilates, engastado con doce diamantes y doce esmeraldas. La Policía interrogó a los dos jugadores y el asunto no pasó a mayores. Dos días más tarde, Inglaterra jugó su partido con Colombia y ganó con un contundente 4-0. La selección campeona del mundo viajó a Quito para disputar otro amistoso y, de camino a México, hizo escala en Bogotá.

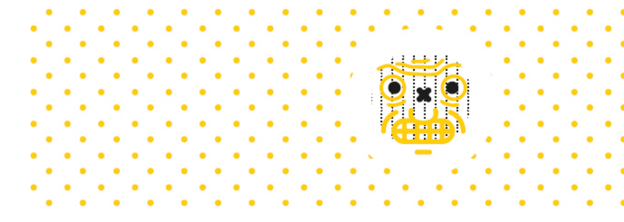
Danilo Rojas, el dueño de la joyería, había puesto en alerta a las autoridades porque había conseguido a un testigo, Adolfo Suárez, un vendedor ambulante que aseguraba haber visto a Moore guardándose el brazalete en la chaqueta. «Él [Moore] podría ser el mejor futbolista del mundo, el más atractivo, distinguido y respetado de todos, incluso un amigo de su majestad británica. Pero eso no significa que no sea un cleptómano», dijo Rojas, furioso, como recordó una nota que hizo el periódico *The Guardian* en 2020, cuando se cumplieron cincuenta años del incidente.

Mientras sus compañeros iban al cine, el capitán de la selección inglesa fue detenido por la Policía y conducido a la estación del barrio Teusaquillo para dar su versión de lo sucedido. Lo que pasó a continuación fue un oso descomunal. Moore quedó detenido y pasó la noche en una celda. El Gobierno, los medios ingleses y el entrenador del equipo, Alf Ramsey, se salieron de los chiros con la noticia, que le dio la vuelta al mundo y causó un revuelo diplomático entre Colombia e Inglaterra. El técnico inglés le echó más leña al fuego al decir: «Tanto problema por un brazalete, si Moore hubiera querido se compraba todo el Tequendama». El dirigente Alfonso Senior, presidente de la Federación Colombiana de Fútbol y miembro del Comité Ejecutivo de la FIFA, intercedió por el jugador y logró que le dieran detención domiciliaria en su casa, ubicada en El Chicó, en el norte de Bogotá, mientras se realizaba la investigación.

El juez que llevaba el caso no encontró pruebas contundentes de que Moore hubiera cometido el dichoso robo y lo liberó tras el pago de la fianza que hizo el Ministerio de Relaciones Exteriores británico. El diario *El Tiempo* concluyó entonces: «Esta farsa ha causado daños irreparables». El 28 de mayo el futbolista dejó Colombia y se unió al resto del equipo en México para jugar el

Mundial, en el que no pudieron repetir el milagro de cuatro años atrás en Wembley. De regreso a Inglaterra volvió a su club, el West Ham, y tuvo que soportar que en los partidos los hinchas rivales le gritaran desde la tribuna: «We know you've got the bracelet, we know you've got the bracelet, *na naaa naaa na*». Es decir: «Sabemos que tienes el brazalete, sabemos que tienes el brazalete». En 1983, la banda punk Serious Drinking hizo una canción con la historia titulada «Bobby Moore Was Innocent!». El defensor insistió en su inocencia hasta el último día de su vida.

En un libro biográfico, *Bobby Moore: The Man in Full*, el escritor Matt Dickinson, contó que el capitán Jaime Ramírez, encargado de la investigación en 1970, había encontrado un pago que le había hecho el dueño de la joyería al testigo para que dijera que había visto el robo. Esto, en su opinión, exoneraba de toda culpa a Moore porque su acusador habría mentido. Otra teoría que circuló entonces decía que una misteriosa mujer se había llevado la costosa pieza. Y una más fue sugerida por Jeff Powell, amigo del jugador y autor de la que se considera la biografía definitiva del defensor, quien comentó que el futbolista le había dicho antes de su muerte, en relación con el incidente del brazalete: «Quizás uno de los muchachos más jóvenes del equipo hizo algo tonto, una broma con circunstancias desafortunadas». Algunas personas contaron en 1970 que un tercer hombre ingresó con Moore y Charlton a la joyería. Al final el brazalete, que fue el florero de Llorente, nunca apareció y el defensa se murió sin que nadie en Bogotá le dijera: «Tranquilo, Bobby, tranquilo».



LA HUELLA DE JENNIFER

En el perfil de la representante a la Cámara por el Meta Jennifer Arias, que aparece en la página web de la entidad, dice que esta política del Centro Democrático «llega al Congreso con el objetivo de dejar huella». Y lo hizo, solo que tal vez no de la manera en la que ella lo imaginó, pues la flamante presidenta de la Cámara fue acusada por la Universidad Externado de Colombia de plagiar la tesis con la que obtuvo el título en la maestría de Gobierno y Políticas Públicas en 2016. ¡Plagio! Eso son palabras mayores.

El hilo de esta historia comenzó a halarlo, a mediados de 2021, *PlagioSOS*, un portal que se dedica desde hace más de diez años a denunciar las violaciones a los derechos de autor. Durante varios meses, estuvieron indagando por la tesis de la representante porque les pareció extraño que no estuviera publicada en ninguno de los canales oficiales de la universidad. Cuando por fin tuvieron un acceso indirecto a algunas partes del trabajo, descubrieron que tenía fragmentos enteros sin citar. «Entre dos personas, en media mañana, encontramos que ocho

párrafos de tres documentos en las primeras once páginas de ese trabajo se encontraban con copias sin cita», dijo uno de los miembros del portal.

El Espectador le hizo eco a las denuncias y comenzó a investigar el caso a finales del año pasado. Y *Noticias Caracol* le puso la cereza al pastel con un informe muy completo que presentó en marzo de 2022 con los resultados del proceso de verificación interno que adelantó el Externado sobre la tesis titulada «Los OCAD'S y su contradicción con las teorías de elección racional», de Jennifer Arias y Leydy Largo. Este trabajo de grado tiene un poco más de cien páginas y, tras someterlo al escrutinio de Juan Carlos Monroy, un experto en propiedad intelectual, este determinó seis plagios evidentes. Su conclusión, citada en el informe de *Noticias Caracol*, fue: «Se evidencia una copia o reproducción realizada literalmente o mediante paráfrasis de apartes o fragmentos de creación arbitraria u original de sus respectivos autores». ¿Así o más claro?

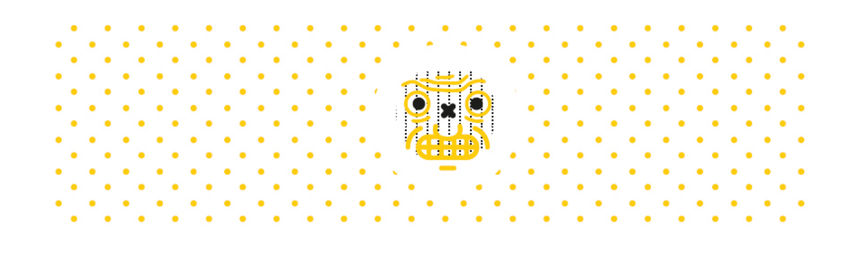
Esto era malo. Pero lo peor fue que el Externado encontró también que existía «una falsedad en el acta de sustentación del 7 de abril de 2016, al hacer constar el examen y aprobación de la tesis por parte de dos jurados que no suscriben el documento y desconocen hoy haber adelantado tales actividades». Esto ya es otro nivel. Por eso, dijeron en un comunicado:

> De conformidad con la normatividad y jurisprudencia vigentes, y en razón de los hechos evidenciados, la universidad acudirá ante la jurisdicción de lo contencioso administrativo para solicitarle al Consejo de Estado que anule los títulos referidos, y remitirá a la sala penal de la Corte Suprema de Justicia la documentación pertinente, para lo correspondiente.

Según el Consejo de Estado, debido a que la falsificación de título universitario constituye una falta gravísima, la consecuencia sería la destitución del cargo de la política y una inhabilidad general por diez años para desempeñar cargos públicos. La Procuraduría, por su parte, explicó que no le puede realizar una investigación disciplinaria a Arias porque la ley dice que esta debe iniciarse en los cinco años siguientes a la comisión de la falta y, en este caso, ya pasó más tiempo del establecido.

La representante repite como un mantra: «Soy inocente y no

he cometido plagio alguno». Se negó a dejar la presidencia de la Cámara, como se lo pidieron algunos sectores de la oposición política. «Confío en la justicia colombiana y será en los estrados en los que demostraré mi inocencia y evidenciaré que no fue garantizado mi derecho a ser escuchada, pero además que ha sido mancillado mi nombre», aseguró. Amanecerá y veremos qué resuelve la justicia. Pero, por lo pronto, la representante ya cumplió lo que se había propuesto cuando llegó al Congreso: dejar huella.



LA ALBORADA: UN ESTRUENDO MORTAL

La alborada nació en Medellín y ya comenzó a realizarse en otras ciudades de Colombia, como Cali, que ignoran su oscuro origen. Según le contó al portal Vivir en El Poblado John Wilson Osorio, jefe del departamento de Humanidades de la Universidad CES en la capital antioqueña, esta práctica surgió en «un contexto tenebroso, delincuencial, que tiene que ver con el narcoterrorismo y el paramilitarismo en Colombia». La primera alborada se realizó entre la noche del 30 de noviembre y el amanecer del primero de diciembre de 2003 por orden de Diego Fernando Bejarano Murillo, un delincuente mejor conocido como Don Berna, quien dirigió el bloque Cacique Nutibara de las autodefensas y la Oficina de Envigado.

En los días previos, como parte de las negociaciones que adelantaban con el Gobierno de Álvaro Uribe Vélez para desmontar el paramilitarismo, se había concretado la desmovilización de este grupo y, en la fecha de esa primera alborada, Don Berna dio la orden de que quemaran pólvora, como si no hubiera un mañana, en las comunas de la ciudad y en

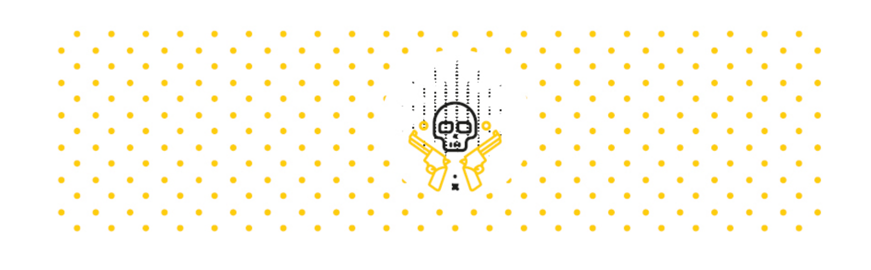
varios corregimientos aledaños. Osorio interpreta ese acto a la distancia como una afirmación de su poderío. Era como si el paramilitar, con luces y un ruido ensordecedor, dijera: «Yo soy el dueño de Medellín, yo mando en el territorio. Nos desmovilizamos, pero seguimos mandando en Medellín». El escritor Juan Diego Mejía afirma: «Estoy seguro de que esa cultura del ruido se origina en el vértigo de la vida de los narcos». De los gozosos, Don Berna pasó a los dolorosos, porque cinco años después de darle inicio a este ritual fue extraditado a Estados Unidos, donde lo condenaron a treinta y un años de cárcel por narcotráfico.

Con el tiempo, mucha gente olvidó el origen de la alborada y lo resignificó como una manera festiva y ruidosa de darle la bienvenida a la Navidad. Pero lo que mal nace, mal crece. Cada vez más personas se pronuncian en contra de esta práctica —en Medellín, a finales del año pasado, diez mil personas firmaron una carta para impedir que se realizara— no por lo que festeja, sino por las consecuencias mortales que tiene en los animales domésticos y salvajes.

Juan David Palacio, director del Área Metropolitana del Valle de Aburrá, advirtió antes de las fiestas de 2021:

> La quema de pólvora de manera indiscriminada termina por afectar a los seres sintientes. Cada año conocemos muchas historias en las que perros y gatos, al escuchar las explosiones, salen corriendo, son atropellados y hasta se infartan. En el caso de las aves, se desorientan, se estrellan y hasta pierden sus huevos.

Un estruendo mortal que no parece para nada una celebración.



LA MASACRE DE LOS AMBIENTALISTAS

Sesenta y cuatro, en 2019, y sesenta y cinco, en 2020. Este es el total de los líderes ambientales asesinados en Colombia y la razón por la que encabeza en los últimos dos años el listado de países donde matan más activistas de este tipo en el mundo. Esa masacre infame e inmoral debería avergonzarnos y movilizarnos a todos, pero acá no pasa nada. No hay manifestaciones, protestas ni pronunciamientos. Esta matanza sistemática se ha vuelto paisaje y lo peor es que sigue porque las autoridades no han hecho ningún esfuerzo serio para detenerla. Así que no sería raro que siguiéramos encabezando este listado mortal cuando se conozcan los informes de 2021 y de 2022.

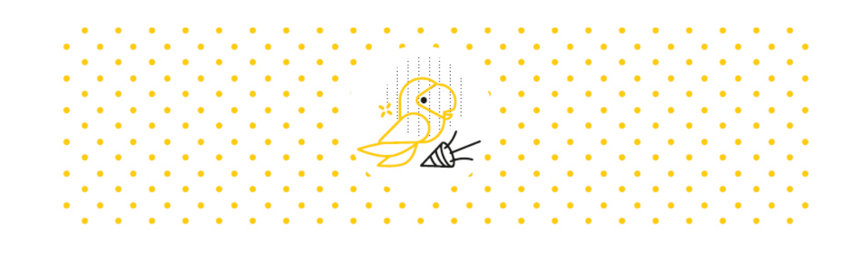
Global Witness es la organización no gubernamental que elabora el listado de las víctimas y, desde su fundación en 1993, se ha dedicado a investigar y denunciar los abusos contra el medio ambiente y los derechos humanos en todo el mundo. El informe que presentó en septiembre del año pasado, titulado *Última línea de defensa: las industrias que causan la crisis climática y los ataques contra personas defensoras de la tierra y el*

medioambiente, precisa que un tercio de los sesenta y cinco ataques mortales de Colombia fueron «contra indígenas y afrodescendientes, y casi la mitad fueron contra personas dedicadas a la agricultura a pequeña escala». Es decir, *los nadies* de los que habla Francia Márquez, habitantes de áreas remotas sin presencia estatal que están a merced del accionar de los grupos armados ilegales.

Por los mismos días que se publicó el informe de Global Witness, el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz), una organización no gubernamental colombiana, reveló otro de su autoría que evidenciaba que el panorama de los líderes ambientales era aún más sombrío:

> Al día de hoy 611 personas líderes y lideresas defensoras del medio ambiente han sido asesinadas desde la firma del acuerdo de paz. De ellos, 332 son indígenas (custodios ancestrales de la madre tierra), 75 son afrodescendientes miembros de consejos comunitarios protectores del territorio, 102 son campesinos defensores de territorio, 25 son líderes activistas ecologistas y 77 campesinos miembros de Juntas de Acción Comunal que se han caracterizado por la defensa de su territorio.

A todos ellos los mataron por defender los bosques, los ríos, los páramos, los manglares, las selvas, los territorios ancestrales sagrados, por apoyar la sustitución de cultivos ilícitos, por oponerse a los megaproyectos mineros, por defender sus comunidades. Los mataron por defender la vida y no ha pasado nada. Los dejamos solos y, tras sus asesinatos, los desplazamientos de las comunidades continúan, a la selva la siguen talando y quemando, los páramos peligran y con ellos las fuentes hídricas. La devastación no para y a nadie le importa.



EL DÍA QUE EXPULSARON A PELÉ EN EL CAMPÍN

La expulsión de Pelé en un partido amistoso que se jugó en Bogotá fue épica y hace parte de la leyenda del fútbol mundial por la cantidad de cosas inusuales que ocurrieron esa inolvidable noche del 17 de julio de 1968. Fue la única vez que el Rey del Fútbol fue expulsado de una cancha por un árbitro: Guillermo el Chato Velásquez, quien no terminó el juego y salió del estadio con un ojo morado. El partido del cuento lo disputaron Santos FC, el mejor equipo del mundo en ese momento, y la selección de Colombia. Los albinegros, dados sus quilates y por contar con Pelé en sus filas, cobraban cien mil dólares por presentación. ¡Una fortuna! El público bogotano respondió y llenó las graderías del estadio Nemesio Camacho El Campín, pues quería ver la magia de Pelé.

A los tres minutos del partido, Alfredo Arango, goleador histórico del Unión Magdalena, se fue por la línea derecha, sacó a dos defensas y anotó en el arco brasileño. El juez de línea

invalidó la acción por fuera de lugar, pero el árbitro central, el *Chato* Velásquez, dijo lo contrario y le concedió el gol a Colombia. El jugador Antonio Lima dos Santos le reclamó de manera airada en portugués, por lo que consideraba un atropello y una pésima decisión, y por ese reclamo airado fue expulsado de la cancha. Mientras caminaba a paso firme y furioso hacia los camerinos, un impulso le llevó a darse la vuelta y encarar de nuevo al juez. Lo miró y le dio una patada. El Chato reaccionó y, como había sido boxeador, le propinó un buen puño al brasileño.

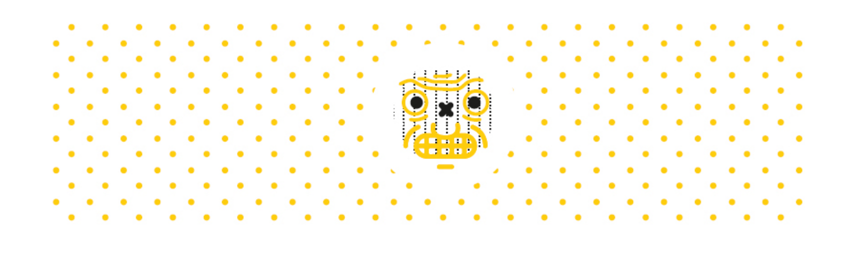
El partido siguió y, al minuto cuarenta y dos del primer tiempo, Pelé le reclamó por no haber pitado un penal por una falta que le habían cometido. Reclamar es un decir. En realidad, según contó el árbitro en una entrevista, el astro lo insultó furioso con groserías de alto calibre: «¡Pelé me las dijo todas y yo se las entendí!», dijo. Lo expulsó y, mientras él salía, sus compañeros y el cuerpo técnico del Santos invadieron el campo y lo agredieron. Fue una batalla campal desigual: el Chato contra veinticinco oponentes. Uno de los golpes que recibió le dejó un ojo morado.

Cuando volvió la calma, el árbitro magullado fue apartado del partido y su lugar lo tomó Omar Delgado, el juez de línea, y este puesto lo ocupó a su vez Mario Canessa, un árbitro que se encontraba entre el público. Tras los cambios, para calmar los ánimos de la tribuna y no poner en riesgo la inversión que se había hecho en el juego, se decidió que Pelé volviera a la cancha. «La gente pagó por verlo a él, él era el partido», recuerda el periodista Óscar Luis Cárdenas.

La victoria en la cancha fue para el Santos, con el resultado de 4-2, pero el Chato se encargó de avinagrarle el triunfo a Pelé y el resto de los jugadores del equipo brasileño. «Lo hizo citar en la comisaría, lo puso en vueltas durante horas, y Pelé estaba furioso», cuenta Cárdenas. La anécdota de la expulsión terminaría con una frase memorable de Isaac Cadena Medina, el comisario que atendió la diligencia a la que asistieron los vinculados en la riña futbolera, cuando le dijo a Pelé: «Usted podrá ser el rey del mundo, pero acá la pelota está en mi cancha».

Dicho y hecho, pues les ordenó a los jugadores que pagaran al árbitro una indemnización de dieciocho mil pesos por «agresión física e incapacidad laboral» (esta última fue de veinticinco días) y pidieran disculpas al juez para que pudieran salir del país. Pelé se consagró en el Mundial de México de 1970, ganó tres copas

mundiales con la selección de Brasil, veinticinco títulos con el Santos FC y marcó 1284 goles en los 1351 partidos que jugó en su carrera, en la que solo una vez fue expulsado por un árbitro… en Bogotá, Colombia.



EL PRESO PASEADOR

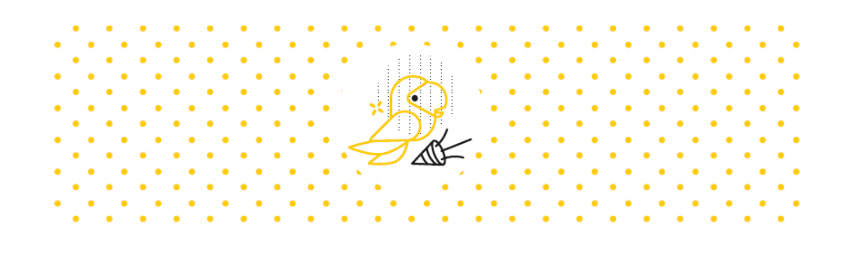
Carlos Mattos salió una mañana como Rinrín Renacuajo, muy tieso y muy majo, fue a una cita médica y luego se fue a despachar todo el día a su oficina. Eso no tendría nada de raro de no ser porque estaba detenido en la cárcel de La Picota, en Bogotá. Al parecer tenía permisos de salida en regla. Lo que no cayó muy bien a las autoridades y a los colombianos es que saliera con tanta frecuencia y que tuviera a su servicio la camioneta y el personal de guardia del Instituto Nacional Penitenciario (Inpec). Estos le cargaban la maleta, lo ayudaban con las bolsas del mercado y activaban las sirenas del carro para abrirse paso por la calzada exclusiva de TransMilenio, para que les rindiera más por las congestionadas vías de Bogotá. Tan considerados y atentos ellos con el detenido.

El preso paseador, que en el pasado grabó un video para la televisión española en el que quedaba al descubierto su fastuoso estilo de vida y que siempre era protagonista en las páginas sociales de los medios de comunicación, fue descubierto esta vez por *Noticias Caracol*, que lo filmó mientras hacía todas estas vueltas por Bogotá acompañado por los guardianes.

Mattos fue extraditado de España a finales del año pasado y estaba detenido a la espera de los juicios por dos procesos

diferentes. En el primero, de acuerdo con la Fiscalía, «se le atribuyen los delitos de cohecho por dar u ofrecer, utilización indebida de redes de comunicaciones, acceso abusivo a un sistema informático agravado y daño informático agravado». Esto es por hechos ocurridos en octubre de 2015: sus acciones supuestamente buscaban manipular el reparto de una demanda que había presentado su empresa en contra de la firma coreana Hyundai Motor Company. El segundo, según la Fiscalía, es «por el delito de cohecho por dar u ofrecer. En mayo de 2016 y enero de 2017, al parecer, se concretó la entrega de $200 000 000 a la juez 16 civil municipal de Bogotá para que, supuestamente, decretara medidas cautelares en favor de la empresa de Mattos Barrero». Cuando lo grabaron paseando por Bogotá, sus abogados estaban negociando con la Fiscalía un preacuerdo para que le disminuyeran la pena.

Tras la aparición en televisión del preso paseador, el Gobierno ordenó la salida de sus cargos del director del Inpec, el general Mariano Botero, y del director de La Picota, el coronel retirado Wilmer Valencia. El primero dijo en una emisora: «Reconozco todas las irregularidades. Yo confío en que, si se está llevando al médico a un señor que se cataloga como enfermo, es porque se están cumpliendo los protocolos. A mí me da vergüenza que esta situación suceda». En este caso, el paseo le salió caro a Mattos porque lo trasladaron a Combita, en mi tierra, en Boyacá, y allá la cosa es seria, o por lo menos el frío lo es. Luego de que pasan estas cosas todavía hay quienes se preguntan por qué la gente repite como loro en estaca que la justicia es solo para los de ruana.



EL DIABLO BAILÓ EN JUANCHITO

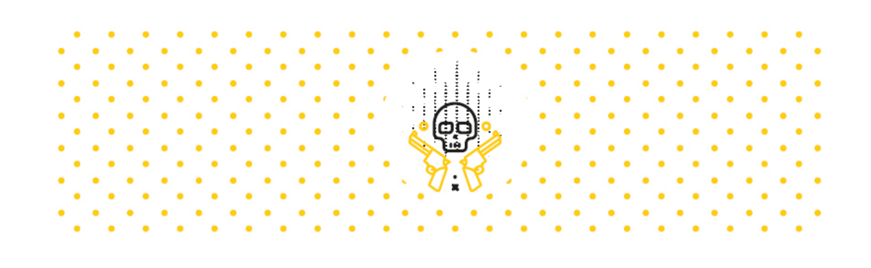
Cuentan quienes aseguran haberlo visto que era apuesto, alto, de mirada firme, manos gruesas, varonil y despedía un olor sensual. Nadie lo conocía ni supo cómo llamarlo, pero eso no importó porque hasta la aparición de ese extraño no se había visto tanta guapura reunida en un solo hombre. Hacía pocos minutos que había llegado a Changó, una de las discotecas de Juanchito, el corregimiento del municipio de Candelaria, que queda del puente para allá en Valle del Cauca, cuando esa zona era un imán para los rumberos. Cuentan los testigos de los hechos, que tuvieron lugar en algún momento de la década de los noventa, que una mujer se quedó mirándolo desde el otro lado de la pista. El recién llegado la atravesó con el tumbao que tienen los guapos al caminar y la invitó a bailar. Se sincronizaron y tiraron paso como si toda la vida hubieran sido pareja.

En medio del baile, narran los que saben la historia, el hombre le susurró a la bailarina al oído: «No me mires los pies». Como la curiosidad mató al gato, ella hizo justo lo contrario de lo que le habían pedido y miró mientras sentía que subía la temperatura

del lugar, las manos de su pareja ardían y de las baldosas se elevaban volutas de humo con olor a azufre. Vio, según dicen los entendidos, que su compañero de baile tenía pezuñas en vez de pies. Sobre lo que pasó luego no hay precisión. Algunos dicen que el bailarín se transformó en el diablo que era mientras la mujer gritaba con los ojos desorbitados antes de desmayarse de la impresión. Todos los presentes vieron quién era el extraño en realidad. Al parecer dos hombres recogieron a la bailarina antes de salir disparados del lugar, literalmente como alma que lleva el diablo. En cuestión de segundos huyeron pidiéndole clemencia a Dios.

«Eso pasó por haberse ido de rumba en un día de Semana Santa. Los días de Dios se respetan», dijo un rumbero de Juanchito. En efecto, esta historia se desarrolló en un Jueves Santo y el diablo apareció para asustar a los incautos que habían decidido no guardar este día tan importante para los católicos. La bailarina se llevó la peor parte porque, dicen en Valle del Cauca, después de esta traumática experiencia terminó sus días en un hospital psiquiátrico.

El cuento de la aparición del diablo bailarín en Changó es lo único que queda de Juanchito, porque a esa zona de rumba se la llevó el putas. Las discotecas cerraron, las pistas se vaciaron de bailarines y los discos quedaron arrumados en las repisas. La historia apareció registrada en la prensa entonces y con el paso del tiempo se convirtió en una leyenda urbana repetida, con ligeras variaciones, en otras discotecas de Bucaramanga, Medellín y Pereira. Es una de esas historias aleccionadoras y atemorizantes que se repiten de generación en generación —tal y como la de las parejas que se quedan pegadas si tienen relaciones sexuales en las fechas santas— para que los creyentes sigan respetando, por miedo al castigo, esos días tan importantes para la religión católica.



TIMAR NO CUESTA NADA

La codicia y el afán de dinero fácil parecen haber afectado el juicio de muchos colombianos que, por eso mismo, resultan presa fácil de los embaucadores. En 2003 tuvo lugar una de esas historias bizarras y delirantes que ocurren cada tanto en nuestro territorio. En plena Semana Santa, a ciento cuarenta y siete militares se les hizo el milagro cuando, en medio de la selva de Caquetá, se encontraron dieciocho caletas repletas de dólares, el equivalente a unos cuarenta mil millones de pesos de la época, que los guerrilleros habían conseguido por medio de sus actividades ilícitas. El caso se conoció como «la guaca de las FARC», en alusión a los entierros indígenas (guaca viene de la palabra quechua *waca*, que significa 'dios de la casa') que producen destellos fantásticos y en los que los guaqueros buscan tesoros prehispánicos.

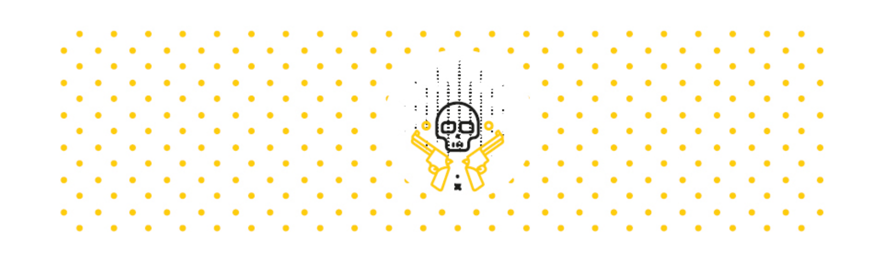
Catorce años después de este descubrimiento millonario, una banda delincuencial conocida como los Guaqueros utilizó la historia de la guaca de las FARC —de la que se hizo hasta película: *Soñar no cuesta nada*— como carnada para atraer a

incautos y robarles. Un comunicado de prensa de la Fiscalía explicaba el *modus operandi* de la banda:

> Los detenidos abordaban de diferentes maneras a los incautos, manifestándoles que tenían en su poder una gran suma de dinero producto del supuesto hallazgo de una caleta de dólares, y que presuntamente quien la había hallado era un militar activo, por lo que les ofrecían las divisas a una tasa de cambio a mitad de precio. Para convencer a las víctimas, los indiciados proporcionaban varios dólares reales, alimentando la avaricia de las personas, quienes, convencidas del buen negocio, les aseguraban que regresarían con una fuerte suma de dinero para realizar la transacción.

La historia era veraz —en 2007 circuló en los medios la noticia de que un grupo de militares había hecho otro operativo selva adentro en busca de otra guaca—, tanto como la avaricia de los que contactaban. Los delincuentes los citaban en zonas rurales apartadas y, cuando llegaban con el dinero para la compra de los dólares o euros que les habían ofrecido, salían sus cómplices, encañonaban y amarraban a las víctimas, y les robaban el efectivo que habían llevado y todas sus pertenencias. La Fiscalía determinó cincuenta y ocho casos de este tipo en Cundinamarca, Tolima, Santander, Boyacá, Meta, Cauca, Quindío y Valle del Cauca. Los Guaqueros se hicieron con un botín de 2182 millones de pesos.

En la investigación que realizaron las autoridades —en la que se reportaron incluso dos homicidios en medio de los asaltos—, fueron capturados dieciséis miembros de la organización a los que se les imputaron diversos delitos como hurto calificado y agravado; tráfico, fabricación o porte ilegal de armas de fuego, partes o municiones; secuestro simple agravado, secuestro extorsivo agravado, homicidio agravado. Todo grave en términos judiciales. Soñar no cuesta nada. Pero soñar con enriquecerse a la mala sí les costó bastante a las víctimas de los Guaqueros.



LOS HORNOS CREMATORIOS DE LOS PARAS

El primer horno lo hicieron de ladrillo en el corregimiento Juan Frío, en un lugar conocido por los habitantes de la zona como Trapiche Viejo, cerca del río Táchira, en el departamento de Norte de Santander. Los cuerpos de las víctimas se quemaban en la construcción, que era alimentada con carbón. Ese fue el debut de los hornos crematorios de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) en la guerra de exterminio, que adelantaron a lo largo y ancho del país bajo el pretexto de estar luchando contra la guerrilla.

Los hornos tenían el sello del frente Fronteras, del bloque Catatumbo. De acuerdo con un artículo publicado por el diario *El Espectador*, escrito por Sebastián Cote, su accionar tuvo como fin «evitar el repudio nacional e internacional contra la agrupación. Incluso, en un acto de benevolencia criminal, preferían quemar los cuerpos de las víctimas, antes que dejarlos regados y

desmembrados en plena vía pública». Más allá de esto, su único propósito era desaparecer cualquier rastro y evidencia de los crímenes que ejecutaban en las zonas en las que opera-ban. De acuerdo con las autoridades, por lo menos quinientas personas asesinadas por los paramilitares desaparecieron en los hornos crematorios de las AUC, y de este total por los menos doscientas corrieron esta suerte en el horno de Trapiche Viejo.

Jorge Iván Laverde, el Iguano, uno de los comandantes de ese bloque, reveló que ahí desaparecieron también los cuerpos de quienes eran señalados como objetivos militares por parte de instituciones estatales. Dijo incluso que de este tipo llegaron a incinerar unos cuarenta diarios. Relatos no confirmados, pero que parecen creíbles dada la sevicia con la que operaron los paramilitares, aseguran que en los hornos fueron ejecutadas personas vivas. En su momento Laverde, Mancuso e incluso Carlos Castaño intentaron justificar la existencia de los hornos diciendo que servían para hacer una especie de cremación para que sus víctimas, pues ellos y solo ellos eran los asesinos, tuvieran una especie de cierre ritual. Su infamia y descaro no tenía límite. Mancuso confesó novecientas setenta y cinco desapariciones forzadas y ciento cuarenta asesinatos. El seis por ciento de sus víctimas desaparecieron consumidas por el fuego.

Como los hornos de Norte de Santander demostraron ser tan efectivos, pronto otros bloques paramilitares hicieron los suyos en los territorios que dominaban. En Antioquia, cuando se incrementó la ofensiva de este grupo armado que llenó de cadáveres los ríos y las vías del departamento, Castaño dio la orden de encontrar la manera de desaparecer los cuerpos como fuera para que la masacre no fuera tan evidente. Y como sus deseos eran órdenes, Doblecero, comandante del bloque Metro, propuso hacer el horno y Daniel Mejía, del Cacique Nutibara, lo hizo realidad.

El portal periodístico *Verdad Abierta* publicó en 2010 el testimonio de un paramilitar ante las autoridades sobre cómo funcionaba el horno, que era industrial comparado con el de Trapiche Viejo y fue instalado en una finca del municipio antioqueño de Caldas:

> Yo escuché que el horno costaba entre doscientos y quinientos *palos* [millones de pesos] y lo estrenaron con un tipo de nombre Alberto,

> de la Oficina de Envigado. Lo echaron vivo ahí porque se había robado una plata. El horno lo manejaba un señor que le decían *funeraria*, creo que se llama Ricardo; dos señores le hacían mantenimiento a las parrillas y a las chimeneas, porque se tapaban con grasa humana.

Dijo que allá desaparecían entre diez y veinte personas semanales y que él llevó a quince vivas y por lo menos cincuenta cadáveres para ese procedimiento.

El comandante Daniel, el hombre que se encargó de poner en marcha este horror, fue víctima de su propio invento. A él, según el paramilitar que habló en la Fiscalía, tras salir de la cárcel, «lo desaparecieron junto con diez de sus escoltas en ese horno». La desaparición industrializada como si los paramilitares estuvieran siguiendo los pasos de los nazis en la Segunda Guerra Mundial. Un horror que no se debe repetir nunca.



ÁGATA, LA HEROÍNA SELVÁTICA ESCOLTADA

Odiar parece ser un deporte nacional y por eso no es raro que cualquier persona, en cualquier momento y circunstancia, y por cualquier razón, sea amenazada de muerte por algún furibundo ofendido. Lo raro es que se haya puesto precio por la cabeza de una perra antinarcóticos debido a la efectividad con la que hizo su trabajo en el sur de Colombia. Esta es la sorprendente historia de Ágata, una labradora condecorada por los excelentes servicios que prestó en el aeropuerto Alfredo Vásquez Cobo, de Leticia, la capital del Amazonas, donde detectó cargamentos ilegales de drogas —cocaína, heroína y marihuana— avaluados en mil quinientos millones de pesos de la época. Literalmente metió su nariz en los negocios de los narcotraficantes y estos le pusieron precio a su cabeza. En solo un año —llegó a Leticia en 2003—, Ágata había sido tan efectiva que fue condecorada con la medalla Francisco Orellana en el grado Cruz de Oro. Se la puso el alcalde del municipio y, en ese día tan especial, todos los funcionarios locales le dieron la mano a su pata extendida.

En octubre de 2004, la Policía interceptó una conversación

entre dos delincuentes de la zona en la que de manera clara decían: «Esa perra nos está trayendo problemas. Hay que operarla». Las autoridades no sabían si esta amenaza iba dirigida a una policía, una jueza, una investigadora judicial, una funcionaria municipal o departamental. Estaba en peligro cualquiera que se hubiera cruzado en el camino de los narcos o le hubiera puesto palos en la rueda de su negocio millonario. Uno de los que estaba escuchando se quedó dormido echándole cabeza al asunto y, en medio de su sueño, tuvo la epifanía de quién era el objetivo: «La perra es Ágata, quieren matar a Ágata». Les contó a sus superiores y estos verificaron que la información era correcta. Por el asesinato de la operativa canina habían ofrecido veinte millones de pesos y, de acuerdo con los reportes de inteligencia, el método elegido para eliminarla era el envenenamiento. Desde ese momento se cuidó el doble su alimentación y, por precaución, solo le daban de beber agua embotellada.

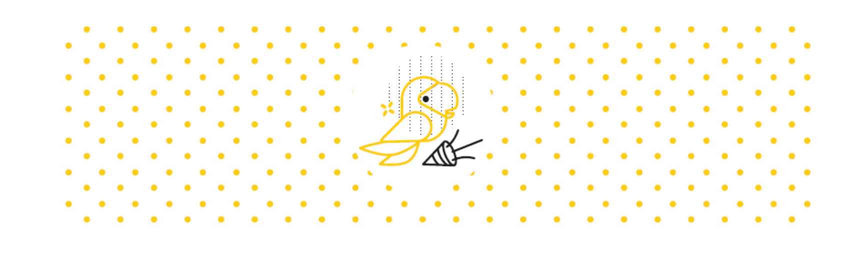
A Ágata le pusieron escolta permanente. Ella, la perra antinarcóticos más efectiva de la triple frontera que comparten Colombia, Brasil y el Perú, el dolor de cabeza de los narcotraficantes del sur, no se enteró de lo que pasaba y siguió haciendo su labor en compañía del agente Robert Olanda, el policía y guía con el que hacía binomio. Junto a él olfateó aviones, pistas de aterrizaje y casas de la zona en busca de drogas, hasta que las amenazas en su contra se lo permitieron y tuvieron que salir de la ciudad.

Esto contaron en una crónica que les hicieron en la revista *SoHo*:

> Pasaron seis meses fuera de Leticia, recorriendo todo el departamento. Un día ayudaban a detener a un expendedor que les vendía droga a los soldados calavera de la base fronteriza de La Pedrera, a la semana capturaban en Puerto Nariño a una mujer que llevaba droga escondida dentro de unos panes recién horneados, un mes después apoyaban a la Policía brasileña más allá de los límites con Colombia. En 2007 regresaron a Leticia.

Ágata siguió escoltada dos años más porque la orden de asesinarla seguía en pie. Un día se le inflamó el cuello, tosía, respiraba con dificultad. «La envenenaron», pensó Olanda. Pero se equivocó. A la perra le diagnosticaron un tumor maligno que la

mató ese año. La enterraron con honores. Vale la pena recordarla porque la amenaza que pesó sobre ella y lo que vivió es otro de los capítulos absurdos de la sangrienta guerra contra las drogas.



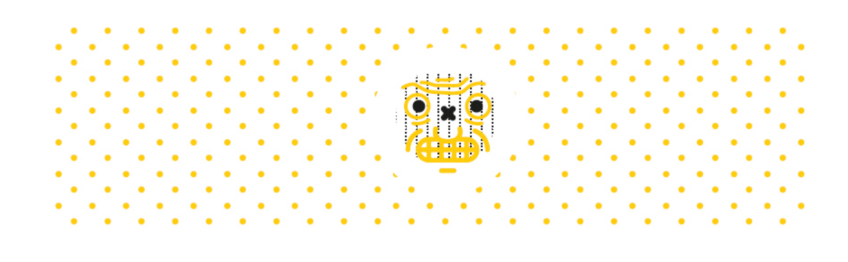
LAS BRUJAS DEL ÁRBOL DE BRASIERES

Hay un árbol sembrado junto a la quebrada Santa Helena, en el barrio Caicedo, ubicado en la parte baja de la comuna 9 de Medellín, que se volvió famoso de la noche a la mañana porque apareció como el escenario de uno de esos conciertos de rock de antaño: cubierto de brasieres. Más de cuarenta prendas de ropa interior femenina, de todos los colores y tamaños, colgaban de las ramas en las que antes se destacaban los botones anaranjados de las flores. El fenómeno duró un año entero, lapso durante el cual nadie vio quién, cómo y en qué momento las ponían.

Lo lógico era pensar que esto era una chanza hecha por algún bromista o bromistas locales, o hasta un *performance* realizado por algún colectivo de mujeres. El asunto es que nunca vieron a nadie en esas andanzas. Un vecino escéptico aseguró que el responsable era un pajarraco enorme que robaba los brasieres de los tendederos y luego los colgaba con precisión milimétrica en las ramas del árbol. «Yo lo he visto muchas veces con ropa interior colgando del pico», dijo con toda la seriedad del caso. Si esto fuera cierto, la pregunta sería por qué robaba solo estas

prendas y no incluía otras como calzoncillos, medias o camisetas.

Llegó el momento de buscar respuestas en el mundo sobrenatural. Algunos vecinos de la comunidad dijeron entonces que lo que estaba ocurriendo era consecuencia de haber retirado una imagen de la Virgen que protegía el barrio. Sin la presencia de la Madre de Dios, decían los creyentes, las brujas habían empezado a hacer de las suyas en el sector y el árbol era el epicentro de sus hechizos. El rumor corrió por el correo de las brujas, no podía ser de otra manera, y algunos vecinos juraron que en las noches escuchaban sus risas, gritos y cantos mientras hacían sus cosas, que tal vez incluían acomodar los brasieres, posadas en las ramas del dichoso árbol. Un vecino de la planta quiso pensar que no eran más que chismes malintencionados de mujeres celosas por la presencia de nuevas vecinas en el barrio. Nunca se supo si las piezas colgadas hacían parte de algún maleficio. Lo que sí quedó claro es que, hasta la aparición de las prendas interiores, el árbol de la quebrada era solo un tronco pelado, como un esqueleto, al que muy de vez en cuando le brotaba alguna flor o le aparecía una rama nueva con hojas verdes. Tras el *show* de los brasieres, cuentan en el barrio, las ramas se llenaron de brotes nuevos. El árbol reverdeció y floreció como nunca antes. Tal vez las supuestas brujas no estaban haciendo maldades, sino dándole una mano: al llenarlo de sostenes le dieron nuevos bríos para sostenerse y seguir creciendo para que no se acabe el misterio.



REPRESENTANTE DE LAS VÍCTIMAS

En Colombia están registradas como víctimas del conflicto armado nueve millones quinientas mil personas. En los acuerdos de paz se convino que tendrían representación política. El año pasado, un acto legislativo del Congreso creó dieciséis circunscripciones transitorias especiales de paz para elegir, por primera vez, igual número de representantes en la Cámara para el periodo 2022-2026. El candidato que sacó la votación más alta de todas las circunscripciones fue Yoyo Tovar Vélez, como es conocido por sus amigos, un hombre de treinta y dos años que fue elegido en representación de las víctimas de los departamentos de Cesar, La Guajira y Magdalena. Yoyo obtuvo más de quince mil votos.

Su elección fue cuestionada porque, cuatro días antes de las elecciones, veinte candidatos en contienda dijeron que no tenían garantías para competir y renunciaron. Un artículo del portal *La Nueva Prensa*, escrito por Diana López Zuleta y Marisol Orozco, reveló que Tovar hacía campaña al mejor estilo de los politiqueros tradicionales y que grupos armados de la región

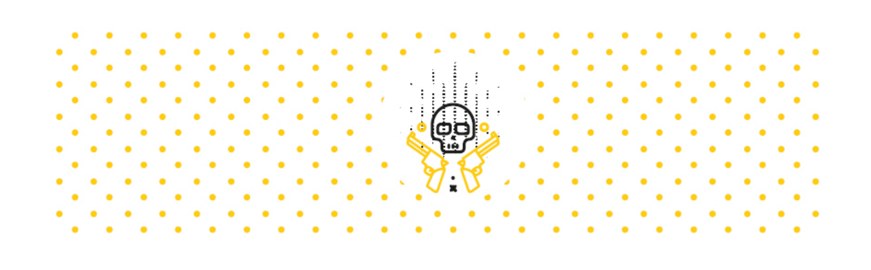
invitaban a los ciudadanos a votar por él. Esto despertó sospechas, suspicacias y temores, pues Yoyo es hijo de Jorge Tovar, más conocido como Jorge 40, uno de los comandantes paramilitares más temidos del bloque Norte y responsable de algunas de las peores masacres cometidas por esta organización en la costa. El artículo de *La Nueva Prensa* recordó lo siguiente:

> De acuerdo con cifras de la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía, bajo su mando se cometieron 333 masacres y más de 20 000 hechos delictivos que afectaron a 25 000 personas. La Fiscalía lo investiga por 1486 delitos, entre ellos, desaparición forzada, tortura, homicidios, secuestros y desplazamientos forzados.

El exparamilitar fue extraditado a Estados Unidos, donde pagó doce años de cárcel. En septiembre del año pasado regresó a Colombia y fue capturado de nuevo porque tenía múltiples órdenes de captura y medidas de aseguramiento. Muchas de sus víctimas en los tres departamentos de la circunscripción especial no se sienten tranquilas ni cómodas con que quien las represente sea el hijo de su victimario. Este ha dicho en su defensa:

> Soy la primera víctima de mi padre. Cuando yo apenas tenía siete años de edad, él toma la decisión de convertirme en su primera víctima. Esa decisión llevó a que no solamente a mí, sino a toda mi familia, secuestraran a algunos, asesinaran a otros y a otros nos tocara desplazarnos al exilio.

Dicen que los delitos de sangre no se heredan y que los hijos no tienen por qué pagar ni cargar con las culpas de lo que hicieron sus padres. A Yoyo lo juzgan por lo que hizo el suyo y su curul está demandada. Solo el tiempo y sus acciones dirán si sus intenciones fueron sinceras o, simplemente, fue el caballo de Troya de la politiquería tradicional para usar a su favor las circunscripciones especiales de paz.



LOS PECES DE LA FORTUNA

El caso más reciente reportado por los medios de comunicación es de 2021, cuando en las manchas de las escamas de un bagre rayado pescado en Barrancabermeja, Santander, se podía ver el número 9107. Del hombre que lo capturó no se supo nada, pero al parecer compartió una foto del pez en sus redes y por WhatsApp que se viralizó. Los supersticiosos lo vieron como una señal de buena fortuna y le apostaron a esta combinación en el chance. ¡Y ganaron! La Lotería Santander aprovechó lo ocurrido para promocionarse y atraer apostadores con este anuncio que publicó en Instagram:

> En Barrancabermeja llegó un pescador con su cargamento. Lo que él desconocía era que entre los pescados tenía la suerte, pues en uno de ellos se reflejaba el número 9107, número que cayó el viernes en la noche en la Lotería Santander. La suerte está, solo hay que saberla leer y comprar Lotería Santander.

Muy curioso todo esto.

El primer caso similar del que se tuvo noticia fue en 1995. En ese entonces, entre las escamas de un bocachico que estaban limpiando para enviar a la sartén en Turbo, Antioquia, la cocinera encontró el número 1124. Trescientos pobladores lo jugaron con fe en el chance y ganaron mil millones de pesos. Su felicidad fue la desdicha de la agencia vendedora, pues tuvo que cerrar sus puertas.

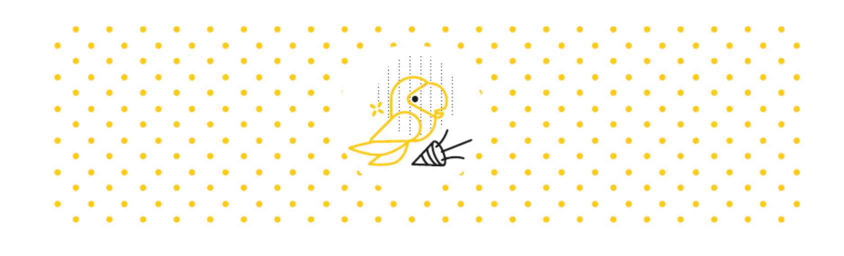
Entre 1995 y 2000 se repitió este fenómeno con tal frecuencia, casi siempre en vísperas o en plena Semana Santa como para darle refuerzo espiritual a esta vuelta, que los empresarios de los juegos de azar sospecharon que los peces de la fortuna no eran un milagro, sino un fraude bien montado. Tenían razón. Las autoridades investigaron y descubrieron una organización que había untado y engrasado a por lo menos cien personas en Antioquia y Santander para manipular las máquinas de las loterías y que cayeran los números que ellos habían predeterminado. Estos los hacían conocer previamente en poblaciones intermedias por medio de su milagrosa aparición en peces, tortugas o ranas. La gente quedaba prendada de esos números mágicos, pero no tenía dinero para apostar. Ahí aparecían unos prestamistas que les ofrecían lo que necesitaban a cambio del setenta por ciento de lo que ganaran en el chance. Como tenían controlada toda la operación, iban a la fija.

Los casos más recientes que se han presentado no se sabe si son pataleos de ahogado de los delincuentes, que siguen probando suerte con la superstición de las personas, o verdaderos mensajes milagrosos para los desesperados. La palabra *milagro* viene de *mirari*, que en latín significa 'contemplar con admiración, con asombro o con estupefacción'. Eso fue lo que me pasó a mí: quedé asombrado y estupefacto al descubrir que el número con el que ganaron en Barrancabermeja el año pasado, el 9107, era el mismo que había aparecido en 2019 en Puerto Serviez, un corregimiento pesquero de Puerto Boyacá, municipio del departamento del mismo nombre.

El 9 de abril de ese año, la revista ambiental *Catorce6* publicó una nota contando la historia del bagre milagroso de diez libras, acompañada por la foto del espécimen tomada por el dueño de la pescadería que, vaya coincidencia, es la misma que utilizó dos años después Lotería Santander en Instagram. En 2019 ese número fue vetado por las agencias de chance al instante. Pero,

según la misma revista, un mes después el 9107 cayó en la Lotería del Cauca y hubo varios y felices ganadores. No sé si fueron tantos como los que en 2021, en plena pandemia, ganaron con el mismo número del mismo pescado en Barrancabermeja. Que este hecho se haya repetido sí que es un verdadero milagro.

En marzo de 2021, ocurrió otro caso en Chocó. Una vendedora de plátanos encontró en una de las frutas el número 0316, le tomó foto, la compartió en redes y dos mil personas ganaron el chance. Suena todo tan parecido a la historia repetida del pescado… La suerte se tiene o no se tiene. Yo, que buceo tanto, voy a fijarme mejor en la piel de los peces que veo, a ver si encuentro el número ganador y se me hace este milagrito tan colombiano.



UN TEMPLO PARA EL ÁNGEL CAÍDO

Si el diablo bailó salsa en una discoteca de Juanchito, ¿por qué no habría de tener su propio templo en una vereda de Quimbaya, uno de esos idílicos municipios del departamento de Quindío? Vaya a saber uno qué tenía en mente Víctor Damián Rozo cuando decidió crear la Asociación Luciferina Semillas de Luz y erigir un templo para adorar a Lucifer, el poderoso ángel rebelde que cayó del cielo, en un país que, pese a no ser confesional, está consagrado al Sagrado Corazón de Jesús. El caso es que este expolicía, cuyo verdadero nombre es Héctor Londoño, construyó e inauguró su templo en diciembre de 2015. La apertura fue noticia nacional e internacional y, como era de esperarse, no cayó bien entre los creyentes de la zona, quienes le declararon una guerra santa.

El alcalde del municipio dijo que Rozo debía pagar una multa millonaria, porque la construcción no había cumplido algunas normas, o se exponía a que la edificación fuera demolida. Eso no pasó. Justo por la misma época, fue elegido como gobernador del departamento el sacerdote Carlos Eduardo Osorio, y uno de sus

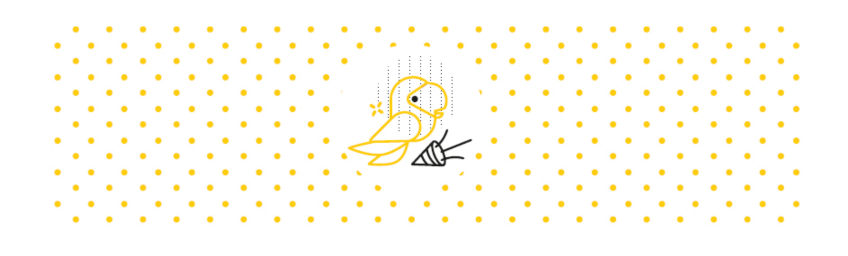
propósitos fue cerrar el templo luciferino. Sin embargo, por cuenta de su carrera religiosa, se declaró impedido para tomar cualquier acción contra la asociación pese a que estaba suspendido por desobediencia al lanzarse a la política.

El 2 de agosto de 2019, el Gobierno nacional nombró a Beatriz Lorena Ríos, directora de Asuntos Religiosos del Ministerio del Interior, gobernadora *ad hoc* para estudiar el caso. Y, por decreto, se la facultó para llevar a cabo las «acciones legales y procedimentales correspondientes, y tomar las decisiones pertinentes a la cancelación de la personería jurídica, y por ende, registro mercantil respectivo, la existencia y de la representación legal de la sociedad sin ánimo de lucro denominada Asociación Templo Semillas de y/o Asociación Templo Luciferino Semillas de Luz».

Mientras avanzaba la investigación, Rozo siguió con su labor de conseguir prosélitos para Lucifer, consistente en organizar reuniones en el templo para hablar sobre él, debatir sobre sus obras y acciones, hincar la rodilla y adorarlo. Suena como un grupo de estudio con algo de culto, pero su director insiste en que ahí no se realizan sacrificios ni rituales sangrientos de ningún tipo, como corrieron el rumor sus opositores. Para evitar confrontaciones en Semana Santa, le envía una carta al alcalde de Quimbaya para avisarle de que su templo permanecerá cerrado en esos días por respeto a la tradición católica. El resto del año abre tres veces al mes y, según su fundador, recibe unos mil visitantes.

El 20 de diciembre de 2019 la gobernadora *ad hoc* entregó los resultados de su trabajo, ordenó la apertura de una investigación administrativa y le imputó a la asociación varios cargos por asuntos relacionados con su funcionamiento y manejos y por desarrollar actividades que se apartan de los objetivos de sus estatutos. La noticia se conoció a comienzos de 2020, vino la pandemia y ahí quedó todo. El año pasado, Rozo hizo un video en sus redes en el que seguía invitando a las personas a convertirse en prosélitos de su dios: «Venga a mi templo quien quiera cambiar de vida en este 2021. […] Los que quieran seguir en las mismas, no vengan. Los que quieran cambiar, bienvenidos. Esto es solamente para los que quieran salir de esa camisa de fuerza en la que se encuentran». Como hizo él, que de la noche a la mañana se embarcó en este proyecto que, gracias a toda la publicidad

gratuita que ha recibido con la guerra que le han hecho, catapultó su nombre como nunca hubiera imaginado.



LOS LOBOS PAISAS

En Antioquia, en los últimos seis años, se han encontrado dos lobos, un animal que no es propio de estas latitudes y ecosistemas. El más reciente lo descubrió por casualidad Natalia Suárez, una activista animalista, en una finca del municipio de Rionegro. Lo escuchó aullar con insistencia, lo grabó y denunció en redes sociales que permanecía encadenado o enjaulado la mayor parte del tiempo. La Corporación Autónoma Regional de las Cuencas de los Ríos Negro y Nare (Cornare) investigó y descubrió que Winter, como bautizaron los propietarios a su mascota, fue comprado en Estados Unidos y llegó hace siete años a Colombia en un vuelo comercial.

Sus dueños creían que era un perro lobo de Checoslovaquia, un estado europeo que ya no existe, una raza creada a partir de un experimento realizado entre 1955 y 1965 por un hombre llamado Karel Hartl. Este personaje cruzó pastores alemanes con lobos de los Cárpatos, los mismos que mencionan en la novela *Drácula*, de Bram Stoker, hasta lograr unos especímenes que fueron utilizados por los militares en las zonas fronterizas. Un macho mide mínimo sesenta centímetros de alto, y su color predominante es gris o gris-dorado. Es una raza muy rara y, según un club canino especializado en ella, en Estados Unidos, en

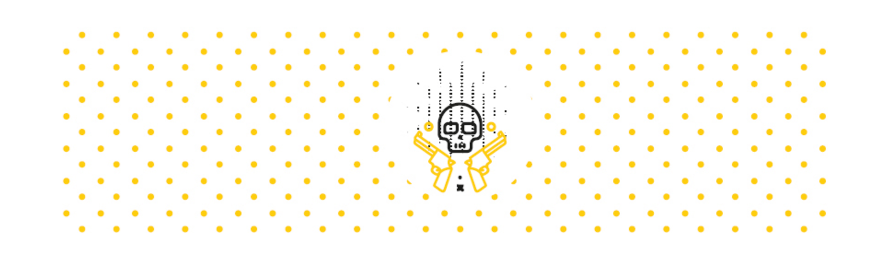
el año 2018, había solo doscientos ejemplares y un cachorro puro costaba entre 2000 y 8000 dólares.

La Cornare verificó el estado de Winter y Felipe Valencia, un experto en etología animal, concluyó que no se evidenciaba ningún signo de maltrato. «Su comportamiento no es aberrante, tiene gestión emocional o competencias sociales [gracias a las cuales] puede relacionarse con otros individuos caninos, sus cuidadores y mujeres», dijo. A los dueños se les recomendó que ampliaran el espacio donde lo tenían. Luego, en febrero de 2022, se le tomaron muestras al mejor estilo *CSI* para que un laboratorio de Estados Unidos hiciera un análisis genético y determinara si Winter era un perro o un lobo. Los resultados concluyeron que era un híbrido. «Es un animal que no puede hacer parte de un programa de rehabilitación para que retorne a vida silvestre, porque se convierte en un riesgo genético para las poblaciones de lobos silvestres; entonces, no podrá liberarse nunca», explicó el biólogo David Echeverri López, coordinador del Grupo Bosques y Biodiversidad de la Cornare. El futuro de Winter está por definirse, pero todos esperan que sea tan afortunado como el de Amarok, el lobo que apareció en pésimas condiciones, desnutrido y estresado, el 31 de diciembre de 2015, en el corregimiento de Pueblo Nuevo, en el municipio de La Estrella.

Este tipo de lobos son oriundos de Norteamérica y las autoridades creen que este, en particular, entró de manera ilegal al país desde México. Se pudo determinar que Amarok nació en mayo de 2014, y quienes lo rescataron piensan que escapó del lugar donde lo tenían y sobrevivió como pudo hasta que lo encontraron. Estuvo un año en el zoológico Santa Fe, en Medellín, donde se convirtió en una atracción para los visitantes. Un análisis genético en el laboratorio de la Universidad de California determinó que es un híbrido, con hasta un sesenta y cinco por ciento de sangre de lobo.

Aunque en la capital antioqueña lo amaban y querían que se quedara, el personal encargado de su cuidado contactó a una entidad especializada en la conservación de estos animales, Colorado Wolf and Wildlife Center, para que se lo llevara. Fue el primer lobo «internacional» que rescató y ahora es uno de los principales motivos para que sus protectores puedan divulgar los daños que provoca el comercio ilegal de fauna silvestre. A

Amarok le hicieron en Medellín una fiesta de despedida que bautizaron como «Aullido de lobo, de regreso a casa», y en Colorado consiguió una pareja, una loba llamada Koda. Quién sabe si Winter correrá la misma suerte. Ojalá nunca más volvamos a leer historias similares. Porque sacar a un animal de su hábitat para llevarlo a vivir en una finca, sin una manada, no es chévere, es un crimen. Esto aplica para los lobos y para cualquier especie salvaje.



UN SUBMARINO CERCA DE LAS ESTRELLAS

Hace veintidós años, el 6 de septiembre de 2000, las autoridades colombianas encontraron en una bodega, ubicada en la vía entre Bogotá y el municipio cundinamarqués de Facatativá, el submarino artesanal más grande y sofisticado capturado hasta hoy en el mundo. Narcotraficantes colombianos y holandeses, asesorados por ingenieros navales rusos, estaban construyéndolo para llevar en su interior entre ciento cincuenta y doscientas toneladas de cocaína. Al verlo, Leo Arreguin, el entonces director de la DEA en Colombia, comentó:

> Estoy impresionadísimo y, si no envío fotos de esto a mi país, no me lo van a creer. En treinta y dos años de trabajo policial nunca vi algo semejante. […] Es una nave grande y muy resistente. Estamos hablando de un cargamento de hasta doscientas toneladas de cocaína que puede llevar este submarino. Yo creo que se necesitan varias personas para operar la nave.

El submarino medía treinta y seis metros de eslora —trece menos que uno de la Armada— y tenía cuatro metros de altura. Estaba

hecho de acero, tenía doble casco y tanques de lastre, unos espacios huecos que al abrirse se llenan de agua y permiten la inmersión. Los expertos creen que los tanques de este aparato le habrían permitido operar en una profundidad de hasta treinta metros y recorrer incluso tres mil setecientos kilómetros.

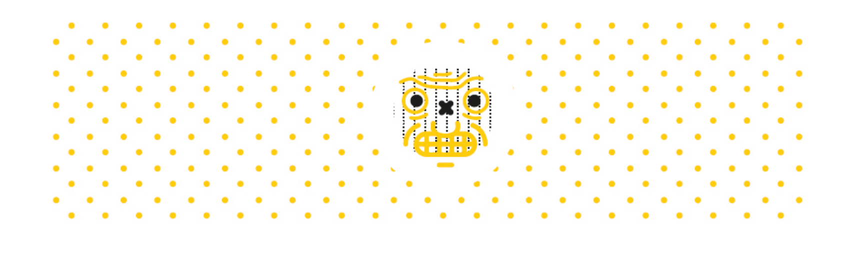
En el momento de la incautación, la policía dijo que el casco de la nave iba a ser enviado por tierra a algún lugar del Pacífico. Terminarían su construcción cerca del mar y, a juzgar por los planos y bosquejos que se hallaron en la bodega, estaría dotado con un sonar de profundidad, comunicaciones satelitales, GPS y un radar de navegación. Los expertos creen que, para su operación plena, se requeriría un equipo de doce personas, tal y como un submarino militar pequeño. El agregado policial de la Embajada de Rusia en Colombia fue invitado a revisar el material incautado y confirmó que la tecnología que se había utilizado en la construcción era de su país.

La investigación posterior reveló que la bodega había sido alquilada nueve meses atrás por un ciudadano estadounidense, cuatro ciudadanos rusos la visitaron con regularidad en ese tiempo y el lugar contaba con un poderoso circuito cerrado de televisión para su vigilancia. La verdad es que nadie sospecharía que en ese lugar de la sabana, a un poco más de dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, estarían construyendo un submarino. Dos personas, un holandés y un soldador colombiano, fueron asesinadas en los meses anteriores al descubrimiento de la nave, y se estableció que sus muertes estuvieron relacionadas con la misma.

En este sumergible se invirtieron, según las autoridades, cinco millones de dólares, y se hubiera necesitado una suma igual para terminarlo. La Fiscalía reveló que el cerebro de esta operación fue Iván Clavijo Uribe, un personaje que tenía vínculos con reductos del cartel de Medellín, al que le dictaron medida de aseguramiento en 2008. Otro de los involucrados fue un holandés, Krishnapersad Jagernath, capturado en su país por tráfico de estupefacientes.

Después de que este submarino fuera encontrado, los narcotraficantes siguieron haciendo otras naves de este tipo y perfeccionando su técnica de construcción. Sin embargo, el de Facatativá sigue teniendo un lugar especial en todas las historias que se escriben, por sus características únicas y por el detalle de

haber sido creado tan lejos del mar y tan cerca de las estrellas.



LOS PEORES ASESINOS DEL MUNDO

Antonio Roseto Degli Abruzzi, un trotamundos italiano de 56 años, se metió a nadar en un sector de la isla de San Andrés conocido como La Piscinita, donde no está permitido hacerlo, y ahí fue mordido por un tiburón tigre, que es considerado un superdepredador. Los pescadores y habitantes de la zona lo socorrieron, pero el turista europeo falleció como consecuencia de la herida infligida. Cualquier pérdida de una vida humana es una tragedia. Yo me solidarizo y siento empatía con la familia de este señor porque perdió a un ser querido. Sin embargo, quiero llamar la atención sobre el amarillismo y la ignorancia con que algunos medios de comunicación cubrieron esta noticia y las repercusiones que eso tiene en la naturaleza.

El titular que me sacó de casillas decía: «Tiburón atacó y asesinó vilmente a un turista en playa de San Andrés». Gracias al señor Spielberg y a Hollywood, se alimentó ese mito de que los tiburones son unos monstruos sanguinarios, sedientos de sangre, listos para atacar a los humanos. ¡Mentira! Estos peces son los grandes depredadores del océano, los encargados de mantener el

equilibrio en el mundo acuático. ¡Y no atacan de manera premeditada, con vileza y alevosía, a las personas! ¡No! Ellos actúan de manera instintiva y responden a estímulos determinados.

Según el *International Shark Attack File*, un informe anual elaborado por el Museo de Historia Natural de Florida, cinco personas mueren en promedio cada año alrededor del mundo a causa del ataque de tiburones. El documento sobre 2021 consignó:

> La tendencia a corto plazo revela que las mordeduras fatales y no fatales están disminuyendo. El número total de mordeduras de tiburón no provocadas en todo el mundo es extremadamente bajo, dada la cantidad de personas que participan en actividades recreativas acuáticas cada año. [...] Las tasas de mortalidad han disminuido durante décadas, lo que refleja los avances en la seguridad de las playas, el tratamiento médico y la conciencia pública.

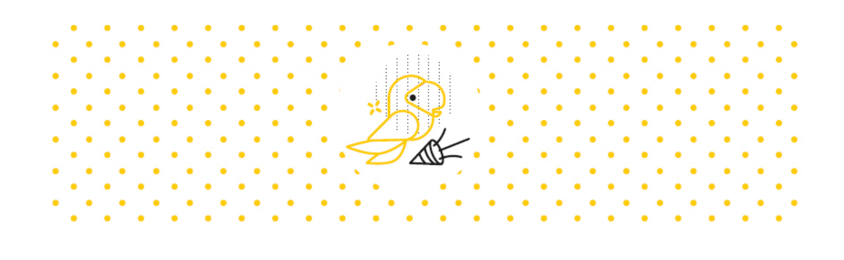
Son datos y hay que conocerlos antes de emitir juicios ligeros.

Esto confirma lo que dijo Nacor Bolaños, coordinador de áreas protegidas de la Corporación para el Desarrollo Sostenible del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina (Coralina), cuando lo entrevistaron en la radio a propósito del incidente en *La Piscinita*: «Es más fácil ganarse la lotería dos veces que un tiburón lo muerda a uno». Coralina y la Armada tuvieron que intervenir porque, después del ataque al turista, algunos lugareños querían organizar una cacería para atrapar y matar al escualo agresor. Las autoridades lo impidieron durante un día, pero después un grupo de energúmenos salieron y pescaron un tiburón nodriza, también conocido como tiburón gato, que no tenía nada que ver en este asunto y es considerado inofensivo para los seres humanos. ¡Ojalá hayan saciado su sed de sangre y venganza!

Los humanos somos los mayores depredadores del planeta. Matamos por deporte, por codicia, por placer. No tenemos miramientos. No estoy exagerando. Estamos extinguiendo a los tiburones. Cada año asesinan a cien millones de ejemplares de algunas de las quinientas especies que existen en el océano. Caen por accidente en las redes de pesca o son buscados para quitarles sus aletas, con las que hacen sopa en el Lejano Oriente, o ciertas

partes que se considera que tienen poderes medicinales. El resto lo desechan. A este paso no sabemos qué va a pasar con los océanos.

Muchos de mis seguidores, que me han visto nadar entre tiburones, me preguntan con frecuencia si no me da miedo. Siempre les respondo que lo que me da verdadero pavor es sumergirme un día en el océano y no ver a uno solo de estos colosos.



LAS VEJECES DE LOS ALZATE

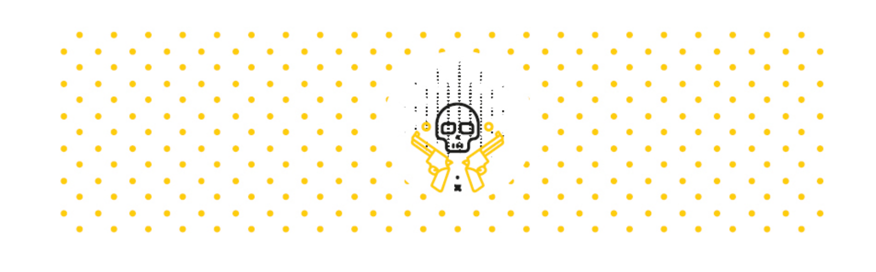
El museo de Leocadio Arango, uno de los hombres más ricos de Antioquia en el siglo XIX, atrajo a naturalistas y científicos de todo el mundo por la variedad de elementos que incluía su colección. En esta se encontraban fósiles, muestras de minerales, objetos pétreos, reliquias de los conquistadores, animales embalsamados, insectos disecados, joyas prehispánicas de oro y más de dos mil piezas cerámicas descubiertas en guacas indígenas. Su principal proveedor era Julián Alzate, un guaquero y taxidermista de renombre, quien junto a sus tres hijos se dedicaba a la consecución de las deseadas piezas precolombinas que tanto buscaban los investigadores europeos.

En una crónica que hizo sobre los Alzate, Fernando Salamanca cuenta que fue Pascual, uno de los hijos, quien inició el negocio al hacer unas figuras de barro, basadas en las que había visto en un libro, y vendérselas a unos científicos a los que les inventó que las había descubierto en Caldas. Cuando Julián vio el trabajo de su hijo, lo animó a repetirlo y le enseñó la fórmula secreta, que la familia se llevó a la tumba, de un pigmento negro que daba a sus

creaciones la apariencia de antigüedad que tanto les llamaba la atención a los compradores. Luis y Miguel, los otros hijos, comenzaron a producir sus propias obras, y entre los cuatro ganaron fama y fortuna con este trabajo. Ellos crearon, según contó el antropólogo Jairo Upegui en *Lo Alzate y su validez plástica*, «formas fantásticas, monstruosas, aberrantes, morbosamente eróticas y lascivas». Piratearon y falsificaron con una calidad única. Lo hicieron tan bien que lograron vender a muy buenos precios lo que el historiador Víctor Álvarez denominó «vejeces recién envejecidas».

Para darle verosimilitud a sus creaciones, sabían echar el cuento del lugar donde las habían encontrado y, si era el caso, las enterraban y luego llevaban a los compradores a excursiones de guaquería para que se sintieran felices de encontrarlas. El negocio fue viento en popa hasta 1912, cuando el engaño se hizo público en el Primer Congreso Internacional de Etnología y Etnografía realizado en Neuchatel, en Suiza. Me imagino la vergüenza que debieron sentir los encopetados y encumbrados científicos que fueron estafados y burlados por la familia Alzate.

Lo curioso es que, con el tiempo, las obras realizadas por los miembros de esta familia adquirieron un nuevo valor y mil quinientas cincuenta y cuatro terminaron en la colección del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia (MUUA). «No se trata de imitaciones de nuestro patrimonio prehispánico, sino que eran producto de su capacidad creativa, de cómo ellos se imaginaban que era el mundo indígena, y de ahí su valor», explicó Hernán Pimienta Buriticá, curador de la colección de Antropología del MUUA. Una curiosa vuelta de tuerca para esta historia que, con sobrados detalles, se ganó un espacio, y hasta una exposición, en la picaresca criolla.



DESVARÍOS DE LA RIQUEZA: EL CASO DE LOS AMBUILA

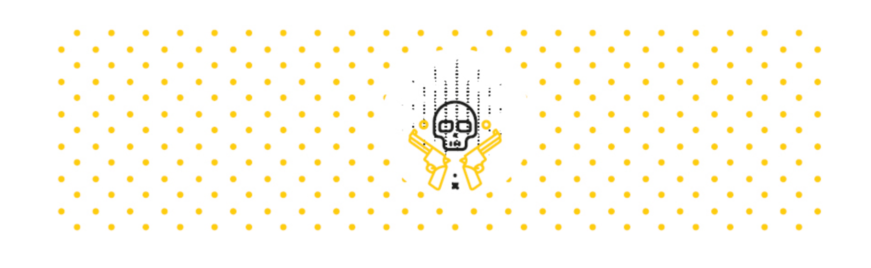
Hay una frase que le atribuyen al cantante Frank Sinatra y que viene perfecta para este caso: «Uno conduce un Ferrari cuando quiere ser alguien y conduce un Lamborghini cuando ya es alguien». No creo que Jenny Ambuila la conociera ni le importara saberla, porque ella ya era alguien, pues poseía y conducía en Estados Unidos un Lamborghini rojo, brillante, avaluado en un poco más de trescientos mil dólares, es decir, unos mil millones de pesos mal contados. Esta joven emprendedora, toda una *lambowner*, presumía en redes de su ostentoso y desaforado estilo de vida. Lujos que se podía dar porque, según ella, era influencer, aunque solo tenía cinco mil seguidores en *Instagram*.

El caso de Jenny llamó la atención de las autoridades porque su papá, Omar Ambuila, era el jefe del Grupo Interno de Trabajo de Control de Carga de la Dirección de Impuestos y Aduanas

Nacionales (DIAN) en Buenaventura, y el sueldo que devengaba no daba para justificar los derroches y excesos que se daban su esposa, Elba Chará, y su hija, con accesorios de marcas de moda y *gadgets* tecnológicos de vanguardia. ¿De dónde salía el dinero para sostener ese tren de gastos? La única forma sería que el padre recibiera un sueldo de entre cuatrocientos y quinientos millones de pesos mensuales. Ahí había gato encerrado.

Las autoridades colombianas, apoyadas por agencias estadounidenses, descubrieron que Ambuila y otro compañero de la DIAN, Emilson Moreno Granja, tenían empresas de papel, les hacían giros de cifras astronómicas a sus familiares con el argumento de solventar e impulsar su capacidad económica, financiaban trabajos de influenciadores digitales y vendían inmuebles. Todo con el fin de justificar su movimiento de dinero, que provenía de permitir el ingreso ilegal de toneladas de mercancía por el puerto de Buenaventura. En la investigación se calculó que podrían haber lavado unos ochenta mil millones de pesos. Estos dos funcionarios, la esposa y la hija de Ambuila, y una tercera persona fueron capturados en 2019, en el marco de la operación denominada, no podía ser de otra manera, Lamborghini.

En mayo de 2020, Ambuila fue dejado en libertad por vencimiento de términos, pero el año pasado lo recapturaron en Cali tras haber sido imputado por los delitos de lavado de activos, favorecimiento de contrabando, concierto para delinquir y enriquecimiento ilícito de particulares por parte de la Sala Penal del Tribunal Superior del Distrito Judicial de Cali y el Juzgado Segundo Penal del Circuito Especializado de Conocimiento. Además, fue pedido en extradición por los Estados Unidos. Así de veloz, como el Lamborghini que los puso en la mira de las autoridades, se desarrolla la historia de esta familia que sucumbió al dinero fácil y se dejó perder por los desvaríos de la riqueza.



SUERTE HECHA A LA MEDIDA

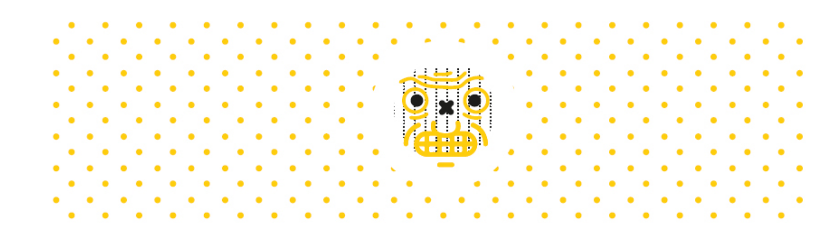
Si hay algo que los desaparecidos capos de los carteles de la droga siempre tuvieron fue el ingenio para encontrar diferentes maneras de lavar las ingentes cantidades de dinero que ingresaban a sus arcas. Una que resultó muy eficaz durante un tiempo, antes de ser descubierta por las autoridades, fue la lotería, y el que más golpes de suerte tuvo con ella fue Iván Urdinola Grajales. Este hombre comenzó su vida delictiva de la mano de los hermanos Rodríguez Orejuela, los grandes capos del cartel de Cali, y después de un tiempo consiguió su bendición para montar su propia operación en el norte de Valle del Cauca. Tiempo después, cuando ya estaba establecido como amo y señor de la zona, utilizó la estrategia de ganarse el premio gordo de la lotería para lavar su dinero sucio. Este método ya lo habían usado antes mafiosos como Pablo Escobar y su lugarteniente Evaristo Porras, pero Urdinola perfeccionó el mecanismo para poner la suerte a su favor. Parecía tener un imán para atraer los billetes ganadores.

La realidad de lo que sucedía era más prosaica. El narco

estaba al tanto de todos los sorteos importantes que se realizaban en el país. Apenas se enteraba de que el premio gordo había caído en alguna ciudad, activaba la red de vendedores de los billetes para encontrar al feliz ganador. Sus esbirros lo contactaban y le ofrecían una fortuna por el pedazo de papel, más la promesa de ayudarlo a no pagar impuestos por esa ganancia ocasional, y si nada de esto servía lo amenazaban de muerte para que lo entregara. De esta manera el narcotraficante legalizó doscientos, trescientos y hasta seiscientos millones de pesos. Los viejos vendedores de billetes de lotería recuerdan las bacanales que hacía en sus fincas para celebrar la suerte que tenía, confeccionada a su medida.

El último premio gordo que se ganó fue en 1994 con el número 5937, de la serie 91, de la Lotería de Bogotá por doscientos millones de pesos. Lo hizo tras las rejas, porque dos años atrás la Policía lo había capturado en una de sus haciendas favoritas en Valle. La suerte que lo acompañaba parecía no saber de barrotes ni de encierros. Las autoridades descubrieron luego que las fracciones del premio habían sido vendidas a seis personas en el municipio caldense de La Dorada. Pero el pago del mismo, por algo más de ciento treinta y dos millones de pesos tras la deducción de impuestos, lo recibió Lorena Henao Montoya, la esposa de Urdinola.

A pesar de las evidencias en su contra por lavado de activos, a Urdinola nunca se lo juzgó por haber utilizado la lotería para limpiar el dinero proveniente de los negocios ligados al narcotráfico. El 24 de febrero de 2002 se le acabó la suerte. Lo encontraron muerto de un infarto en su celda de la cárcel de Itagüi. Nunca se supo si fue envenenado por alguno de sus enemigos o por su esposa.



UN CRIMEN ATROZ POR UN AUTOGOL

Le decían con respeto y cariño el Caballero del Fútbol. Era un ser extraño en el mundo del deporte: un hombre sencillo, amable, responsable, que ponía por delante su profesionalismo y su carrera; tenía el carisma, digamos, de un hombre bueno. Por eso, el asesinato de Andrés Escobar, el inmortal defensa que lució el número 2 en la camiseta de la selección de Colombia, nos dolió tanto. El futbolista fue víctima de la violencia desatada y la cultura mafiosa que se tomó el país en los años noventa.

Andrés Escobar nació en Medellín en 1967, estudió en colegios privados en la capital antioqueña y desde pequeño demostró una pasión desbordada por el fútbol. Jugó en equipos aficionados y debutó como profesional con el Atlético Nacional en 1986. Con este equipo obtuvo los mayores triunfos de su carrera relámpago de ocho años: dos campeonatos nacionales (1991 y 1994), una Copa Libertadores (1989) y una Copa Interamericana (1990). Este último año fue en calidad de préstamo por seis meses al Young Boys de Suiza. Siempre jugó como defensa y, gracias a su estatura —medía 1,87 metros de alto

—, se destacó como cabeceador. Su único gol con la selección colombiana fue por esta vía, y pasó a la historia porque representó el empate 1-1 con Inglaterra y lo marcó en el mítico estadio de Wembley, que fue demolido en 2002 para darle paso a uno nuevo más moderno y espectacular.

Andrés estuvo en la selección que jugó en Italia 90 —la del inolvidable empate con Alemania en el tiempo extra—, estaba lesionado cuando Colombia le ganó 5-0 a Argentina en Buenos Aires y llegó en forma al Mundial de Estados Unidos, donde nuestro equipo era uno de los grandes favoritos. El triunfalismo que cargaba pesaba como un piano. Allá se desarrolló el segundo acto de una historia que, como tantas en este país, terminaría en tragedia. Dicen que el ambiente en la selección colombiana que participó en ese campeonato no era el mejor. Había amenazas, intimidaciones y tramas criminales extradeportivas que buscaban sabotear o torcer los resultados.

El debut del equipo contra Rumania fue un aterrizaje forzoso a la realidad con un contundente 3-1 a favor de los europeos. En el segundo juego contra la selección anfitriona, Estados Unidos, en el minuto treinta y cinco, Andrés Escobar se barrió intentando despejar un balón casi a la altura del punto penal, lo tocó apenas con la puntera y el arquero Óscar Córdoba, que iba para el lado contrario, vio que la bola entró de manera lenta y agónica. Fue un gol tortuoso para el defensa y el país entero. El partido quedó 2-1 a favor de los locales. Unas horas después, el Caballero del F*útbol* pronunció unas palabras que ratificaban por qué le decían así, con las que tal vez quiso poner las cosas en su justa medida, dejar el drama de lo sucedido en la cancha de una vez y para siempre: «La vida no termina aquí».

El 29 de junio de 1994 escribió una columna en *El Tiempo* titulada «Nos faltó verraquera», en la que analizaba la experiencia dolorosa de la selección en el Mundial y hacía un llamado a la cordura y la reflexión. Agradeció a los colombianos: «Siempre encontramos un respaldo, aun en estos momentos difíciles para cualquier deportista. Muchos han entendido, otros no, pero igual hay que mirar hacia adelante porque todo va cicatrizando», dijo. Su texto concluía con una petición de respeto y un «hasta pronto porque la vida no termina aquí». Tenía 27 años y un futuro promisorio: se iba a casar y era muy probable que lo llamaran a jugar al Milán, en Italia.

Lo que ocurrió pocos días después fue el horror, el absurdo, el desprecio absoluto por la vida. El 2 de julio de 1994, Andrés salió con unos amigos a tomar algo y distraerse un poco al establecimiento El Indio, ubicado sobre la vía Las Palmas, en Medellín. Allí un grupo de personas, entre las que se encontraban los hermanos Pedro y Santiago Gallón, que departían en otra mesa, comenzaron a gritarle: «Andrés, autogol, Andrés». Aunque él les pidió que lo respetaran y no siguieran con las burlas, el grupo siguió molestándolo, pero cambiaron el estribillo: «Leo, pantaloncillos, Leo», en alusión a un comercial de televisión que había hecho el jugador para esta marca.

Al salir del lugar, Andrés se montó en su carro y, cuando vio en el parqueadero a los que lo increpaban, se dirigió a ellos para decirles algo. Estaba tranquilo. Discutió con los hermanos Gallón y, en un momento, Santiago le espetó, según los testigos de los hechos, estas palabras: «Vos no sabés con quién te estás metiendo, vos no sabés con quién te estás metiendo». Apenas terminó de pronunciarlas, apareció su conductor, Humberto Muñoz, y sin decir nada descargó el revólver en la cabeza al jugador. Los seis disparos que recibió no fueron el acceso de ira de un loco armado, sino la demostración de la violencia y degradación que recorría las venas del país desde hacía años. Su crimen fue un eslabón más de esa cultura mafiosa que había crecido desde los años setenta alimentada por el narcotráfico, la violencia y la corrupción, que amenazaba con estrangular a toda la sociedad. El mensaje era claro: nadie estaba a salvo.

Las autoridades resolvieron el crimen en veinticuatro horas. Muñoz, el asesino, fue capturado. Jesús Albeiro Yepes, el fiscal que llevó este caso, contó años después, en una entrevista que le concedió a *BBC*, que en la indagatoria a este hombre nunca lo vio «llorar ni mostrar arrepentimiento alguno. Era frío». En la misma nota, hizo esta reflexión sobre lo que sucedió:

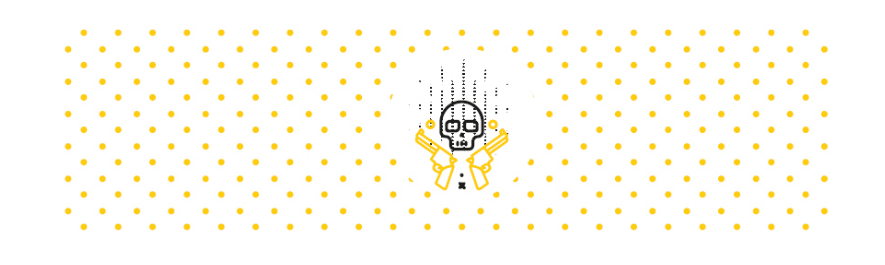
> El problema es por qué un hombre como Muñoz Castro mata de esa manera, y la respuesta no puede ser sino una sola: porque somos una sociedad habituada a la cultura de la mafia. Colombia todavía vive el oscurantismo de esa anticultura que sigue disponiendo de la vida humana de la misma manera, con la misma frialdad, con la misma indiferencia y con ese silencio oficial.

Joseph Blatter, el secretario general de la FIFA, sentenció ante la brutalidad del crimen:

> Este es el día más triste que haya vivido en el fútbol, ya sea en una Copa Mundial o en otras competencias. Si algo malo ocurre por accidente, uno lo puede atribuir a la mano de Dios. Pero cuando alguien mata a tiros a una persona porque cometió un error en un partido, es señal de que algo anda mal.

Todo andaba mal, esa era la verdad. En aquel entonces alguien dijo que Andrés había estado en el lugar y en el momento equivocados, pero muchos no lo creyeron y sospecharon que detrás de su muerte había algo más, probablemente vinculado al tema de las apuestas. Muñoz fue condenado por la justicia a cuarenta y tres años de cárcel, aunque con rebajas y reducciones terminó pagando solo once años. Quedó libre en 2005. Sus patrones, los Gallón, fueron condenados a quince meses por encubrimiento y obstrucción de la justicia. En 2010, Santiago Gallón, el que le gritó a Andrés «vos no sabés con quién te estás metiendo», fue condenado a tres años de cárcel por financiamiento de grupos armados ilegales en Antioquia.

Han pasado veintiocho años del crimen de Andrés Escobar y la vergüenza sigue viva, como debe ser. Porque, como dijo Blatter, ese fue «el día más triste que haya vivido en el fútbol».



DEVOTO DE LOS VOTOS

La periodista y columnista Diana Salinas lo dijo mejor que nadie en un texto que publicó este año en el portal Cuestión Pública con el sugestivo título de «Registrador #SabemosLoQueHiciste. Parte 1: La casa de los Vega Rocha»: «Detrás de un gran hombre, funcionario, servidor público o presidente hay una gran familia, si no, que lo diga Alexander Vega Rocha, el señor registrador». ¿Y quién está detrás del funcionario encargado de vigilar las elecciones en Colombia? Campo Elías Vega Goyeneche, su papá, otro político, a quien hace siete años le quedó en firme una condena por… ¡compra de votos! Irónico, ¿no?

Esta noticia había pasado de agache por todos lados y *Cuestión Pública* la sacó justo la semana después de las elecciones del Congreso. Como recordarán, estas se vieron empañadas por las diferencias que se presentaron en los resultados de la votación entre la información que se dio el domingo 13 de marzo y el escrutinio posterior. El registrador Vega estuvo en medio de la tormenta todos esos días, y el fin de semana siguiente la sintió arreciar de nuevo cuando se hizo pública la noticia de su papá.

Campo Elías Vega Goyeneche es oriundo de Carurú, uno de

los tres municipios que tiene el departamento del Vaupés; los otros dos son Mitú, la capital, y Taraira, en la frontera con Brasil. El 25 de abril de 2004 se llevó a cabo la jornada electoral para elegir gobernador en el primero y el último mencionados. Vega Goyeneche apoyó al candidato Wilson Ladino y, según la Sala de Casación de la Corte Suprema de Justicia (CSJ), fue el encargado de mover los hilos en su pueblo natal. Según la revisión que hizo la Sala:

> [Vega Goyeneche] acordó con el candidato Wilson Ladino la compra de votos para derrotar al rival [José Leonidas] Soto Muñoz, siendo así como se distribuyeron las tareas para tal fin consistentes en que Ladino Vigoya ofrecía el dinero por el sufragio a personas que eran afectas a la otra causa proselitista indicándoles que lo cobraran a Campo Elías Vega.

Este pagaba después de que el que vendía su voto le entregara un vale que le había dado el candidato Ladino por la cantidad convenida.

El papá del registrador fue investigado por estos hechos y el 11 de abril de 2006 lo acusaron por el delito de corrupción al sufragante. En diciembre de 2009, el juez promiscuo del circuito de Mitú lo absolvió del cargo que le habían imputado, pero la Fiscalía apeló el fallo y, en febrero de 2013, el Tribunal Superior de San Gil revocó el fallo y lo condenó «como cómplice del delito de corrupción al sufragante a la pena privativa de veintidós meses y multa de cincuenta y cuatro salarios mínimos mensuales vigentes». Vega Goyeneche no se dio por rendido y pidió que la condena fuera a casación en la CSJ. La Sala de Casación inadmitió la demanda. Otro Vega Goyeneche, Heraclio, tío del registrador y exgobernador del Vaupés, también fue condenado por la CSJ por peculado a cincuenta y cinco meses de prisión y quedó inhabilitado por cincuenta y siete meses para el ejercicio de derechos y funciones públicas. Eso debe ser la muerte para una familia tan apegada a la política. El registrador no tiene velas en los líos de su papá, pero sí es muy bizarro que esté condenado por lo que popularmente se conoce como «compra de votos».



PISTOLEROS EN EL CONGRESO AL AMANECER

Uno de los momentos más oscuros y vergonzosos del Congreso de la República tuvo lugar en 1949, cuando una sesión de la Cámara de Representantes se convirtió en una pelea de pistoleros entre políticos liberales y conservadores, quienes se enfrentaron como si estuvieran representando la escena de un tiroteo en un bar de una película de vaqueros en el salvaje Oeste. En junio de ese año, se realizaron las elecciones para elegir a 63 senadores y 132 representantes. El Partido Liberal obtuvo más votos que el Partido Conservador y consiguió algunos escaños más en ambas cámaras. El país estaba polarizado entre estos dos grupos políticos, y la violencia que se había desatado tras el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, el año anterior, no daba tregua. La situación era tan tensa que los congresistas podían ir armados al Capitolio, y en el edificio funcionaban dos bares que atendían las necesidades etílicas de estos HP, es decir, honorables parlamentarios. Esa mezcla de polarización política,

trago y armas no auguraba nada bueno.

El 8 de septiembre de 1949, en la madrugada, se reanudó la sesión y siguió la discusión de una ley electoral que se debatía desde la noche anterior. El ambiente estaba tenso y, para prevenir problemas, se había dispuesto que todos los representantes estuvieran desarmados. En el libro *Historia (privada) de la violencia*, de Otty Patiño, Carlos Lleras de la Fuente contó: «Ese día, todos los liberales dejaron las armas en la entrada, menos un representante que le salvó la vida a los demás y el representante Jiménez, quien también mantuvo el revólver y lo mataron. Todos los conservadores entraron armados». En medio del debate, dos representantes boyacenses, el conservador Carlos del Castillo Isaza y el liberal Gustavo Jiménez Jiménez, se bravearon como gallos de pelea.

El primero, que estaba borracho, invitó a sus coterráneos liberales a que lo interpelaran, según contó un testigo de los hechos. Pero dijo que debían hacerlo «en el tono varonil que caracteriza a los hombres de Boyacá». Jiménez aceptó el reto, se levantó de su silla y le respondió con estas palabras, según el relato que hizo Víctor Mosquera Chaux, testigo de lo ocurrido:

> Honorable representante, su señoría tiene un problema que yo me permito denunciar a la Comisión de Credenciales, porque su señoría fue elegido con el nombre de Carlos del Castillo Isaza y su verdadera denominación es la de Carlos Castillo Sasa. Su padre se llamaba Juan Castillo y murió trágicamente en el accidente del río Minero y su madre es una señora que lleva el apellido de una vereda de Chiquinquirá, denominada Sasa.

Como quien dice, se le metió al rancho. El representante Castillo reviró y exclamó: «¡Yo al menos soy hijo legítimo! ¡Usted no lo es! ¡Y reaccione! ¡Reaccione!». Jiménez gritó: «¡Miente, malnacido!», y movió la mano hacia atrás con la intención de sacar su arma para dispararle al conservador. Sin embargo, según Carlos Lleras de la Fuente en el relato del libro mencionado, Jiménez «tenía el revólver en el bolsillo de atrás, en una chuspa, y el bolsillo estaba abotonado. Por supuesto, no alcanzó a sacarlo». Castillo, que todo el tiempo sujetó el suyo con la mano derecha en el bolsillo del mismo lado, lo sacó y le disparó a menos de tres metros.

Luego, de acuerdo con Lleras de la Fuente, sucedió lo siguiente:

> Toda la representación conservadora sacó las armas y dispararon contra los liberales, que de inmediato se tiraron al suelo, detrás de sus pupitres, que quedaron todos impactados por los proyectiles. Mejor dicho, si se quedan ahí sentados, los matan a todos en la primera andanada.

El representante liberal antioqueño Lázaro Restrepo, que también había ingresado su arma, respondió el ataque y dicen que, gracias a esto, salvó la vida de sus copartidarios. Un artículo sobre los hechos, publicado por *El Espectador*, dijo entonces:

> Los representantes conservadores Amadeo Rodríguez, Ricardo Silva Valdivieso, Carlos Augusto Noriega, el subsecretario conservador de la Cámara, señor Daniel Lorza Roldán, y otros sacaron sus armas y comenzaron a disparar. Los congresistas se arrojaron unos al suelo para defenderse o se hicieron detrás de los pupitres.

Como el debate estaba siendo transmitido por radio, los oyentes escucharon el tiroteo de los honorables parlamentarios en vivo y directo.

La balacera dejó muerto al representante Jiménez y herido al también liberal Jorge Soto del Corral, quien falleció años después como consecuencia de una trombosis producto del impacto que recibió esa madrugada. Los representantes conservadores Amadeo Rodríguez, Guillermo Bustamante y Ricardo Silva también resultaron heridos. El juez Miguel Pinto se encargó de realizar la investigación de lo ocurrido y concluyó, según un artículo de *El Tiempo*, de esta manera:

> Durante el tiroteo se dispararon cuarenta proyectiles. Treinta correspondían a revólver y los otros diez a pistola. El representante Jiménez alcanzó a disparar en dos ocasiones su arma. Su contradictor, el representante Castillo, armado de revólver, infligió la herida en el brazo de Jiménez y las heridas en las piernas al representante Soto del Corral. El general retirado y representante conservador Amadeo Rodríguez fue incriminado como el autor de la muerte de Jiménez, con una pistola calibre 7,65 milímetros que no apareció.

Al final, ningún político fue encontrado culpable de la muerte de Jiménez. Las únicas medidas que se tomaron fue prohibir el ingreso de armas —tras el tiroteo dicen que incautaron más de cincuenta— y la ingestión de licor en el Capitolio, que no volvió a ser lo que era después de este casi «duelo al amanecer» entre unos honorables parlamentarios que, en aquel día nefasto, actuaron como pistoleros.



FREDDY RINCÓN Y EL GOL QUE HIZO TEMBLAR A COLOMBIA

La primera participación de Colombia en un Mundial de fútbol tuvo lugar en Chile, en 1962. En ese certamen la selección nacional hizo historia porque, en un partido épico, jugado en la ciudad de Arica, logró empatar 4-4 con la Unión Soviética. Fue toda una proeza, pues este equipo era uno de los favoritos del torneo y tenía como arquero a Lev Yashin, al que conocían como la Araña Negra, considerado el mejor portero de la historia de los mundiales. En esa ocasión este portento recibió cuatro goles de los colombianos, incluido uno olímpico, autoría de Marcos Coll, el único que se ha convertido en este tipo de certámenes hasta hoy. Ese partido mítico llenó de orgullo a los colombianos durante los siguientes veintiocho años, tiempo que nos tomó regresar a un Mundial.

En 1990, la selección dirigida por el técnico Francisco Maturana clasificó para participar en la Copa Mundial de fútbol que se realizó en Italia ese año. Fue todo un acontecimiento y el

fin de la sequía mundialista de un país. Todos teníamos las esperanzas puestas en ese grupo de jugadores capitaneados por el *Pibe* Valderrama. En el debut le ganamos a Emiratos Árabes Unidos por 2-0; el siguiente partido lo perdimos 1-0 con la selección de Yugoslavia, un país que se desintegró un año después. El último partido del grupo fue contra Alemania, uno de los grandes favoritos y a la postre campeón del certamen.

El encuentro tuvo lugar el 19 de junio, en el estadio Giuseppe Meazza de Milán. Fue intenso desde el principio y los colombianos sorprendieron a sus rivales, les jugaron sin miedo, se crecieron en la cancha como nunca antes. Nuestro equipo necesitaba empatar o ganar para pasar a la siguiente ronda. Lo primero se estaba dando hasta que, al minuto 88, Pierre Littbarski anotó en el arco colombiano. La ilusión de clasificar se nos derrumbó en segundos, y ya estábamos alistando la consabida frase de «jugamos como nunca, perdimos como siempre», cuando en el tiempo de reposición ocurrió lo imposible.

Leonel Álvarez recuperó el balón en el campo de Colombia, jugó con el *Bendito* Fajardo, este hizo pared con el *Pibe* Valderrama, quien eludió rivales en la mitad de la cancha, y la tocó con Rincón, quien se la devolvió a Fajardo, que la pasó suave al *Pibe*, y el capitán lanzó un pase largo en diagonal tras el que corrió Freddy Rincón. El Coloso de Buenaventura llegó al balón, enfrentó al portero alemán, Bodo Illgner, y le metió la pelota por entre las piernas. Gol de túnel… ¡De túnel! En ese momento Colombia entera gritó de emoción, lloró de alegría, el país se paralizó por un momento y se olvidó de sus penas.

En una entrevista que le hicieron en la revista *Bocas*, Freddy recordó cómo vivió ese momento:

> Yo fui al área porque siempre me gustó dar opciones. Y cuando vi esa pelota ahí, ¡ay, mamacita! Una papita caliente… y ese gigante ahí al frente… Entonces pensé en dos opciones: primero, pegarle cruzado, que era la más lógica. La otra, amagarle y pegarle al lado de Illgner. Cuando me di cuenta ya no podía ninguna de las dos. Así que era una cuestión de paciencia: de él y mía. Y él la perdió y se abrió, y yo decidí darle duro, o entra o entra. Y tuve la suerte de que entró. En otras palabras, solo al final decidí hacer el túnel. El resto es historia.

De los 185 goles que marcó en su carrera, este fue de lejos el más

importante por lo que representó para Colombia entera.

Las narraciones del gol de los comentaristas radiales colombianos están en redes sociales para recordarnos, cuando queramos, la emoción de esos minutos en los que pasamos del infierno al cielo en cuestión de seis pases. El gol hizo vibrar a Colombia entera, pero en Suramérica muchos aficionados también se emocionaron con esa joya. Como el narrador argentino Osvaldo Wehbe, quien, después de desgarrarse la garganta gritando «¡gol!» repetidas veces, comentó: «Hermano colombiano, trépate a un árbol… Andá, gritá "gol de Colombia"… En una tierra golpeada por tantas cosas feas, el milagro es colombiano, salió de un libro de García Márquez». La selección de Colombia pasó a la siguiente ronda y perdió su siguiente partido con Camerún… Pero eso es harina de otro costal.

Después de ese gol inolvidable, Freddy siguió haciendo historia al convertirse en el primer colombiano en jugar en el Real Madrid. También dejó huella en los equipos brasileños en los que terminó su carrera, sobre todo en el Corinthians, con el que ganó la primera edición del Mundial de Clubes. Este año, 2022, el jugador que nos dio una de las alegrías más grandes de la historia falleció como consecuencia de los traumatismos que le dejó un aparatoso accidente vehicular en Cali, en el que él se llevó la peor parte. Se fue a los 55 años. Los de mi generación tuvimos la fortuna de vernos y gozarnos sus jugadas y goles, ninguno tan importante como el que marcó ese 19 de junio de 1990 en Milán (cabe recordar se retransmitió en mayo de 2020, en pleno encierro de la pandemia, y la gente vibró de nuevo como la primera vez y salió a vociferar por las ventanas). Un gol que el Coloso celebró a grito herido, con las manos levantadas y los puños cerrados, mientras Colombia entera temblaba de la emoción.



EL NOVELÓN DE AIDA MERLANO

La escena del video sin sonido de la cámara de seguridad del edificio parece el extracto de una película de acción. Se ve una cuerda roja que cae y ondula unos segundos en el aire. De repente aparece una mujer deslizándose, como los bomberos por el tubo cuando salen a una emergencia, pero va muy rápido y cae al piso de manera aparatosa. Literalmente se descula como en una comedia. Se levanta como puede, como si no hubiera pasado nada ni caído literalmente de lo alto, y cuatro transeúntes que pasan por la calle se acercan presurosos a ayudarla. Una mujer la toma del brazo y un hombre mira incrédulo hacia arriba intentando entender lo que está ocurriendo. La fugitiva, vestida de punta en blanco, inmaculada como una paloma de la paz, cojea un poco, pero camina rápido hacia una moto que la espera. El conductor le pasa un casco, porque ante todo la seguridad, y parten raudos ante los asombrados testigos que no saben qué pasa.

¿Qué pasaba? Que ese primero de octubre de 2019, siendo las 3:15 de la tarde, la excongresista conservadora Aida Merlano,

condenada por la Corte Suprema de Justicia a once años y cuatro meses por los delitos de corrupción al sufragante, concierto para delinquir y porte o tenencia ilegal de armas de fuego de defensa personal, se les voló a las autoridades penitenciarias encargadas de custodiarla. Ese día había salido con permiso de la cárcel de mujeres del Buen Pastor, donde pagaba su pena, a una cita odontológica en un centro médico en el norte de Bogotá. Allá no le extrajeron nada, pero sí la ayudaron para que se volara por la ventana del tercer piso del consultorio. Ató la cuerda roja al escritorio y por ahí bajó a la calle.

De lo que pasó después nos enteramos este año por la entrevista que le dio a la revista *Cambio* y por la columna que publicó María Jimena Duzán en el mismo medio. Cabe anotar que es la versión de una fugitiva y que lo que dice necesita ser comprobado por las autoridades pertinentes. Merlano contó que se rompió el tobillo por la caída, pero no sintió dolor en ese momento; anduvo en la moto media hora, luego le dieron un casco y una bicicleta, y siguió con otra persona por una ciclovía otra media hora hasta que llegaron a una casa. El dueño, de acuerdo con su relato, la violó la noche siguiente y la golpeó con un arma en la cabeza por resistirse. Después de esto cambiaron a su cuidador y el nuevo le reveló que iban a matarla. Con su ayuda escapó otra vez, viajó a Valledupar y de ahí cruzó a Venezuela. Las autoridades de ese país la capturaron en Maracaibo en enero.

Allá está detenida, a la espera de su extradición a Colombia. Pero, mientras llega, decidió colaborar con la justicia y rendir testimonio contra Arturo y Álex Char, los hermanos que, según ella, organizaron su escape y querían asesinarla. Arturo es senador y Álex fue alcalde de Barranquilla y es candidato presidencial por Equipo por Colombia. Ellos son los herederos del clan Char, un grupo con un poderoso músculo económico y político, liderado por su padre Fuad, que desde la capital del Atlántico ha extendido sus tentáculos por toda la costa y ahora va por el país entero.

Aida le dijo a la revista *Cambio*:

> Me dijeron que me iban a ayudar, que no querían problemas. Que lo único que buscaban era que yo guardara silencio y me fuera mientras me solucionaban los líos jurídicos en Colombia. Prometieron veinte mil cosas y pensé que cuando me declararan

> inocente podía volver y no pasaba nada. Eso fue lo que creí. Pero no entendí nunca que lo que realmente querían era sacarme para posteriormente asesinarme.

Palabras mayores, porque en este novelón hay de todo como en botica: compra de votos, financiación ilegal de campañas, ambición ilimitada, amores prohibidos y luchas por el poder al mejor estilo de los Borgia. Y Aida Merlano está en el centro de esta historia. Ella nació en un barrio popular de Barranquilla y desde muy joven se vinculó al grupo político del senador conservador Roberto Gerlein, que era uno de los mandamases de esa ciudad. En el proceso se volvió amante, tal y como ella lo ha revelado, del hermano y financista del congresista, Julio Gerlein. De la mano de estos prohombres aprendió todas las mañas y triquiñuelas de la política e hizo parte de la maquinaria para que sus candidatos locales ganaran elecciones a punta de votos comprados. Le fue tan bien en esta tarea que sus protectores la lanzaron como candidata a la Asamblea Departamental del Atlántico en 2012. Sobra decir que ganó y con una votación copiosa, casi cuarenta mil votos, la más alta que se había registrado hasta entonces para esa corporación.

El que prueba las mieles del poder siempre quiere más, y ella no fue la excepción a esta regla. Así que, para las elecciones de 2014, la postularon a la Cámara de Representantes como fórmula del senador Roberto Gerlein. Ganaron, por supuesto. Merlano pasó sin pena ni gloria por el Congreso, pero para las elecciones de 2018 se le abrió la agalla y pidió ocupar la curul que iba a dejar aquel. A la familia de este no le sonó la idea, salvo a Julio Gerlein, quien se empeñó en apoyarla. En este momento, según lo que ha contado ella en la Corte Suprema y los medios, se organizó un tejemaneje con los Char para que ellos la apoyaran, por debajo de cuerda, a cambio de que Merlano pusiera en acción su maquinaria electoral para favorecer a una candidata de su cuerda, de Cambio Radical.

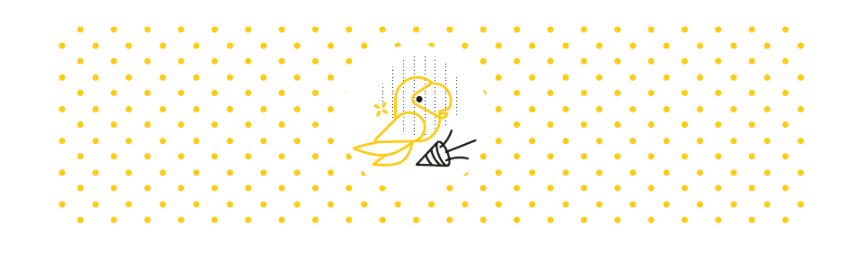
Ese tinglado de «yo te apoyo, tú me apoyas, todos nos apoyamos y ganamos» tenía un palo amoroso atravesado en la rueda. Merlano cuenta que, en ese momento, ya había dejado a Julio Gerlein y era amante de Álex Char. No se sabe exactamente qué pasó con este idilio, pero una vez más queda claro que placer y negocios no van de la mano. Ella dijo en las entrevistas que se

alejó de Álex porque Fuad Char, el gran cacique del clan, no la veía con buenos ojos. Y no es bueno estar en la mira de alguien tan poderoso. En marzo de 2018, una denuncia anónima llevó a que la Policía allanara la Casa Blanca, como denominaban a la sede de campaña de la representante.

En la entrevista con *Cambio*, ella dijo que detrás de eso estuvieron los Char:

> Quiero que sean investigados y judicializados pero, sobre todo, quiero que paguen por el daño que me hicieron. Es que a mí me pusieron una trampa en la sede política, me plantaron armas, certificados electorales y municiones para hacer ver que yo era líder de una organización criminal y tenerme presa quince años. Ellos son una mafia peor que el clan del Golfo y que la guerrilla porque tienen el poder económico, el poder político y el cerebro maquiavélico. Tienen el cerebro de Pablo Escobar multiplicado por diez.

Este culebrón apenas inicia y Merlano asegura que tiene pruebas de todo lo que ha dicho. Su abogado presentó un audio en el que Julio Gerlein, su protector durante años, le comenta que él puso, solito, doce mil millones de pesos para su campaña al Senado. Ella no le cree y dice que, si fue así, no sabe adónde se fue esa plata. Una auténtica danza de votos, millones de pesos y corrupción para garantizar que los mismos carteles politiqueros de toda la vida, reciclados de mil maneras, sigan con las mismas y que nada cambie en el tablero político de este bizarro país del Sagrado Corazón.



LEYES DISPARATADAS PARA DAR Y CONVIDAR

Esta es una historia kafkiana: la de la aparición y multiplicación de leyes a lo largo de la historia colombiana. Un fenómeno de tal magnitud que fue necesario organizar un proyecto de depuración normativa para identificar las que debían eliminarse porque, como dijo un experto, constituían una auténtica contaminación legislativa. El Ministerio de Justicia y la Sala de Consulta y Servicio Civil del Consejo de Estado estuvieron al frente de esta tarea y encontraron que, entre 1864 y 2014, es decir, en ciento cincuenta años, se habían expedido más de quince mil normas de rango legal. Una primera revisión dio como resultado que poco más de doce mil eran susceptibles de depuración. El año pasado este proceso finalizó con una ley, no podía ser de otra manera, la 2085, que depuró, quitó vigencia y derogó varias de las normas existentes. Desaparecieron más de diez mil. Estas son algunas de las más extravagantes y disparatadas que quedarán para el anecdotario y el recuerdo.

La Ley 66 de 1874 la expidió el Congreso de los Estados Unidos de Colombia, cuando éramos un Estado federal gobernado

por liberales —la época del denominado Olimpo Radical—, bajo el título «Sobre reducción y civilización de indígenas». *Reducción* no significaba reducir su número, sino una alusión a los lugares en los que los concentraban para evangelizarlos y aculturizarlos. Es curioso que, siendo los Gobiernos de la época profundamente anticlericales, en esta ley establecieron que toda reducción debía contar con misioneros que garantizaran los objetivos de la misma, que, entre otras cosas, prohibía también que se les vendiera licor a los indígenas.

Trece años después, en 1887, cuando ya los conservadores se habían hecho con el poder, se expidió la Ley 62, que tenía por objeto varias prohibiciones relacionadas con el sistema férreo. El artículo cuarto decía lo siguiente: «Prohíbase la importación de chinos para cualesquiera trabajos en el territorio colombiano, sin perjuicio de lo que se haya estipulado con determinadas compañías antes de la expedición de la presente ley». Una prohibición racista y xenofóbica que probablemente estaba relacionada con los trabajadores chinos que habían construido el Ferrocarril de Panamá, que en ese momento todavía hacía parte de Colombia, y el miedo que se les tenían como supuestos transmisores de la lepra. Si no les hubieran prohibido venir, tal vez hoy tendríamos barrios chinos en las ciudades y una versión criolla de su comida, como la famosa gastronomía chifa, creada por los chinos que llegaron en el siglo XIX al Perú, donde les abrieron las puertas.

Y ese mismo año, mientras les cerraban las puertas a los chinos, se las abrían a las abejas. Soy alérgico a las picaduras de estos insectos, algo que descubrí después de haberme cubierto el cuerpo con todas las abejas de una colmena. Una sola me picó y fue suficiente para provocarme un choque anafiláctico. Por eso me causa curiosidad este artículo, el 696, del Código Civil:

> Las abejas que huyen de la colmena y posan en árbol que no sea del dueño de esta, vuelven a su libertad natural, y cualquiera puede apoderarse de ellas y de los panales fabricados por ellas, con tal que no lo haga sin permiso del dueño en tierras ajenas, cercadas o cultivadas, o contra la prohibición del mismo en las otras; pero al dueño de la colmena no podrá prohibirse que persiga a las abejas fugitivas en tierras que no estén cercadas ni cultivadas.

Mejor dicho: deje así o dejen tranquilas a las abejas, que tanto

provecho le hacen a la naturaleza y que, si desaparecen, pueden provocar un colapso inimaginable.

En febrero de 1905, durante la presidencia de Rafael Reyes, se expidió un decreto sobre régimen político y municipal que, en su artículo segundo, decía: «Todos los empleados al servicio de la República tendrán en lo sucesivo el tratamiento de *usted*. Comuníquese y publíquese». No sé cuál sería el protocolo o la formalidad que existía antes para llamar a estos funcionarios. Dos meses después, algún funcionario diligente procedió a hacer una pequeña salvedad a este artículo, no sabemos si en un ejercicio de lambonería, y en la Ley 8, en el artículo cuarto, quedó consignado: «Exceptúese de lo dispuesto en el segundo artículo del Decreto 33 de 1905 al presidente de la República, a quien se llamará oficialmente *excelentísimo* y *excelencia*, según el caso». En buena hora lo derogaron porque, a unos que son malísimos, ¿cómo podríamos decirles *excelentísimos*?

Otra de las obsesiones públicas que se ve reflejada en estas leyes es la lucha contra el consumo de licor. En la Ley 85 de 1916, que se refería a las elecciones, en el parágrafo del artículo cuarto dice que una de las razones por las que se perdía el ejercicio de la ciudadanía era la «beodez habitual». Es evidente que en esa época no se tenía claro el tema del libre desarrollo de la personalidad. Siete años después se expidió una ley sobre lucha antialcohólica, que en su artículo decimosexto prohibía venderles licor a «los ebrios, a las personas que habitualmente abusan del alcohol y a las personas que notoriamente se afecten del cerebro con su uso». La intención era loable, pero absurda, pues implicaba que los comerciantes no les vendieran a sus mejores compradores. Por ahí no era la cosa.

Y el que hizo ferias y fiestas con las leyes fue mi paisano, el general Gustavo Rojas Pinilla, durante su presidencia. En el Decreto 124 de 1954, con el que buscaba regularizar el ejercicio de la odontología y la farmacéutica ante la escasez de profesionales, incluyó algunos artículos curiosos. El vigesimotercero decía:

> Las personas que por medio de las llamadas ciencias ocultas se dediquen a tratar enfermedades, trastornos mentales o nerviosos o de otro orden serán consideradas, para los efectos de este Decreto, y los marcados con los números 279 y 920 de 1953, como infractores

> a las normas que regulan el ejercicio de la medicina.

El artículo vigesimocuarto iba en la misma línea: «El que con fines de lucro interprete sueños, haga pronósticos o adivinaciones, o por cualquier otro medio semejante abuse de la credibilidad ajena, será sancionado».

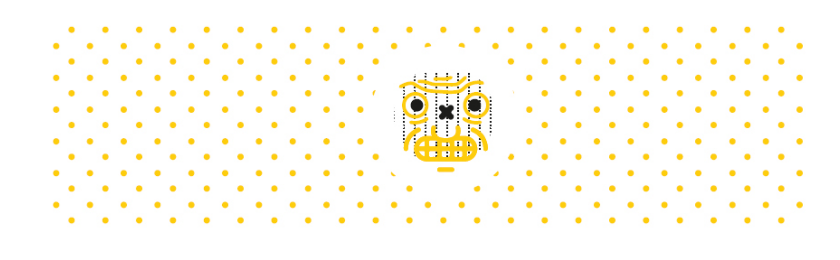
El 11 de marzo de 1955, Rojas Pinilla expidió dos decretos, uno curioso y el otro espantoso porque constituía una clara censura. El 623 sancionaba con cárcel, de uno a tres años, a la persona que «en declaración o informe, rendido bajo juramento ante los jueces eclesiásticos, o los párrocos, o quienes hagan sus veces, afirme una falsedad; niegue o calle, en todo o en parte, lo que es verdad». No sé cuál sería la razón o la coyuntura por la que se expidió este decreto, pero era raro que se penalizara mentir a un sacerdote.

El Decreto 609 fue expedido el mismo día, y las medidas que incluía tenían como propósito defender «la salud moral y mental de los niños colombianos». ¿Defenderlas de qué? De las «revistas infantiles, cuentos en serie, historietas cómicas y folletines ilustrados» que circulaban en el país que, en opinión del presidente Rojas Pinilla, «presentan serios peligros para el sano desarrollo de los niños y adolescentes, en lo que se refiere a los aspectos morales, emotivos y estéticos». En consecuencia, se prohibía la importación y venta de ninguna revista de material infantil. Esta prohibición apuntaba de manera directa contra los cómics y estaba relacionada con lo que había ocurrido en Estados Unidos un año antes. Allá se había publicado el libro *La seducción de la inocencia*, en el que su autor, el psiquiatra Fredric Wertham, intentó demostrar que existía una relación entre la lectura de historietas y la delincuencia juvenil.

El Decreto 609 apuntaba con claridad en esta misma línea, pues prohibía:

> Aquellas historietas de índole morbosa capaces de dañar al lector infantil por sus ejemplos de crueldad mental, de sevicia o de violencia aparatosa. Quedan también fuera de circulación todas aquellas publicaciones para niños que tiendan a distanciar de la realidad la mentalidad infantil, sin enriquecer sólidamente su imaginación.

¿Cómo se podía determinar esto último? Con una junta encargada de calificarlo, que no era más que un comité encargado de censurar contenidos. Bien idas todas estas leyes absurdas y muchas otras que fueron depuradas para controlar esa contaminación legislativa.



UNA MANADA DE ELEFANTES BLANCOS

En la India, Birmania y Tailandia los elefantes blancos son muy raros, por eso se consideran sagrados y son símbolos de buena suerte y prosperidad. Pero, según cuenta la tradición, cuando un soberano —ellos eran los únicos que podían tenerlos— quería malograr a alguna persona, le regalaba uno de estos animales. Y ese regalo envenenado era su perdición, porque su mantenimiento y cuidado —que era superespecializado, porque una bestia sagrada no podía ser alimentada con cualquier fruta— le terminaba costando literalmente su poca o mediana fortuna. En Occidente, el término se usa para designar obras exageradamente costosas que se quedan a medio camino o son terminadas pero no utilizadas. Son auténticos derroches de recursos públicos. Un desangre del erario.

En Colombia este tipo de elefantes blancos abunda, constituye una manada multitudinaria y vergonzosa que campea a sus anchas. Me refiero a todas esas obras repartidas por todo el país en las que se invirtieron presupuestos millonarios y quedaron a medio hacer o que, si se terminaron, están abandonadas por

motivos varios, o que se hicieron y no eran necesarias. Eran tantas, y algunas estaban durmiendo el sueño de los justos y acumulando olvido, que hace unos años la Contraloría General de la Nación decidió hacer un *Diagnóstico nacional de proyectos críticos, obras inconclusas y elefantes blancos*. La entidad encontró 1771 obras de este tipo, toda una manada que, en conjunto, tenía un valor cercano a veinticinco billones de pesos. Eso es mucha plata, más de lo que quería conseguir el Gobierno Duque con su dichosa reforma tributaria. La mayoría de estos casos, de acuerdo con la Contraloría, obedecía a la corrupción —políticos y funcionarios corruptos amangualados con contratistas de la misma calaña para enriquecerse con dineros públicos— y un porcentaje pequeño, a la mala gestión de los funcionarios encargados.

El contralor delegado para la Participación Ciudadana, Luis Carlos Pineda Téllez, precisó en su momento, para que todos lo tuvieran claro:

> Estamos hablando de obras de infraestructura desarrolladas con recursos públicos, conocidas como elefantes blancos pues sus gastos superan los beneficios, algunas de ellas quedaron abandonadas, con o sin terminar, o en algunos casos nunca fueron utilizadas para lo que fueron proyectadas. Son obras inconclusas que no se han podido poner en funcionamiento y proyectos críticos que se están ejecutando, pero que presentan dificultades reflejadas en prórrogas, suspensiones y adiciones.

Esta manada de elefantes blancos redujo su número, pero aún sigue siendo grande y fuerte. Según el Registro Nacional de Obras Inconclusas, creado por una ley, todavía hay 1093 proyectos de este tipo en Colombia, en los que están comprometidos recursos por 6,5 billones de pesos destinados a construir vías, acueductos, alcantarillados, sedes de entidades y viviendas, todo lo que garantiza que los colombianos tengan condiciones de vida digna. Los departamentos con mayor volumen de dinero en juego son La Guajira, Meta, Cundinamarca y Valle del Cauca. Lo de La Guajira es infame, porque es uno de los departamentos más pobres y desiguales del país, de acuerdo con las mediciones estatales, y sufre una hambruna, como denuncié desde 2014, que mata a niños y niñas por montones.

El registro es una buena herramienta para ver en qué estado

se encuentran los proyectos, pero lo que necesitamos es acabar de una vez por todas con las prácticas que permiten que pasen este tipo de cosas. Un experto, Juan Martín Caicedo, presidente de la Cámara Colombiana de la Infraestructura, lo expresó de manera clara:

> La idea del mencionado registro, aparentemente loable, no soluciona el problema de los elefantes blancos de raíz. De ahí entonces la necesidad de que las entidades contratantes hagan una buena planeación de las obras, que los políticos antepongan los intereses colectivos sobre sus agendas particulares y que los órganos de control sigan aguzando sus sentidos para combatir eficazmente la corrupción.

Mientras esto no suceda, los elefantes blancos seguirán campantes, alimentados y cuidados por políticos desfachatados y manirrotos con la plata de los colombianos.



EL PAPA COLOMBIANO

El 13 de marzo de 2013, el argentino Jorge Mario Bergoglio se convirtió en el primer cardenal de origen latinoamericano en ser designado papa por la Iglesia católica. O al menos ese fue el anuncio que se hizo desde Roma sin saber, seguramente, que setenta y cuatro años antes un colombiano oriundo del municipio de Barbosa, en Antioquia, se había autoproclamado máximo jerarca luego de escuchar por radio la noticia de la muerte del papa Pío XI. En 1939, abatido por el fallecimiento del pontífice, y convencido de que el propio Dios lo había escogido para ocupar tan alto ministerio, el dentista Antonio José Hurtado Hernández viajó a Medellín para despachar al Vaticano un telegrama donde le pedía a la Iglesia considerar su nombre dentro de la baraja de candidatos a sumo pontífice: «Eminentísimo cardenal camarlengo. Su santidad Pío XI ha muerto. Mi corazón, que lo amaba más que todos, está de luto. Sacro colegio de cardenales: ¿buscáis a vuestro futuro vicario? ¡Yo soy! Antonio Hurtado».

Aunque su carta se quedó sin respuesta, decidió que nada iba a arrebatarle un puesto para el cual estaba destinado. Se hizo llamar Pedro II —sin importarle demasiado que, en sus profecías, san Malaquías hubiera anunciado el fin del mundo el día que un papa escogiera ese nombre—, y durante los siguientes dieciséis

años se dedicó a oficiar como sumo pontífice desde Barbosa. Le tuvo sin cuidado que, apenas unas semanas más tarde, la Iglesia anunciara el nombramiento de un nuevo papa llamado Eugenio Pacelli —o Pío XII—, y despachó el asunto con una frase que le soltó a un periodista interesado en su historia: «Él manda en Roma y yo aquí, así como en Italia manda Mussolini y en Colombia, el Partido Liberal».

Metido ya de lleno en su nuevo papel, Barbosa no solo mandó bordarse dos pomposos trajes papales, sino que compró un anillo con una piedra preciosa y construyó, en la sede donde funcionaba su consultorio de dentista, lo que él mismo llamó «el Vaticano II»: una capilla donde oficiaba sus misas, una sala atiborrada con las fotos de todos los papas que lo antecedieron y una silla giratoria que cumplía una función doble: recibir a los pacientes para sacarles las muelas o implantarles dientes de oro y servir como trono papal. Adquirió también un lote contiguo a su consultorio, en el que construyó un lago artificial que llenó de animales y una especie de guardería para enseñarles inglés a los niños del pueblo. No era un capricho cualquiera: para Hurtado —perdón, para Pedro II—, el inglés era «el idioma del futuro», y por eso obligaba a sus ayudantes a que lo despertaran todos los días a las 6:30 de la mañana saludándolo con un «good morning».

Sus excentricidades causaron tanto revuelo que, pocos meses después de convertirse en papa y presionado por el alcalde, Enrique Bedoya, y el cura párroco, Jesús Antonio Arias, Pedro II entró a una clínica psiquiátrica para que un médico determinara si estaba loco. Luego de revisarlo, el doctor anunció que sufría de «delirio místico», que podría ser similar al síndrome de Jerusalén que afecta a algunos de los que visitan Tierra Santa, pero advirtió que eso no era suficiente para encerrarlo en un manicomio. Hurtado regresó pronto a sus misas y a sus procesiones, respondiéndoles a quienes lo tildaban de loco de la misma manera que en su momento hizo el mismísimo Jesucristo, «perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen», advirtiéndoles una vez más a sus seguidores: «Yo soy el papa, yo soy Dios».

Antonio José Hernández nació en Barbosa en 1893. Desde muy pequeño sintió el llamado de la vocación religiosa y, por eso, comenzó a prepararse para ser cura en el seminario de Santa Rosa de Osos. La muerte de su padre, sin embargo, lo obligó a retirarse

y a ganarse la vida desempeñando diferentes oficios: fue ebanista, fotógrafo en los trenes, veterinario, joyero, periodista y modisto, antes de darse cuenta de que arreglando los dientes podía ganar una fortuna. De forma autodidacta aprendió el oficio, sumergiéndose durante meses en libros de medicina, y logró hacer dinero sacando muelas con altas dosis de dolor.

Tenía 45 años cuando se enteró de la muerte de Pío XI. Dos años antes había sentido, como una premonición, el llamado del Señor. La noche del primero de enero de 1937 escuchó una voz en su habitación que le dijo claramente: «Tú serás Pedro II». Y así empezó su papado. Con el dinero ganado logró contratar a cerca de veinte personas que lo ayudaban (y a quienes advertía que todo aquel que se dirigiera a él debía llamarlo *papa*), y poco a poco fue ganando adeptos. Se inventó un periódico que él mismo escribía y repartía entre sus feligreses, *El Emmanuel*, en el que dejó plasmadas sus ideas. Entre ellas figuraban, por ejemplo, aumentar el número de los mandamientos a dieciséis.

En Semana Santa se vestía con sus trajes de papa y, desafiando la autoridad de la Iglesia, desfilaba por las calles de Barbosa seguido por un cúmulo de sus fieles. La situación pronto desató la cólera de la Iglesia colombiana (no la de Roma, que seguía sin saber que el papa oficiaba en un alejado municipio antioqueño). Y, unos meses después de comenzar su pontificado, el padre Arias lo excomulgó, al darse cuenta de que los niños de Barbosa gritaban emocionados que el papa era antioqueño y se llamaba Antonio Hurtado. Nada de eso amilanó a Pedro II, quien, a pesar del veto, siguió dándoles comida a los pobres, metiendo animales abandonados en su lote y regalándoles sobres con plata a los más necesitados. Unos años más tarde, en 1944, el padre Arias volvió a excomulgarlo cuando, un Domingo de Ramos, la procesión que lideraba se encontró de frente con la que había organizado Hurtado y que era seguida por una multitud de fieles.

Cuando el padre Arias abandonó al fin Barbosa, Hurtado hizo las paces con la Iglesia y hasta empezó a ir a misa a comulgar con el beneplácito del nuevo cura. Pero no renunció jamás a su investidura de papa y siguió recibiendo a los numerosos fieles que llegaban en romería desde los municipios antioqueños en los que empezó a crecer su fama. Tanta curiosidad despertó que incluso personajes célebres, como la actriz y cantante argentina Libertad Lamarque y el mismísimo presidente Alfonso López Pumarejo,

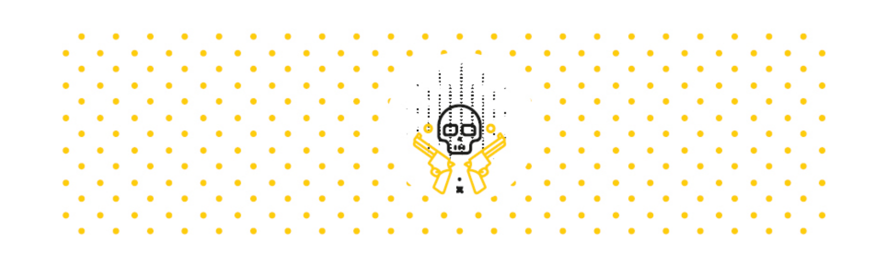
llegaron a conocerlo.

Como su intención fue siempre ayudar al prójimo, en algún momento de su vida se dedicó a leer sobre botánica y medicina, convencido de que podría encontrar la cura para el cáncer que sufría su madre, Luisa Hernández. Días y meses se la pasó probando sus propios menjurjes, a los que cambiaba los ingredientes que salían en los textos por otros que resultaban más fáciles de conseguir en el pueblo. Nadie sabe a ciencia cierta si funcionaron o no, pero él mismo escribía en su *Emmanuel* que curaba a los enfermos de cáncer y hacía caminar a los minusválidos.

A comienzos de los años cincuenta, empezó a anunciar su propia muerte y se dedicó a planearla con esmero. Un carpintero amigo le fabricó un ataúd de pino que le llevó a su casa. En las tardes, se iba al cementerio con sus empleadas para preparar su tumba. Dictó a uno de sus fieles su testamento, donde dejó escrito que cedía la cura contra el cáncer al Instituto Louis Pasteur, en Francia.

Y llegó el día. El 14 de mayo de 1955, a los 63 años, el primer papa latinoamericano no reconocido por la Iglesia católica falleció en Barbosa aquejado de diabetes. Eran las cinco de la tarde. Su cuerpo fue depositado en el ataúd de pino que le habían obsequiado y cargado por una multitud a lo largo de las calles de Barbosa, antes de enterrarlo en una fosa custodiada por un ángel negro. Luego de su muerte, sus fieles encontraron en el Vaticano II una bolsa llena con billetes de lotería que había comprado a lo largo de los años con la esperanza de repartir esa plata entre los pobres si algún día llegaba a ganarla. En su pueblo natal sigue siendo un ícono y en la página web del municipio se destaca un amplio reportaje con toda su historia al dedillo.

Faltaban todavía muchos años para que, luego de la renuncia del papa Benedicto XVI, Bergoglio se convirtiera en pontífice bajo el nombre de Francisco. Y para que la Iglesia proclamara que llegaba por primera vez al cargo un latinoamericano. Aunque, en realidad, un colombiano ya había ocupado ese puesto, así fuera solo en su imaginación.



EL BRONX: UNA PARCELA DEL INFIERNO EN BOGOTÁ

En Bogotá existió un sector llamado el Bronx: una intersección de calle con carrera, una L, una olla fuera del control distrital y estatal, sobre la que se contaron miles de historias y leyendas que parecían sacadas de una imaginación sádica y enferma. En 2016, luego de una intervención de las autoridades para erradicar la delincuencia de este lugar, quedó en evidencia que los relatos de terror más tenebrosos creados por la literatura se quedaban cortos frente a lo que pasó durante años en esas cuatro cuadras, vecinas de la Policía Metropolitana y el Comando de Reclutamiento y Control de Reservas.

El Bronx surgió tras la desaparición de su antecesor: el Cartucho. En los años ochenta del siglo pasado, el antiguo barrio de Santa Inés —que iba desde la calle Sexta hasta la calle Doce, entre las carreras Décima y Catorce, y había sido colonizado por recicladores y cartoneros de tiempo atrás— fue conquistado de

manera gradual por los narcotraficantes. Estos se adueñaron de la zona y la convirtieron en una república independiente delincuencial, en la que se podía consumir y vender drogas o realizar cualquier tipo de actividad ilegal, como el tráfico de armas y personas, la contratación de sicarios y la receptación de objetos robados.

El Cartucho era una de las calles. Pero se convirtió en la denominación de toda el área, en un sinónimo de miedo y en el epicentro de la actividad delincuencial de la capital hasta la década de los noventa, a tan solo unas cuadras de la plaza de Bolívar, el corazón del poder, donde se encuentra la Alcaldía, el Congreso y el Palacio de Nariño. En 1998, el alcalde Enrique Peñalosa intervino esa área de la capital. «En poco tiempo dejaron de existir diecisiete manzanas con 603 casas-refugio, en las que había todo tipo de males físicos y del alma; el centro comercial de venta y consumo de drogas más grande del mundo», según un informe distrital. Los habitantes fueron desalojados y ahí se creó el Parque Metropolitano Tercer Milenio, que fue inaugurado en 2004.

La falta de una política sobre la reubicación de esa población hizo que el problema de criminalidad no se resolviera, solo que se mudara y concentrara en otro lugar, pocas cuadras más al oeste, debajo de la avenida Caracas, en una intersección de calle con carrera, una L en el barrio Voto Nacional, entre las calles Novena y Décima. Allí se instaló y afianzó durante casi dos décadas el Bronx, una olla que estuvo todo este tiempo fuera del control de las autoridades y de la que no es una exageración decir que fue una parcela del infierno en la Tierra.

En el año 2016, agentes de la policía se infiltraron en el Bronx, plantaron micrófonos y cámaras en diferentes puntos, y así fue como conocieron de primera mano los reportes de lo que allí ocurría: tráfico de armas y de estupefacientes, compraventa de objetos robados, sicariato, secuestro, tráfico sexual de menores, grabación y distribución de pornografía infantil, torturas, entre otras cosas. Todo era controlado y operado por una bandas llamadas *ganchos* que, para controlar y vigilar la zona, tenían a su servicio a un grupo armado llamado los *sayayines*, cuyos miembros portaban fusiles, metralletas, granadas y revólveres.

Las bandas tuvieron tiempo de sobra para consolidar lo que el alcalde Peñalosa denominó «la república independiente del

crimen», una zona que en todas las estadísticas aparecía como la de mayor índice de criminalidad de Bogotá. Gancho Mosco era la banda más fuerte y se convirtió en la protagonista del microtráfico, la venta de armas, el proxenetismo, la trata de personas, los hurtos, las torturas y los asesinatos. Tuvo más de una década para consolidarse como una verdadera organización que tenía en su nómina jíbaros, sicarios, prostitutas, niños, habitantes de calle y hasta contadores encargados de todas las finanzas. Miles de personas fueron víctimas de su terror. El alcalde Peñalosa ordenó acabar con esto de una vez por todas.

La operación Bronx había sido planeada para el Día de la Madre de 2016, pero el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) no estaba listo para acoger a los menores que sabían que iban a encontrar. Una semana después, una filtración frenó un nuevo avance para tomarse el área. Finalmente, el 28 de mayo, en la madrugada, más de tres mil efectivos de la Policía, el Ejército y la Fiscalía asaltaron la zona acompañados por doscientos funcionarios del ICBF. Antes del operativo, un obispo castrense les leyó el salmo 91, que comienza así: «El que habita al abrigo del Altísimo / se acoge a la sombra del Todopoderoso».

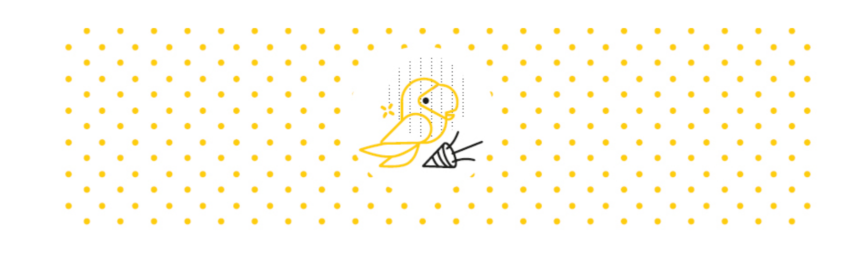
Durante casi tres días de operativo, rescataron a más de ciento cuarenta menores, muchos de los cuales se encontraban esclavizados sexualmente, y a casi seiscientos habitantes de calle farmacodependientes, a quienes les habían instrumentalizado su adicción; incautaron armas y drogas; capturaron a varios miembros de los ganchos, algunos de ellos involucrados en el secuestro y tortura de dos agentes del Cuerpo Técnico de Investigación (CTI) de la Fiscalía en 2015. Los horrores que encontraron, y que comunicaron en los días siguientes, confirmaron sus peores temores. A través de la radio, los periódicos y la televisión, el público en general se escandalizó con los detalles que se relevaban: la manera en que se comercializaba diariamente la droga a una población flotante de unas tres mil personas; la opresión que ejercían los *sayayines* sobre los consumidores; la violencia sexual a niñas y niños que tenían esclavizados; espacios repletos de huesos que después explicaron que eran de animales.

Los testimonios que se escucharon entonces fueron espeluznantes. Un hombre dijo que los agentes del CTI habían sido secuestrados por unos payasos, como si estuvieran en una

escena de la película de terror *It*. Entre las paredes de algunos de los setenta y dos edificios de la zona, había cadáveres. Emparedar testigos y traidores parece que era una práctica común. Varias personas, hombres y mujeres de todas las edades, contaron que existían «casas de pique», espacios creados por las mentes perversas de narcos y paras para descuartizar cuerpos y así deshacerse con más facilidad de ellos. Los organismos de investigación lo confirmaron en menos de una semana.

Otros revelaron que los guardias criaban perros y los alimentaban con restos de los que consideraban soplones o de quienes habían cometido alguna falta. En algunos casos, aseguraron, los mantenían hambrientos y les lanzaban personas vivas para que las despedazaran. Y el mito más grande, que nunca se pudo confirmar, tenía que ver con la historia de Pepe. Los sobrevivientes del Bronx contaban que era un cocodrilo que llegó pequeño y, alimentado a punta de víctimas, creció hasta alcanzar los dos metros de largo. Era usado para intimidar, torturar y matar. De lo que sí dieron fe las autoridades fue de una treintena de mascotas, que fueron rescatadas en avanzado grado de desnutrición y con graves afecciones en la piel y los ojos.

Han pasado varios años desde el operativo. En Colombia los hechos horribles de ayer son reemplazados por los de hoy, cada uno más aterrador que el anterior, así que olvidamos el ayer y esperamos con espanto el mañana. Las casas y edificios del Bronx fueron demolidos y en su lugar se establecerá el primer Distrito Creativo y Cultural de la capital. Ahí se construirá un museo para que los horrores del pasado, de los que apenas conocimos la parte que sobresale como un iceberg, nunca se repitan y nadie vuelva a padecer esa inhumanidad.



LA NIÑA QUE SE LLENÓ LA BARRIGA DE TRAPOS

Hace casi veinticinco años esta historia causó sensación y emoción, primero, y luego escándalo, indignación y burla. Nació como un chisme en Nueva Colombia, un barrio humilde de Barranquilla, que prendió una chispa que se regó como pólvora, y el revuelo que causó provocó un incendio mediático que dejó en cenizas la vida de una niña que todavía no cumplía los 16 años. En su momento, y aún hoy, muchos la culparon por mentirle al país, aunque el propio Gabriel García Márquez alabó su capacidad para inventar y la invitó a contar su historia en un taller de crónicas. Pero nadie quiso ver más allá de la ropa escondida en un delantal de plástico con bolsillos, con la que gestó una historia digna de la fantasía más afilada, por la que la bautizaron como *Barriga de Trapo*.

Liliana Cáceres conoció y se enamoró, como la adolescente que era, de Alejandro Ferrans Altahona. Él, según contó hace poco en el programa de televisión *La Red*, fue «muy chévere» con ella. «Yo en ese entonces estaba en mi adolescencia, próxima a cumplir 16 años. Me ayudaba, me daba dinero para que yo

comiera, para que yo tuviera con qué ir a la escuela, para que no pasara tantas necesidades. Él era muy lindo», agregó. Fue especial y detallista, pero la relación no duró mucho tiempo. Recibió un duro golpe cuando la joven se enteró de que él la engañaba con alguien que conocía: Lorena, su mejor amiga. Liliana, en su desespero, se ingenió algo para retenerlo a su lado, pero no midió las consecuencias que tendría la estrategia.

En el diario *El Heraldo*, de Barranquilla, en una nota que le hicieron a propósito de los veinte años de la mentira que la lanzó a la fama, Liliana contó:

> Le dije que estaba embarazada porque supe que Lorena había quedado «en estado». Al comienzo tomaba mucha agua y jugos para que se me inflara la barriga, y con los meses empecé a llenar poco a poco un vestido de baño enterizo de color negro con mi ropa para que pareciera que me crecía el vientre de embarazo.

Lo que comenzó como un juego sacado del guion de varias telenovelas del mediodía se convirtió en una de las historias más absurdas en llegar a la primera plana de los periódicos nacionales. La inocencia de esa adolescente y su necesidad de atención jugaron en su contra. Liliana había abandonado su casa materna siendo una niña, antes de cumplir los doce años, para que su mamá tuviera una boca menos que alimentar. Se fue a trabajar como empleada doméstica y, mientras estaba en eso, pero con las ganas intactas de volver a estudiar para tener un mejor futuro, conoció a Alejandro. Perderlo a él por el engaño con su mejor amiga, más que un simple despecho, implicaba también el fin de la precaria estabilidad que había conseguido y que para ella representaba todo.

Cuando le contó a su novio que estaba embarazada, él no quiso asumir su responsabilidad. Quien la ayudó fue la madre de Alejandro, Georgina Altahona. Ella le dio techo, comida y dinero para las supuestas medicinas que le habían recetado los médicos para la gestación de lo que desde el principio se anunció como un embarazo de alto riesgo.

Lo que al comienzo parecía un engaño pequeño, casi una mentira piadosa ante la posibilidad de volver al total desamparo, se salió de control. Como los ataques de náuseas ya no eran suficientes para certificar su embarazo, Liliana tuvo que empezar

a crecer su barriga de manera artificial rellenando un vestido de baño que se ponía debajo de la ropa. Como Alejandro no vivía con ella y no tenían relaciones, esa fue la excusa perfecta para seguir con la farsa. Pero su inocencia, la falta de información sobre el embarazo y, también, la ausencia de un espejo en la casa de su suegra llevaron a que Liliana terminara metiendo cada vez más ropa en el vestido de baño y luego en el delantal que se confeccionó para sostener los trapos, al punto de fabricar una barriga de proporciones épicas e inexplicables.

Ese detalle podría haber encendido las alarmas y que alguien la descubriera, pero justo por esos días una noticia internacional terminó de darle verosimilitud a su mentira. Kenny McCaughey, una mujer de Iowa, Estados Unidos, dio a luz a septillizos. Fue el primer parto múltiple de esa magnitud exitoso de la historia, pues todos los bebés sobrevivieron. Liliana aseguró que un médico le había dicho que tendría sextillizos, pero las habladurías de los vecinos y la emoción de tener en el barrio a la protagonista del próximo parto múltiple elevó de la noche a la mañana el número de bebés a nueve.

Y fue así como la noticia se expandió con rapidez, primero por el barrio, luego por la ciudad y finalmente por todo el país. A nadie se le ocurrió entonces pedir una ecografía que mostrara los nueve cuerpos. Para los medios fue suficiente con tener la foto de la enorme barriga junto al orgulloso padre sonriente Alejandro volvió con Liliana tan rápido como llegaron las cámaras para asegurar que «una embarazada en Barranquilla estaba a punto de parir a un poco de pelaos». Los focos de los reflectores se posaron entonces en el descomunal vientre de la joven y en su novio, de quien elogiaron sus dotes reproductivas, al punto que lo bautizaron como *Machoman*. Hasta en eso el afán les ganó a los periodistas, pues, de haberse dado un embarazo múltiple real, la proeza sería de la mujer, que tendría que haber tenido ovulación múltiple (cosa anormal y excepcional), y por todos es sabido que los espermatozoides, en cambio, siempre son legión.

Liliana contó en *La Red* que, en ese momento, estaba cansada con el peso de la barriga y su idea era irse de Barranquilla. «Pensé: ahora me saco todo ese poco de trapos y me voy, digo que perdí los bebés y ellos verán si me creen o no. Eso fue lo que me imaginé, pero las cosas no salieron así», dijo. Tal vez la emoción que le causó ser el centro de atracción, o el miedo de no

saber cómo desenredar el nudo que había formado, no le permitió desandar los pasos a tiempo. Poner freno. Buscar alternativas. Ante el crecimiento exponencial de la noticia y de la barriga de la madre, la llevaron a la fuerza al Hospital Universitario para hacerle pruebas médicas, una ecografía o una cesárea. Todos los ginecólogos y pediatras de la ciudad querían ver a la paciente, asistir al milagro o ver su nombre en negrilla en la prensa.

La joven, custodiada por un vigilante, fue llevada a una habitación del sexto piso del hospital. Mientras tanto, la ciudad entera se movilizaba para asegurar la educación y la vivienda para los nueve niños que iban a nacer como un milagro. Unos empresarios ofrecieron pagar la educación universitaria de algunos de los bebés, el alcalde de la época se ofreció a darle una vivienda de interés social y los ciudadanos del común consignaron aportes en una cuenta de ahorros que alcanzó a recolectar once millones de pesos.

Cada vez que un médico o una enfermera trataba de auscultarla, Liliana entraba en pánico y comenzaba a gritar. Se negó hasta el cansancio a dejar que cualquier persona la tocara e intentó huir de la clínica varias veces. En su desespero trató incluso de lanzarse por una ventana al vacío. Ya en el sexto piso de la clínica la única opción que vio viable fue el suicidio, pero siempre hubo alguien a su lado para salvarla. Una de estas personas fue el médico general que la recibió en la clínica, quien la agarró de la bata blanca que llevaba puesta, con la que apareció en todas las fotos que le tomó la prensa, y evitó que se lanzara.

Este profesional también tuvo la idea, junto a sus compañeros, de cómo hacer para comprobar lo que sospechó desde el momento mismo en que Liliana llegó al hospital, sin dejarse tocar por nadie y sin permitir que le hicieran una ecografía: que la joven no estaba embarazada. Lo que más le hizo desconfiar fue la agilidad anormal con la que se movía, dado el tamaño de su vientre, cada vez que le llevaban comida. Eso y que pesaba menos de cincuenta kilos pero no presentaba signos de malnutrición, algo imposible si su gravidez fuera real, incluso si solo se tratara de un embarazo sencillo. En un descuido, cuando ella estaba en la camilla, unió fuerzas con sus colegas y entre todos ayudaron a subirle la bata para exponer el delantal plástico.

Mientras sacaban todas las prendas, posiblemente todas las

que Liliana tenía en el clóset, de ese vientre hechizo que cargó durante meses, la niña entró en una crisis de ansiedad que solo pudo ser solucionada con una inyección. Al despertar, su vida pasó de precaria a miserable. La madre de Alejandro la sacó de la casa y su propia familia, que ya le había dado la espalda antes, la desterró por completo por haberles provocado tal vergüenza. Pasó de ser noticia nacional a convertirse en una de las burlas más longevas en la historia de Colombia. Su historia, que rayaba en lo absurdo, logró incluso la atención del nobel de literatura Gabriel García Márquez, quien la invitó a compartirla en un taller de crónicas poco tiempo después. Engañó a todo un país para luego sumirse en la burla por el resto de su vida.

Alejandro volvió con Lorena y con ella tiene dos hijos. Hasta hoy conserva el apodo de *Machoman*. Liliana, por su parte, abandonó Barranquilla, en donde nunca logró emplearse ni recuperar el apoyo de su familia. Desde entonces vive en Cartagena y se dedica a hacer trenzas y a dar masajes en la playa. Ha dado a luz a cuatro hijos y solo en 2019 logró terminar el bachillerato. Siempre ha dicho que su inmadurez e inocencia la llevaron a mentir «por amor». Pero su mentira nació realmente de la desprotección y el hambre, y gracias a ella quedó en los anales de la historia como *Barriga de Trapo*.



EL GUARDIÁN DE CHIRIBIQUETE, NUESTRA IMPENETRABLE CAPILLA SIXTINA

Hasta hace unos pocos años los colombianos no sabíamos que contábamos con nuestra propia Capilla Sixtina, ubicada en la serranía de Chiribiquete, en plena Amazonia colombiana, entre los departamentos de Guaviare y Caquetá. De hecho, ni siquiera sabíamos que teníamos una serranía de Chiribiquete, con sus mesetas o tepuyes que albergan, posiblemente, las más antiguas pinturas rupestres del continente. No lo sabíamos y era una suerte para el bienestar de esta serranía, considerada una de las más biodiversas del planeta. Gracias a ello, pudo permanecer en estado de aislamiento y, por lo tanto, de conservación. Ahora es el parque nacional más grande del país.

El primero en tener contacto con estas majestuosas formaciones rocosas fue Carlos Castaño-Uribe, antropólogo y arqueólogo de la Universidad de los Andes, para entonces director de Parques Nacionales de Colombia, y lo hizo por casualidad. El hallazgo ocurrió luego de que el avión que transportaba al funcionario y a su equipo se desviara voluntariamente de su ruta inicial para huir de una tormenta, que frenaba su avance hacia otro de los parques nacionales de la Amazonia colombiana.

Como todo tesoro, su descubrimiento fue mantenido inicialmente en secreto, pero su existencia terminó por ser de conocimiento público cuando un medio de comunicación británico hizo un amplio reportaje sobre el lugar y las primeras maravillas descubiertas que alberga su geografía. En 1988, Castaño-Uribe, desde la dirección de la entidad que dirigía entonces, lo declaró Parque Nacional Natural y ha dedicado más de tres décadas a protegerlo, en particular del turismo y de la destrucción que conlleva el tránsito de personas ajenas a su estudio y preservación.

De hecho, en buena medida, el combate de Castaño ha tenido —hasta el momento— un final feliz, con el reconocimiento, en 2018, de la serranía de Chiribiquete como Patrimonio Natural y Cultural de la Humanidad, por parte de la Unesco, y la ampliación, durante el Gobierno de Juan Manuel Santos, de su extensión. Hoy es el parque nacional de bosque tropical protegido más grande del mundo, con más de cuatro millones de hectáreas, en las cuales convergen la Amazonia, los Andes y la Orinoquia. Con el fin de facilitar esta extensión, el Gobierno les entregó a los indígenas huitotos 550 mil hectáreas para ampliar sus resguardos, de manera que se pueda frenar el avance de cultivos lícitos e ilícitos en territorios del parque.

A partir de sus pesquisas y las de muchos otros científicos que han visitado el lugar, Castaño-Uribe defiende la tesis de que allí podrían encontrarse rastros de los primeros pobladores del continente, que datan de unos veinte mil años atrás. Tesis que buscaron debatir otros versados en su momento, pero que va tomando forma sobre la base de nuevos hallazgos, a medida que se avanza en las investigaciones. El antropólogo dijo en una entrevista:

> Las fechas tan antiguas que tenemos de arte ritual en ese lugar nos hacen pensar que estos pueblos ancestrales fueron los primeros pobladores de América. Además, que están asociados con una época que es el final del Pleistoceno, es decir, cuando llegaron a nuestro continente los primeros seres humanos. También hay registros en Brasil y Chile, con los cuales se está armando un rompecabezas del cual no teníamos idea hasta ahora. Siempre se pensó que la entrada a América se había hecho por el estrecho de Bering, al norte, pero estos registros indican que tal vez hubo otras rutas por el sur.

Otros expertos consideran la posibilidad de que todavía vivan allí comunidades no contactadas o en aislamiento voluntario, sin olvidar a los temibles carijonas, de quienes se dice que tenían como plato favorito a los huitotos, sus enemigos más acérrimos. Pero, después de haber poblado la región durante siglos, la extinción de los carijonas vino por cuenta de la fiebre cauchera y de las enfermedades transmitidas por los colonos. Curiosamente, las pinturas rupestres han tenido continuidad, con las mismas técnicas y características, incluso durante la segunda mitad del siglo XX.

En carijona, *Chiribiquete* significa ‘cerro donde se dibuja’, por lo que Castaño-Uribe no pudo evitar asimilar este lugar a la capilla decorada por Miguel Ángel en el siglo XVI, debido al carácter colosal de ambas obras, separadas, sin embargo, por más de nueve mil kilómetros de distancia y varios siglos de historia. Pero, a diferencia de la Capilla Sixtina del Vaticano, el nuestro es tal vez el monumento menos visitado e inaccesible de todos los tiempos, cuya obra, según Castaño, solo pudo realizarse mediante enormes andamios o un sistema de arneses, con una ingeniería que está lejos de comprenderse aún, pues sus muros pueden alcanzar hasta ciento cincuenta metros de altura.

Salvo algunos privilegiados —como el príncipe Carlos de Inglaterra o Jeff Bezos, el fundador de Amazon y segundo hombre más rico del mundo—, además de los propios científicos, pocos han tenido la suerte de visitar este paraíso, que para el común de los colombianos y para el público en general tiene acceso restringido. Solo se permite hoy apreciarlo desde el aire, sobrevolando el lugar, algo en franca contradicción con el cuidado ambiental, pero entendible por la noble causa que encierra el propósito de su conservación.

Hasta la fecha se tienen identificados más de setenta y cinco

mil pictogramas, que representan a muchos de los animales que rodeaban a los primeros moradores de la región y varias escenas de su vida cotidiana, además de representaciones sagradas. El tipo de animales pintados sirvió de base a Castaño-Uribe para ubicar la fecha de su elaboración hace un poco más de doce mil años, pues muchas de las especies que allí figuran están extintas. Se trata del mastodonte, la paleolama (un camélido desaparecido, familiar de las vicuñas y las llamas) y el caballo prehistórico, que habitaba esta región del mundo antes de su desaparición y la llegada posterior, con los españoles en el siglo XV, de la especie tal y como la conocemos hoy.

La primera pintura que vio Castaño al llegar a Chiribiquete representaba a dos jaguares gigantes, animal que él mismo tendría la oportunidad de percibir, vivo y a su acecho, mientras se lavaba los dientes junto a un riachuelo y al que tuvo que enfrentar convocando toda su fuerza interior para no mostrarse débil ante él. Ese no sería el único encuentro entre el arqueólogo y este animal. Castaño no duda, de hecho, que esta serranía amazónica sea el centro de un pensamiento cosmogónico a escala continental que tiene a este felino como uno de sus animales totémicos. Por ello, ha titulado uno de sus libros *Chiribiquete: la maloka cósmica de los hombres jaguar*.

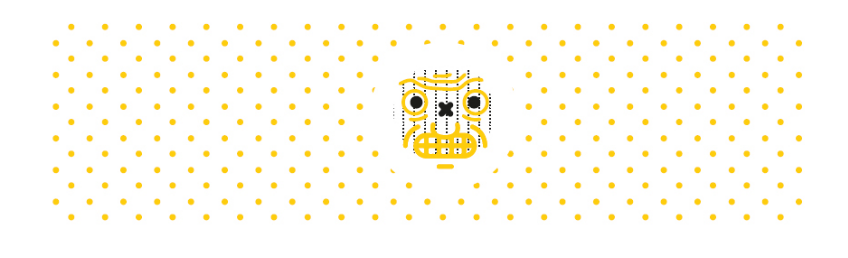
Quién creyera que la guerrilla de las FARC, en medio de todas las atrocidades que cometió en el territorio nacional, terminó siendo la guardiana de este territorio, apetecido por su posible riqueza mineral. Con miembros de esta guerrilla, se encontró un día de 1999 el científico de origen alemán Patricio von Hildebrand. Este biólogo —hijo de uno de los cofundadores de la Universidad de los Andes— logró acordar unas reglas de convivencia con ellos, diecisiete años antes de la firma del acuerdo de paz entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y este grupo en 2016. El pacto entre el científico y los guerrilleros implicaba para estos respetar la vida de los animales que habitaban el parque y mantenerse a una cierta distancia de la edificación que le servía a él, y a los otros científicos e indígenas que lo acompañaban, de casa y centro de investigación. Pero, tres años después, los guerrilleros llegaron con la noticia del inminente arribo del Ejército. Diecisiete mil soldados aparecieron en 2002, luego de la elección de Álvaro Uribe Vélez, con la orden de desalojar el territorio, incluido al equipo científico de Patricio

y a los indígenas que lo acompañaban.

El investigador alemán solo pudo volver a Chiribiquete años después, cuando su casa junto al río había sido enteramente devorada por la selva. Mucho de lo que se sabe de este lugar privilegiado de nuestro territorio ha sido gracias a esa década que pasó Von Hildebrand allí, observando y recogiendo información sobre lo que él considera una «zona con valores culturales, paisajísticos y biológicos sin igual en el mundo».

En la actualidad, cabe preguntarse qué va a pasar con Chiribiquete, cuando dos modelos de desarrollo parecen enfrentarse en Colombia y el mundo: uno que privilegia la sobreexplotación de recursos y el otro que le da énfasis a la preservación no solo de la naturaleza, sino también de la especie humana, dependiente del equilibrio ecológico para su subsistencia. La ampliación del territorio del parque en 2018 tuvo como fin ensanchar un cinturón de seguridad que lo alejara de la avaricia minera, cocalera y ganadera que carcome poco a poco las zonas más ricas y biodiversas del país.

Así, el sueño de un país verde, con zonas de amplia riqueza cultural y biológica, hoy se ha visto afectado. Desde el cielo, miles de hectáreas de selva virgen se ven destruidas por aterradores incendios, que han ido llenando la Amazonia colombiana (junto a la de sus vecinos) de enormes baches de muerte y destrucción. De manera que todo lo que Castaño-Uribe anunció como un simple «abrebocas» de las riquezas que encierra Chiribiquete, con varias especies endémicas y otras aún desconocidas para la ciencia, podría perderse para siempre sin que podamos descifrar la totalidad de sus misterios ni disfrutar de su «magia salvaje», tal y como tituló Mike Slee, en 2015, el documental que muestra lugares biodiversos y emblemáticos de la naturaleza colombiana. Se trata de territorios aún protegidos de la huella destructora del ser humano, en su afán de llevar un desarrollo mal entendido a todos los rincones del mundo. Incluso los rincones más secretos y herméticos para sus contemporáneos por obra y gracia de la naturaleza, como Chiribiquete.



UN REGALO QUE VALE SU PESO EN ORO

A mediados del siglo XIX, en algunas regiones colombianas, se vivió una verdadera fiebre del oro por cuenta de la actividad de los guaqueros, un gremio apreciado y regulado en ese entonces, dedicado a buscar y saquear tumbas prehispánicas en procura de reliquias que saciaran la sed de los coleccionistas privados y los museos internacionales. En esa época aparecieron la primera balsa muisca de oro —que fue vendida a un funcionario alemán y desapareció durante un incendio en Europa— y el famoso poporo que hace parte de la colección del Museo del Oro y el Tesoro Quimbaya, del que es probable que hayan oído hablar pero no tengan idea de qué es o dónde está. Para dejarlo claro desde un principio, digamos que es el tesoro prehispánico americano más importante del mundo occidental. No lo digo yo, estas palabras son de un experto en la materia, el antropólogo e historiador Pablo Gamboa Hinestrosa, autor de un libro sobre el tema titulado La metamorfosis del oro: el tesoro de los quimbayas. Y se encuentra en un museo de España porque un presidente colombiano se lo regaló hace ciento treinta años a la

reina de ese país.

Esta historia comienza en 1890, cuando unos guaqueros encontraron el tesoro en dos tumbas contiguas de la cultura quimbaya, situadas en el territorio que hoy corresponde al municipio quindiano de Filandia. El hallazgo original incluía más de cuatrocientas piezas, objetos rituales y ajuares funerarios de varias personas, que fueron divididas en dos partes. La que corresponde a lo que se conoce como el Tesoro Quimbaya, que consta de ciento ventidós piezas, terminó en Bogotá y fue comprada en agosto de 1891 por el Gobierno de la época en setenta mil pesos. El presidente conservador Carlos Holguín Mallarino fue quien ordenó adquirirlo, aunque el precio doblaba el que había pagado su segundo dueño, porque así mataba dos pájaros de un solo tiro.

Por un lado, era la muestra perfecta con la que Colombia participaría en 1892 en las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América que se realizarían en Madrid, España; por el otro, era el regalo ideal para la reina de este país, María Cristina, en reconocimiento al laudo favorable a los intereses colombianos en una delimitación de fronteras con Venezuela que la monarquía española había emitido. Los dos países tenían un conflicto por territorios de tiempo atrás y, como no habían logrado resolverlo por la vía diplomática, decidieron acudir al rey de España, Alfonso XII, como dos hermanos que piden la intervención del padre, para que tomara cartas en el asunto. El soberano aceptó complacido, pero murió en 1885 antes de emitir el laudo. Como su sucesor era menor de edad, asumió como reina regente María Cristina de Habsburgo-Lorena, y ella continúo estudiando el litigio entre sus antiguas colonias. En marzo de 1891 emitió su laudo, que favoreció a Colombia y a su amigo, el presidente Holguín.

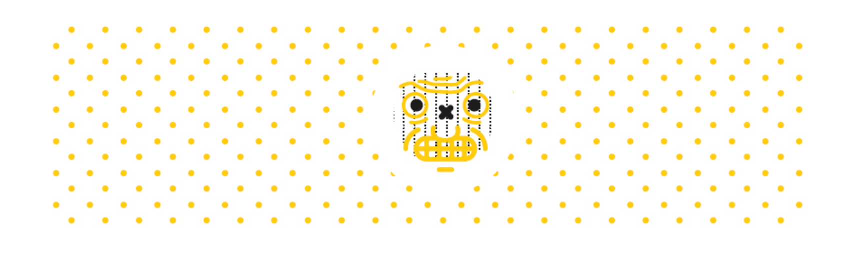
De ahí la generosidad que este tuvo con ella al obsequiarle un tesoro cuyo valor patrimonial superaba su costo económico. Y él lo sabía, pues así lo mencionó en un mensaje que le remitió en 1892 al Congreso, donde informó:

> Se ha enviado a Madrid la colección más completa y rica en objetos de oro que habrá en América, muestra del mayor grado de adelanto que alcanzaron los primitivos moradores de nuestra patria. La hice comprar con ánimo de exhibirla en las exposiciones de Madrid y

> Chicago, y obsequiársela al Gobierno español para un museo de su capital, como testimonio de nuestro agradecimiento por el gran trabajo que se tomó en el estudio de nuestra cuestión de límites con Venezuela y la liberalidad con que hizo todos los gastos que tal estudio requería. Como obra de arte y reliquia de una civilización muerta, esta colección es de un valor inapreciable.

Las estatuillas, poporos, recipientes, narigueras, orejeras, cascos, collares, pendientes, pasadores y alfileres, entre otras piezas de la colección, desembarcaron en 1893 en España, donde vivieron sus propias peripecias hasta que llegaron a su destino definitivo: el Museo de América (MAM), en Madrid. Durante buena parte del siglo XX, nadie en Colombia pensó en el tesoro —salvo acciones menores adelantadas por algunos presidentes— y colorín colorado este cuento se habría acabado. De no ser por los abogados Antonio Rengifo y Felipe Rincón, quienes presentaron en 2006 una acción popular para que se declarara la violación de derechos colectivos por la entrega irregular que había hecho Holguín durante su mandato. Muchos los consideraron unos locos, pues estaban buscando que se tomaran acciones sobre algo que había ocurrido hacía más de un siglo.

En 2017, once años después de iniciado el proceso judicial, la Corte Constitucional les dio la razón y emitió una sentencia en la que solicita al Gobierno colombiano que tome las acciones pertinentes para lograr la repatriación del tesoro. Y hasta ahí llegó el asunto, pues no se sabe nada al respecto ni si se han tomado medidas para hacer efectivo lo que sentenció la Corte. España se pronunció a comienzos de 2022 y, palabras más, palabras menos, dejó claro que el Tesoro Quimbaya es suyo, que fue un regalo, que lo recibió de buena fe y que no va a devolverlo. Todo eso es cierto, pues fue Holguín quien decidió entregarlo en un derroche de generosidad que privó a los colombianos de un patrimonio invaluable.



EL DÍA QUE COLOMBIA VOTÓ ‘NO’ A LA PAZ

El domingo 2 de octubre de 2016 fue un día lluvioso en toda Colombia. Un cielo denso se cernió sobre todo el territorio nacional. Quienes madrugaron para votar entendieron que la elección más importante de la historia contemporánea del país, que buscaba refrendar con una pregunta directa los acuerdos de paz iniciados en 2012 por el presidente Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), tenía no solo la meteorología en contra, sino una serie de hechos que hicieron que todas las encuestadoras se equivocaran sobre el resultado de lo que se conoció como «el plebiscito por la paz», que puso en jaque lo que se había acordado hasta ese momento.

La pregunta era sencilla: «¿Apoya usted el acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera?». Y las respuestas, por supuesto, eran solo dos: ‘sí’ y ‘no’. ¿Por qué se había llegado a un plebiscito tras seis años de tire y afloje entre una guerrilla que era conocida como la más antigua del mundo y el Gobierno colombiano? ¿Por qué se había cifrado en una pregunta y en dos respuestas la salud de una

operación de alta complejidad y el destino de una sociedad?

Todo había comenzado en el año 2010, cuando Juan Manuel Santos, el exministro de Defensa de Álvaro Uribe, ganó las elecciones sobradamente con el apoyo irrestricto del partido de Gobierno de Uribe, un presidente que cambió la Constitución en 2005 e impulsó su propia reelección, quebrando el equilibrio institucional colombiano. Uribe había gobernado entre 2002 y 2010, intentado una tercera reelección y conseguido, para algunos, la presunta pacificación de un país que se encontraba en guerra desde finales de los años cuarenta del siglo pasado.

Para otros, y según datos suficientemente conocidos, dicha pacificación o amedrentamiento de una guerrilla fundada a finales de los años sesenta por campesinos, cuya lucha se había envilecido con prácticas inhumanas como el secuestro y la puesta en marcha de campos de prisioneros y masacres de civiles, además de una connivencia con el narcotráfico, había sido posible solo gracias a la puesta en marcha de un plan paramilitar para que ejércitos privados desplazaran a miles de campesinos con el pretexto de luchar contra la guerrilla, pero en realidad sirvieran para que unos cuantos se quedaran con vastas extensiones de tierras. Estos grupos, financiados por los narcotraficantes, actuaron con la complicidad y el beneplácito del Ejército colombiano y de políticos y empresarios.

Uribe había buscado una paz secreta con las FARC. Pero, finalmente, fue Santos, a través de dos contactos —el de su hermano Enrique Santos Calderón, quien militó en la izquierda civil en los años setenta, y el de Henry Acosta, un empresario que había conversado largamente con la guerrilla—, quien comenzó a avanzar en esa dirección concreta. Esas conversaciones, secretas durante dos años, se filtraron en 2012 y eso causó un gran revuelo nacional. Para Uribe, Santos le había mentido al país al no continuar su política de Seguridad Democrática, en el marco de la cual más de seis mil muchachos de barrios populares del país fueron engañados, llevados a territorios alejados de sus hogares con la promesa de un trabajo, asesinados y disfrazados de presuntos guerrilleros para mostrarlos como bajas del conflicto. Los denominados «falsos positivos».

Con esos antecedentes, y un país dividido entre los defensores de la paz y del proceso y quienes sentían que Uribe tenía la razón al negarse a conceder cualquier espacio a los guerrilleros, se

avanzó en La Habana, con negociadoras y negociadores expertos y el acompañamiento y apoyo de Cuba y Noruega, además de la cúpula de las FARC, durante cuatro años.

En 2014, Santos por poco pierde la reelección al enfrentar al elegido por Uribe, Óscar Iván Zuluaga, exministro de Hacienda. Sin embargo, todas las fuerzas progresistas y liberales del país acompañaron a Santos y el proceso continuó con una promesa que para muchos analistas fue el peor error que pudo cometer. De manera un tanto arrogante y decidida, Santos aseguró que nada estaría acordado hasta que todo estuviera acordado y que, además, lo que finalmente resultara en el acuerdo se tendría que refrendar en un plebiscito popular mediante el cual se escuchara la voz del pueblo.

Así, en 2016, la ansiedad por llegar a un acuerdo o que fracasaran las conversaciones se hizo presente en las discusiones públicas. Diversos grupos conservadores, encabezados por Uribe y sus áulicos, comenzaron a difundir noticias falsas que intimidaron a una buena parte del país. Una de ellas era una idea absurda y altisonante, sin base científica, según la cual el acuerdo incluiría una especie de credo interno llamado «ideología de género», que buscaría «homosexualizar a Colombia» mediante varias estrategias, entre ellas, un «rayo homosexualizador», una imagen a todas luces disparatada que provenía de un programa de humor mexicano. Para hacer más convincente su tesis, dijeron que la ideología de género ya estaba siendo divulgada por medio de unas cartillas que ese año había repartido el Ministerio de Educación, que por aquel entonces estaba presidido por Gina Parody, una abogada que se reconocía públicamente lesbiana. De lo que hablaban, de manera científica, las cartillas era de la diversidad sexual.

La otra idea falsa que se difundió en las redes sociales, y en especial por los grupos de WhatsApp, fue la existencia del proyecto de una «nueva ley *antipensional*», que supuestamente les reduciría las pensiones a los colombianos para entregarles una parte a los guerrilleros de las FARC. En los mensajes se leía:

> Acaba de pasar la Ley Roy Barreras, queda solo un debate sobre normatividad. Todos los pensionados de Colombia deben aportar el 7 % de su pensión a la paz para el sostenimiento de las bases guerrilleras. Lo anterior en el primer año, luego de la norma

> proporcional, el 7 % y al final el 9 %… para que sigan aprobando el proceso de paz.

Algunos colombianos aún creen que esta información es cierta.

El remate de toda esa guerra sucia fue un video, que circuló también por WhatsApp unos días antes de las elecciones, en el que se decía:

> El noticiero de Caracol demostró cómo se puede borrar fácilmente la X cuando se vote el No en el plebiscito con los esferos que van a poner en las mesas de votación: solo pasan la papeleta por encima de un bombillo prendido y automáticamente se borran la demostración la hicieron en vivo. La recomendación es que cada persona lleve su propio esfero, Por favor pasar este mensaje a toda persona que conozcan y que vaya a votar por el NO. Urgente!!!! [sic]

El mensaje estaba escrito con esta redacción llena de errores.

Mientras las mentiras convencían a más colombianos de votar por el 'no', los partidarios del 'sí' y el Gobierno mismo organizaban la fiesta antes de haber ganado. Subestimaban el poder de las mentiras, la idiosincrasia conservadora del país y el odio a una guerrilla que había causado mucho dolor. Para no hablar de que nunca lograron articular un mensaje claro sobre las bondades de firmar la paz. «¿Por qué elegir la guerra si podía avanzarse, por fin, hacia la paz tras décadas de fracasos y miles de muertos?», se preguntaban analistas, opinadores, periodistas y el país que pensaba que era imposible que la gente votara en contra de una opción de reconciliación.

Una mentira más se convirtió en la cereza del pastel: que se había acordado que Rodrigo Londoño, *Timochenko*, el comandante de las FARC, fuera el próximo presidente de Colombia. Se enviaron miles de mensajes con el lema «Timo presidente». Mediante audios, textos e imágenes, usuarios inescrupulosos reforzaron la idea de que, en las próximas elecciones, Londoño sería candidato y ganaría en una votación amañada. Así las cosas, de acuerdo con esta estrategia, en Colombia reinaría el *castrochavismo*, los credos serían irrespetados, los niños serían obligados a convertirse en homosexuales, las pensiones irían a los ejércitos revolucionarios y el país se hundiría, como si hasta ese momento hubiera sido una

Suiza latinoamericana, en un irremediable mar de injusticia y desolación.

El director de la campaña por el 'no', Juan Carlos Vélez, excandidato a la alcaldía de Medellín por el partido Centro Democrático, contó luego en una entrevista con el diario *La República* que ellos lo que movieron fue «la indignación»:

> Estábamos buscando que la gente saliera a votar verraca. [...] Unos estrategas de Panamá y Brasil nos dijeron que la estrategia era dejar de explicar los acuerdos para centrar el mensaje en la indignación. En emisoras de estratos medios y altos nos basamos en la no impunidad, la elegibilidad y la reforma tributaria, mientras en las emisoras de estratos bajos nos enfocamos en subsidios. En cuanto al segmento, en cada región utilizamos sus respectivos acentos. En la costa individualizamos el mensaje de que nos íbamos a convertir en Venezuela. Y aquí el 'no' ganó sin pagar un peso.

El comentario meteorológico del comienzo viene a lugar en esta historia de equívocos, mentiras y una pésima lectura del país por parte del Gobierno de Santos, porque le sumaría una tormenta a la debacle. El huracán Matthew golpeó las costas colombianas el mismo día del plebiscito. El Caribe, tradicional región del liberalismo en donde se pronosticaba una alta votación por el 'sí', no pudo ir a las urnas porque a muchas zonas no llegó el material requerido para hacerlo. El ministro de Interior, Juan Fernando Cristo, se negó a ampliar los horarios de votación ante el evidente clima de crispación.

Las reuniones familiares de aquellos que estaban prestos a celebrar que un país se había puesto de acuerdo en el principio supremo de la paz se cancelaron. La lluvia arreció a las cuatro de la tarde. A las cinco, ya se sabía lo peor. La abstención había campeado de nuevo a sus anchas: fue de casi el 73 %, la más alta de los últimos veintidós años. Y, entre los que votaron, ganó el 'no' con el 50,2 % (6 431 376 votos), mientras que el 'sí' obtuvo el 49,8 % (6 377 482 votos). La diferencia fue de un poco más de cincuenta mil votos. El 'sí' ganó en las regiones rurales que habían padecido la guerra y en la votación de los colombianos en el exterior, salvo en tres países. El 'no' se impuso en muchas ciudades y zonas que tienen buena presencia estatal.

Ese día, muchos de los que votaron por el 'sí' experimentaron el dolor de la *plebitusa*, la sociedad se polarizó mucho más de lo

que ya estaba y en los medios internacionales los resultados fueron noticia porque, como se preguntó *BBC Mundo*: «¿Cómo es posible que un país rechace un acuerdo que le pondría fin a un conflicto armado que lleva más de medio siglo y costó la vida de más de doscientas mil personas, un pacto que fue negociado arduamente durante cuatro años?». Respuestas hay muchas. Pero que se haya formulado este interrogante ya demuestra lo bizarro que fue este plebiscito y lo mal que nos vimos por no lograr ponernos de acuerdo en algo tan fundamental y que parecía obvio: la paz.



EL INFLUENCIADOR QUE LLEGÓ A LA ESTRATÓSFERA DESDE BOYACÁ

«Hoy lanzaré el experimento más loco que jamás hice: un globo muy cerca del espacio», dice Faber Burgos en un video de su canal de YouTube. Burgos es un creador de contenido, de 28 años, que se ha hecho famoso en redes sociales por sus originales experimentos sobre ciencia. En el video, explica que ha diseñado una caja con una cámara GoPro adentro y muestra que tiene todo listo para lanzarla a la estratósfera desde Cuítiva, un municipio boyacense que bordea la laguna de Tota, ubicado a 85 kilómetros de Tunja y a 2750 metros sobre el nivel del mar.

En la grabación, Burgos acomoda la cámara en una caja de icopor, la pega con cinta aislante y se dispone a inflar un globo de mil ochocientos litros de helio. La caja está marcada con datos, por si acaso se pierde en el camino, y lleva un mensaje, como si

se tratara de una carta de las que antiguamente se lanzaban al mar dentro de una botella, junto a una foto suya con su novia y sus dos hermanos, quienes le ayudan permanentemente con su contenido en las redes. «Cinco, cuatro, tres, dos, uno», gritan los cuatro mientras el globo emprende un viaje a las alturas, desde la vereda Cordoncillos, a un poco más de tres mil metros de altura, del que no saben si regresará. La cámara sube, comienza a distanciarse del suelo. Desde lo alto, se ve la laguna de Tota, el paisaje boyacense. Pero, a medida que se eleva, el paisaje cambia y adquiere el aspecto de una postal de ventanilla de avión en pleno vuelo.

El video se grabó en septiembre de 2020 y las imágenes iban acompañadas por la voz de Burgos, quien habla de fenómenos climáticos, de la tropósfera y la estratósfera. De pronto, con música de fondo, anuncia que se viene «lo impresionante». El globo de helio entra en la capa de ozono y la cámara muestra el planeta. Todas las imágenes parecen postales del sol, la luna, el cielo. A treinta kilómetros de altura, la Tierra se ve lejana tal y como la muestran las fotografías que toman los astronautas desde el espacio y la representan en las películas. La música del video adquiere en ese momento un tono épico, apenas justo para la hazaña que logra Burgos, un joven inquieto, oriundo de Mosquera, Cundinamarca. Es la culminación de cinco meses de trabajo en los que, además, tuvo que conseguir un permiso especial de la Aeronáutica Civil.

En septiembre del año pasado, Burgos obtuvo un récord Guinness por lo que consiguió de una manera tan artesanal. Lo contó de esta manera:

> El récord consiste en lo que logramos: no solo llevarlo [el globo] a la estratósfera, sino lograr el video con más visitas de un globo meteorológico que se haya hecho en Facebook hasta ahora. No lo esperábamos. Es algo que realmente recibimos con agrado, con felicidad, porque es un reconocimiento a todo el trabajo que hemos venido realizando en redes sociales, durante los últimos cuatro años, de compartir conocimiento y educar a la gente.

El video ha tenido más 84 millones de visualizaciones.

Burgos estudió lenguas modernas en la Escuela Colombiana de Carreras Industriales y, en 2011, comenzó a moverse en Facebook

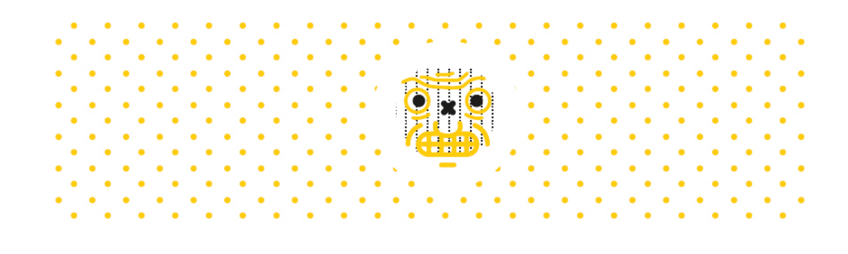
con temas de *marketing* digital, ese término tan de moda referido a cómo sacarle mayor jugo al mundo virtual. Mientras hablaba de marcas y opinaba sobre ellas, encontró el camino que lo apasiona. En 2017, le escribieron de Facebook para contratarlo como creador de contenido porque les gustaba su estilo, su tono y su manera de abordar los temas. Eso le cambió la vida. Él siempre soñó con ser piloto o astronauta, pero no tenía las condiciones para hacerlo. Su familia vivía del reciclaje y el rebusque diario. Su papá, Fray Samuel Burgos, conducía un camión de acarreos donde recogía todo el material reciclable que encontraba en las calles. En medio de todo eso, Faber y sus hermanos a veces hallaban tesoros: cuadernos, enciclopedias, libros. Eso les despertaba la curiosidad y las ganas de saber siempre más.

En 2007, su papá encontró un computador que alguien había botado. Esa fue la puerta al conocimiento definitiva para todos ellos. Consiguieron una conexión gratuita y Faber se volvió un duro en el tema de redes. Así fue como Facebook lo descubrió y le dio trabajo por un año. «Cuando terminó esa propuesta, quise seguir creando contenido. Me gustó lo que hacía, además me permitía pagar los recibos y colaborarle a mi familia», le dijo Burgos a *El Tiempo*. Así empezó su acercamiento a la ciencia. A partir de información de la NASA, hablaba del sistema solar, de astronomía, entre otros temas que despertaban su curiosidad. «Hay material de dominio público en páginas especializadas al que uno puede acceder», dijo a *El Tiempo*. «Además, muchos de los experimentos que realizo suelen ser el pan de cada día de muchas escuelas en Estados Unidos y otras alrededor del mundo. En otras palabras, cualquier persona puede hacerlos, ya que un experimento no es más que un procedimiento».

Así fue como nacieron los videos de experimentos que ha compartido en su página de YouTube: «¿Cómo hacer una máquina de espuma en un minuto?», «El mejor volcán que puedas ver y no hacer», «¿Qué pasa cuando se mezcla el azúcar con ácido?», «¿Cómo limpiar óxido rápidamente?». Estas son algunas de las producciones que ha hecho para acercar a los jóvenes y a los adultos a la ciencia. En Facebook tiene más de siete millones de seguidores y sus publicaciones alcanzan el millón de «me gusta». En YouTube ya va por los trescientos mil suscriptores. Pero él no trabaja solo. Lo hace junto a su hermano mayor, Daniel, quien es técnico en línea de aviones; Julio Esteban, quien

espera estudiar diseño industrial, y Sonia Marcela López, la pareja de Fabián, ingeniera química de la Fundación Universidad América. Los cuatro se han dedicado a sacar adelante esos contenidos sencillos, amenos, sin pretensiones, que, de paso, tampoco buscan reemplazar a los profesores de ciencias. Solo tienen como propósito enamorar al público de los grandes misterios y sencilleces del planeta en el que vivimos.

Este año volvió a repetir su experimento. Lanzó un globo de más de dos mil gramos que se elevó a treinta y cinco kilómetros de altura. Salvo porque ahora tiene más reconocimiento, su vida no ha cambiado. Burgos sigue siendo el mismo joven que habla sin alardes, que vive en Mosquera y que no ha cambiado su estilo de vida. Sobre todo mantiene intacta su curiosidad por aprender más cada día. Su familia continúa trabajando con el camión de acarreos. Con sus videos a la estratósfera, lo que quería, según ha repetido, era mostrarles a sus seguidores las imágenes de su planeta, «para que lo valoren y entiendan lo mágico que es este lugar conocido como la Tierra». Su mérito fue mostrarlo de una manera tan sencilla y ponerlo al alcance de todos en sus redes.



LA AMAZONIA ARDE Y CON ELLA NUESTRO FUTURO

Al comienzo de este año, los incendios forestales estuvieron más voraces que nunca y no tuvieron nada que ver, según los expertos, con la estación seca, sino con la cantidad de árboles que se talaron al final de 2021. Hubo manos criminales detrás de las llamas que devoraron grandes porciones de bosque y selva en los departamentos de Meta, Guaviare y Caquetá, en la Orinoquía y la Amazonia. «No es prematuro decir que los incendios se llevarán grandes extensiones de tierra este año. Además, la tierra ya no absorbe el agua como lo hacía en épocas de lluvia para soportar la sequía, sino que ahora está pasando el efecto de arcilla expansiva», dijo Rodrigo Botero, director de la Fundación para la Conservación y Desarrollo Sostenible (FCDS), en un reportaje sobre este fenómeno. Las quemas fueron de tal magnitud que el humo resultante contaminó la atmósfera y provocó alertas ambientales en ciudades como Bogotá y Medellín, lo cual hizo que muchos citadinos se pellizcaran sobre lo que estaba pasando

en el sur del país.

En la Amazonia se encuentran el 66 % de los bosques actuales de Colombia, encargados de regular el aporte de la quinta parte de las aguas dulces que caen a los mares del planeta desde el conjunto de la Amazonia suramericana, reguladora a su vez del cambio climático mundial. Es un ecosistema vital, tal y como está, para el equilibrio de toda la Tierra. Es el pulmón del planeta, en un sentido literal, y almacena el 20 % del agua dulce del mundo. Pero eso a muchos los tiene sin cuidado.

En Colombia, de acuerdo con las cifras que maneja el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (Ideam), el 75 % de la deforestación se concentra en esa región del suroriente y es una actividad que va en aumento en los últimos años. En 2019 deforestaron en esa área más de 98 mil hectáreas y en 2020, más de 129 mil. Cuando se consoliden las cifras del año pasado y de este, a juzgar por la cantidad de incendios de este primer trimestre, pueden ser mayores. Botero, que conoce el territorio y ha monitoreado lo que está pasando, dijo en una entrevista al portal de periodismo ambiental *Mongabay* que este año hay cuatro grandes zonas muy afectadas: la región de Mapiripán; la región del Área de Manejo Especial de la Macarena (AMEM), que incluye varios parques nacionales como Sierra de la Macarena, Tinigua y Cordillera de los Picachos; la zona del Yarí, y el gran Caguán. «En unos sobrevuelos que hice en febrero, desde Mapiripán (Meta) hasta Puerto Leguízamo (Putumayo) había una sola línea de fuego. En más de setecientos kilómetros lineales no había un solo sitio que no hubiera sido incinerado en estas zonas de gran importancia de conservación», añadió.

El Ideam ha identificado siete motores de esta actividad depredadora y destructora de la naturaleza. El primero es la conversión de selvas en praderas de pastos; el segundo, el desarrollo irregular de obras de infraestructura; el tercero, la expansión de actividades agroindustriales sobre territorios protegidos; el cuarto, la ganadería extensiva; el quinto, los cultivos ilícitos; el sexto, la tala ilegal, y el séptimo, la minería ilegal.

Las extensiones de selva deforestada en todos los países de la cuenta amazónica son inimaginables: entre cien mil y doscientas mil hectáreas anuales en promedio, algo así como una cancha de fútbol profesional diariamente. Esto quiere decir que, durante los

últimos cincuenta años, la selva amazónica, en toda la región de los cinco países que la cubren, ha perdido una superficie forestal superior al tamaño de Francia, según datos de Greenpeace. Es como si quisieran convertir la selva en un gigantesco potrero.

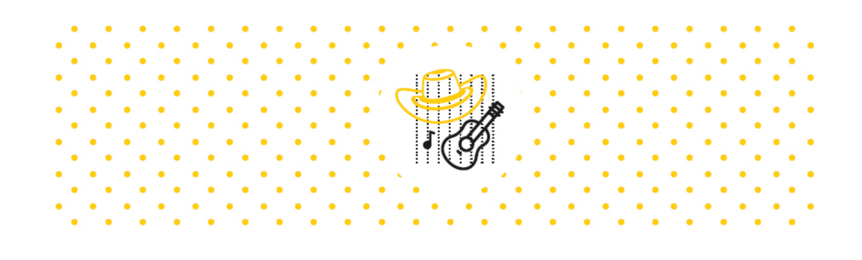
En Colombia, la devastación de selvas y la utilización posterior de espacios dentro de ellas, para sembrar cultivos ilícitos o instalar laboratorios para la producción de cocaína, incluyen el uso de sustancias contaminantes como precursores químicos, gasolina y ácido sulfúrico, que terminan en los ríos y se extienden a toda la región, porque a Colombia le corresponde parte de la cuenca alta del río Amazonas. Esos bosques afectados sufren también la tala ilegal indiscriminada, actividad volcada sobre todo tipo de especies de madera blanda u oscura, según su calidad, de uso nacional e internacional.

Como si fuese un círculo vicioso perfecto, y a pesar de todo lo anterior, la Amazonia colombiana se presenta como el enorme reservorio natural del mítico El Dorado, pues el oro se precipita en el lecho de sus grandes ríos, asociados por los nativos a originarios e inmensos árboles cuyas ramificaciones simbolizan los afluentes sobre los tres niveles de su curso: el cielo, con sus ríos de nubes que se mueven por toda la región; los ríos propiamente dichos, como escorrentía superficial, y los ríos profundos del subsuelo. Esas vías de agua han venido sufriendo la llegada de gigantescas dragas o maquinarias extractivas que arrasan con sus lechos y afectan sus conexiones hacia todos esos sentidos geográficos, para extraer el oro de aluvión proveniente de los Andes, donde nacen todas.

A pesar de todo, esas míticas cuencas todavía albergan la mayor diversidad de formas de vida que hay en la Tierra, consistente en cientos de especies de aves, peces, mamíferos, anfibios y reptiles. Entre ellas hay algunas endémicas, es decir, exclusivas de sus hábitats, como el oso perezoso, el mono araña, la anguila eléctrica, la hormiga bala, la rana dardo venenosa, la anaconda verde, el caimán negro, la rana de vidrio y el lagarto Jesucristo. Muchas de ellas están en peligro de extinción, debido entre otros factores a la deforestación, o en estado crítico respecto de sus condiciones de reproducción como especie. Es el caso del jaguar, que es el mayor felino de América y el tercero del mundo después del tigre y el león; el delfín rosado, el más grande del mundo que vive en los ríos, y la nutria gigante. Eso para no

hablar de las plantas que podrían desaparecer, sin que sepamos qué beneficios farmacéuticos tienen, y de los guardianes de todo este ecosistema: sesenta y cuatro pueblos indígenas.

La pregunta que surge, y cuya respuesta nos compromete primero a los colombianos y luego a todos los habitantes del mundo, es precisamente sobre la legitimidad de mantener estos procesos devastadores. En este momento el planeta está pendiente de la conservación de sus pulmones selváticos, que impiden el calentamiento global y conservan la biodiversidad necesaria para los inminentes retos de la humanidad, con el fin de evitar nuevas pandemias procedentes de virus, que son controlados por procesos naturales propios de hábitats como los de la Amazonia, y mantener el florecimiento de la diversidad cultural y de las formas de vida que nos permiten sobrevivir como especie. No me canso de repetir que esta tragedia ambiental está desmadrada. Estamos acabando con el lugar en el que vivimos, con nuestros recursos, de una manera totalmente absurda y demencial. Y si no hacemos algo ahora, que parece que todavía queda algo de tiempo, lloraremos cuando las consecuencias de nuestros actos contra la madre naturaleza sean irreversibles para nosotros mismos.



LA GARRA DEL TIGRE COLOMBIANO

Vida y leyenda giran como caras de una misma moneda en la vertiginosa historia del luchador Bill Martínez, el temible, terrible, insigne y sin par Tigre Colombiano. Medio siglo antes de que el Tigre Radamel Falcao deslumbrara con sus goles al planeta, antes de que el ciclista Martín Cochise Rodríguez y el boxeador Kid Pambelé conquistaran títulos mundiales en sus disciplinas (en Italia en 1971 y en Panamá en 1972, respectivamente), otro tigre, el único en su especie, obtuvo en 1960 el Campeonato Mundial de Lucha, categoría peso pesado junior, al derrotar al yugoslavo Michael Ujevic en el Circus Krone de Múnich, en la entonces República Federal de Alemania.

Boxeador *amateur* en su temprana juventud, pionero en la práctica del «vale todo» en la Bogotá de los años cincuenta, campeón mundial de lucha libre profesional, instructor de artes marciales mixtas en Puerto Rico tras batirse treinta y siete años en el *ring*. Todos los artículos y reportajes sobre el tema coinciden en señalar a Bill Martínez como uno de los padres, la leyenda viva, el máximo exponente de la lucha libre colombiana de todos

los tiempos.

Luego del esplendor de la llamada «época de oro» —que se prolongó en el mundo desde comienzos de los años cincuenta hasta mediados de los setenta—,la lucha libre como espectáculo masivo fue entrando en decadencia en Colombia, siendo hoy cosa del pasado las veladas multitudinarias en recintos como la plaza de toros La Santamaría y el coliseo de la Feria Exposición.

Eso explica el actual desconocimiento de las proezas conseguidas por el Tigre, un personaje fuera de serie, con una vida superlativa, en mora de ser contada para librarlo del olvido al que está expuesto, pues en la actualidad muy poca gente —excepto los mayores de 60 años, que tuvieron la fortuna de verlo luchar— sabe algo acerca de su fabulosa existencia.

Evocar la vida de Bill Martínez desborda ampliamente el marco de su historia individual. Nos remite a una era extinta, la época dorada de la lucha libre profesional. A los triunfos, dramas y quebrantos de una legión de atletas que estrechó musculosos lazos por el mundo sin distingos de raza, lengua o nacionalidad. Cuando los luchadores iban de país en país, abarrotando carpas y coliseos, acaparando titulares, despertando odios y adhesiones. Cuando las filas para entrar a La Santamaría llegaban hasta la carrera Séptima y la lucha libre convocaba por igual a grandes y chicos, damas y caballeros, embajadores, emboladores, gobernadores, secretarias, periodistas, obreros, criadas, reclutas, policías y ladrones. Cuando, a través de los carteles de las luchas, se popularizó en Bogotá el lema «Buses a todos los barrios», porque los organizadores les daban entradas gratis a los choferes para que hicieran las rutas.

Los orígenes del Tigre Colombiano son misteriosos. A lo largo de cuatro décadas, él mismo se encargó de lanzar versiones distintas. En sus pinitos como boxeador aficionado, representó a Cundinamarca. En su debut como luchador profesional, en 1951, *El Espectador* lo presentó como «natural de Barranquilla, 20 años de edad, 1,74 de estatura y 73 kilos de peso».

En 1956, la prensa de Guayaquil, el puerto ecuatoriano sobre el Pacífico, reafirmó que era barranquillero, «sin que él sea un caimán y sí un tigre», y lo mismo diría Bill en México durante su primera temporada, en 1974. En Guatemala lo catalogaron de «fino estilista bogotano», así como en Murcia, España, donde para un programa en la plaza de toros de Cartagena figuró como el

Tigre de Bogotá. En El Salvador fue presentado como Billy Martin, «el estrangulador de París».

En Texas, cuando los comentaristas destacaron que, desde la llegada a Estados Unidos del campeón ítaloargentino Antonino Rocca, ningún luchador latino había despertado el entusiasmo creado por el Tigre, lo reseñaron como bogotano. Él acabó de enredar la pita en 1981, al decirle a un reportero de la revista *Vea* que había nacido en Nueva York. La cuestión se podría haber zanjado con la respuesta categórica que dio al periódico caleño Última Hora: «No soy específicamente de parte alguna. Soy colombiano, y así he peleado en los diferentes escenarios internacionales».

Sin embargo, el Tigre le confesó a su biógrafo, John Galán Casanova, lo siguiente:

> Nací en la ciudad de Nueva York, el 6 de marzo de 1930, y fui bautizado en la catedral de San Patricio. Soy colombiano de pura cepa. Mis padres son bogotanos, de familias cachacas. Nací en Nueva York porque mis padres vivían en esa ciudad. No he querido que este detalle trascienda públicamente porque considero que nací allí por accidente.

La razón de su recelo es comprensible: al haber nacido en Nueva York, el apodo de *Tigre Colombiano* no encajaba. Ponía en entredicho su origen y forzaba a explicar el cuento cada vez. Por eso decía que era de Barranquilla, la ciudad portuaria donde sus padres lo registraron al regresar por mar a Colombia, o de Bogotá, donde se hizo luchador y pasó la mayor parte de su juventud.

La única huella que el Tigre conserva sobre su lugar de origen está en su primer nombre: Bill. El nombre gringo escogido por sus padres para conmemorar su nacimiento en la capital del mundo.

Bill Martínez, el hombre de las mil llaves, el hombre de los muchos nombres por exigencia de los promotores: el Tigre Colombiano aquí, en México y en casi toda Latinoamérica; Volante Bill, en Venezuela; Bill Patiño, en España y África; Pedro Patino y *Pistol* Pete Patino (sin la eñe), en Estados Unidos; Tiger Boy, en Alemania; Mr. Tiger, en Austria; Patino Martinez [*sic*], alguna vez en Bélgica; Tijger Columbia, en Holanda; King Tiger, en Japón, y Billy Martin, en Puerto Rico, El Salvador y República

Dominicana.

Bill Martínez, el hombre de las mil llaves, de los cien golpes, de los mil atuendos —botargas, batas y capas satinadas, botas y calzones atigrados—, de los mil domicilios —Nueva York, Barranquilla, Bogotá, Cáqueza, Cachipay, Guateque, Caracas, Santiago de Chile, París, Múnich, Barcelona, Madrid, Amberes, Londres, Texas, Los Ángeles, Ciudad de México, San Juan, Moca y San Sebastián de las Vegas del Pepino—, el trotamundos con pasaportes repletos de entradas y salidas, el peleador de incontables luchas, diecisiete fracturas y catorce cirugías.

Las cifras alcanzan a dar una idea parcial de sus andanzas. Pero hay más: al ir atando cabos, el Tigre resulta ser realmente un personaje de película, una suerte de Forrest Gump que roza de modo providencial personalidades y momentos cumbre del siglo XX.

El 9 de abril de 1948, el día del Bogotazo, Bill escuchó los disparos que segaron la vida del caudillo Jorge Eliécer Gaitán y vio cuando arrastraban el cadáver de Roa Sierra por la carrera Séptima. Después haría parte del círculo de seguridad de Gustavo Rojas Pinilla y, junto a otros luchadores, escoltó al general durante sus primeros años de Gobierno.

A comienzos de 1963, luchó como legionario en las tomas de la batalla de Farsalia rodadas en Almería, en España, para *Cleopatra*, la monumental película que consagró a Elizabeth Taylor junto a Richard Burton. En noviembre de ese mismo año, el promotor Morris Sigel lo contrató para una primera temporada en Texas. Sin embargo, la noche del fatídico viernes 22 de noviembre no se llevó a cabo la velada programada en el Sportatorium de Dallas: el asesinato del presidente Kennedy en la plaza Dealey obligó a cancelar todo acto público en la ciudad.

De los setenta hay una anécdota destacada por una nota de farándula: «El Tigre Colombiano fue guardaespaldas del grupo los Rolling Stones». Los habría escoltado durante un *tour* de la banda por Bélgica y Holanda, mientras se reponía de una lesión. En los ochenta, en San Juan de Puerto Rico, prestó idéntico servicio a orquestas como la del sonero Oscar D’León.

Al inicio de los años sesenta, el Tigre Colombiano había acreditado su clase en las principales plazas de Suramérica. Se lo reconocía como favorito de la afición, un maestro que revivía los

estilos olímpico y grecorromano, un titán de las divisiones grandes con la velocidad de un peso ligero, para quien el *ring* era su elemento natural. Por no querer saturar a la afición, cambió de rumbos y se aventuró a competir en Europa.

En Barcelona, acudió a la oficina del promotor Tomás Anthony Coleo. Anthony le dijo que había llegado en mal momento: su empresa no programaba luchas en invierno. Le aconsejó ir a Francia, donde se luchaba en coliseos cubiertos. En París lo sometieron a una prueba de suficiencia, enfrentando a profesionales que de entrada lo querían romper. Bill superó la prueba y empezó a luchar en el recién inaugurado Palais des Sports.

Allí hizo buenas migas con un portugués, el Tarzán Taborda, con quien formó pareja en varias luchas de relevos. Una noche, Taborda cayó mal y se dislocó un tobillo, por lo que se vio obligado a cancelar su participación en el Campeonato Mundial de Lucha que se iba a realizar en Múnich, Alemania. Entonces recomendó al Tigre como su reemplazo.

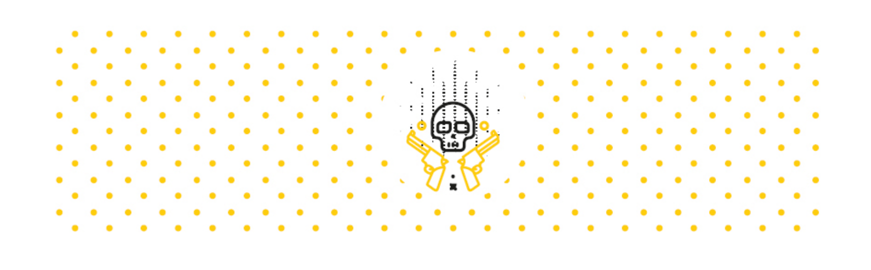
Para todos fue una sorpresa, empezando por el propio Bill, que Tiger Boy, el suramericano que había llegado para suplir una vacante, entrara a disputar los primeros lugares. El de Múnich no era un torneo cualquiera: reunía a experimentados luchadores, figuras como el promotor suizo Paul Berger; los alemanes Rudi Saturski, Jakob Thoma y Fritz Müller; el búlgaro Nikolai Zigulinoff, y el yugoslavo Michael Ujevic, el campeón del año anterior.

A sus 30 años, en la plenitud de la madurez, con una complexión que le permitía soportar las embestidas de estos monstruos, el Tigre consiguió imponerse. Ya que no podía ganarles en fuerza ni en tamaño, los superó con sus técnicas de «vale todo» y velocidad.

Encarnando su cita predilecta de Ortega y Gasset, cuando el filósofo afirma que la sustancia del hombre no es otra cosa que el peligro, el Tigre Colombiano camina siempre entre precipicios, procurando guardar el equilibrio.

Con una capacidad de recuperación admirable, a sus 92 años Bill parece un joven de 80. Conserva el dinamismo del atleta que llevó un estilo de vida sano y logró sobreponerse a los peligros y accidentes de su profesión. Aunque deba lidiar cada vez más con

ella, no vive apabullado por la muerte. La respeta y acepta como un engorroso cambio de residencia. Con todo, el Tigre es un vitalista. Su entusiasmo por la existencia predomina. La certeza de que su paso por el mundo tendrá fin hace que valore más cada instante. Tal como consigna en una de las reflexiones que comparte en su muro del Facebook, cultivar con gracia el arte de envejecer es su empeño postrero, su último desafío.



EL DRAMA DE LOS CADÁVERES INTERCAMBIADOS

En pandemia, todos los horrores se sumaron y se presentaron errores que son de no creer. Ese fue el caso de Marilyn Pérez, una enfermera de 50 años que trabajaba en el Hospital Materno Infantil de Soledad, en Atlántico, y murió de COVID-19. Por su profesión, estuvo muy expuesta al virus, en la primera línea, con el agravante de que tenía diabetes, una de las comorbilidades que la hacían más vulnerable al mismo. Falleció el 6 de julio de 2020, después de una intervención en la Clínica El Prado y de permanecer diez días en la unidad de cuidados intensivos (UCI). Ahí comenzó el drama para su familia, pues al dolor de su muerte tuvieron que sumarle otro: cuando fueron a reclamar el cuerpo de Marilyn, nadie les dio razón grande ni chica de dónde estaba. En la morgue de la institución no lo encontraron.

El esposo de Marilyn, Alberto Hernández, se propuso averiguar por sus propios medios qué había pasado y, en su

desespero, recorrió cada rincón de la clínica, ingresó a la UCI y a la morgue, pero no encontró nada. Los vigilantes del edificio parecían más confundidos que él, y el personal médico apenas se encogía de hombros sin entender lo que pasaba. Katherine Hernández, hija de la fallecida, relató al periódico *El Tiempo*.

El día que fuimos a recibir su cuerpo, la funeraria no tuvo respuesta por tres horas. El cuerpo no aparecía en la clínica y nadie nos daba razón de qué había pasado, hasta que nos entró una llamada de la funeraria Los Olivos, la cual contratamos. Nos había dicho que mi mamá estaba sepultada en Jardines de la Eternidad y había sido entregada por error a otros familiares.

La historia era de cuento. Se había presentado un caso de intercambio de cadáveres. «Hay cuatro fallecidos en la misma situación, solo que dos de ellos están extraviados: serían el de mi mamá y el de otro señor», contó la hija de Marilyn.

Entonces comenzó un proceso judicial no solo para encontrar el cuerpo de Marilyn, sino también para que la clínica asumiera su responsabilidad. «Fue un error humano», manifestó inicialmente la institución. Para fortuna de su familia, el Cuarto Juzgado Penal Municipal dio luz verde para exhumar el cadáver de la enfermera.

De acuerdo con la reconstrucción de los hechos, todo indicaba que el cuerpo estaba en el cementerio Jardines de la Eternidad, en Puerto Colombia, sepultado con una lápida sin nombre. «Solo con el número del lote, lo que ha sido aún más doloroso para la familia de la mujer que falleció por COVID-19 en pleno pico de la pandemia en Barranquilla, según lo confirmó Wendy Cabrales, abogada de la familia», contó *Caracol Noticias*. El juez ordenó a la clínica y a la funeraria que le dieran disculpas públicas a la familia de la enfermera.

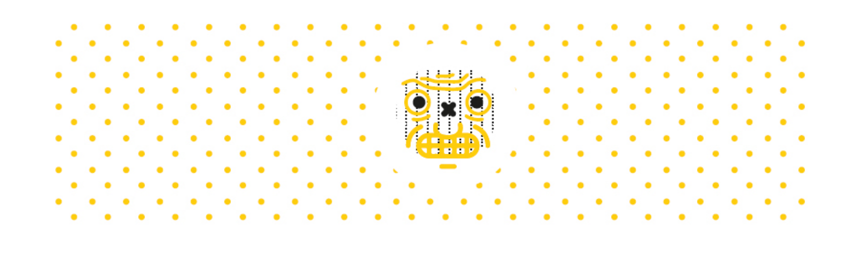
Pasaron casi quinientos días, más de dieciséis meses, para que la Fiscalía pudiera realizar la exhumación y así dar paso al dictamen de Medicina Legal. «Tenemos la esperanza de que hoy encontremos su cuerpo para darle una digna sepultura», dijo Eliana Pérez, hermana de Marilyn, a los medios de comunicación el pasado 19 de noviembre de 2021. Llegar a esta instancia no fue fácil porque, irónicamente, la tramitología dilató el proceso y, de paso, todo el tormento por el que tuvo que pasar su familia, que ya había implicado una primera exhumación el 3 de marzo del año pasado.

En esa, según el diario *El Heraldo*, no se encontraron rastros de Pérez en el lote 982, del jardín 38, del cementerio Jardines de la Eternidad. Pero sí el cuerpo de otro hombre que andaba desaparecido también (en total, eran cuatro los refundidos). Se trataba de José Gómez, un profesor de tenis que había fallecido en la misma clínica. En la segunda exhumación le fue mejor a la familia de Marilyn. «Nos da un poco de esperanza saber que ese sí puede ser el cuerpo de mi madre, ya que tiene características específicas de ella. Ahora lo que esperamos es que Medicina Legal no tome mucho tiempo para hacer las pruebas de ADN», comentó su hija Katherine en *Blu Radio*.

Tras la segunda exhumación, con la tranquilidad de reconocer a su pariente, el fallo que permitió dicha acción también ordenó a la Clínica El Prado que ofreciera excusas públicas, ante los medios de comunicación, a la familia de la enfermera, por los daños y perjuicios ocasionados, exigiendo un lenguaje moderado «sin tratar de no revictimizar a la muerta y a su grupo familiar». Según *El Espectador*, la familia sostuvo que seguirán en el proceso jurídico por daños y perjuicios morales contra el centro médico y Jardines de la Eternidad. Eliana Pérez, una hermana de la enfermera, dijo:

> El cementerio se negó en dos ocasiones a hacer el proceso de exhumación, ya que argumentaba que no había una orden judicial. Todo esto que hemos conseguido es gracias a las acciones jurídicas que hemos emprendido, ya que la clínica nunca nos dio solución de nada. Queremos que respondan por lo que nos han hecho.

Eliana Pérez conserva la boleta de salida de la clínica. La misma que mostró, junto a los demás familiares, para reclamar el cuerpo. La guarda como si quisiera ratificar que por fin todo está en orden, que, a manera de metáfora, ese papel es más una salida a otra vida que la de un simple hospital. Exhumaciones; mirar otros cadáveres; sospechar de las funerarias, de la morgue, de los médicos; repasar cada minuto, ya no de los últimos días de vida de la enfermera, sino de los que le siguieron a su muerte. Todo eso se volvió un tormento. Pero, después de tantas vueltas, su hermana ya descansa en paz. Y sus familiares, también.



INVASORES A LA CARTA

Hace treinta y siete años, en 1985, una empresa solicitó un permiso para cultivar de manera experimental, con fines comerciales, el cangrejo rojo (Procambarus clarkii), también conocido como langostilla, una especie nativa de Estados Unidos. Y, como en las películas de plagas, ocurrió lo de siempre: una fuga accidental de especímenes. ¿Qué peligro podría representar este animalito que mide entre diez y doce centímetros y pesa entre treinta y cinco y cincuenta y seis gramos? A primera vista, ninguno. Los cangrejos en fuga se dispersaron por Valle del Cauca, donde se estableció el cultivo de origen, y la cuenca del río Cauca.

Luego de varios años —no me pregunten cómo, pero pasó—, se reportó su presencia en la sabana de Bogotá. «El 20 de noviembre de 2004, ocho especímenes adultos (seis machos y dos hembras) y uno juvenil fueron capturados en Cundinamarca en un lago artificial, en el kilómetro 14 de la carretera entre Bogotá y Briceño», escribió en un artículo Martha Campos, una experta del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional. Los cangrejos habían llegado alto, pero no se detuvieron. En 2008 fueron avistados en la laguna de Fúquene —que ya libraba otra batalla contra una especie invasora, el buchón— y en 2017, en mi

tierra, en Boyacá, y en humedales de Bogotá. ¡Y se tomó la capital!

En ese momento, Dalila Camelo Salamanca, asesora de la Dirección de Planeación de la Secretaría Distrital de Ambiente, dio la voz de alarma respecto a este cangrejo:

> Consume larvas de otras especies, y por eso comenzó a generar conflicto en la sabana de Bogotá, donde ya ha venido desplazando a las poblaciones como el cangrejo nativo (de color café oscuro) que se veía de manera silvestre. También se ha detectado que han comenzado a disminuir poblaciones de peces.

Esta especie no solo es voraz se alimenta de vegetales, animales e incluso peces en descomposición , sino también muy fecunda pone entre doscientos y quinientos huevos , y se adapta bastante bien a espacios de agua dulce. Es probable que haya llegado a la ciudad porque comenzó a ser vendida como alimento en restaurantes. En un estudio que publicaron sobre los cangrejos rojos en la laguna de Fúquene, Yecsika Pachón y Mauricio Valderrama, expertos de la Fundación Humedales, explicaron:

> La cola de la langostilla es comercializada en restaurantes de Bogotá. Su comercialización se presenta en las plazas de mercado como Corabastos, Restrepo, Las Nieves y específicamente en puestos de venta de productos de vitaminas, fruterías y cevicherías. Se ofrece viva y es exhibida en peceras o acuarios junto con el cangrejo de la sabana.

En las plazas, este cangrejo es uno de los ingredientes de bebidas como el arrechón o el berraquillo, que son vendidas como afrodisíacas. La Secretaría de Ambiente advirtió a los consumidores que este crustáceo tiene bacterias y microorganismos que pueden ser nocivos para la salud. ¡Están advertidos!

En diciembre de 2020, *El Espectador* publicó un artículo señalando la presencia de estos animales en parques y humedales. El Instituto Distrital de Recreación y Deporte le declaró ese año la guerra, y uno de sus funcionarios aseguró: «No es un animal al que queremos cuidar, sino procesar. Esta es una plaga identificada por la Corporación Autónoma Regional (CAR) que llegó a invadir; tenemos que quitarlo, pescándolo y matándolo,

para convertirlo en proteína para concentrado de patos». Dos años después, con pandemia de por medio, las noticias que llegan del frente no son alentadoras. *El Espectador* publicó un nuevo artículo en el que cuenta que las autoridades hicieron un censo del cangrejo en el parque Simón Bolívar y los resultados son preocupantes. Además, ya lo encontraron en Bosa, pues parece que se desplaza por el sistema de alcantarillas.

La historia del cangrejo rojo es la más reciente, pero no la única, de animales o plantas que son traídos con fines comerciales y que, luego de escaparse, terminan generando desastres en los ecosistemas. Estos trágicos experimentos, que no han atendido ni respetado los procesos naturales, han terminado en accidentes a veces de orden macrorregional. Esas intervenciones han incluido la importación de especies que la ciencia de la conservación ha denominado como «especies invasoras». Su impacto en la biodiversidad es catastrófico, acelerando procesos de deterioro ambiental y de transformación de los paisajes y territorios del país, pues depredan o compiten con las especies nativas por los recursos necesarios para su reproducción (suelos, agua, aire, acceso a la luz solar, espacios de reproducción a través de la diseminación de sus semillas, entre otros factores). Por ello, la facilidad de adaptación de las especies introducidas y su intensa expansión generan enormes pérdidas en la biodiversidad.

En enero del año 2015, la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional y el Jardín Botánico José Celestino Mutis, de Bogotá, publicaron el libro *El ABC de la biodiversidad*, en el cual consignaron que en Colombia ya existen más de trescientas especies reportadas como invasoras o con potencial de serlo, en todos los planos de los reinos animal y vegetal, incluyendo microorganismos, plantas, invertebrados, peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos, entre otros. De esta obra cabe citar lo que cuentan de otro animal aparentemente inofensivo e inocuo que, como el cangrejo rojo, se ha vuelto problemático. Se trata del caracol gigante africano (*Achatina fulica*), que está incluido en la lista de las cien especies exóticas invasivas más dañinas del mundo elaborada por el Grupo de Especialistas de Especies Invasoras (GEEI) de la Comisión de Supervivencia de Especies (CSE) de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN).

El ABC de la biodiversidad dice sobre el caracol gigante

africano, que llegó cuando se puso de moda su baba como producto estético, que «representa una amenaza no solo para la biodiversidad, sino también para la salud pública». Hoy se encuentra en 122 municipios de 26 departamentos, después de haber sido introducido con el fin de explotarlo para uso estético y alimenticio. Se nutre de organismos vivos como plantas y derivados, líquenes, hongos, materia orgánica en descomposición y paredes estucadas. Consume sesenta y siete especies de plantas, treinta y cinco de ellas alimenticias, lo que provoca la destrucción de cultivos y huertas, y produce hedores que afectan la calidad de los lugares que invade. Asimismo, puede adquirir parásitos, bacterias y hongos, por lo cual es vector de organismos que ponen en riesgo la salud de los humanos.

El caso de la rana toro muestra también que, si no se toman medidas adecuadas a tiempo, el problema de estas especies foráneas se puede salir de control muy fácilmente. En 1986 se decomisó en Caldas un grupo que había entrado de manera ilegal al país. Años después, se autorizó un estudio con sus descendientes para determinar el impacto ambiental que tendría su introducción en criaderos con fines comerciales. En 1991, la entidad científica que actuó como consultora recomendó que no se dejara entrar a este anfibio en el país y que se sacrificaran de inmediato todos los ejemplares existentes. La medida no se aplicó de inmediato y, cuando quisieron hacerla efectiva, ya había ranas toro libres en Cundinamarca y Valle del Cauca. Como el cangrejo rojo y el caracol africano, se aclimató bien y hace presencia, muy notoria por demás, en buena parte del territorio colombiano, porque puede llegar a medir veinte centímetros y a pesar seiscientos gramos.

En el caso de los peces marinos, el invasor estrella, o por lo menos el más conocido, es el pez león (*Pterois volitans*), proveniente del océano Índico y del Pacífico. Primero llegó a Norteamérica y el Caribe, y luego fue removido de sus nuevos hábitats por huracanes e incluso transportado a las costas colombianas para usarlo como pez ornamental. Tras ser accidentalmente liberado de las peceras, en los arrecifes coralinos de nuestro país, cruciales para la estabilidad de otras especies, ha anidado depredando alevinos y crustáceos, gracias a su gran capacidad de reproducción y de sobrevivencia en períodos de escaso alimento. Se han hecho varias campañas para que la gente

lo pesque y se alimente con él, pero también puede ser otro problema que se nos salió de las manos.

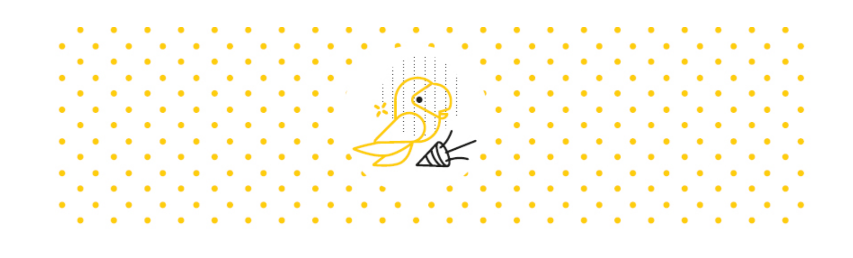
¿Y qué pasa cuando ocurre esto? Las plantas invasoras tienen la respuesta: que el problema se vuelve paisaje o parte del paisaje. Hace unas seis décadas, en los cerros orientales de Bogotá, que son elemento central de lo que ahora se conoce como la estructura ecológica principal de la ciudad y de la región, la corporación ambiental regional sembró unas especies foráneas, el retamo espinoso y el retamo liso, provenientes de Europa y el norte de África. El objetivo era repoblarlas ornamentalmente (son muy llamativas por sus flores amarillas) y aprovecharlas como cercas vivas en las laderas deforestadas de esos montes tutelares de la capital. Sin embargo, esto ha ocasionado que esta especie, de fácil adaptación y rápida expansión, se haya convertido en invasora y haya devastado las especies nativas propias del bosque altoandino, transformando sus procesos naturales y cambiando gran parte del paisaje de los cerros emblemáticos de la capital del país. Su propagación pone en peligro los páramos y, además, su composición facilita los incendios forestales.

Algo similar sucedió a lo largo del siglo XX en la sabana de Bogotá y, en general, en el altiplano cundiboyacense, originalmente conformados por un enorme sistema de humedales y lagunas, cuando fueron poblados por especies de pino y eucalipto para recrear paisajes similares a los de países alpinos como Suiza o Francia. Pero, en realidad, lo que se logró es que su predominio entre las especies nativas desbalanceara el ciclo del agua y contribuyera al desecamiento territorial y la esterilización de suelos debido a la acidez que generan, respectivamente, ambos árboles.

En las lagunas sobrevivientes, e incluso en algunos embalses construidos para generación eléctrica y/o para el aprovisionamiento de agua de la capital del país, uno de los problemas mayores de su manejo ambiental lo constituye una especie invasora casi imposible de erradicar: el buchón de agua, que invadió la laguna de Fúquene y ocluyó la oxigenación del agua y mató sus propiedades orgánicas, descomponiéndola completamente.

Somos uno de los países más biodiversos del mundo y la importación de estas especies invasoras pone en riesgo esta condición. Es claro que el impacto que producen estos

especímenes es catastrófico, porque aceleran procesos de deterioro ambiental y de transformación de los paisajes y territorios del país, y depredan o compiten con las especies nativas por los recursos necesarios para su reproducción. Las autoridades encargadas del tema elaboraron un plan de prevención, control y manejo de las especies invasoras. Ojalá no se quede en el papel y opere con rapidez. Porque, de lo contrario, ya vimos la velocidad y el alcance que tienen animales como la rana toro o el cangrejo rojo, que ya corre feliz hasta por las alcantarillas de la capital.



EL PAÍS CON MÁS FESTIVOS DEL MUNDO

Imagínese que el próximo fin de semana es puente y que con su familia organiza una salida a echar piscina en un balneario, comer almojábanas en la sabana o alimentar mosquitos en cualquier río o rincón de la denominada Tierra Caliente. Tres noches fuera de la ciudad y el ensordecer ruido, un descanso más que merecido después de una intensa semana de trabajo. El plan es salir el viernes por la noche para aprovechar el sábado. Hay que dejar las maletas listas dentro del carro desde el jueves, alistar el mecato para el camino, recoger a los niños en el colegio, sincronizar todos los horarios con el fin de optimizar ese día extra que la casualidad —no, más bien el fervor religioso o patriotero— tuvo a bien regalarle en el calendario. Mientras salen de la ciudad por una autopista en la que miles de carros como el suyo se adelantan entre sí a menos de treinta kilómetros por hora —aunque últimamente ha bajado aún más el promedio de velocidad—, uno de sus hijos se aferra al espaldar de su asiento, asoma la cabeza entre usted y su copiloto, y exclama a gritos: «¡Papi, papi, el próximo fin de semana también es puente!».

En vez de alegrarlo, esta información lo sume en una profunda tristeza. Mentalmente hace cuentas. En efecto, el próximo fin de semana también es puente. ¿Qué está haciendo ahí, en ese trancón interminable? Podría estar en su casa tomando cerveza ante el televisor, empezando a disfrutar de un fin de semana largo sin mosquitos ni compañeros de piscina, ni reguetón en los parlantes del balneario. No importa porque, de haber sido así, el otro puente habría tenido que salir de paseo. Así que su reacción, una mezcla de lógica y resignación, es radical: mejor salir de eso lo más pronto posible.

Si en ese momento, mientras intenta cambiar de carril para evadirse del paso de tortuga de una tractomula, alguien le preguntara si le suena el nombre de Raimundo Emiliani Román, su respuesta con seguridad sería negativa. Hoy en día muy pocos lo reconocen. Los juristas, esa clase encorbatada que sabe de todo, dirán que fue un hombre de suma importancia. Su primer nombramiento como ministro en el Gobierno de Roberto Urdaneta no fue más que eso: un nombramiento, pues no llegó a posesionarse. Luego fue ministro de Salud Pública, pero encargado, o sea, de paso. Después sí fue ministro de verdad, en los Gobiernos de Alberto Lleras Camargo y Guillermo León Valencia. Luego embajador y después, durante veinte años, congresista como cualquier político que se respete. En cuanto a afiliaciones, fue conservador y de nacimiento, costeño.

Emiliani hizo más cosas: participó en la Constituyente del 91, apoyó la creación del SENA, dio clases, parece que escribió libros muy interesantes. Pero el destino, que es tramposo y ladino, quiso que fuera reconocido y recordado por siempre por impulsar la Ley 51 de 1983, también llamada Ley Emiliani, una reforma del código laboral para regular el movimiento de algunos días feriados del país al lunes siguiente, con el objetivo de promover el turismo, fortalecer la producción y aprovechar las ventajas económicas que podrían traer esos fines de semana de tres días, remunerados, por supuesto.

Aquí hay que detenerse para aclarar un malentendido común: la Ley Emiliani no se inventó los días festivos. Es decir, no es su culpa que en Colombia tengamos dieciocho feriados al año y seamos, junto a la India, el país que más días libres remunerados tiene en el mundo. El primer artículo de la ley ya lo advierte:

Todos los trabajadores, tanto del sector público como del

sector privado, tienen derecho al descanso remunerado en los siguientes días de fiesta de carácter civil o religioso: primero de enero, seis de enero, diecinueve de marzo, primero de mayo, veintinueve de junio, veinte de julio, siete de agosto, quince de agosto, doce de octubre, primero de noviembre, once de noviembre, ocho de diciembre y veinticinco de diciembre, además de los días Jueves y Viernes Santos, Ascensión del Señor, Corpus Christi y Sagrado Corazón de Jesús.

Al momento de la redacción de la ley, ya se contaban estas dieciocho fechas: once religiosas, cuatro conmemoraciones patrióticas y tres civiles.

Lo que logró Emiliani con su propuesta fue decretar que, de esas dieciocho, diez fueran trasladadas al lunes siguiente a la fecha de su celebración, para crear así los famosos puentes. Dice así:

> Pero el descanso remunerado del seis de enero, diecinueve de marzo, veintinueve de junio, quince de agosto, doce de octubre, primero de noviembre, once de noviembre, Ascensión del Señor, Corpus Christi y Sagrado Corazón de Jesús, cuando no caigan en día lunes, se trasladará al lunes siguiente a dicho día. Cuando las mencionadas festividades caigan en domingo, el descanso remunerado igualmente se trasladará al lunes.

El Jueves y Viernes Santos fueron declarados como días feriados remunerados obligatorios en 1950, durante el Gobierno, cómo no, de Laureano Gómez. Y si usted echa hacia atrás, descubrirá cómo se fueron decretando los días festivos. Podríamos decir que la Ley Emiliani lo que hizo, en realidad, fue organizarlos.

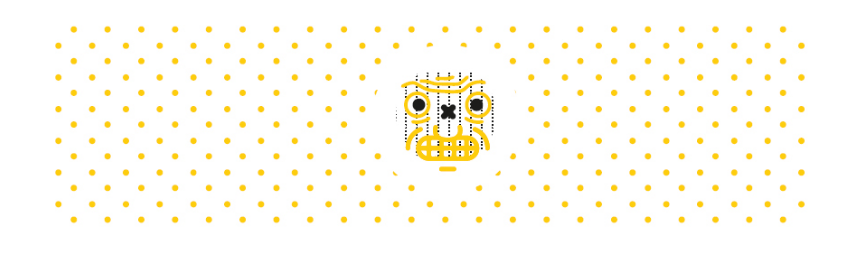
Quizás el asunto de los festivos plantea, de fondo, una cuestión clave: la de la importancia de los símbolos en la vida cotidiana. Si en lugar de escandalizarnos hipócritamente una tarde de un lunes feriado, desde el sillón de nuestra casa, por ser el país del mundo que más puentes festivos tiene, procuráramos entender de dónde provienen y qué dicen de nosotros esas festividades, las críticas podrían dirigirse hacia el lugar que realmente lo amerita.

Si usted supiera que el Corpus Christi, por ejemplo, es una fecha decretada por la Iglesia católica para fortalecer la imagen de uno de los dogmas más radicales de su culto (la creencia de

que en la hostia y el vino de la Eucaristía se encuentra Jesucristo de manera real, en carne y hueso) y así afianzar aún más el poder que dicha institución tiene sobre los creyentes, quizás entenderíamos que el problema no es que no nos guste trabajar, sino que nuestros imaginarios continúan anclados en supersticiones de la Edad Media y que la libertad proclamada en la Constitución de 1991 todavía está muy lejos de ser una realidad en Colombia.

A comienzos de los noventa, seis o siete años después de la implementación de la Ley Emiliani, se publicaron algunos artículos acerca del efecto que había tenido sobre la economía nacional. Los banqueros, por ejemplo, habían temido que sus operaciones bajaran sensiblemente al convertir todos esos lunes del año en feriados. Sin embargo, la realidad fue distinta y casi predecible: las operaciones de los martes siguientes al festivo aumentaron entre un cuarenta y un cincuenta por ciento, y así la cosa se equilibró. Algunos sectores que no dependían de si era festivo o no (a los cultivos o a los animales no les importa la fiesta de San Pedro y San Pablo o la Independencia de Cartagena) siguieron igual que siempre. El turismo creció. Parece ser que los únicos que se quejaron fueron los bares y licoreras, pues el modelo anterior propiciaba que la gente bebiera no solo el viernes, sino también entre semana.

En un artículo de *El Tiempo*, publicado el 2 de septiembre de 1990 (un mes en el que no hubo festivos), Luis Alberto Lopera resumió lo que había pasado: «Una breve encuesta entre empresarios de varias actividades deja claro que la Ley Emiliani ha resultado benéfica: ordenó los descansos y la producción». Gracias, señor Emiliani.



EL ADEFESIO QUE NADIE VIO

Todo es tan absurdo en este asunto que parece como si una noche el monumental Castillo de San Felipe, en Cartagena, se hubiera dormido con vista al mar y al otro día se hubiera levantado con una torre de apartamentos de interés social frente a él. Como si el genio de la lámpara lo hubiera hecho aparecer en un santiamén con un chasquido de dedos. El proyecto en mención se llama Aquarela y se construyó no de la noche a la mañana, sino a través de los años, ante la mirada impasible de las autoridades y los cartageneros. Este adefesio podría hacerle perder a la ciudad turística por excelencia de Colombia el reconocimiento de Patrimonio de la Humanidad.

Otra típica historia made in Colombia.

El Castillo de San Felipe de Barajas es un símbolo de la resistencia contra los ingleses y franceses que intentaron tomar la ciudad. Es un fortín con cinco siglos de historia que ha sido sometido a restauraciones, reparaciones y a todo tipo de intervenciones para mantener intacta esa fachada que parece contener el eco del siglo XVII, «cuando el tirano mandó», como

cantó Joe Arroyo, y también el de las legendarias batallas de Blas de Lezo, el militar español que comandó la defensa de la ciudad ante el asedio británico, no sin antes perder un ojo y una pierna y prácticamente un brazo. «El mediohombre», le decían.

En 1741, los ingleses tenían una flota de guerra enorme, la más grande que lograron reunir en la colonia, a cargo del almirante Edward Vernon, quien, confiado en su poderío, dio por hecho el triunfo, envió un mensaje a Londres para comunicarlo y acuñó las monedas de la victoria. La realidad fue otra. Vernon y su ejército fueron vencidos por Blas de Lezo y la peor derrota se la infringieron en el Castillo de San Felipe, donde quinientos defensores acabaron con más de mil atacantes. Los españoles victoriosos no tuvieron mucho que celebrar, porque la descomposición de los cadáveres sin enterrar provocó una peste a la que no sobrevivió ni el propio Lezo, quien murió tres meses después de las batallas. El castillo es el símbolo permanente de la historia cartagenera. No en vano, la Unesco declaró la ciudad y todas sus fortificaciones como Patrimonio de la Humanidad en 1984.

Sin embargo, estamos en Colombia y, como bien dijo Gabriel García Márquez, «aquí la realidad supera la ficción». De repente, la vista impecable al mar Caribe que se tenía desde esta fortificación, que más allá de su belleza era una exigencia de la Unesco para preservar su carácter de patrimonio, se vio interrumpida por una torre de viviendas de interés social a medio terminar. Y como si todo esto fuera un cuento de Gabo, han pasado más de cuatro alcaldes y dos presidentes y no ha sido posible demolerla. Lo más absurdo es que la erigieron a la vista de todo el mundo, pero solo una acción popular interpuesta por el Ministerio de Cultura logró frenar su construcción. El edificio era tan ajeno y extraño a su entorno que hasta los pájaros en vuelo se estrellaban contra la mole.

Aquarela se presenta así en su página web:

> Es un proyecto de Vivienda de Interés Social (VIS) debidamente licenciado, ubicado en el barrio Torices de Cartagena y liderado por una reconocida firma de constructores paisas. Contempla la construcción de cinco torres de apartamentos adquiridos por más de novecientas familias que invirtieron sus recursos, atendiendo el sueño de tener una vivienda de interés social digna.

Los constructores, cinco firmas antioqueñas de larga trayectoria en el mercado inmobiliario, también cuentan su versión de la controversia que desató su edificio:

En octubre de 2017, tres años después de obtener la licencia y levantar veinticinco de los treinta pisos de la torre uno, se suspendió la obra por supuestas infracciones. Desde entonces, el proyecto está suspendido y se ha visto involucrado en cuatro procesos jurídicos. Se trata de un mal proceder y un pésimo antecedente que las autoridades quieran cambiar las normas retroactivamente o pretendan mostrar el proyecto como culpable de ilegalidades que nunca se dieron, para evadir su responsabilidad de cuidar el patrimonio.

Ante el esperpento, como si se les hubiera quitado una venda de los ojos, las autoridades y el Gobierno local comenzaron a rasgarse las vestiduras y a buscar responsables del gol olímpico que les metieron. Por ahora, solo dos funcionarios ha sido señalados: Ronald Llamas Bustos, el curador urbano número uno, y Luis Alberto Vélez, exgerente de Corvivienda. Según registraron varios medios de comunicación, la Procuraduría Provincial de Cartagena investigó a Llamas Bustos por autorizar que el proyecto tuviera treinta y un pisos, lo que supera la altura permitida por el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) de la ciudad y las disposiciones para proyectos de vivienda de interés social (VIS). «Además, aparentemente el curador Llamas habría concedido la licencia de construcción en un terreno que se encuentra por fuera de la zona de expansión urbana, establecida en el POT para el desarrollo de proyectos VIS en la ciudad», señaló el diario *El Universal*.

Aquarela cuenta en su página su versión a partir de todos los pasos y procedimientos que realizaron:

> Siguiendo el proceso establecido, se radicaron ante las autoridades los diferentes trámites y permisos para la obtención de las respectivas licencias de construcción. Con anterioridad a la radicación de las licencias, elevaron solicitud al Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena (IPCC), con el fin de ratificar que el predio en donde se desarrollaría el proyecto no se encuentra dentro del área de influencia de ningún bien de interés cultural. Mediante oficio del 4 de mayo de 2015, el IPCC confirmó que, hechas las consultas en la cartografía oficial, la manzana 186 del barrio Torices no se encontraba en el área de influencia del Castillo

> de San Felipe - BIC (Bien de Interés Cultural). A partir de allí, y con el insumo del IPCC, iniciaron el licenciamiento por etapas, es decir, se tramitaron y obtuvieron las licencias para las cinco torres del proyecto. No obstante haber certificado a través del IPCC que la manzana 186 de Torices no hace parte del área de influencia de la fortaleza, a medida que fue avanzando la construcción de la torre uno, se empezaron a dejar escuchar las voces de aquellos que, tal vez desconociendo que esa área había sido liberada para VIS, sin límite de altura, señalaban el proyecto como una interferencia para el monumento histórico.

Pero también hay un apartado irónico sobre la percepción y defensa de lo que se considera una interrupción de la vista del castillo:

> Al igual que otros lugares históricos emblemáticos, el Castillo de San Felipe ha visto impactado su paisaje muchas veces a lo largo de los últimos trescientos años. Primero estuvo entre montañas y luego estuvo rodeado de casas de tapia y techos de paja, en tanto se restauró y se le dio la forma original. Más tarde, y en línea con las necesidades de la urbe, se abrieron vías a lado y lado. La conclusión en este aspecto es que el castillo se puede enaltecer por contraste si el PEMP permitiese la modernización del barrio Torices.

El Fondo Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (FNGRD) abrió un proceso de consultoría para realizar los estudios, evaluaciones, diagnósticos y recomendaciones para ver cómo se puede demoler lo construido. Solo se presentó un proponente y no cumplió los requisitos. Lo dicho: la realidad supera la ficción. El alcalde actual, William Dau, insiste en que, en lo que queda de su administración, se le dará solución a este problema y también ha pedido una asesoría internacional para lograrlo. La ministra de Cultura, Angélica Mayolo, le dijo este año al diario *El Universal*:

> Nosotros le presentaremos [a la Unesco] todas las medidas que hemos adoptado para proteger el patrimonio. Gestión de Riesgos Nacional sacó este proceso [la consultoría] para que un experto nos diga la forma en que el edificio puede ser quitado. La primera licitación se declaró desierta y por eso hemos invitado a sociedades de arquitectos, ingenieros y universidades que tengan experticia técnica a que participen.

Las autoridades insisten en la demolición y la constructora, en la legalidad de su proceso, mientras lo único claro en todo esto que, si no lo echan abajo, se perderá la denominación de la Unesco. Isabela Restrepo Mejía, directora de la Fundación Centro Histórico de Cartagena, señaló que este organismo fue muy claro en que Aquarela hay que quitarlo.

Si uno lee el numeral ocho, expresan su gran preocupación por el impacto negativo que genera el proyecto al patrimonio. Estamos convencidos de que el alcalde de Cartagena y el Gobierno nacional harán todo lo posible para que Cartagena no salga de la lista de Patrimonio de la Humanidad.

Lo cierto es que, como muchas cosas en Colombia, la papa caliente empieza a pasar de mano en mano y nadie se quiere hacer responsable de nada. Todos miran al lado para buscar respuestas o encontrar soluciones. ¿Cómo se aprobó esa construcción y por qué llegó tan lejos? ¿Cómo se dejó avanzar tanto sin que nadie dijera nada? ¿Por qué tocó esperar a ver el adefesio levantándose para atajar lo que era obvio? ¿Alcanzará el actual alcalde a demolerlo? Las respuestas aparecerán a cuentagotas con excusas y versiones que irán y vendrán. Pero lo cierto es que estar en Colombia es tan gratificante como frustrante. Si alguien leyera el futuro y dijera que la torre se quedará así un buen y largo tiempo, no le extrañaría a nadie.

Tristemente ese edificio tiene mucho del país. Parece un espejo donde se miran las cosas que suceden a diario, donde el «todo vale» se repite más que el padrenuestro porque «acá no pasa nada» y donde, si toca acostumbrarse para siempre a estos adefesios, pues tocará, como tantas cosas, mientras un puñado de personas se ríe en silencio de la historia, el presente y el futuro. El castillo, también en silencio, se reserva la frustración.



LA CALEÑA QUE PERSEVERÓ PARA QUE ATERRIZÁRAMOS EN MARTE

El 18 de febrero de 2021, el *róver* Perseverance aterrizó en Marte después de un viaje de 470 millones de kilómetros desde la Tierra. El amartizaje fue tenso y emocionante a la vez. No se había enviado antes un vehículo de exploración tan pesado y la narración en español de este momento histórico estuvo a cargo de Diana Trujillo, una ingeniera aeroespacial caleña que durante siete años buscó que le dieran esta oportunidad. Para la historia quedará el júbilo con el que gritó en directo para millones de personas que la veían alrededor del mundo: «¡Hemos llegado! Perseverance llegó. Hemos llegado». Ese día la disparó a la fama como si fuera un cohete y su nombre comenzó a ser buscado porque la gente quería saber quién era ella y cuál era su historia.

Diana nació en Cali, en 1981, y a los 17 años, tras la

separación de sus padres, se fue a Estados Unidos en busca del sueño americano. Fue una decisión arriesgada porque llegó con trescientos dólares en el bolsillo, a aprender inglés y a ganarse la vida en lo que pudiera. Limpió casas y tuvo otros tres trabajos en simultánea mientras aprendía el idioma, completaba los requisitos y reunía los recursos que necesitaba para entrar a una universidad. Al cabo de tres años, postuló a una beca en la Universidad de Florida, pero no tenía ni idea de qué quería estudiar. Cuando se encontraba en la sala de espera, a punto de entrevistarse con el rector, vio una revista que tenía en portada a las mujeres más influyentes de la NASA, la agencia espacial estadounidense. Pensó que tal vez ahí podría hacer carrera. Esa visión y su habilidad para las matemáticas fueron las dos cosas que la impulsaron a inscribirse en Ingeniería Aeroespacial. Además, como dijo en un video que aparece en la página de la misión del Perseverance: «En mi país había mucha violencia, así que para mí mirar el cielo y las estrellas era mi lugar seguro».

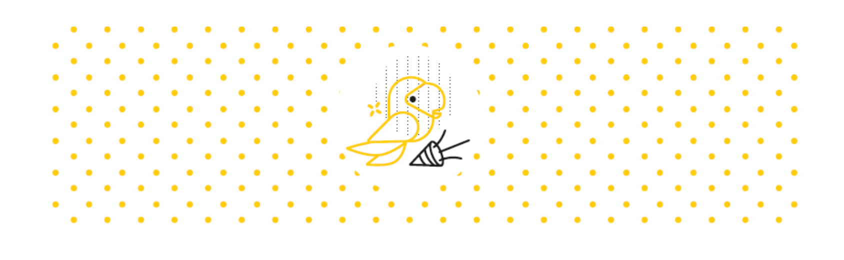
Durante la carrera, se presentó al programa de la Academia de la NASA y se convirtió en la primera mujer migrante, de origen hispano, en ser admitida. De su grupo solo ella y otra persona consiguieron ingresar a la agencia espacial. Empezó en 2008, como pasante en el Laboratorio de Propulsión a Chorro (JPL, por sus siglas en inglés), donde construyen la mayoría de naves espaciales no tripuladas, y desde entonces ha cumplido varias tareas y misiones. Entre ellas, la que llevó el *róver* Curiosity a Marte en el año 2012. Fue jefa de misión, ingeniera de sistemas, encargada adjunta de proyecto y jefa adjunta de las operaciones de ingeniería del robot explorador. Todo eso son palabras mayores.

En el año 2014, solicitó por primera vez que le dieran la oportunidad de transmitir en español alguna de las misiones de la NASA. Insistió durante varios años y, en octubre de 2020, en plena pandemia, le dijeron que le darían la oportunidad de hacerlo. Se dedicó a planear y a preparar la presentación de #JuntosPerseveramos, como tituló la primera transmisión en español en directo de un aterrizaje en otro planeta. Su imagen y la emoción que transmitió se quedarán en la memoria de millones de personas alrededor del mundo, tal y como ocurrió con la generación que observó el alunizaje del Apolo 11, el 20 de julio de 1969. Lo novedoso es que la de ahora escuchó el amartizaje en

su idioma y con la voz de una mujer. Para ella esta representación es muy importante.

Como científica, y no una cualquiera, sino una de las más importantes de la actualidad, cree que esta visibilidad les muestra a las jóvenes y a los jóvenes que existen otros modelos a seguir diferentes a los artistas y deportistas. «Les estamos diciendo: "Tú puedes escoger; si no lo hay, tú lo puedes hacer, y si no está, invéntatelo y hazlo tú, porque tú vales la pena". Estamos abriendo las posibilidades de poder participar en todas estas cosas que están pasando», dijo Diana a comienzos de este año, en una entrevista que le concedió al portal *Bloomberg Línea*.

Aterrizar el r*ó*ver en Marte fue el comienzo de la misión. La científica hizo parte luego del grupo de directores de vuelo, cuatro personas en total, que se encargó de liderar al equipo que analizó toda la información que les suministró el robot. Su próximo proyecto en la NASA es igual de ambicioso: Mars Sample Return (MSR). Se trata de enviar un r*ó*ver que deberá amartizar en 2027, recoger todas las muestras recolectadas por Perseverance y ponerlas en un cohete que vuelva a la Tierra en 2031. Este sería un paso monumental para la humanidad y la carrera espacial. Le gustaría participar también en otras misiones de la NASA. En particular, sueña con Artemis, la que llevará a la primera mujer a la Luna. Así que soñemos también con que, en unos años, volvamos a escuchar a Diana diciendo en directo: «¡Hemos llegado! Artemis alunizó».



EL MISTERIO DE LAS MOMIAS DE SAN BERNARDO

San Bernardo es un municipio de Cundinamarca, ubicado a 99 kilómetros de Bogotá, conocido como la despensa agrícola del departamento porque sus suelos fértiles y variedad de climas, que van de fríos a cálidos, permiten producir durante todo el año un sinnúmero de frutas y verduras. Pero lo que hace único en el país a este municipio no son sus curubas, moras y habichuelas, sino ser un productor en serie de momias. Sí, leyó bien. Esta es la historia.

Este municipio fue fundado en 1910. El cementerio original estaba ubicado en una región de baja altura, junto a un río. En las temporadas de lluvia este crecía, se volvía caudaloso e inundaba el camposanto. Para evitar que los difuntos quedaran por ahí flotando o se los llevara la creciente, en 1956 decidieron reubicar el cementerio en una región más alta. Desde entonces, en este nuevo cementerio, rodeado de pinos, los cuerpos no son enterrados, sino depositados, en estructuras medianas de

cemento, pintadas de blanco, con nichos que las personas alquilan para dejar los cuerpos de sus seres queridos por un período de seis años, tras el cual los restos son exhumados para ser transferidos a osarios.

Pero los sanbernardinos se llevaron tremenda sorpresa cuando, tras la primera exhumación, a comienzos de los años sesenta, descubrieron que muchos de los cuerpos extraídos estaban momificados: la piel adherida a los huesos, completamente disecada, incluso con pelo en la cabeza y vello corporal. Pasado el asombro, la vida del municipio continuó con normalidad hasta la siguiente exhumación, en la que ocurrió lo mismo, y luego en la siguiente y así sucesivamente hasta hoy. Cerca del veinte por ciento de los cadáveres que son depositados en estos nichos se momifican de forma natural.

La momificación natural se refiere al proceso espontáneo, sin intervención humana, que hace que los cuerpos sin vida se escapen del proceso de descomposición como consecuencia de factores ambientales y climáticos. Es completamente diferente a la momificación de los egipcios, que se lograba a través de un largo proceso artificial que impedía que los cuerpos alcanzaran la putrefacción. Los investigadores han identificado que la momificación natural ocurre en lugares especialmente fríos o secos, y lo curioso es que San Bernardo no cumple con ninguno de estos dos requisitos.

Los lugareños, por su parte, atribuyen el fenómeno a los alimentos agrícolas que allí se producen y que ellos consumen, especialmente a la guatila (un fruto verde de tamaño mediano que se usa más como hortaliza) y al balú o chachafruto (una leguminosa nativa de los Andes con alto contenido de proteína). Sin embargo, muchos rebaten esta teoría, pues afirman que en otras regiones del país se consumen estos productos y no ocurre lo mismo. Lo cierto es que, hasta el momento, las causas del fenómeno siguen siendo un misterio, pues aparentemente no ha despertado suficiente interés en la comunidad científica como para hacer una investigación juiciosa al respecto.

Al comienzo, todas estas momias fueron depositadas en el sótano de la capilla del cementerio, donde reunieron más de cincuenta. Los visitantes podían acceder libremente a este recinto y tener contacto directo con los cuerpos. Como era de esperarse, las condiciones de salubridad del lugar no eran las mejores y,

además, comenzaron a haber faltas de respeto hacia los cuerpos. Así que las autoridades municipales decidieron hacer un museo para exponer las momias en urnas de cristal, con más dignidad, que las mantienen aisladas y bien conservadas, con un vidrio opaco en la parte superior que obliga a los espectadores a hacer una reverencia para observar su contenido a través de los cristales laterales. El mausoleo una pulcra edificación de dos plantas, con paredes blancas y piso negro, columnas redondas y ventanales de piso a techo divididos en cuarterones, en cuyo piso inferior reposan los cuerpos— fue bautizado con el nombre Padre José Arquímedes Castro, en honor al sacerdote que construyó el cementerio y la capilla, cuyo cuerpo también se momificó.

En el museo hay un par de personas encargadas de mantener limpias las urnas que también sirven como guías a los visitantes. Cada cierto tiempo, alguna entidad externa, como la Universidad Externado de Colombia o la Universidad Nacional, se encarga de hacer una limpieza de las momias del museo, a las que les aplican fungicidas y bactericidas para evitar al máximo el deterioro de los cuerpos. En la actualidad hay catorce momias exhibidas.

Si al exhumar el cuerpo, tras los seis años de reposo en el nicho, este sigue sin descomponerse, sus familiares tienen varias opciones: autorizar que pase a hacer parte del museo, extender su estadía en los nichos hasta que alcance una mayor descomposición o, simplemente, fragmentar la momia para poder pasar los restos a un osario. La mayoría escoge las últimas dos opciones, que permiten conservar a sus seres queridos en espacios más privados, pues a muchos les parece irrespetuoso exponerlos. Por eso hay tan pocos cuerpos exhibidos, a pesar de la amplia cantidad de momificaciones que se presentan en el municipio. Al año aparecen momificados alrededor de treinta cuerpos, de los cuales al menos diez están prácticamente intactos.

En cambio, para algunos de los familiares de las momias del museo, conservar los cuerpos ahí, poder visitarlos y verlos, es una singular manera de mantenerlos cerca y hacerlos perdurar. Una de las momias exhibidas es la de Margarita de Prieto. A través del vidrio de la urna donde está, se la ve vestida con un saco azul oscuro, una falda gris y una pañoleta *beige*; además, lleva una flor roja entre sus manos rígidas, entrelazadas sobre el vientre. Sus familiares la visitan con regularidad.

Otro de los cuerpos que se pueden observar es el de un

hombre que falleció a los 85 años, a comienzos del presente siglo, luego de que una vela prendida incendiara su cuarto. A pesar de las condiciones de su muerte, esta momia, exhibida con un saco de figuras geométricas en tontos café y *beige*, aún conserva parte del pelo de la cabeza.

Tal vez uno de los cuadros más impresionantes de la exhibición es la momia de una madre abrazada a su hija pequeña, de un año de edad aproximadamente. Ambas murieron hace varias décadas en un accidente de tránsito. La niña aún conserva parte de sus facciones y la ropa con la que fue sepultada. Y esta no es la única momia infantil del museo: en una misma urna reposan otros cinco cuerpos de niños de diferentes edades; uno es especialmente llamativo porque lleva un traje blanco y unos zapaticos azules.

Pero entre las historias de vida de estas catorce momias, que se exhiben como atractivo turístico, hay una muy intrigante: la de Jorge Cruz. Cuando tenía 20 años, conoció a Esperanza Rodríguez, con quien se casaría unos años después. Se irían a vivir a Bogotá y tendrían una niña a la que bautizaron con el nombre de Joyce. A pesar de que Jorge era un hombre brillante y carismático, químico de profesión y con estudios de teatro, su adicción a las drogas lo fue alejando cada vez más de su familia y se fue de la casa cuando su pequeña hija cumplió dos años. Esperanza nunca le habló mal a Joyce de su papá ni le contó las razones reales por las que no había vuelto a verlo desde los seis años.

Cuando cumplió quince, Joyce se reencontró con él y se enteró de la verdad: Jorge era un adicto y vivía en el Cartucho. Tuvieron que pasar dos años para que Joyce sanara sus heridas, comenzara a aceptar a su papá tal como era y decidiera retomar una relación con él. A los 17 años, le propuso que se vieran cada ocho días en alguna cafetería cercana al centro de Bogotá, y así lo hicieron durante mucho tiempo, hasta que un día de 2005 Jorge no volvió a contestarle el viejo celular que guardaba como un tesoro para comunicarse con ella. Luego de buscarlo por varios meses en los lugares más inhóspitos de la capital colombiana con su tía Myriam, esta decidió ir a Medicina Legal y encontró el cuerpo de su hermano entre los no identificados. Había sido asesinado de una puñalada casi un año antes.

Joyce se llevó el cuerpo de Jorge a San Bernardo para

enterrarlo en su lugar de nacimiento. Cuando, a los seis años, lo exhumaron para pasarlo al osario estaba incorrupto: parecía como si hubiera muerto hacía pocas horas. En ese momento, a Joyce le propusieron exponerlo en el museo, pero ella no estaba aún preparada para hacerlo, así que decidió que lo depositaran de nuevo en el nicho otros seis años. Transcurrido este tiempo, cuando lo volvieron a exhumar, ya se veía más como una momia, pero igual se mantenía excelentemente conservado. Entonces decidió pasarlo al museo.

Y, como si esta historia no tuviera ya suficientes intríngulis, hay un personaje más que aparece para completarla: Leidy Heredia. Esta mujer, nacida en Colombia, nunca conoció a su papá, su mamá la abandonó desde muy pequeña y fueron sus abuelos maternos quienes se encargaron de criarla. Cuando terminó el colegio, se fue a vivir a Francia, donde una tía. Varios años después, luego de establecerse en ese país y formar una familia, comenzó a tener un sueño recurrente, donde un hombre de mediana edad, descalzo y descamisado, le sonreía y hablaba con un cigarrillo en la boca. Por alguna razón que no sabe cómo explicar, el sueño motivó a Leidy a averiguar por su papá y, a través de su mamá, conoció su nombre: Jorge Cruz.

Leidy se puso a investigar en las redes sociales para encontrar a algún familiar de ese padre desconocido y terminó comunicándose con su tía Myriam, quien, al igual que el resto de miembros de la familia, no sabía de su existencia. Myriam, a su vez, la puso en contacto con Joyce, dos años menor, y Leidy viajó a Colombia para buscar las respuestas de su pasado. Cuando Joyce la conoció en persona, le impresionó el parecido con su padre. Tras hacerse un examen de ADN, que confirmó su parentesco, y contarle todos los pormenores de la vida de Jorge, Joyce llevó a su media hermana a San Bernardo a visitar su tumba. Al ver la momia quedó en *shock*: no tenía duda de que el hombre de sus sueños era su padre.



CONTRA LA PESTE DEL OLVIDO

Un dato para no olvidar: de acuerdo con la Organización Mundial para la Salud (OMS), en 2050 cerca de ciento cincuenta y dos millones de personas en todo el mundo padecerán el síndrome de Alzheimer, una de las formas de demencia más severas. Como aún no existe una cura o tratamiento, la OMS ha declarado que esta será la gran pandemia del siglo XXI. Las cifras son preocupantes, ya que se estima que cada tres segundos se diagnostica un nuevo caso. Y no hay un lugar del planeta donde la situación sea más alarmante que en el municipio de Yarumal y algunos de sus pueblos vecinos, en la subregión norte de Antioquia.

Aunque suene trillado, como si hubiera sido sacada de la imaginación de García Márquez, la expansión del Alzheimer por esta zona montañosa es muy parecida a la peste del insomnio que borraba la memoria de los habitantes de Macondo en *Cien años de soledad*. Durante décadas, los habitantes del lugar rumoraban que se trataba de una especie de maldición porque cada vez era más frecuente que, en estos pueblos, muchas personas, después de

pasar los cuarenta años, comenzaran a olvidar seriamente todo tipo de recuerdos: su infancia, su familia, el lugar donde viven, cómo hacer su trabajo, cómo caminar, cómo hablar, cómo comer…

Hasta que llegó el doctor Francisco Lopera y su equipo de investigadores del Grupo de Neurociencias de Antioquia (GNA). En los años ochenta, después de seguir el caso de una mujer del municipio de Belmira que, con apenas cuarenta y siete años, presentaba un nivel de demencia que solo se ve en personas mayores de sesenta, el doctor Lopera decidió indagar en su contexto familiar y encontró que su padre, su abuelo y siete parientes más habían pasado por la misma situación.

Desde entonces, emprendió una de las investigaciones científicas más amplias y rigurosas del país, que llegó a un descubrimiento revelador a principios de la década de 2000. Más de mil doscientas personas de la zona, pertenecientes a veinticinco familias, todas emparentadas entre sí en una genealogía de más de seis mil miembros, rastreados hasta el año 1740, portan una mutación en una proteína llamada presenilina 1 (PSEN1) del gen de la ApoE, que les ha provocado una forma única de Alzheimer que no se presenta en otra parte del mundo: demencia de forma hereditaria y prematura. A este fenómeno, que por científico no es menos *macondiano*, se lo conoce como «la mutación paisa».

Semejante pandemia, que en Antioquia ha dejado como huella propia al grupo poblacional más grande del mundo con Alzheimer hereditario, tiene en el GNA a un equipo élite a la altura de la batalla que exige. En más treinta años de trayectoria, han logrado una incidencia internacional que ningún otro grupo de investigación científica ha alcanzado en la historia del país.

Por un lado, en 1995 fundaron el primer banco de cerebros de Latinoamérica («neurobanco», le dicen de confianza), un lugar que, como su nombre indica, almacena cerebros de personas que han muerto por algún tipo de demencia y que se congelan para su preservación y posteriores estudios de biomarcadores. El neurobanco cuenta con más de trescientos setenta cerebros en su acervo; es el más grande de la región y es la materia prima de la que han salido las evidencias científicas del equipo y sus descubrimientos sobre la mutación paisa.

Por otro lado, las publicaciones de Francisco Lopera y su

equipo de investigadores científicos, en revistas especializadas como *Nature Medicine* o *The Lancet*, han llevado a colaboraciones con instituciones como la Universidad de Harvard o la Universidad de California con resultados tan sorprendentes como el descubrimiento, en 2019, de la primera mujer considerada resistente a la mutación paisa, lo cual, en otras palabras, quiere decir la primera gran posibilidad científica de encontrar una respuesta al Alzheimer en cualquiera de sus formas: hereditario, prematuro o ambas, como ocurre en Yarumal. Si esa cumbre científica de la humanidad se logra, sin duda en gran parte se deberá a los esfuerzos silenciosos del GNA. Otro dato para no olvidar.

Guillermo Prieto La Rotta

(Boyacá, 1970), más conocido como Pirry, es un periodista, documentalista, fotógrafo, escritor e influenciador en sus redes sociales, con énfasis en temas del medio ambiente. Es director y presentador del programa Efecto Pirry en el canal Red +. Trabajó durante dieciséis años haciendo crónicas y reportajes en más de noventa y tres países de los cinco continentes. Ha sido corresponsal de guerra en lugares como la Franja de Gaza, Congo, Ruanda, Líbano y su propio país. Ha ganado cuatro veces el Premio Simón Bolívar, el galardón periodístico más importante de Colombia, y ha estado nominado al premio Emmy Internacional en la categoría de mejor documental. Es autor de los libros Viaje por el mundo sin censura (Planeta, 2013) y Sexo (Planeta, 2015).

Lo más BIZARRO:



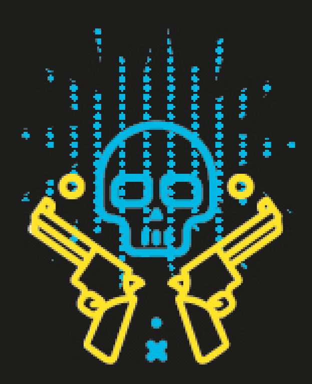
Colombianadas

- El día que Aracataca no fue Macondo
- La niña que se llenó la barriga de trapo



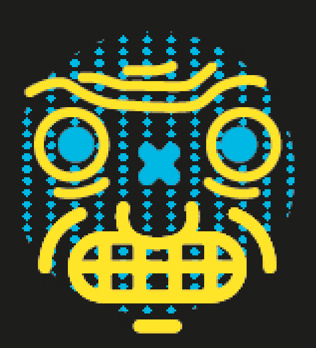
Gente berraca

- Caliente, online y profesional ante todo
- La garra del Tigre Colombiano



Estafadores, criminales y corruptos

- Universidad por matadero
- El gran y sensual show de la rectora vedette y sus amigos paras



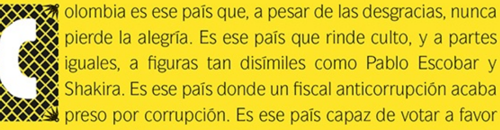
Errores que son horrores

- El único presidente blanqueado de Colombia
- Pistoleros en el Congreso al amanecer



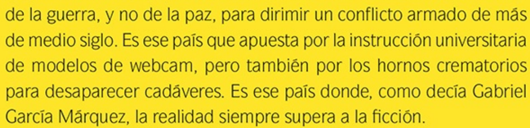






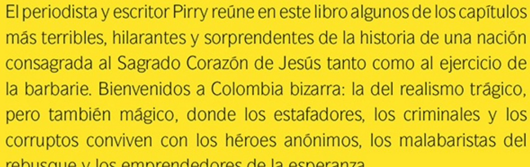
Colombia es ese país que, a pesar de las desgracias, nunca pierde la alegría. Es ese país que rinde culto, y a partes iguales, a figuras tan disímiles como Pablo Escobar y Shakira. Es ese país donde un fiscal anticorrupción acaba preso por corrupción. Es ese país capaz de votar a favor de la guerra, y no de la paz, para dirimir un conflicto armado de más



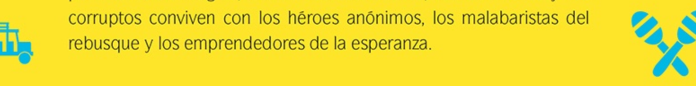


de medio siglo. Es ese país que apuesta por la instrucción universitaria de modelos de webcam, pero también por los hornos crematorios para desaparecer cadáveres. Es ese país donde, como decía Gabriel García Márquez, la realidad siempre supera a la ficción.





El periodista y escritor Pirry reúne en este libro algunos de los capítulos más terribles, hilarantes y sorprendentes de la historia de una nación consagrada al Sagrado Corazón de Jesús tanto como al ejercicio de la barbarie. Bienvenidos a Colombia bizarra: la del realismo trágico, pero también mágico, donde los estafadores, los criminales y los corruptos conviven con los héroes anónimos, los malabaristas del



rebusque y los emprendedores de la esperanza.





www.planetadelibros.com.co